



LA CACERÍA

J. M. PEACE

Él es un cazador de mujeres.
Pero ella no es una presa como las otras.

B



LA CACERÍA

J. M. Peace

Traducción de Martín Rodríguez-Courel



Título original: *A Time to Run*
Traducción: Martín Rodríguez-Courel
1.ª edición: mayo 2017

© Ediciones B, S. A., 2017
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-728-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Dedicatoria](#)

[El viento susurraba entre los árboles](#)

[Viernes, 16.04](#)

[Sábado, 05.50](#)

[Sábado, 10.23](#)

[Sábado, 12.01](#)

[Sábado, 23.02](#)

[Domingo, 11.20](#)

[Domingo, 12.03](#)

[Domingo, 15.03](#)

[Domingo, 15.49](#)

[Lunes, 13.03](#)

[Dieciocho meses más tarde](#)

[Agradecimientos](#)

*Para mi familia, por concederme
el espacio para disparar a las estrellas*

El viento susurraba entre los árboles de la reserva natural de Yonga. Secretos murmurados al viento, pensó Sylvia Notting distraídamente. Adoraba los paseos vespertinos a caballo por el bosque, dejando que su cabalgadura deambulara por el agreste sendero mientras su perro kelpie olisqueaba y alborotaba por los alrededores. *Ziggy* siempre estaba en movimiento. Corría arriba y abajo por el sendero, espantando pájaros y lagartijas. Sylvia lo oyó escarbar en la tierra detrás de un gran eucalipto cuando pasó lentamente por su lado.

—Venga, *Ziggy* —lo llamó.

El perro atravesó con estrépito la maleza y apareció como una exhalación en el sendero delante de ella, llevando algo grande en la boca. No era un palo. Ella tiró de las riendas para detener el caballo y se inclinó tendiendo la mano.

—Gracias, *Ziggy*.

El perro agachó la cabeza, nada contento con tener que entregar su hallazgo. Sylvia agarró aquello por la punta y lo sacudió un poco hasta que el chucho lo soltó. Giró el pálido objeto plano en la mano hasta que un rayo de luz vespertina incidió en su superficie.

Un hueso. Sylvia sintió curiosidad.

Más concretamente, una escápula. Un omóplato.

Viernes, 16.04

—¡Vete al infierno! —gritó Sammi. Se dio media vuelta y se dirigió al dormitorio.

—¡Ya estoy allí! —le espetó Gavin.

Sammi cerró la puerta de la habitación con fuerza suficiente para que las viejas ventanas vibraran. Oyó un portazo procedente de la puerta trasera que resonó por toda la casa y supo que Gavin se estaba yendo con sus zapatillas de correr y la correa del perro. Esa era su táctica habitual de enfriamiento después de una discusión; se iba a correr el equivalente a un maratón hasta que el enfado desaparecía. Sammi estaba bastante segura de que el perro de ambos ansiaba que se pelearan, solo por el ejercicio que llevaba aparejado.

Llevaban viviendo juntos poco más de tres años, y peleándose poco menos de tres. Ninguno de los dos se lo tomaba a pecho. Había algo provechoso en gritar y desahogarse en lugar de guardarse las cosas. Hasta los vecinos estaban bastante acostumbrados para ya ignorar aquellos arrebatos.

De todas formas, la escandalera rara vez duraba mucho. Cada uno se iba por su lado durante un par de horas, Gavin a correr y Sammi a reunirse con una amiga para explayarse hablando de Gavin. Era una mujer temperamental, aunque tras la indignación inicial consideraba las cosas con objetividad y no miraba atrás.

Esta vez era diferente.

Gavin había ido demasiado lejos al tratar de controlar su vida y socavar su independencia. Su arrogancia la enfureció. Y para lidiar con esto, necesitaba poner más distancia entre ellos que la que había hasta la cafetería local.

Metió algo de ropa en una bolsa, con la neblina roja de la ira cegándola todavía. Ahora necesitaba apaciguarse lejos de Gavin, lejos de la pequeña localidad de Angel's Crossing. Llevó el equipaje al coche, se puso al volante y reuló por el camino de acceso bajando lentamente por la gravilla. Luego se dirigió al sur con la radio a todo volumen.

Miró la hora: las cuatro y veinte. Incluso mientras estaba preparando la bolsa de viaje, ya sabía adónde quería ir. En cuanto dejó atrás las afueras del pueblo, llamó a Candy. Era viernes por la tarde, y estaba bastante segura de cuál sería la reacción de su amiga cuando le dijera que iba a verla.

—¡Impresionante! ¡Una noche de chicas! —exclamó Candy, con más estridencia de la habitual en ella a causa de la excitación.

Candy era una antigua amiga del colegio, la única con la que seguía en contacto. Sus vidas habían tomado distintos derroteros, pero tenían bastante en común, aparte de lo vivido juntas, para conservar viva la amistad. Candy estaba soltera y seguía llevando la vida que Sammi había dejado atrás después de terminar la universidad. Para Candy todo eran fiestas, bebercio y hombres, por lo general en ese orden y cuanto más, mejor.

—Chica, ¿cuánto hace que no hacíamos esto? —dijo Candy—. Será fantástico. Nos vestiremos como unas guarrillas y beberemos hasta que echemos la pota. Cuando acabe la noche, andarás preguntándote quién es Gavin.

Salir una noche con Candy era como un garbeo por la senda de los recuerdos, un paseo que devolvía a Sammi a los días previos al trabajo, las relaciones, las hipotecas... Años atrás, todo había sido como ese viernes por la noche: dos chicas de marcha por la ciudad, empinando el codo. Luego, a la mañana siguiente, se castigaban saliendo a correr para sudar los pecados de la noche anterior.

Sammi estaba decidida y no se arrepentía de su decisión.

Pero a veces lo único que quería era soltarse la melena, salir de la rutina y fingir que era otra persona durante una noche. Ya no lo hacía mucho, sobre todo si al día siguiente tenía que ir a trabajar.

Lo cual le hizo recordar que su próximo turno empezaba al día siguiente a mediodía. Hizo unos rápidos cálculos mentales considerando las tres horas y pico que se tardaba en llegar a la casa de Candy desde Angel's Crossing. Así que tendría que salir de casa de Candy como muy tarde a las ocho y media de la mañana siguiente, pasarse por casa para darse una ducha rápida y luego ir al trabajo. Sabiendo cómo solían terminar las noches de Candy, tendría suerte si lograba dormir tres o cuatro horas. En fin, solo tendría que atiborrarse de café y confiar en tener un día tranquilo. Ahora tocaba desinhibirse. A los tíos del curro no les importaría siempre que apareciera; al fin y al cabo, todo el mundo tenía un día con flojera de vez en cuando.

—¿Cuándo llegas? Salgo del trabajo dentro de una hora más o menos —añadió Candy.

—Acabo de ponerme en camino. Estaré allí a las siete y media.

—Vale, tendré los margaritas en la coctelera y a Aretha en el equipo de música. ¡Uau!

Candy seguía dando gritos cuando ella colgó. Sammi esbozó una leve sonrisa y se retrepó en el asiento. Era justo lo que necesitaba.

Viernes, 18.20

Con una toalla mojada alrededor de la cintura y el pelo sobresaliéndole en todas direcciones, Gavin apoyó los pies en la mesilla de café y abrió una cerveza. Sammi seguramente se enfadaría si le viera dejando una mancha de humedad en el sofá, pero seguía cabreado por la forma en que se había puesto hecha una furia con él.

¡Por Dios!, se había vuelto loca. Cuando él solo intentaba ser práctico. Había veces en que ella lo entendía todo al revés. Solo le había sugerido que unieran sus cuentas bancarias, pero Sammi había reaccionado como si estuviera tratando de estafarle su dinero. No era más que una cuestión de sentido común, que facilitaría el pago del alquiler y las facturas.

Tres años juntos, ¿y seguía sin confiar en él? ¿Veía ella que tuvieran un futuro en común? Congeniaban a la perfección. A Gavin le encantaba el espíritu aventurero de ella, su predisposición a probar toda clase de cosas. Incluso compartían el mismo carácter, presto al estallido pero sin que luego dejara resentimiento.

Gavin había estado corriendo por los alrededores del pueblo durante casi dos horas para dejarle espacio a Sammi. Cuando regresó, se quedó un poco sorprendido al ver que el coche de ella no estaba. Ni siquiera había dejado una nota.

Esperó un poco. Esta vez, decididamente dejaría que Sammi diera el primer paso para arreglar las cosas; era ella la que se había extralimitado. Le dio otro sorbo a la cerveza y soltó un sonoro eructo; no había nadie para echarle la bronca.

Viernes, 19.30

Una noche de marcha con Candy exigía un pintalabios rojo rubí, mucha resistencia y un hígado a prueba de bombas.

A Candy le gustaban los hombres —todos los hombres— y no parecía preocupada por buscar a esa persona especial. Ellas se habían distanciado, emocional además de geográficamente, cuando Sammi sentó la cabeza con Gavin. Aunque hablaban por teléfono o se enviaban SMS, apenas se veían en persona, y Sammi rara vez accedía a los planes de Candy para correrse una juerga como esa noche. Pero sería fácil retomarlos donde lo habían dejado.

Candy estaba orgullosa de su aspecto. A las dos de la madrugada podía estar lo bastante borracha para no recordar dónde vivía, pese a lo cual se retocaría el maquillaje a la perfección. Así que a Sammi no la sorprendió que cuando le abrió la puerta pareciera recién salida de un salón de belleza. Después de más de tres horas en el coche, Sammi se sintió desaliñada.

—Hola, chica —dijo su amiga, y le dio un fuerte abrazo—. Tienes pinta de necesitar una copa. Por suerte para ti, tengo una preparada aquí mismo.

Sammi sonrió.

—¡Ahh!, tú sí sabes cómo hacer que olvide mis problemas.

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado?

Sammi suspiró.

—Lo de siempre. Que Gavin se ha portado como un gilipollas. Y necesito desahogarme un poco.

—¿Así que se acabó? —preguntó Candy, dejando entrever una pizca de entusiasmo.

Sammi estaba segura de que su amiga recibiría de nuevo con los brazos abiertos a «Sammi la soltera». La miró con fingida sorpresa.

—Por supuesto que no. Solo ha sido una pelea tonta. Nada, en realidad. Es que quería estar en otro sitio esta noche. Soltarme la melena.

—Perfecto, pues —declaró Candy—. Me gusta Gavin, pero eras más divertida antes de conocerlo.

Sammi sonrió.

—Aclaremos las cosas. Sigo con Gavin y no voy a ligarme a ningún tío esta noche. No hemos roto, solo me he fugado. Por una noche.

—¿Así que Gavin... —repuso Candy, dibujando un corazón en el vaho de su vaso— es el único?

Sammi se apresuró a asentir con la cabeza.

—Sí. No podría imaginarme estar con otro. Así me siento cómoda —respondió.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

—Y lo es —afirmó Sammi, sorprendiéndose a sí misma—. Estoy cómoda porque nos compenetramos. Nos apoyamos mutuamente y confiamos uno en el otro. No quiero incomodidades ni nervios ni misterios raros. Estar con Gavin es como estar en casa con tus zapatillas favoritas.

—Como me digas alguna cursilada como que es tu mejor amigo, te suelto un tortazo —amenazó Candy.

Sammi rio.

—Supongo que el amor es un poco cursi... a menos que participes en él —dijo para provocar un poco a Candy. Su amiga gimió y puso los ojos en blanco—. Vale, ya sé que no es para ti —continuó Sammi—, pero es exactamente lo que busco. En realidad, debería decírselo a él. —Se sorprendió al oír el dejo de lamento en su voz.

—¡No te atrevas a convencerte de no tener una gran noche de marcha! —advirtió Candy—. Ahora estás aquí conmigo. ¿Recuerdas lo que dijiste de soltarte la melena una noche?

Sammi sonrió.

—Todo listo para esta noche. Me tomaré unas copas, bailaré un poco y haré comentarios obscenos sobre los tíos que intenten ligarte. Y mañana tengo que estar en el curro a mediodía —concluyó.

Candy rio, una risa tonta que le salió a borbotones y amenazó con contagiar a Sammi.

—Menos da una piedra. Me conformaré con lo que haya. ¿Iremos a sudar la resaca por la mañana?

—¿Quieres levantarte a las seis? —repuso Sammi.

—Ni hablar. Míranos, si estamos estupendas.

Eran casi las ocho menos cuarto cuando se produjo la primera llamada de Gavin. Aunque el enfado había ido disminuyendo durante el largo trayecto, Sammi no estaba preparada todavía para responder cuando vio el nombre irrumpir en la pantalla del móvil. En ese momento estaba mentalizada para su gran salida nocturna, y cualquier llamada de Gavin arruinaría las ganas de fiesta.

Candy la miró expectante cuando cogió su teléfono. Sammi cambió de idea y lo volvió a dejar.

—Bah, si quiere puede dejar un mensaje en el buzón de voz —dijo.

Candy extendió el brazo y entrechocó su copa con la de Sammi.

—¡Te felicito, chica! —exclamó.

Después de que la llamada se hubiera repetido cuatro veces mientras se estaban preparando, Sammi supo que no podía seguir ignorando a Gavin.

Se dispuso a cogerlo, pero Candy fue más rápida y lo cogió primero.

—Solo le diré que estoy bien y que no vuelvo a casa esta noche. No quiero que se preocupe —explicó Sammi, tendiendo la mano para recuperar el teléfono.

—No voy a dejar que te convenza para que vuelvas directamente a casa —dijo Candy—. Déjame a mí. —Pulsó la tecla de contestar.

—Gavin, cariño, me quedo con Sammi esta noche. Mañana la tendrás de vuelta —dijo, riendo tontamente—. No pasa nada. Vamos a salir esta noche y no irá a casa hasta mañana, y no puedes cambiar eso porque ahora no vas a hablar con ella. Estamos demasiado ocupadas divirtiéndonos, así que puedes dejar de llamar. Mañana estará en casa... no te preocupes... Adiós, cariño.

Sammi sonrió.

Candy dejó el teléfono sobre la mesa.

—Todo solucionado. Tienes prohibido pensar en Gavin durante el resto de la noche. Esta noche es para ti y para mí y para los tíos buenos de Brisbane.

Entrechocaron las copas una vez más.

Viernes, 19.46

Gavin torció el gesto mientras colgaba el teléfono. Había reconocido la voz chillona de Candy. No solo no le gustaba nada, sino que era un peligro.

Así pues, Sammi estaba de marcha en Brisbane. Sabía la clase de cosas que Candy hacía; Sammi le había contado historias que conocía de oídas sobre las hazañas de su amiga, y algunas le habían hecho enrojecer. Aunque Sammi no era así y él confiaba en ella, aquello lo inquietó.

Viernes, 21.10

Cuando estuvieron preparadas para iniciar su aventura nocturna era la hora en que Sammi solía irse a dormir. Los margaritas la habían reconfortado y estaba lista para divertirse.

Al salir, Candy le enseñó dónde estaba la copia de la llave para que pudiera entrar a cualquier hora. Y para que no tuviera que esperar por ella. Había habido muchas noches en las que Sammi había vuelto sola porque Candy había ligado. Eso no la molestaba; no era de las que dependía de nadie.

Las dos ya estaban bastante achispadas cuando subieron al taxi. Sammi sabía que tendría que echar el freno o no aguantaría toda la noche. Fue fácil; en cuanto llegaron a la primera discoteca fueron directas a la pista de baile. Sammi se dejó arrastrar por el entusiasmo, disfrutando de la música y la multitud, bebiendo cócteles de baja graduación escandalosamente caros y observando a Candy lucir el palmito y a los hombres pululando a su alrededor. Por primera vez en todo el día, Sammi se relajó. Ella y Candy tenían un sentido del humor parecido, y se rieron de lo lindo. Fueron de una discoteca a otra a criterio de Candy, cuyas decisiones se fundamentaban en el rumbo que tomaban los tíos más buenos.

A las dos de la madrugada Sammi había frenado del todo y ya llevaba dos rondas a base de agua. Se sentó en un taburete en la barra y vio a Candy acercarse dando brincos. Su amiga le habló al oído, levantando la voz para que la oyera por encima de la música ensordecedora.

—¿Ves a ese tío de allí, el de la camisa roja? Se llama Matt o Nat. Y tiene un amigo que también está

bastante bueno. Pues es promotor inmobiliario y conduce un Porsche y quiere que vayamos con él a otro bar.

Candy bajó la voz y Sammi aguzó el oído para oírla.

—Es un lugar un poco venido a menos, pero está cerca de mi casa, así que estaremos como en casa. ¡Es hora de darnos un garbeo en Porsche!

Sin esperar respuesta, agarró a Sammi por la mano y la arrastró hacia su nuevo amigo. Los cuatro zigzagaron entre la gente y salieron afuera.

Efectivamente, Matt tenía un Porsche, aunque era un cuatro por cuatro urbano, no un deportivo. El amigo de Matt, Wayne, acabó conduciendo para que Matt pudiera intimar con Candy en el asiento trasero. Eso dejó el asiento del acompañante para Sammi.

—¿Estás borracho? —le preguntó ella a Wayne sin preámbulos cuando este ocupó el asiento del conductor.

—¡Relájate, tía! —se oyó gritar desde atrás.

—Estoy sobrio, he venido solo para llevaros —le aseguró Wayne cuando puso en marcha el motor.

Sammi trató de ignorar los sonidos lascivos procedentes del asiento trasero y empezó a hablar con Wayne, a quien parecía divertirle la situación. Sammi se aseguró de mencionar a su novio; no quería que Wayne se hiciera una idea equivocada. Además, estaba cansada y casi a punto de poner fin a la noche. Echando un vistazo al asiento trasero, supuso que se iría sola a casa.

Se detuvieron en el aparcamiento de lo que parecía una taberna. Sammi no conocía Brisbane muy bien y no tenía ni idea de cuán lejos estaban de casa de Candy. No obstante, sabía su dirección y, tras un trayecto en taxi, no tardaría en estar buscando la llave oculta en casa de Candy.

Cuando Matt y Candy se desenredaron y se apearon, Sammi miró alrededor. No era la clase de lugar que habría escogido un promotor inmobiliario de altos vuelos. Un neón imitación de un pub inglés proclamaba que se llamaba La Cabeza del León.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Matt dijo:

—No es gran cosa, pero sí adecuado para estas horas de la noche. Es tranquilo, así que podremos deshacernos de la gente y llegar a conocernos mejor.

Y con este comentario, le pellizcó el culo a Candy, que soltó una risita tonta.

—Además, Candy me dijo que vivís en Forest Lake, así que estáis cerca de casa.

Que pensara que vivían juntas, por lo que a Sammi concernía, eso estaba bien. Seguramente aquel tío esperaba que su siguiente parada fuera el dormitorio de Candy.

Entraron, y Sammi tardó un momento en acostumbrarse a la tenue iluminación. Había unas cuantas personas en la barra, y un pequeño grupo en la pista de baile. Era la hora en que la gente se enrolla o se va a casa. Candy y Matt fueron derechitos a la pista, se rodearon mutuamente con los brazos y empezaron a balancearse mientras se besaban.

Wayne se acercó a ella y empezó a hablarle de la música, y de buenas a primeras su mano estaba apoyada en la parte inferior de la espalda de Sammi, justo por encima de las nalgas. Ella se la apartó y se volvió, de manera que el individuo se quedara mirándole el hombro. Una parte de Sammi sintió ganas de que Gavin estuviera allí con sus brazos fuertes, en vez del tal Wayne y sus manos escurridizas y su peste a sudor.

Sin inmutarse, él se dirigió a la pista de baile en dirección a la pareja. Agarró a Candy por detrás y la apretó, emparedándola entre Matt y él. Candy soltó una risotada, echó la cabeza sobre el hombro de Wayne y le besó la mejilla cuando él la besó en el cuello.

A Sammi le quedó claro que allí sobraba. La noche había terminado para ella. Fue hasta la barra y pidió una Coca-Cola. Quería despejarse un poco más antes de regresar a casa de Candy.

Se apoyó en la barra y observó la pista de baile. ¿Se los llevaría Candy a casa? La idea la horrorizó. Seguro que armarían jaleo. La noche de juerga con Candy había sido genial, pero en ese momento

desearía estar a salvo en casa y en su propia cama, con Gavin roncando suavemente a su lado. Observó a su amiga perreando con aquellos dos extraños y la compadeció por no haber encontrado a alguien como Gav.

Su enfado con Gavin se había desvanecido, y todas las razones por las cuales lo amaba recuperaron su vigencia. Sí, sí, tal vez ella había sacado las cosas de quicio. La había pillado por sorpresa cuando le sugirió que juntaran sus cuentas bancarias. Sammi jamás había pensado en tal cosa. Siempre había ganado su dinero y lo había gastado como lo consideraba conveniente. Luego había insistido en que ella se cambiara a su banco porque tenía mejores condiciones. Todo era lógico, pero a ella le había parecido una táctica para controlarla, algo que no tenía nada que ver con el dinero.

Con un sobresalto, recordó que había pasado algo parecido la primera vez que Gavin le había sugerido que se fueran a vivir juntos. También habían tenido una pelotera tremenda. ¿Es que no confiaba en él? ¿O le estaba pidiendo más de lo que ella estaba dispuesta a dar? Sammi no lo sabía. Sola y medio bolinga en un antro como aquel, tampoco era el momento de ponerse a reflexionar esas cuestiones.

—Me parece que se han deshecho de ti —dijo una voz a su lado.

Miró y vio que era el camarero. No había mucha gente en el barra, y ella no se había movido desde que le sirviera el refresco.

Le dedicó una sonrisa forzada por educación.

—Eso parece, ¿no? —respondió.

—¿Sabe ella lo que está haciendo? —preguntó el camarero, señalando con la cabeza a Candy.

—Sí, ya es mayorcita y sabe cuidar de sí misma.

—¿Y qué pasa contigo?

Sammi negó con la cabeza.

—No he venido aquí a ligar —respondió, haciendo un gesto hacia los contorsionistas de la pista de baile.

—No; me refiero a que si estás bien. Va a ser una noche larga si la vas a esperar.

—Estoy bien. Me marcharé pronto a casa —le aclaró Sammi.

Calculó que el camarero era un poco mayor que ella, de unos treinta y cinco años. ¿Le estaba tirando la caña? Tenía el pelo negro y corto y lucía una perilla pulcramente recortada. El amarillo de sus dientes era el de un fumador empedernido. No estaba gordo, aunque parecía un poco fofo alrededor de la cintura. Nada en él la atrajo.

—Bueno, me llamo Don —dijo él, inclinándose sobre la barra para darle la mano.

Ella se la estrechó con indecisión, mirándolo con aire burlón.

Don se rio.

—No trato de tirarte los tejos —dijo—. Lo que ocurre es que a estas horas todo el mundo suele estar demasiado beodo para mantener una conversación. Y tú pareces lo bastante sobria para charlar.

—Sí, creo que toqué techo demasiado pronto. No hago esto muy a menudo. Mi amiga lleva esta vida, pero yo ya lo tengo bastante superado. Fue divertido durante un rato, pero mi hora de acostarme pasó hace muuuucho.

—Llevo toda la noche escuchando a los borrachos que intentan pedir copas por encima del ruido de la música. —Y se inclinó sobre la barra con aire cómplice para hablarle—. A veces, si no consigo entender lo que quieren y estoy harto de preguntar «¿qué?», les doy cualquier cosa y veo si vuelven a quejarse. Nunca lo hacen.

Sammi soltó una carcajada.

—No te gusta este trabajo, ¿eh?

—Está bien. Me gusta la música que ponen y es interesante observar a la gente. A veces hasta hay un poco de espectáculo. —Hizo un gesto hacia Candy y sus dos acompañantes en la pista—. No obstante, hay que andarse con ojo.

—A Candy no le pasará nada, o al menos eso me dice siempre. Sucede que le gustan los hombres, nada más —señaló ella.

Don sonrió.

—Entonces parece que todos salen ganando.

Sammi le dio un trago a su bebida.

—Sí. Pero la noche se acabó para mí. Un placer hablar contigo, Don.

—Hasta luego —musitó él cuando ella se dirigió a la pista de baile.

Sammi apartó la mano de Candy del culo de Matt y se la apretó para llamar su atención. El hombre le lanzó una mirada asesina cuando tuvo que soltar a Candy.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído a su amiga.

—Claro, esto es el no va más. Estos chicos cuidarán de mí. —Lo dijo arrastrando ligeramente las palabras.

—Me voy a casa. ¿Quieres venir? —Sammi ya sabía la respuesta, pero quería oírla de su amiga.

—No, ve pasando y no me esperes despierta —respondió Candy, y le dio un beso en la mejilla.

Sammi dijo adiós con la mano a los chicos, que ya estaban tirando de Candy para volver a sobarla, y se marchó.

Pasó junto al gorila de la puerta. Este le estaba negando la entrada a un muchacho que apenas parecía lo bastante mayor para salir solo de noche. El adolescente se balanceaba sobre los pies y llevaba la bragueta abierta. Empezó a discutir con el gorila, pero no hubo ninguna duda de quién sería el perdedor cuando empezaron los empujones y zarandeos. Sammi se escabulló por su lado y se alejó del estrépito de la música.

Por lo que sabía, debía de estar a unos minutos y unos dólares en taxi de casa de Candy. Le habría gustado caminar; una caminata a paso ligero le despejaría la cabeza y la ayudaría a dormir. Pero no estaba segura de qué dirección seguir, y no quería correr el riesgo de perderse. Localizó en su móvil el número de la compañía de taxis local que Candy le había dado durante sus preparativos para la salida nocturna.

Mientras se alejaba del ruido del bar se percató de un lento movimiento a su derecha. Una vieja camioneta blanca se detuvo a su lado. Era un vehículo de apariencia extraña, con la caja trasera cerrada por una cubierta hecha de paneles de chapa estriada. La ventanilla del acompañante estaba bajada, y el conductor se inclinó hacia ese lado para hablarle.

—Eh, Sammi, ¿necesitas que te lleven?

Ella reconoció al camarero de la taberna. ¿Cómo se llamaba? ¿Dan? ¿Don? Sí, Don. Se paró y se dio la vuelta.

—Hola, Don. No; estoy a punto de llamar a un taxi, pero gracias de todos modos.

—A estas horas de la madrugada esperarás un buen rato. Seguro que no sería un buen final de fiesta —bromeó él.

—La verdad, sabiendo cómo funciona mi amiga, ya me lo esperaba —repuso ella y sonrió.

—Me sentiría más tranquilo si pudiera llevarte —insistió él—. Esperar un taxi te llevará una hora, y a estas horas de la noche circula un personal poco fiable.

Como si hubiera estado esperando una señal, apareció un turismo rojo. Un adolescente sin camisa y con medio cuerpo fuera de la ventanilla del acompañante gritó «¡Enseñanos las tetitas!» cuando el coche pasó por su lado.

Don ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

—Venga, te llevo a casa.

Sammi dudó. No quería quedarse allí a esperar un taxi. Pero aquel hombre era un extraño, aunque estaba segura de que podría cuidar de sí misma si intentaba algo. Además, sabía dónde trabajaba.

—Vale, si insistes —cedió finalmente.

Subió al vehículo y se puso el cinturón de seguridad. La cabina de la camioneta olía a tabaco rancio y a perro mojado. Sammi se alegró de no tener que ir lejos. Miró a Don y se obligó a sonreír. Él cogió una botella de Coca-Cola, una de las dos colocadas en los sujetavaso.

—Las cogí al salir del bar. ¿No era lo que estabas bebiendo? Elimina el humo y el sudor —dijo él mientras desenroscaba el tapón y le entregaba la botella.

Sammi sonrió.

—Gracias de nuevo.

—¿Adónde? —preguntó Don.

—Me va bien que me dejes en el centro comercial.

Él asintió con la cabeza y giró en redondo.

La casa de Candy estaba a la vuelta de la esquina del centro comercial. Sammi sabía que podría encontrar el camino desde allí; solo sería un paseo de un par de minutos. No había ninguna necesidad de darle a Don la dirección de la casa.

Circularon durante unos minutos, charlando sobre el bar y lo que había ocurrido. Para Sammi era cada vez más difícil concentrarse en la inocente charla. Sentía la boca seca y tenía una sed de mil demonios. Se acabó la Coca-Cola de un trago; la cabeza le dio vueltas cuando la echó atrás para vaciar las últimas gotas. Sintió náuseas y, aunque percibió que Don seguía hablándole, ya no le encontró sentido a sus palabras.

Lo miró y le pareció que se le estaba derritiendo la cara; las gotas le resbalaban y le caían en el regazo. A Sammi se le empezaron a cerrar los párpados, sordos a su voluntad. La frente se le perló de sudor y sentía las piernas plúmbeas, como si la sangre hubiera sido reemplazada por cemento a medio fraguar.

Algo marchaba muy mal. Aquella sensación no era la de estar bebida. Se volvió para mirar por la ventanilla y el mundo se tambaleó violentamente. Los semáforos parecían soles que estallaban, lo que le hizo cerrar los ojos con fuerza para evitar que la deslumbraran. Se iba a desmayar y no podría evitarlo. Se obligó a abrir los ojos una vez más, y miró a Don en busca de ayuda. Percibió entonces una mueca burlona en su rostro, pero era demasiado tarde para hacer algo.

Cuando se sumió en la inconsciencia, lo último que vio fue la expresión sardónica de Don.

Sábado, 04.18

Don dio otra una vuelta a la manzana. Había conducido más despacio los últimos minutos mientras esperaba a que el Zolpidem hiciera efecto. Ahora estaba a pocos kilómetros de su casa. Aquella estúpida zorra ni siquiera se había percatado de que él se había dirigido en dirección opuesta al centro comercial. Había conducido en círculos cada vez más pequeños alrededor de su casa. Cuanto más sucumbía ella a los efectos del medicamento, menores los círculos. Quería estar seguro de que estuviera insensible antes de detenerse. Tardó más de una hora en asegurarse de que la chica estaba más que grogui. Tenía tiempo de sobra para llegar a casa y empezar con los preparativos.

Encendió un cigarrillo y echó un vistazo a la figura inconsciente. Ahora que podía estudiar su cara, le pareció mayor de lo que había pensado en principio, puede que alrededor de veinticinco años. Estiró el brazo, le pasó la mano por la rodilla y le apretó el muslo. Estaba en forma; percibió la firmeza de los músculos de su pierna. Supuso que sería un poco peleona, lo cual pondría las cosas más interesantes. La simple idea le provocó un leve estremecimiento.

Tendió la mano y le cogió el bolso, que ella llevaba en el regazo. A esas horas de la noche las calles estaban tranquilas; daba lo mismo si zigzagueaba un poco. Si por casualidad lo paraban los polis, les diría que su pobre novia había bebido demasiado y se había quedado roque, y él daría cero en la prueba

de alcoholemia.

Entró en el camino de acceso a su casa y abrió la puerta del garaje. En cuanto apagó el motor, abrió el bolso de la chica y sacó su móvil. Miró la pantalla y comprobó si había mensajes o llamadas perdidas. Lo apagó y revisó el bolso. Encontró el carnet de conducir, con el nombre completo y la fecha de nacimiento de Sammi.

—Samantha Leigh Willis —susurró, saboreando las palabras como si fueran un vino de reserva—. Veintiséis años.

Sí, sería perfecta.

Sábado, 05.50

Sammi ni siquiera estaba segura de encontrarse despierta. Le dolía un lado de la cara y se concentró en el dolor, porque sabía que era real. Sentía los ojos como si se los hubieran cerrado con abrazaderas, y cuando por fin logró abrirlos con dolor, no le sirvió de nada. Una oscuridad densa y sofocante la envolvía. No era capaz de pensar, no podía recordar lo que había sucedido, pero un instinto visceral la apremiaba a despertarse.

Su cuerpo estaba siendo sacudido, y se golpeaba la cara contra un suelo metálico. Algo rígido le presionaba la espalda entre los omóplatos.

Las náuseas eran insoportables. El estómago se le contrajo y le subió la primera arcada de vómito. Solo entonces se dio cuenta de que tenía la boca sellada. Empezó a atragantarse con el vómito, que había retrocedido al no encontrar salida. Intentó toser, tratando de expulsar la materia que se le había introducido por el conducto nasal. Tragó saliva con dificultad y resopló por la nariz para limpiar el conducto. Tratando de ignorar el olor del esputo y la bilis, hizo varias inspiraciones largas.

El miedo creciente la ayudó a despejarse, y sus pensamientos se concretaron lentamente a través de la neblina.

La habían amordazado con cinta adhesiva. Cuando intentó llevarse una mano a la boca, se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda. Inhaló todo el aire que pudo y cerró los ojos. Se quedó tumbada allí, tan inmóvil como las sacudidas se lo permitían, concentrándose únicamente en la siguiente inhalación profunda. No supo cuánto tiempo permaneció allí tumbada, sin hacer otra cosa que respirar tratando de controlar las náuseas. Lentamente, cuando las ganas de vomitar empezaron a remitir, logró centrarse y empezó a tomar nota de su entorno.

Estiró despacio las piernas y sintió cierto alivio al comprobar que podía moverlas en diferentes direcciones. Adelantó el pie derecho y tocó una pared; al estirar la pierna izquierda chocó contra otra pared. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, pudo distinguir algunas líneas y puntitos de luz tenue. El constante e inconfundible zumbido de un motor se fue abriendo camino en su conciencia.

Intentó darse impulso para sentarse haciendo fuerza con los codos contra la pared que tenía detrás. Esta no era lisa, sino del mismo metal que el suelo, y su superficie era acanalada. Una sacudida del suelo la envió de vuelta al piso con un ruido sordo, y un leve gemido ascendió por su garganta. Maniatada a la espalda, no había manera de sujetarse.

Las piezas revueltas del rompecabezas empezaron a ordenarse lentamente. El bar; Candy con aquellos dos tipos; la camioneta del camarero; una botella de Coca-Cola; la malvada sonrisa del camarero, y luego solo oscuridad.

Ya estaba segura de encontrarse en la caja con cubierta de la camioneta blanca.

Solo había una explicación para que hubiera perdido el conocimiento: la habían drogado. Había subido por voluntad propia a la camioneta y ahora estaba atada y amordazada en la trasera del vehículo. No le cupo duda de que el camarero iba al volante.

La bilis le subió a la garganta cuando la gravedad de la situación se le hizo patente. Intentó respirar regularmente. Si vomitaba, lo más probable es que muriese asfixiada. Solo los famosos morían de esa manera, ahogados en su propio vómito en habitaciones de hoteles de lujo rodeados de bebidas alcohólicas y pastillas. Cerró los ojos y notó el frío metal vibrando bajo su cuerpo. Bien, ahora tenía que conservar la calma.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? En el momento no había parecido una insensatez: el barman del

local en el que había estado la acercaba a casa en coche. Ya estaba casi sobria, le había parecido que tenía el control de sí misma y ni siquiera había considerado la rapidez con que podía ser reducida al desamparo y la indefensión.

Apretó la cadera contra el suelo, para ver si se había metido el móvil en el bolsillo de los pantalones en lugar del bolso. Nada. Por lo que recordaba, no llevaba nada en los bolsillos. Se meneó un poco por el suelo, aunque dudaba que él le hubiera dejado el bolso. Había pensado en todo, puede incluso que no fuera la primera vez que lo hacía.

Por las rendijas donde la cubierta se unía a la caja de la camioneta se filtraba una tenue luz. Fuera estaba amaneciendo. Si había salido del bar alrededor de las cuatro y amanecía a eso de las seis, seguramente había estado inconsciente unas dos horas. O tal vez un día y una noche enteros.

Comprobó la presión de la cinta adhesiva que le mantenía unidas las muñecas. Tenía los brazos colocados uno encima del otro, con la mano izquierda apoyada en el antebrazo derecho y el dorso de la derecha apretado contra la cara interior del antebrazo izquierdo. Aun así notaba la correa del reloj en la muñeca izquierda, aunque no le servía de nada.

Giró sobre la espalda, aplastándose los brazos bajo su peso. Se contoneó, bajando los hombros para ver si podía deslizar las muñecas bajo las nalgas y sacarlas por delante del cuerpo. Fue inútil. Movié la cabeza a izquierda y derecha buscando distinguir el interior de la camioneta. Seguía teniendo puestos los zapatos, de tacón y tiras, los cuales se quitó a patadas. Apoyándose contra la puerta trasera de la camioneta, estiró los pies hacia delante, deslizándolos por el suelo. Los dedos tocaron con la cosa dura que le presionaba la espalda cuando se había despertado. Reconoció una rueda y deslizó el pie por los radios hasta una horquilla frontal. Era demasiado grande y pesada para ser de bicicleta; allí había una moto. Pese a las sacudidas que hacían que se golpeará contra los laterales de la caja, la máquina no se movía, lo que indicaba que estaba amarrada. Y a juzgar por el tamaño del dibujo de los neumáticos, se trataba de una moto todoterreno.

Al lado, encajadas bajo las correas de la motocicleta, había unas cajas de almacenaje con las tapas puestas. Allí podría haber herramientas. Pero a ella le resultaría imposible conseguir abrir las tapas.

¿Qué sabía ella de su secuestrador?

Que se llamaba Don y que era barman de la taberna La Cabeza del León, así que estaba lo bastante cuerdo para mantener un trabajo. Tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, y conducía una Toyota Landcruiser blanca con la caja cerrada.

¿Y qué sabía él sobre ella? Ignoraba su nombre y dónde vivía. Sammi pensó que ni siquiera le había mencionado el nombre de Candy.

Entonces cayó en la cuenta de que él tendría su bolso. Cerró los ojos para hacer inventario mental de su contenido. Su carnet de conducir, la tarjeta de crédito y el móvil, además de unos cuantos billetes y monedas. Sammi no se había llevado la cartera consigo para no perder todo en caso de extravío o robo. Su dirección constaba en el carnet de conducir.

Pero sabía que no estaba en la trasera de aquella camioneta porque él quisiera robarla. Aquello no tenía nada que ver con un atraco. Así pues, tenía una cosa a su favor, algo que él no sabría: estaba segura de que en su bolso no había nada que le revelara al hombre que ella era policía.

Sábado, 06.40

Gavin apenas durmió. Seguramente fuera el enfado sin resolver lo que le había mantenido dando vueltas y más vueltas toda la noche. Aquello y el espacio vacío en la cama. Por lo general, únicamente dormía solo cuando Sammi tenía el turno de noche.

Había dormitado un par de horas antes de que la pálida luz del amanecer lo despertara. No se había

movido desde entonces, limitándose a permanecer entre las sábanas. Lo primero que hizo fue coger el móvil de la mesilla para comprobar si había un improbable mensaje. En ese momento su móvil estaba sujeto en su mano bajo el edredón, por si sonaba.

Una sensación de malestar había mantenido su mente activa toda la noche. Estaba preocupado, aunque no era capaz de precisar exactamente la razón. No estaba seguro de si era por la pelea que habían tenido o por la impresión de que ella no confiaba lo suficiente en él. Lo único que quería era seguir llamando al número de Sammi hasta que lo cogiera y él supiera que se encontraba bien. Tenía el molesto presentimiento de que le había pasado algo.

No obstante, hacer sonar su teléfono a las siete menos cuarto de la mañana, después de una noche de marcha en la ciudad, la pondría aún de peor humor. No le importaba que hubiera salido, aunque a esas alturas ya se habrían besado y hecho las paces.

Sabía que Sammi empezaba su turno a mediodía. Siempre le descargaba en su teléfono la lista de turnos para que él supiera en cuál estaba. Ella se tomaba su trabajo muy en serio y, antes de llamar con alguna excusa porque estuviera resacosa y cansada, se arrastraría hasta la comisaría.

Era una localidad pequeña. Era muy probable que a esas horas alguien más supiera que había estado fuera de casa toda la noche. Los del turno de noche solían darse una vuelta por las casas de sus compañeros y habrían visto que su coche no estaba en el garaje ni en el patio. Sammi sabía todo eso. Si no aparecía para su turno después de haber pasado la noche fuera, habría problemas, y no solo por parte del jefe. Su reputación ante los colegas saldría dañada por fallarle al equipo y ser una blanda. Entre los compañeros de Sammi reinaba la bravuconería. Era una cuestión de prestigio que salieras de juerga por la noche y que aun así luego te presentaras a trabajar. Siempre serían mejor las tomaduras de pelo inevitables si aparecía en el trabajo con resaca que los comentarios insidiosos por no aparecer.

Él confiaba en Sammi, pero ella estaba con Candy. Solo había visto a su amiga un par de veces, pero sabía de lo que era capaz. Y sabía que salir con Candy era la forma que Sammi había escogido de castigarlo.

Hizo algunos cálculos. Candy vivía en las afueras al oeste de Brisbane, sus buenas tres horas en coche. Sammi tendría que levantarse y ponerse en camino alrededor de las nueve menos cuarto. Conociéndola, sabía que no querría ir demasiado justa de tiempo. Miró el radiodespertador. La llamaría a las ocho y cuarto; hasta era posible que le agradeciera una llamada para que ella no llegara tarde. Se dio la vuelta y cerró los ojos. Fingió que Sammi estaba a su lado y procuró relajarse.

Sábado, 06.50

La niebla de la droga se había disipado un poco. Sammi trató de concentrarse. Era el momento de elaborar un plan. No sabía cuánto tiempo más estaría dando tumbos en la trasera de la camioneta, aunque sí sabía que necesitaría todo su ingenio una vez que el vehículo se detuviera. Tendría que pensar deprisa.

Debía ceñirse a la serenidad y el pragmatismo. Después de todo, para eso la habían entrenado. Era agente de policía desde hacía seis años. Se había incorporado a la policía de Queensland después de un intento fallido de hacerse contable. Había terminado dos años de la carrera de Económicas antes de darse cuenta de que se estaba condenando a interminables jornadas encerrada en una oficina. Había presentado la solicitud para la policía cuando estaba a mitad de carrera y la habían aceptado de inmediato. Había dispuesto de unas vacaciones de dos semanas para pasar de una casa compartida con universitarios a incorporarse a una unidad de reclutamiento en la Academia de Policía de Oxley.

En su primer día de guardia en la comisaría, que era una especie de prácticas laborales para los aspirantes, supo que había hecho la elección correcta. Le encantaba lo inesperado y presentarse para misiones sin saber qué sucedería una vez se apeara del coche. Disfrutaba conduciendo deprisa, con las

luces y las sirenas puestas, mientras el tráfico se apartaba. Se crecía con las descargas de adrenalina cuando acudía a apaciguar una riña a puñetazos, sujetando el aerosol de pimienta y tratando de distinguir a los buenos de los malos. Aunque nunca era tan sencillo. También disfrutaba cogiendo a las dos partes de una disputa, analizando lo que le decían y decidiendo quién mentía y por qué.

También se estaba convirtiendo en una buena negociadora. Durante el primer año, su supervisor le repetía: «Nunca empieces una pelea que no puedas terminar.» Puesto que era una mujer de estatura media, y que la gente que buscaba pelea eran mayormente hombres, se había especializado en apaciguar al personal. Separar, escuchar, serenar.

Aunque había participado en muy pocas peleas les había puesto fin a todas, a veces con algo de ayuda. Esa era una de las otras cosas buenas de ser policía: siempre había alguien que te cubría la espalda. Rara vez trabajaba sola y siempre la consolaba saber que si fracasaba, su compañero seguiría donde ella lo dejara. Era una norma no escrita: aunque no te gustara especialmente tu compañero de turno siempre lo apoyabas. El uniforme azul unía, y podías contar con quienquiera que estuvieras.

En ese momento, sola y en apuros, Sammi sentía como si tuviera a alguien a su lado. Sabía que cuando no apareciera en el trabajo, alguno de sus colegas empezaría a hacer llamadas, y muy pronto diez mil polis de todo el estado estarían en alerta por ella. Eso la hizo sentirse ligeramente mejor. Solo tenía que darles un poco de tiempo para que la localizaran.

Sabía que tenía que poner de su parte para ayudarles a encontrarla. Dejar pistas allá donde pudiera, un rastro que se pudiera encontrar, hacerles saber que había estado en la trasera de aquella camioneta. No tenía atadas las muñecas con demasiada fuerza, al parecer con cinta de embalaje. Empezó a retorcer las manos, haciéndolas girar en direcciones opuestas; aunque no lograra liberarse, aflojaría las ataduras. Con cuidado, se balanceó sobre las rodillas. Levantó las muñecas atadas todo lo que le permitieron las articulaciones del hombro. Flexionó una pierna y se apoyó en un pie para impulsarse hacia arriba. Manteniendo la cabeza gacha e intentando conservar el equilibrio mientras la camioneta seguía dando botes, extendió las manos y apretó las palmas contra el techo de la cubierta. Se aseguró de dejar allí un juego completo de huellas dactilares antes de que un bache de la calle la desestabilizara, arrojándola al suelo. Impedida de extender las manos para agarrarse, pegó la barbilla al pecho y recibió el impacto en la frente, no en la cara. Fue un golpe doloroso, pero se concentró en la tarea que se había impuesto. Extendió los brazos hacia los lados y dejó tantas huellas como pudo en tantas superficies como fue capaz de alcanzar. Si la caja del vehículo se limpiara alguna vez, podrían perderse algunas. La huella de un dedo meñique sería suficiente para identificarla. Cualquier agente de la Científica podría confirmar que ella había estado allí.

Era un buen comienzo.

Miró la motocicleta amarrada. ¿Había estado allí cuando subió a la camioneta? Era evidente que él la había llevado a algún lugar discreto donde pudo trasladarla del asiento a la parte trasera. Tal vez hubiera recogido la moto por el camino. Así que esta seguramente formaba parte de sus planes. Sammi no sabía lo suficiente de mecánica para inutilizarla, aunque seguramente si descolocaba algo, un manguito o un cable, eso podría retrasarle. El tiempo era crucial para ella; tiempo para que sus colegas unieran las piezas del puzle y la rescataran.

Se preguntó si ya habría empezado alguien a buscar. ¿Habría llegado Candy a casa? ¿Se habría dado cuenta de que ella no estaba allí? ¿Cuánto tardaría Gavin en empezar a llamar de nuevo?

Cerrando los ojos, se lo imaginó, visualizando cada detalle de su cara. ¿Por qué se había puesto tan furiosa por una simple cuenta bancaria? Ella le daría hasta el último centavo que tuviera si él llegara a necesitarlo, y él haría lo mismo por ella. Sammi debería estar a salvo en su cama en ese momento, con Gavin encogido detrás de ella como un signo de interrogación. Sabía que él sería quien daría la alarma cuando ella no respondiera a sus llamadas y tampoco apareciera en su casa por la mañana. Gavin ocultaba su lado tierno —ella casi nunca lo necesitaba—, pero había visto reiteradamente la ternura de él

con su madre antes de que esta falleciera.

Fuera ya era de día; eso era todo lo que podía decir, pero no más. No tenía ni idea de cuánto tiempo más tendría que soportar aquel viaje. Los minutos rebotaban por la caja de la camioneta en un desbarajuste caótico. Por una parte deseaba que el vehículo se detuviera, pero sabía que mientras siguiera así nada peor le ocurriría. No tenía duda de que las cosas se iban a volver mucho más peligrosas en cuanto pararan.

Se retorció de acá para allá hasta que se quedó de rodillas con la espalda contra la moto. Entonces palpó los cables que descendían desde los manillares hasta el chasis. Los manoseó, intentando encontrar uno que estuviera en el centro y que por consiguiente fuera menos obvio. Cuando lo tuvo, le dio un buen tirón. No pasó nada. Intentó tirar de él hacia arriba echando el peso de su cuerpo hacia delante. Se oyó un chirrido cuando lo que fuera que sujetara el cable en su sitio cedió, soltándolo. Bajó los dedos por el cable e intentó volver a meter el extremo suelto entre el manojito de cables, de manera que no fuera evidente de inmediato. Aquello era lo máximo que podía conseguir. No tenía ni idea de qué cable acababa de soltar, ni siquiera de si eso impediría que la moto anduviera. Con la suerte que tenía, probablemente acababa de inutilizar un intermitente. Pero algo era mejor que nada. Aquello podía enfurecer al camarero, pero fueran cuales fuesen las consecuencias, quedarían compensadas por el tiempo que podría ganar. Volvió a dejarse caer lentamente de bruces sobre el suelo. Apretó la cara contra el frío metal y pensó. En ese momento, lo único que podía hacer era esperar y ver qué sucedía a continuación.

Sábado, 08.40

Gavin marcó el número del móvil de Sammi, pensando qué le diría cuando descolgara. Estaba seguro de que respondería. La pelea había sido el día anterior; ambos habían tenido tiempo de sobra para tranquilizarse. Le diría que la quería antes de que ella tuviera ocasión de colgar. Vale, su mujer había ganado, él se arrastraría. Había sido una noche muy larga, y se disculparía si eso implicaba que ella volviera a casa.

El buzón de voz saltó directamente. ¿Por qué estaba el teléfono apagado? Gavin no se molestó en dejar un mensaje. Su inquietud aumentó, pues no era propio de ella tener el teléfono apagado. No obstante, era probable que lo hubiera desconectado durante su noche en la ciudad y se hubiera olvidado de volver a encenderlo.

Rebuscó en el cajón de la mesilla de noche de Sammi y sacó una vieja agenda. Pasó rápidamente las páginas hasta que encontró el número de la casa de Candy. Esta contestó después de tres tonos. Gavin supuso que la había despertado, pero no pudo importarle menos.

—¿Dónde está Sammi? —preguntó sin preámbulos—. Tiene que ponerse en camino si quiere llegar a tiempo para su turno.

Gavin oyó que Candy llamaba a gritos a Sammi, con voz aguardentosa por el exceso de alcohol y la falta de sueño.

—No volvimos juntas a casa —le explicó Candy.

—Asómate a ver si su coche sigue ahí —pidió él. Gavin la oyó resoplar mientras se movía por la casa, abriendo puertas y llamando a Sammi.

—No la encuentro —le informó—, pero su coche sigue aquí.

—¿Dónde la viste por última vez? —preguntó bruscamente Gavin.

—Esto... en La Cabeza del León, en Inala.

—¿Y dónde está Sammi ahora? —preguntó él en tono hostil y contenido.

Hubo un instante de silencio.

—No lo sé —admitió ella.

Gavin tuvo que morderse la lengua para no soltarle un exabrupto.

—Bueno, ¿y entonces quién lo sabe? —preguntó Gavin, espetando cada palabra con claridad.

—Esto... —empezó Candy, antes de sumirse en un silencio de desconcierto.

Gavin colgó y arrojó el teléfono sobre el sofá.

Sábado, 08.50

La camioneta se detuvo con un bandazo. Sammi miró con alivio y temor cuando la rendija de luz de la parte trasera se ensanchó. La luz del día inundó la caja del vehículo. Parpadeó, medio cegada por el sol, pero no quiso cerrar los ojos. No vio la mano que la agarró por el tobillo y nada pudo hacer cuando tiró de ella hacia fuera. Le arrancaron la cinta de la boca con un solo movimiento que le escoció los labios y le anegó los ojos de lágrimas.

Muy a su pesar, el estómago se le revolvió y el vómito que tanto se había esforzado en contener salió despedido.

—Putas asquerosa —refunfuñó una voz de hombre.

La sacaron de la camioneta de un tirón y la dejaron caer al suelo a plomo. Otra arcada, y Sammi dejó que saliera más vómito. Sus ojos se acostumbraron a la luz y se quedó mirando un par de botas negras contra un fondo de matorrales. Se dio la vuelta sobre el costado para mirar a su secuestrador.

Era el camarero. Se había quitado los vaqueros y el polo y llevaba puestos una camiseta negra y unos pantalones de camuflaje metidos en unas botas militares. Sujetaba un gran cuchillo de caza cuya hoja plana y plateada se curvaba en la afilada punta.

Sammi respiró entrecortadamente.

—¿Ya has terminado de echar la pota, so furcia? —espetó él.

Ella asintió con la cabeza.

—No irás a intentar ninguna estupidez, ¿verdad? Estamos en medio del bosque. No hay adónde ir. Solo estamos tú y yo. Así que presta atención y haz lo que te diga.

Pareció quedarse esperando una respuesta, así que Sammi volvió a asentir con la cabeza. Entonces, sin previo aviso, se abalanzó hacia ella cuchillo en ristre. En una reacción instintiva, Sammi rodó tratando de meterse bajo la camioneta.

Pero no fue lo bastante rápida, y Don la agarró por el brazo. Soltó una risotada y la arrastró tirándole violentamente de la axila, pues ella seguía con las manos atadas. Parado detrás de ella, Sammi solo alcanzó a ver el reflejo de la hoja del cuchillo cuando se balanceó hacia abajo en un amplio movimiento. Sintió un dolor punzante en las muñecas, y sus manos quedaron liberadas. Las separó y las subió instintivamente hasta su cara. Soltó un grito ahogado cuando vio la sangre goteando de un corte en la muñeca donde él había rasgado la cinta.

—Ahora no te vayas a desangrar —se burló él—. La diversión todavía no ha empezado.

Sammi se puso un dedo sobre el corte para contener la hemorragia. Don metió la mano por la ventanilla abierta del vehículo, sacó un botellín de agua y lo arrojó al suelo delante de ella.

—Ahí tienes, toma un trago. Lo vas a necesitar.

Ella miró el botellín y luego a él.

—No, gracias. Creo que ya he picado una vez.

El hombre se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero lamentarás no beber algo ahora. Vas a necesitar todas tus energías.

Ella negó con la cabeza, ya por pura tozudez. Estaba sedienta. Entre el alcohol, la droga que le había dado y el regusto agrio del vómito, sentía la boca como la caja de arena de un gato.

Él regresó a la camioneta. Fue hasta la puerta del acompañante, y Sammi alcanzó a ver un movimiento a través de la ventanilla. Un perrazo marrón salió de un salto de la parte delantera. El animal vio a Sammi caída en el suelo y empezó a saltar en su dirección, la cola tiesa en el aire y las puntiagudas orejas adelantadas.

—Déjala —rugió el camarero, y el perro se detuvo a un par de pasos de ella, mirándola fijamente con sus ojos negros. Sammi no le devolvió la mirada. Le pareció que era un ejemplar de esos que los cazadores entrenan para abatir jabalíes. Tenía una cabeza grande y unas fauces terribles. Pesaría casi tanto como ella, calculó Sammi. No era una mascota familiar.

—Aquí —volvió a gruñir Don, y el perro se dio la vuelta y regresó a su lado. Don parecía tenerlo bajo control. Sammi se preguntó qué otras órdenes obedecería el can. Ella había tenido que acudir por un problema a una granja donde el granjero había adiestrado a uno de sus perros para que atacara a su orden. El aerosol de pimienta se había encargado del perro: una rociada en el morro para hacer que se diera la vuelta, y otra en el ano para que no parara de moverse.

Aunque allí no disponía de nada. Solo de su cuerpo, cerebro e ingenio. Rogó que fuera suficiente.

Sábado, 08.53

Candy se preparó una taza de café lenta y maquinalmente mientras intentaba disipar la niebla de la última noche. La llamada de Gavin le había creado confusión, y la angustia ya había empezado a corroerla. Repasó los acontecimientos de la noche, buscando pistas de por qué Sammi no estaba allí, y sin embargo su coche sí.

Trató de recordar las últimas palabras que le había dicho su amiga antes de marcharse, pero no era capaz de acordarse de otra cosa que de los mareantes besos con lengua y aquellos cuerpos sudorosos.

Si se hubiera enfadado con ella, ¿acaso Sammi no habría cogido su coche y se habría ido a casa? Sin embargo, todo seguía allí. Incluso su bolsa de viaje, junto a la cama de invitados, en la que nadie había dormido. No había ningún indicio sobre su desaparición.

Pero no era propio de ella. Sammi era la responsable, la que se aseguraba de que los demás llegaran a casa de una pieza. Candy era la que iba de salida y disoluta, la que iba por ahí sola y dejaba que algún desconocido la llevara a casa. Debía ser ella la desaparecida.

De pronto montó en cólera. Se levantó y entró como una exhalación en su dormitorio.

—¡Fuera! —gritó a un hombre desnudo que yacía en la cama y a otro que acaparaba toda la ropa de cama tirado en el suelo.

Los dos se incorporaron con dificultad al oír la orden. Ella cogió los zapatos y la ropa de ambos y se la arrojó a sus dueños.

—¡Ni siquiera sé cómo os llamáis! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

La pasión de la última noche se había evaporado con la luz de la mañana. Los hombres se vistieron apresuradamente y cogieron las carteras y las llaves antes de huir por la puerta.

Candy se ciñó el camisón y regresó a la cocina. Se sentía una inútil. Le temblaba la mano cuando cogió el café. Sencillamente, no sabía qué más hacer.

Sábado, 09.01

Dieron las nueve antes de que Gavin se dirigiera a la comisaría donde Sammi trabajaba. Después de haber pasado incontables horas dando cuenta de cervezas y salchichas en el patio trasero del edificio, conocía a todo el mundo. Además, gran parte de la plantilla llevaba sus coches a revisar al taller donde él trabajaba de mecánico.

El sargento de guardia le saludó cordialmente desde el mostrador. Gavin sabía que Bob Simpson era respetado y odiado a partes iguales en la comisaría. El hombre exigía que sus subordinados hicieran el trabajo de manera adecuada y profesional, como hacía él. La actitud de estos hacia Bob por lo general era un reflejo de su actitud hacia el trabajo. A los que les gustaba hacer las cosas de forma chapucera, invariablemente no les gustaba Bob, que siempre se ajustaba al reglamento.

Gavin siempre se había llevado bien con él. Pero no estaba seguro de si en ese momento eso facilitaría o dificultaría las cosas.

—Hola, grandullón, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Bob, tendiéndole la mano por encima del mostrador.

—Hola.

Hubo una pausa. Bob lo miró expectante; Gavin no sabía muy bien cómo empezar.

—¿Estás buscando a Sammi? Me parece que no empieza hasta las doce —dijo Bob para romper el silencio.

Gavin asintió con la cabeza.

—Sí, a las doce. —Respiró hondo—. ¿Sabes algo de ella?

—No. ¿Por qué?

—Creo que ha desaparecido.

Ya estaba. Lo había dicho. La angustiada preocupación que había estado alimentando toda la mañana había sido verbalizada.

El sargento lo miró un momento sin decir nada.

—Será mejor que pases. —Abrió la puerta que conectaba el vestíbulo del mostrador con la comisaría y lo condujo a su despacho.

Se sentaron.

—¿A qué te refieres con «desaparecido»? —preguntó Bob.

—No sé dónde está, y tiene apagado el móvil —explicó Gavin.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no sabes dónde está?

Gavin dejó de mirarse los zapatos y posó la mirada justo a la izquierda de la oreja de Bob.

—Anoche tuvimos una pequeña bronca. Nada serio, solo lo normal. Nos gritamos un poco y luego nos fuimos cada uno por nuestro lado.

Bob asintió con la cabeza. Todos los compañeros de Sammi sabían que ella y Gavin ocasionalmente se enfadaban y discutían. Pero también sabían que nunca había violencia. Todas las relaciones tenían sus más y sus menos, y unos cuantos gritos no significaban que hubiera problemas.

Sammi solía hablarle a Bob sobre Gavin. Ambos se llevaban bien a pesar de la diferencia de edad. Sammi siempre procuraba hacer de manera adecuada su trabajo y escuchaba los consejos que le daba su superior.

—¿Así que tuvisteis un cristo y ella se largó?

—Sí, yo me fui a correr y cuando regresé, se había ido. Igual que su cepillo de dientes y su bolsa de viaje. No he sabido nada de ella desde entonces. Estuve llamándola sin parar, y al final una de sus amigas atendió su teléfono y me dijo que Sammi iba a pasar la noche con ella. Es una amiga del colegio y vive en Brisbane. Se llama Candy y es una cabra loca. La saqué de la cama hace unos cuarenta y cinco minutos. Sammi no está allí, y ella no tiene ni idea de su paradero. El coche de Sammi sigue aparcado en su casa, y todo lo que puede decir Candy es que anoche Sammi no regresó a su casa.

—¿Y qué te hace pensar que su juerga de anoche no se convirtió en una juerga matutina? —preguntó Bob.

—Bueno, eso no es propio de ella... —empezó Gavin.

El sargento lo miró burlonamente, y Gavin se apresuró a continuar.

—Sé que siempre debes de oír lo mismo con las personas desaparecidas. Pero sabes que en este caso

es verdad. Conoces a Sammi. Sí, tuvimos una pelea, pero normalmente se le pasa enseguida. Quizá no quiera hablar conmigo, pero la verdad es que casi nunca apaga el teléfono. Suele dejar que salte el buzón de voz o me cuelga si sigue cabreada. Pero sobre todo estoy preocupado porque no va a llegar a tiempo a su turno. Ya son las nueve. Y empieza a las doce. Forest Lake está a tres horas en coche. Si quiere volver a tiempo para darse una ducha, cambiarse y llegar al trabajo quince minutos antes como hace siempre, tendría que haber salido de casa de Candy hace una hora. Sin embargo, su coche sigue allí, tiene el teléfono apagado y no sé nada de ella. Se puede enfadar conmigo tanto como guste, pero aun así no faltará al trabajo. Eso también lo sabes. Sabes que esto no cuadra.

Bob asintió con la cabeza.

—Deja que pruebe a llamarla. Si comprueba quién la llama, seguramente responderá si piensa que es cosa del trabajo.

Gavin asintió y le recitó los diez números. Salió directamente el buzón de voz. Tenía el teléfono apagado, aunque era posible que comprobara los mensajes.

—Hola, Sammi, soy Bob, del trabajo. ¿Me puedes llamar cuando oigas esto? Es sobre tu turno de hoy. Gracias. —Y colgó.

—Gracias —dijo Gavin—. Tienes razón. A ti te devolverá la llamada. —Cambió de postura en la silla—. Bueno, ¿qué más podemos hacer?

El sargento negó levemente con la cabeza.

—Mira, Gav, sinceramente, ella todavía no ha desaparecido legalmente, ¿vale? Lo siento, pero lo más probable es que anoche haya conocido a... —hizo una pausa, a todas luces buscando las palabras adecuadas— un nuevo amigo. Se habrá ido a casa con otra persona y ha perdido la noción del tiempo. Y la batería de su móvil se ha descargado, y la alarma no ha sonado. No te ha llamado porque sigue disgustada por la pelea que tuvisteis. Aparecerá aquí media hora tarde, con la ropa de anoche y balbuciendo excusas.

Bob lo explicó todo como si tal cosa.

—Tengo un mal presentimiento, nada más. Esto no es propio de ella.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, tío. Pero a veces todos vencemos nuestra timidez. Y solo porque no sea un comportamiento propio de ella, no significa que no lo haya hecho. Y nadie, salvo tú y Sammi, sabéis exactamente lo que ocurrió ayer por la tarde.

—Sí, pero... —Gavin no tenía otro argumento, aparte de la inquietud por no saber dónde estaba su mujer.

—Lo siento, pero tenemos que ser realistas. Me cae bien Sammi y siempre le echaría una mano. Pero lo que creo es que se está tomando un poco de tiempo para estar sola, y de paso quizás intente castigarte por la pelea de ayer. Estoy seguro de que no tardarás en saber de ella. Solo sé paciente un poco más —expuso Bob.

Gavin soltó un sonoro suspiro.

—Sé que no te tranquiliza oír esto, pero míralo de esta manera: si insistes en presentar una denuncia en personas desaparecidas, y resulta que Sammi solo llega tarde, ¿cuántos problemas crees que le va a ocasionar eso? En cuanto la denuncia se introduce en el sistema, se remite automáticamente a la Oficina de Personas Desaparecidas de Brisbane. Y tan pronto como saquen su nombre, verán que es una poli. Se informará a todos los jefes, y habrá muchas preguntas que hacer. Me parece que no os haría ningún bien a ninguno de los dos —explicó Bob—. Déjalo en mis manos durante una hora. Seguiré insistiendo con su teléfono, y le daremos un poco de margen para que aparezca.

—Vale, de acuerdo. —Gavin se frotó los ojos. Había sido una noche dura, y la falta de sueño quizá le estaba nublando el juicio, llevándole a sacar las cosas de quicio. Eso y aquella intranquilidad de la que no parecía poder librarse—. Gracias —dijo y se levantó.

Los dos salieron juntos. Gavin hizo un gesto hacia el pasillo trasero.

—He dejado el coche en el aparcamiento del personal. ¿Te importa si salgo por atrás?

—Por supuesto que no —respondió Bob.

Gavin conocía bien la comisaría. La puerta trasera que daba al aparcamiento lo condujo hasta el apartamento policial. Este consistía en cuatro dormitorios, una cocina común, una sala de estar y una zona de aseo. Lo habían construido especialmente para atraer a los oficiales a fin de que trabajaran en la comisaría.

Una habitación allí implicaba no tener que pagar un alquiler. Pero también significaba una cocina donde las salpicaduras de comida se podían datar mediante la prueba del carbono-14, y las chancletas eran algo imprescindible para utilizar la ducha y los inodoros. En el peor de los casos, parecía un híbrido entre el apartamento de un soltero y una propiedad *okupa*.

Contiguo a la parte delantera había un patio con mesas, sillas y la barbacoa de rigor. El club social daba allí frecuentes funciones, y habían instalado una máquina expendedora de refrescos. Así que el otro inconveniente para vivir allí era que siempre tenías fiesta en tu casa. Todos los policías que trabajaban por turnos tenían auriculares para esta clase de eventualidades.

Gavin tuvo un momento de indecisión antes de dar unos golpecitos en la ventana del último dormitorio. La cortina estaba echada y la ventana cerrada. Uno nunca sabía cuándo un policía fuera de turno podía estar durmiendo. Pero aquello era importante.

Alguien descorrió la cortina y abrió la ventana. Aparecieron la cabeza y el torso desnudo de Tom Janusch.

—Hola, Gav —dijo.

—Hola, Tom. No te habré despertado, ¿no?

—Qué va, estaba viendo la televisión en la cama.

A Gavin le había caído bien Tom nada más conocerlo. Era difícil no hacerlo. Era un hombre de sonrisa rápida, al que le sobraba entusiasmo para casi todo, especialmente para su trabajo. Cuatro años en el Cuerpo y seguía yendo de aquí para allá como si acabara de salir de la academia, listo para la siguiente misión. Gavin sabía que Sammi consideraba a Tom un amigo, no solo un compañero de trabajo. Gavin confiaba en que él le tomara en serio.

—Tom, necesito ayuda. Creo que Sammi ha desaparecido —dijo.

Aquello borró la sonrisa de Tom, cuyas cejas se juntaron.

—He hablado con Bob, pero me ha dado largas —explicó Gavin.

—Espera —dijo Tom, y desapareció detrás de la cortina.

Dos minutos y una arrugada camisa más tarde, estaba en el patio sentado enfrente de Gavin.

—Hummm —fue todo lo que consiguió decir después de que Gavin terminara. Con expresión ausente, se mordió el interior del carrillo—. ¿Dónde has dicho que la vio su amiga por última vez? —preguntó.

—En La Cabeza del León, en Inala. Es una especie de pub o discoteca, no lo sé exactamente. La verdad es que no conozco Brisbane.

—Tengo un colega allí. Jake. Estuvimos juntos en la academia. Trabaja con los detectives de la División de Investigación Criminal. Podría llamarlo. Es posible que pueda acercarse al pub y hacer algunas preguntas.

Gavin esbozó una media sonrisa forzada.

—Tío, sabía que me ayudarías.

—Espérame un minuto.

Tom se levantó y volvió a entrar en el apartamento.

Gavin también se levantó y rebuscó en su bolsillo mientras se acercaba a la máquina de refrescos. Dudó un instante y miró la hora de nuevo. Se había pasado toda la mañana consultando el reloj, tratando de decidir cuándo acudir a la comisaría. Había sido una mañana larga, y parecía mucho más tarde de lo que en realidad era. Introdujo las monedas en la ranura y apretó el botón superior, que ponía: Birras. Una

Lata fría de cerveza cayó con un sonido metálico. Gavin la abrió y le dio un buen trago antes de volver a sentarse.

Al cabo de un instante, Tom reapareció muy sonriente.

—Eh, estamos de suerte. Mi colega tiene hoy el turno de día. Va a hacer algunas llamadas, se dará una vuelta por La Cabeza del León y comprobará si alguien vio a Sammi —dijo—. Y le he dicho que Sammi tenía que presentarse a trabajar a las diez, no a las doce. Así que se lo tomará en serio.

—Gracias, Tom —dijo Gavin, aliviado.

Como si le leyera la mente, Tom dijo:

—Sammi ya habría llamado si fuera a llegar tarde.

—Gracias, tío —repitió Gavin. Se puso a rebuscar una moneda en el bolsillo—. ¿Una cerveza? —le ofreció.

Tom miró la lata y luego su reloj.

—No, mejor que no. Empiezo a trabajar a mediodía.

—Igual que Sammi —dijo Gavin.

Sábado, 09.34

Don se inclinó sobre el asiento de la camioneta a través de la puerta abierta del conductor. Sammi le vio salir con una larga bolsa negra. Él la dejó en el suelo, abrió la cremallera y sacó un rifle de caza con mira telescópica. A Sammi se le heló la sangre. No obstante, se tragó el miedo e intentó mantener un semblante de indiferencia.

—Es una buena arma —dijo él, pasando la mano por la culata—. Un Weatherby ultraligero. Perfecto para llevar por el bosque y cazar. ¿Te gustan las armas?

Sammi supuso que estaba intentando hacerla reaccionar de alguna manera y lo último que quería era verlo salirse con la suya. No respondió, aunque él no parecía esperar ninguna respuesta y prosiguió:

—Antes venía aquí a cazar canguros y cerdos salvajes —le dijo. Hablaba con indiferencia, como si estuvieran matando el tiempo mientras esperaban en la parada del autobús. Aquello inquietó a Sammi casi tanto como lo que estaba diciendo.

—Pero me acabé aburriendo de eso. Encontrar un canguro y dispararle entre los ojos no supone ningún esfuerzo. Incluso si solo le alcanzas en el hombro y lo acechas en su huida, sigue sin ser necesaria ninguna destreza. Los cerdos salvajes son más difíciles, se necesita algo más para matar a un jabalí. Son listos, más que los perros, y mucho más malos. Pero aun así tampoco es demasiado difícil. Dos disparos entre las costillas y dejas que el perro acabe la faena. Quería un pequeño desafío. —Sus pupilas grandes y negras traslucían excitación—. ¿Serías capaz de echarme un pulso? ¿Eres más lista que un jabalí?

Sammi no pudo sostenerle la mirada. Su respiración empezó a acelerarse cuando empezó a comprender para qué la había llevado allí.

—Sé lo que me hago —continuó él—. Lo he hecho antes. Empecé con una fulana, ya que nadie las echa de menos. No era más que una puta inútil jodida por las drogas, y eso me hizo reflexionar para qué podía servir. Me preguntaba si sería tan lista como un canguro o incluso un jabalí. Así que la dejé huir, seguí su pista a través del bosque y al final la abatí. Fue demasiado fácil. No tuvo la menor oportunidad.

Mientras hablaba, se iba acercando a Sammi, sentada en el suelo. Se paró amenazante sobre ella y prosiguió. El muy cabrón estaba inspirado.

—La segunda zorra fue peor. Ni siquiera huyó, solo sabía tumbarse de espaldas. Estaba ahí, donde tú estás ahora, suplicándome que la dejara marchar, diciéndome que no acudiría a la policía. Menuda inútil. No servía para nada. Era más tonta que un cerdo salvaje. Un jabalí habría huido u opuesto resistencia. Ella ni siquiera se levantó, lo único que hizo fue llorar. Le rebané el cuello aquí mismo y dejé que se

desangrara. ¿Ves ese árbol? Está enterrada ahí debajo. —Señaló un eucalipto a unos cinco metros de distancia.

Muy a su pesar, Sammi miró hacia allí. No vio nada fuera de lo normal y se preguntó si no estaría intentando asustarla.

—De eso hace algún tiempo. Al final, resultó que servía para algo. ¡Para abono! Ese eucalipto ha crecido de maravilla.

Soltó una risa seca y áspera.

—Llevo practicando desde entonces. Aprendí mucho de esas putas. A ellas solo les importa el dinero o las drogas. Sus vidas no les preocupan lo suficiente para presentar una buena resistencia. Así que me he vuelto más exigente.

Sacó un paño de la bolsa del arma y frotó el cañón del rifle con movimientos largos mientras miraba fijamente a Sammi. Parecía un acto casi inconsciente. Ella no se atrevió a mirarle a la cara. Mentalmente estaba gritando, aunque mantuvo la boca cerrada.

—La número tres puede que tuviera la misma edad que tú. Estaba en buena forma y no era tonta del todo. Le concedí una buena ventaja para que la cosa durase. Pero consiguió regresar al camino por el que habíamos venido en coche. Tuve que matarla sin más. Tú no deberías cometer el mismo error. No intentes encontrar el camino por el que hemos venido. No hay manera de escapar de esta vegetación. Y no hay nadie que te pueda ayudar.

»La número cuatro era bastante jovencita. Todavía aparece su foto en las noticias de vez en cuando. Se me fue un poco la mano con el Zolpidem que le puse en la bebida; tardó siglos en despertarse y luego se puso enferma. No dispuse de mucho tiempo con ella. Aunque mereció la pena. Cada vez que veo su foto en las noticias, me acuerdo de su expresión cuando le rebané la garganta. Supo que había llegado su fin.

Sammi levantó la vista y vio que él estaba mirando más allá de su cabeza, mientras una leve sonrisa jugueteaba en las comisuras de su boca.

—Fue la mejor.

Bajó sus ojos negros hacia Sammi rápidamente.

—Por el momento. —Dejó que ella asimilara la indirecta—. Esta mañana tenemos tiempo. Por ahora nadie se va a poner a buscarte. Tu amiga estaba demasiado borracha y ocupada para darse cuenta de que no volviste a casa. Todavía estará durmiendo la mona, y luego, cuando todos se despierten, probablemente seguirá dale que te pego con sus nuevos amigos. Calculo que darán las doce antes de que se dé cuenta siquiera de que has desaparecido.

»Era guapa, la muy putita. Me hubiera gustado cogeros a las dos. Ya tengo suficiente práctica para manejarme con dos zorras. Pero por hoy tendré que contentarme contigo. A ver cuánto tardamos en empezar a ver tu cara en las noticias. Seguramente el martes, calculo. ¿Qué opinas? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien empiece a echarte de menos?

Sonrió perversamente y emitió un sonido gutural. Dejó de frotar el cañón del arma y se puso a toquetear la culata.

—He estado llevando la cuenta —dijo. Pasó los dedos por cuatro muescas labradas en la culata de madera—. ¿Ves? Una raja por cada rajita.

Sammi las miró. Cada marca numeraba una vida. Y ella sería la siguiente.

El sudor empezó a perlarle la frente y respiró con dificultad. El corazón le retumbaba. Siguió mirando al suelo, lejos de los ojos negros y las oscuras intenciones de aquel hombre.

—Quiero enseñarte algo.

Se colgó el rifle del hombro y regresó a la camioneta. Rebuscó en el asiento delantero y sacó una pequeña caja negra: una cámara.

La jornada había empezado como un día tranquilo en la División de Investigación Criminal. Un momento para remover el café con tranquilidad y consultar los correos electrónicos internos y las listas de tareas. El turno de noche había sido apacible, y la patrulla móvil nocturna no tuvo nada que entregar. Sería un buen día para hacer indagaciones y tal vez para tomar un par de declaraciones. Si no surgía nada. Janine y Jake eran los únicos que habían empezado a las seis de la mañana, y ambos estarían encantados de pasar la mañana concentrados en su trabajo y no tener que ocuparse de nada nuevo.

La subinspectora Janine Postlewaite era la oficial de mayor rango de ese turno, aunque rara vez sentía la necesidad de imponer su autoridad. A esas alturas ya debería ser inspectora por antigüedad y trayectoria laboral, pero no quería marcharse de Inala. Era un lugar excelente para ella y le gustaba la dotación. Ningún superior se iba a jubilar o trasladarse, así que en el fondo estaba haciendo tiempo en aquella comisaría.

La mayoría de las veces trabajaba con Jake. Su nombre era Anthony Johnson, pero incluso los polis que no conocían el origen del apodo le llamaban Jake porque los demás lo hacían. Presumía de ser un mujeriego, y en efecto lo era, si uno se atenía a la cantidad y no a la calidad. Una noche, en la despedida de un colega, y tras unas cuantas copas que le soltaron la lengua, reveló su apodo a los íntimos: «Jake la serpiente amorosa.» La cosa no tardó en hacerse del dominio público, y se le quedó el apodo. Lo llevaba con cierto orgullo y desfachatez y le encantaba entrar en detalles si alguien preguntaba. Sobre todo si se trataba de alguna novata en formación que conservara cierta ingenuidad y fuera fácil ponerla nerviosa.

A la menor oportunidad le tiraba los tejos a quien fuera. En cierta ocasión, durante un registro domiciliario, Janine le había visto tener éxito conquistando a una mujer a la que cameló mientras registraba su casa. Era una drogadicta y Jake la acusó de posesión de cannabis y anfetaminas. Pero ella tenía un buen par de melones y estaba acostumbrada a los avances de los hombres. La mujer lo animó a seguir adelante, pensando que así podría librarse de la acusación. Lo que consiguió fueron doscientas horas de trabajos comunitarios y una multa de mil dólares; él, unas ladillas y un papel protagonista en una de esas historias de oficina que seguiría circulando mucho tiempo después de que él hubiera pasado página.

Aparte de eso, Jake era un buen oficial de paisano. Su arrogancia y descaro innatos suponía que siguiera haciendo preguntas después de que los agentes comedidos hubieran parado. Y lo bueno de hacer preguntas es que a veces obtienes respuestas valiosas.

El inspector jefe de la DIC de Inala reconoció ese potencial, ignoró los cotilleos y se centró en la manera de actuar de Jake. Así que le promocionó a la primera ocasión en que quedó un puesto libre. No era un ascenso propiamente dicho, sino unas prácticas para alcanzar su cualificación. Todos los detectives empezaban realizando tareas de rutina, obtenían el puesto por méritos y completaban sus estudios para tener el derecho a poner «subinspectora» en su tarjeta. El puesto exigía una aguda intuición, capacidad para obtener información y atención a los detalles. Jake cumplía con todos los requisitos y no tardó en ser aceptado en el reducido equipo.

Una vez aclarado cuál era el lugar que ocupaba cada uno, Janine se lo pasaba bien trabajando con Jake. Casi por costumbre, él había hecho un inicial y tibio intento de ligársela. Ella lo había rechazado de plano y le había hecho la advertencia clásica: «Donde tengas la olla, no metas la polla.» Janine había visto terminar muy mal demasiados romances entre policías, y tenía por norma personal no salir con ningún colega. Una vez que a Jake le quedó meridianamente claro que ella no era una posible pareja sexual, empezó a tratarla como a un amiga. Cuanto más trabajaban juntos, mejor se complementaban sus respectivas virtudes. Janine procuraba predicar con el ejemplo actuando de manera profesional y concienzuda, y no esperaba menos de Jake; y este no era tan arrogante como para no darse cuenta de la importancia que aquello tenía.

Después de la llamada de Tom, Jake fue a hablar directamente con Janine.

—Eh, Neeny, me acaba de llamar un viejo compañero de academia destinado en Angel's Crossing. Una de las chicas de su comisaría se ha ausentado sin avisar. La última vez que la vieron fue en La Cabeza del León a eso de las cuatro de esta madrugada —le informó Jake.

La Cabeza del León era un barucho conocido localmente como «El Cubil del León», porque allí siempre había alguien al acecho.

—¿Tenemos tiempo para hacer algunas averiguaciones? —preguntó él.

—Pues claro que sí —respondió ella. ¿Cómo se le ocurría que fueran a desatender algo así? Lo miró con dureza, aunque suavizó el tono—. Para empezar, es del Cuerpo; en segundo lugar, si no investigamos y resulta que realmente ha desaparecido, nos van a patear el culo. Tardaremos tres minutos en hacer un par de llamadas y ver si hay algo.

—No tengo claro si tomármelo muy en serio. Mi amigo siempre está intentando complacer a alguien, así que podría estar viendo problemas donde no los hay —aclaró Jake.

—Ya sabes lo que pasa con las personas desaparecidas. Seguramente ella aparecerá en cuanto empecemos a hacer llamadas.

Él asintió con la cabeza, no demasiado convencido.

—¿Es soltera? Quizá consigas una cita —bromeó la subinspectora.

Jake sonrió de oreja a oreja. Esa era la suya de verdad, y no la sonrisa con hoyuelos que reservaba para las chicas. Janine ya era capaz de apreciar la diferencia.

—¿Eso piensas de mí? —preguntó él—. ¿Que querría encontrar a una mujer desaparecida solo para salir con ella?

—Yo no he dicho eso.

—Bueno, de todas maneras tiene novio. Aunque es posible que cambie después de conocerme. ¿Por dónde te parece que empecemos?

—¿Qué sabemos?

—La chica, que se llama Sammi, tuvo una pelea con su maromo. Así que se vino a Brisbane y salió de juerga con una amiga llamada Candy. Se fue a casa antes que esta, y eso es lo último que se sabe. No se la encuentra por ninguna parte, tiene el teléfono apagado y ya debería estar camino de Angel's Crossing para llegar a tiempo a su turno. Su coche está en casa de esa Candy, y según parece no regresó allí anoche.

—¿Podría haberse ligado a algún tío? —preguntó Janine.

—Es posible, aunque anoche no salí —bromeó él.

—Así que no es habitual en ella, y el novio es presa del pánico porque en comisaría le han dado largas —conjeturó ella.

—Sí, algo así.

—De acuerdo —dijo Janine—. Bien, llama a la amiga y consigue algo más de información. Y nada de ligar con una testigo potencial, ¿entendido? Yo llamaré al bar, a ver si alguien de allí la recuerda.

Ambos tendieron la mano hacia sus teléfonos.

Janine se aclaró la garganta cuando oyó el tono en el otro extremo de la línea. Un contestador automático le informó de que el bar estaba cerrado, y la remitió para cualquier consulta al domicilio social. Janine garrapateó el número y lo intentó. Para su sorpresa, y pese a ser sábado por la mañana, alguien respondió.

Se apresuró a identificarse.

—Estamos investigando una desaparición y creemos que pudo haber estado anoche en La Cabeza del León, en Inala. ¿Podría darme los nombres de los empleados o los miembros de la seguridad del bar o de cualquiera que haya estado trabajando allí después de las tres de la madrugada?

Janine anotó siete nombres y sus respectivos números de teléfono y colgó.

Se quedó pensando un instante, sacó su teléfono privado y recorrió la lista de contactos para hacer otra llamada.

Terminó de hablar poco después de que Jake hiciera lo propio con Candy.

—¿Cómo te fue? —le preguntó a él.

—La tal Candy es una cabeza de chorlito. Y tiene resaca. Me dijo que Sammi se marchó sola del bar en algún momento entre las tres y las cuatro. No fue capaz de precisar más. Ha dicho que Sammi no tenía ninguna intención de enrollarse con nadie y que había dejado de beber mucho antes. Luego se le escapó que el tipo que había intentado tirarle los tejos a Sammi acabó yéndose a casa con ella, con Candy. Junto con otro. —Jake sonrió—. Podría hacerle una visita personal para ver si le saco más detalles.

Janine le devolvió la sonrisa. Jake era tan predecible...

—¿Así que después de eso no volvió a ver a Sammi?

—No. Sammi tenía intención de pasar la noche, nada más. Sabía dónde estaba la copia de la llave para poder entrar. Cuando el trío llegó a casa, Candy supuso que su amiga estaba durmiendo. No se dio cuenta de que no estaba hasta que el novio llamó esta mañana. ¿Y tú qué?

—Bueno, tú no eres el único que tiene un amigo en Angel's Crossing. En tiempos trabajé con uno de los sargentos, cuando los dos éramos simples agentes. Le acabo de llamar. Según parece, Sammi es una buena policía y muy apreciada por todos. Y su novio también goza de las simpatías de todo el mundo. Por lo visto, no es infrecuente que tengan alguna que otra bronca. Pero llevan juntos desde hace años. Por lo que sabemos, él estuvo en casa toda la noche, a unas tres horas de coche de donde ella desapareció. Así que el principal sospechoso queda descartado —concluyó Janine.

Los secuestros y asesinatos muy rara vez eran aleatorios. El primer sospechoso siempre era el marido, la mujer o quienquiera que denunciara la desaparición. Lo primero que comprobaban los policías era los antecedentes de violencia doméstica de la pareja, las licencias de armas y posibles delitos anteriores. A veces quedaba patente de inmediato qué línea de investigación debían seguir. En otras ocasiones, lo único que tenían eran especulaciones y llamamientos a la colaboración ciudadana. Esta clase de delitos no eran frecuentes, y por lo general se destinaban varios agentes a su dilucidación.

Un buen ejemplo era el caso de Tahlia Corbett. Al cabo de cuatro meses, seguía habiendo una sala de operaciones y los oficiales investigaban todas y cada de las pistas que les llegaban. Cuando una chica de dieciocho años de marcha en la ciudad se separa de sus amigas y desaparece, la investigación se intensifica rápidamente. Todos los miembros de la familia de Tahlia habían prestado declaración acerca de lo que sabían y dónde había estado la chica aquella noche. Todos habían tenido que responder a suficientes preguntas para convertir su declaración en un interrogatorio, pero no había habido ningún resultado. El de Corbett parecía un verdadero caso de persona desaparecida. Para la policía era una pesadilla mediática: todo el mundo quería saber lo ocurrido a la guapa adolescente aficionada a los caballos y cuyo único error consistió en quedarse rezagada cuando sus amigos habían cambiado de discoteca. La única respuesta que la policía podía dar a los padres y los medios de comunicación era que «estamos siguiendo numerosas pistas». Los comunicados de prensa venían a decir lo mismo: «Aún no tenemos nada consistente.»

El parecido de ambos casos no le pasó desapercibido a Janine. Una mujer joven desaparece mientras se divierte en Brisbane. Pero era demasiado pronto para hacer especulaciones. Las personas desaparecidas solían aparecer, avergonzadas y arrepentidas por haber creado problemas. A veces era posible que decidieran desaparecer. Si esta poli había tenido una pelea con su pareja, si la cosa se había salido de madre —o ella se había hartado de él—, podría haber decidido esfumarse, ya para alejarse de su pareja algún tiempo, ya para romper definitivamente. Había un sinnúmero de motivos, todos más probables que un secuestro, y la mayoría no eran asunto de la policía.

Al contrario de lo que la gente cree, no es necesario que una persona esté desaparecida un período determinado de tiempo antes de poder presentar una demanda. Una chica de dieciocho años a la que se

dejase de ver durante una hora haría saltar las alarmas, mientras que transcurriría uno o dos meses antes de que alguien reparara en la ausencia de algún vagabundo local y se intentara localizarlo. Dependía de las circunstancias y los factores concurrentes.

Janine le entregó a Jake la lista de nombres.

—Vale. ¿Puedes echar un vistazo a estos nombres y ver qué sale? Son los empleados. Repásalos en el ordenador y decide quién podría ser el más conveniente para que recuerde lo sucedido anoche.

Transcurridos unos minutos, él se dejó caer en la silla situada al otro lado de la mesa de Janine.

—Los gorilas y el personal de puerta están bastante limpios —explicó Jake—. Pero los empleados del bar son otra historia. Solo hay dos que trabajaran hasta más tarde de las tres. La primera es una mujer de treinta y cinco años. Cuando introduje su nombre en el sistema, obtuve varias coincidencias, todas como cómplice o encubridora. Ella tiene un expediente muy pequeño, pero su hijo es un reincidente con antecedentes por robo a mano armada. Tiene veinte años, así que puedes sacar algunas conclusiones.

»El siguiente es un camarero, un sujeto de cuarenta y dos años. Dos órdenes de alejamiento por violencia doméstica, una por denuncia de su novia y otra de su madre. Tiene licencia de armas, pero la perdió cuando se dictó la primera orden y nunca la recuperó. Pero lo realmente interesante es que está relacionado con una persona desaparecida hace casi cuatro años. Era una prostituta. Consta como la última persona que la vio. La mujer solía enviar SMS a una amiga con el número de matrícula antes de subirse al coche de alguien. Fue su último cliente antes de su desaparición. Se le interrogó, pero dijo que la había vuelto a dejar en la esquina donde la había recogido. No hubo nada que demostrara lo contrario. La mujer sigue desaparecida.

Jake giró la silla para inclinarse sobre la mesa de Janine.

—Si esto se pone feo, sabes que te voy a echar la culpa, Neeny. Eres un imán para atraer basura —dijo.

—No soy yo el imán de la basura, Jakey. ¿Con quién trabajo cada vez que surge un caso importante? ¿Responde eso a tu pregunta? —replicó ella.

—Llevas muchos años siendo un imán para la basura. Yo solo llevo aquí uno. Así que no me eches el muerto, que yo acabo de subirme al carro —contestó Jake.

Janine no replicó, porque temía que su subordinado tuviera razón. Parte de lo que había aprendido y la experiencia adquirida lo había sido de la forma más dura. Sintió que su pulso se aceleraba ligeramente cuando reflexionó sobre las posibilidades que rodeaban a su primer sospechoso.

—¿Dónde vive esa madre encubridora? —preguntó.

—Es una vecina de aquí.

—Vayamos primero a hablar con ella. Puede que nos proporcione alguna información sobre el camarero antes de que vayamos a verlo. Nos andaremos con pies de plomo, por si son amigos. Estoy seguro de que con los antecedentes policiales de su hijo, esta camarera debe de ser poco amiga de la policía. —Janine se volvió y le sonrió—. Puede que sea el momento de que utilices tu legendario atractivo.

Sábado, 09.55

La cerveza apenas lo aplacó. Gavin tenía los nervios a flor de piel y no podía estarse quieto. Una vez más, caminó hasta el final del apartamento y echó un vistazo a la esquina hacia el aparcamiento, deseando que Sammi entrara conduciendo de un momento a otro. Sin que se lo hubieran dicho, sabía que cuanto más tiempo estuviera ausente, menos probabilidades había de que apareciera.

La paciencia no era una de sus virtudes. Si había un problema, lo abordaba y trataba de arreglarlo. Ese era uno de sus rasgos que habían atraído a Sammi. Siempre estaba dispuesto a correr una aventura, a

experimentar, a vivir y actuar. Y ahora no podía hacer nada.

Por un lado, le daba vueltas a la idea de ir en coche hasta Brisbane para ejercer de rescatador. Pero en ese momento, tres horas de coche eran demasiado. Era mejor que hubiera acudido a Tom y dejar que la red policial se pusiera en marcha. Aunque esto no hacía que la espera fuera más fácil.

Regresó de nuevo a la silla y se acabó la lata de cerveza. La estrujó con la mano, dejando que las aristas de aluminio se hincaran en su piel. Deseaba sentir dolor para alejar sus pensamientos de la espera. Lo último que quería era emborracharse a las diez de la mañana cuando su novia se encontraba en paradero desconocido, pero la situación lo estaba volviendo loco. Sería de más utilidad estando tranquilo y relajado, pensó. Se levantó y sacó otra cerveza.

Poco después regresó Tom. Salió de la cocina y se sentó junto a Gavin con una tostada en la mano.

—Seguramente se le ha averiado el coche. Estará tirada en alguna carretera secundaria donde su móvil no tenga cobertura.

Tom intentaba sonar racional y convincente; Gavin se preguntó si se creía lo que estaba diciendo. Asintió con la cabeza, más para agradecerle que hubiera hablado que por estar de acuerdo.

—No sé cuánto tardará mi amigo en ponerse manos a la obra —añadió Tom—. Quizá no sea enseguida.

—Me quedaré hasta que haya alguna noticia.

Tom asintió con la cabeza.

—Pero no te emborraches —le advirtió—. Es probable que Sammi tenga algún problema cuando aparezca. Lo último que necesita es tenerte aquí sentado borracho.

—No se me da bien esperar —reconoció Gavin—. Tengo que relajarme para no volverme loco.

—Todo saldrá bien. Aparecerá.

Permanecieron sentados en silencio, cada uno con la mirada fija en un punto distinto del suelo; el miedo no expresado enrarecía el aire, volviéndolo pesado y difícil de respirar. Pasaron dos minutos antes de que Tom hablara de nuevo.

—¿Así que viste el partido el fin de semana?

Sábado, 10.01

Janine y Jake aparcaron delante de la casa de Michelle Lewis. Era una vivienda pequeña y descuidada, con el proverbial coche oxidado y solo tres ruedas aparcado en el jardín delantero. Ya habían decidido que Jake llevaría la voz cantante.

A Michelle no le hizo ninguna gracia tener que abandonar la cama para ir a abrir la puerta. Los miró a ambos, los dos vestidos formalmente, esperando lo peor. En cuanto se identificaron con sus placas, la mujer rezongó y frunció el ceño.

—¿Se ha vuelto a meter en problemas Teddy? —preguntó, ciñéndose el batín.

—No, no tiene relación con eso —dijo Jake, que esbozó una sonrisa amistosa—. Esperamos que usted pueda ayudarnos. Tiene que ver con una mujer que estuvo en el bar anoche. ¿Podemos entrar, por favor?

La expresión de Michelle permaneció inalterable.

—¿Así que no están aquí por causa de Teddy? —preguntó ella.

—No, nosotros...

—Entonces esperen un minuto —lo interrumpió ella.

Y les cerró la puerta en las narices. Instantes más tarde una motocicleta salió del patio trasero a todo gas, conducida por un joven con casco, camiseta, pantalones cortos y chancletas. Tras salir del camino de acceso con un zumbido, cruzó la calle, se metió entre dos casas y desapareció de la vista.

Janine hizo un saludo aparatoso con la mano en dirección a la moto desaparecida.

—¡Hasta la vista, Teddy!

—¿Le conoces? —preguntó Jake.

—No, pero ¿quién iba a ser si no?

La puerta se abrió, y apareció Michelle con cara de pícara.

—Es una lástima, pero si quieren ver a Teddy, no está en casa. Acaba de irse.

Jake le dedicó una media sonrisa, lo suficiente para estimular sus hoyuelos. Ladeó ligeramente la cabeza.

—Ya le hemos dicho que no estamos aquí por Teddy. Queremos saber si anoche usted vio a una mujer en el bar. Es posible que la atendiera. Su jefe nos dijo que estuvo trabajando hasta que cerraron esta madrugada.

—Ya. De acuerdo —dijo la mujer. Se apartó y les hizo un gesto para que entraran—. Pasen, pues. O volveré a convertirme en el centro de las habladurías del barrio.

Los condujo hasta la cocina, y los tres se sentaron alrededor de la mesa. Las tareas domésticas no ocupaban los primeros puestos en la lista de prioridades de Michelle. Pegajosos grumos de mermelada y cercos de café salpicaban la melamina.

Jake le describió el aspecto de Sammi y de su amiga y luego le ofreció un resumen de la declaración de Candy.

Michelle negó ligeramente con la cabeza.

—No presto demasiada atención a los clientes a menos que les sirva. Si no les sirviera las bebidas, ni siquiera repararía en ellos. No puedo asegurar que haya visto a esas chicas en concreto. Llevo trabajando en bares oscuros y llenos de humo demasiado tiempo. A menos que se quiten la camiseta o hagan unas mamadas en la pista, ni siquiera las miro. Lo siento.

—¿Y qué hay del otro camarero, Don Black? Se llama así, ¿verdad? ¿Podría haberlas servido?

Janine vio que la expresión de Michelle se alteraba ante la mención a Don.

—Pues, ahora que lo dice, pasó algo raro anoche. Don se marchó antes de la hora —empezó, y Janine casi pudo ver su cerebro en funcionamiento mientras intentaba recordar—. Lo primero que debería decir es que ese gachó no me gusta. Me produce escalofríos. Tiene una manera de mirarte que te eriza la nuca. En fin, el caso es que a eso de las cuatro y cuarto se me acercó y me dijo que tenía que marcharse. No sé qué de una emergencia familiar. Bueno, él no es padre de familia, aunque eso seguramente no venga al caso. Y debió de recibir la información por telepatía, porque no le vi hablar por teléfono en ningún momento.

Janine se inclinó un poco y asintió con la cabeza para animarla.

Michelle prosiguió.

—Así que me pidió que lo sustituyera. De todas formas, íbamos a cerrar a las cinco y no había mucha clientela. Seguramente había visto a alguna chavala lo bastante borracha para llevársela a casa. Así que le dije que sí, pero que primero tenía que ir a hacer pis y que no se fuera hasta mi vuelta. Así que fui al retrete. Mientras estaba allí, oí que su camioneta se ponía en marcha. El aparcamiento está justo detrás de los servicios. Don conduce una vieja camioneta con una gran cubierta en la parte trasera que parece construida por él mismo. Es diésel y muy ruidosa, como un camión. Pensé que no era posible que se fuera sin esperar mi vuelta. No me podía creer que dejara la barra sin atender. Ni que su falsa emergencia familiar no pudiera esperar dos minutos a que yo terminara de mear. Si te subes a la tapa del retrete, hay un ventanuco que da directamente a la calle. Efectivamente, la camioneta de Don estaba saliendo del aparcamiento y luego se detuvo junto a una chica en la calle. Ella habló un momento con él por la ventanilla. Luego subió y se alejaron.

Michelle hizo una pausa y se frotó los ojos.

—Estaba bastante lejos, pero creo que era una chica rubia.

Janine frunció el ceño. Tal vez sí le había pasado algo a su colega.

Sábado, 10.09

Qué objeto tan cotidiano: una cámara. Para plasmar recuerdos, para congelar momentos; para ayudar a recordar acontecimientos especiales. Pero la idea que tenía Don de un acontecimiento especial hizo que a Sammi se le revolvieran las tripas. Primero la obligó a ponerse de pie y le hizo unas fotos. Tres: una de cuerpo entero, otra de perfil y por último un primer plano de la cara.

Intentó mantenerse erguida cuando lo vio avanzar hacia ella con la cámara.

—Venga, mira esto —dijo él con una expresión siniestra en el rostro.

Sammi podría haberse limitado a cerrar los ojos y bajar la cabeza. Pero no lo hizo. Fue como pasar conduciendo junto a un accidente de tráfico; hay algo en la naturaleza humana que impulsa a la gente a aminorar la marcha e interesarse.

El camarero sostuvo la cámara delante de ella para que pudiera ver mientras hacía retroceder las imágenes. Las fotos le mostraron a tres mujeres diferentes sobre el telón de fondo del bosque donde se encontraban. Reconoció la cara de Tahlia Corbett inmediatamente. Durante meses había visto a una risueña Tahlia mirándola desde los boletines informativos, mientras sus padres suplicaban la colaboración ciudadana. Por la respuesta policial, Sammi supuso que no había sospechosos. La joven había salido a divertirse una noche por la ciudad, igual que ella. Y ahora Sammi había desaparecido igual que ella. ¿Habría algo que relacionara a Tahlia con Sammi y en última instancia con el camarero? ¿O ella también se convertiría en un caso de persona desaparecida sin resolver?

Tres mujeres en tres fotos cada una, como las que él le había hecho a ella. Y después de cada trío venían múltiples fotos de los cadáveres de las chicas en diferentes fases de descuartizamiento. También había una única foto de una cuarta mujer tomada de noche, sin duda la primera de la serie. Don hizo gráficos y brutales comentarios sobre cada una, deleitándose aparentemente en los detalles. Era como si le estuviera dando a Sammi un avance de su propia muerte.

Había visto muchas cosas en los años que llevaba en la policía. Había tenido que ocuparse de un suicidio por arrollamiento de un tren, donde hubo que recoger los restos con un balde en lugar de con una bolsa para cadáveres. Y también había sido la primera en llegar al escenario en que un abuelo había atropellado accidentalmente a su nieta de dos años al dar marcha atrás con el coche.

Así que no fueron las fotos lo que hizo que la sangre se le agolpara en la cabeza y tuviera que esforzarse en mantener la verticalidad. Lo fue la realidad de que ahora era su turno de generar las siguientes fotos de aquella colección macabra. Tragó saliva y respiró hondo, intentando sofocar el pánico creciente. El camarero escudriñó su reacción mientras miraba las fotos. Luego emitió un áspero sonido gutural que podía ser una risa y regresó al vehículo. Ese había sido su propósito: inspirar terror.

Volvió a desaparecer en la cabina de su camioneta. Sammi no veía qué estaba haciendo, aunque supuso que formaría parte de su *modus operandi*. Ninguna de las otras mujeres había logrado encontrar la manera de evadirse, de escapar a sus planes asesinos. Parecía como si la estuviera provocando, dándole la espalda para ver si ella intentaba algo, pero era imposible escapar en ese momento. No había adónde ir. No podría dejar atrás al perro, y él la tendría en la mira del rifle antes de que pudiera desaparecer de la vista. Un intento de fuga era inútil.

Se concentró en las cosas que la rodeaban. La caja trasera de la camioneta seguía abierta, y había una bolsa en el suelo. A lo mejor él había cometido un error y dejado un arma allí. Intentó echar un vistazo solapado. Pero cuando cambió el peso para levantarse sobre las rodillas, él ya estaba fuera de la cabina. Se paró con las piernas separadas y empuñando el rifle. Sammi fingió que trataba de ponerse más cómoda, pero no lo engañó.

Don se cruzó el arma sobre el hombro y metió la mano en el bolsillo para sacar un paquete de

cigarrillos. Sin dejar de mirarla, sacó uno con un golpecito y lo encendió. Siguió mirándola fijamente mientras daba una larga calada al cigarrillo, poniendo el ascua al rojo. Sammi mantenía la cabeza gacha y lo observaba con el rabillo del ojo.

El camarero volvió a rebuscar en el asiento delantero. Cuando por fin se acercó a ella, llevaba algo rojo y algo blanco en las manos.

—Quítate los pantalones —le dijo con frialdad.

Sammi se lo quedó mirando. Por supuesto que se le había ocurrido que quisiera violarla, pero sus amenazas y fotos habían hecho que abandonara la idea. Pero ¿qué otra cosa podría querer si le ordenaba quitarse los pantalones?

El camarero arrojó al suelo delante de ella la cosa roja. Sammi vio que se trataba de unas bermudas con la cintura elástica. Unas zapatillas deportivas se unieron a las bermudas en el suelo.

—Quiero que esto sea un desafío en regla —dijo él—. No llegarás muy lejos con pantalones largos y tacones.

Sammi negó con la cabeza sin decir palabra. No iba a aceptar nada de aquel psicópata.

—No te voy a violar —añadió él—. Al menos no ahora. Esperaré a que estés muerta. Así no tendré que soportar gritos ni aspavientos. Lo haré inmediatamente, mientras tu cuerpo esté aún caliente. —Una sonrisa perversa le demudó el rostro—. Pero ahora ponte esas bermudas y esas zapatillas para que puedas correr más deprisa.

Sammi siguió sacudiendo la cabeza, incapaz de emitir una sola palabra.

El camarero le dio otra calada al cigarrillo, echó la cabeza atrás y soltó el humo hacia arriba. Bajó la vista hacia ella y le sostuvo la mirada por un instante antes de que Sammi apartara el rostro.

—Por cada minuto que pierdas aquí, te descontaré diez minutos de ventaja.

Sammi titubeó.

—Ah, y además tengo otras maneras de castigar la desobediencia —advirtió en voz baja.

No tenía elección.

Se puso de pie y se quitó los pantalones negros. Él la observó con atención cuando la prenda se deslizó por sus piernas y cayó al suelo. Sammi alargó la mano para coger las bermudas rojas.

—Mejor dame las bragas —le ordenó cuando Sammi cogió los pantalones cortos—. El perro las necesitará para rastrearte.

Sin apartar la vista del suelo, se quitó las bragas y las envió de una patada hacia el camarero. Luego se enfundó rápidamente las bermudas y se las subió.

—También necesitarás las zapatillas.

Sammi estaba descalza, pues sus zapatos de tacones seguían en la parte trasera de la camioneta. Se puso las zapatillas con nerviosismo e intentó atarse los cordones con manos temblorosas y dedos entumecidos. Había unas salpicaduras marrón oscuro sobre la zapatilla izquierda. Inspirando con fuerza, se dio cuenta de que eran manchas de sangre. Aquellas zapatillas habían sido utilizadas por las anteriores víctimas.

El camarero cogió las bragas y las examinó con una sonrisa de satisfacción. Ella se había puesto una ropa interior beige, unas convenientes bragas de abuela. La violación de su intimidad que suponía que él las estudiara de aquella manera la molestó en grado sumo. Siguió sin levantar la cabeza, observándole a hurtadillas. El sudor le bajaba por la espalda, aunque sentía la piel fría y pegajosa. Se agarró los antebrazos y los apretó contra el cuerpo. Todavía podía oler su vómito, nauseabundo y agrio.

Decidió concentrarse en los pequeños detalles: la manera en que el camarero llevaba atadas las botas, el dibujo de los neumáticos de la camioneta... Pequeñas cosas nimias que mantuvieran su mente ocupada y la ayudaran a soportar el negro destino que se cernía sobre ella. Si iba a tener alguna oportunidad de salir viva, era imperioso que mantuviera la calma. Si permitía que el pánico se impusiera, bloqueándole el sentido común y el raciocinio, todo estaría perdido.

Don estaba agachado junto a su perro, hablándole en voz baja. Tenía las bragas de Sammi hechas una pelota dentro del puño, cerca del hocico del chuchó. De pronto se levantó y balanceó el rifle para quitárselo del hombro y empuñarlo. Se dirigió hacia ella con tanta resolución que Sammi instintivamente reculó medio metro sobre la tierra, alejándose de él. El camarero se paró enfrente, alzándose sobre Sammi en actitud amenazante.

—La diversión empieza ahora —dijo. Respiraba con más fuerza de la habitual, y Sammi percibió el placer que le producía todo aquello—. Echarás a correr y tratarás de alejarte de mí. Te perseguiré y te mataré. Te concedo una ventaja de una hora.

Miró su reloj.

—Son las diez y veinte.

Sammi se apartó para levantarse dejando algo de espacio entre ellos.

—Se acabó. El tiempo corre. ¡Vete! —exclamó.

Sammi se levantó con dificultad y se tambaleó hacia atrás un par de pasos. Sacudió la cabeza ligeramente con incredulidad; una pequeña parte de ella seguía esperando que aquello formara parte de una broma pesada.

—¡Vete! —repitió él.

Ella se dio la vuelta y empezó a alejarse trotando de manera errática, pues el cuerpo apenas obedecía las órdenes que le enviaba su cerebro. Sentía la necesidad de seguir observándolo por encima del hombro. Don se quedó allí sin inmutarse, con el perro a su lado y el rifle en las manos, observando. Mirando cómo se tambaleaba... contemplando su miedo... viéndola huir.

Sábado, 10.15

Tom seguía sentado con Gavin, hablando de naderías. Otro policía, Aiden, había salido del apartamento para unirse a ellos. Su bol de arroz inflado contrastó con la cerveza de Gavin. En la comisaría se bebía cerveza a todas las horas del día. Se consideraba normal tomarse tranquilamente una birra después de un largo turno, aunque fueran las seis de la mañana y los demás estuvieran empezando a levantarse de la cama. Incluso legañoso y todavía medio dormido, Aiden pareció percibir la tensión, aunque sabía que era mejor no hacer preguntas. Hay cierta información que no se puede pedir, que solo se puede dar voluntariamente en el momento oportuno. Puesto que tuvo el buen juicio de no preguntar, y nadie le dio explicaciones, los tres se pusieron a charlar de cosas intrascendentes.

Gavin se puso tenso cuando el teléfono de Tom sonó. La incongruencia del tono de llamada que reproducía el *Satisfaction* de los Rolling Stones le irritó, aunque no supo por qué.

Tom miró la pantalla, se levantó y empezó a alejarse de Gavin cuando contestó. Este le oyó decir «Hola, Jake» antes de que entrara en la parte trasera del aparcamiento, donde no se le podía oír. Era la llamada que estaban esperando. Quiso seguirlo, pero también comprendía el motivo de Tom para haberse alejado. En la policía eran especialistas en comunicación; dar malas noticias formaba parte del trabajo, y Tom querría controlar cómo transmitía la información.

Transcurrieron unos minutos antes de que reapareciera. Gavin se dio cuenta de que su amigo había rodeado la comisaría y entrado por la puerta principal, probablemente para hablar con Bob antes de hacerlo con él. La cara de Tom lo decía todo.

Tragó saliva con dificultad.

—Vamos. Iremos a hablar con el sargento y nos pondremos con el informe de personas desaparecidas. Esta vez no había excusas.

Don soltó una carcajada mientras contemplaba a Sammi salir del claro y tropezar con una rama seca caída.

—Puta idiota —masculló, pero siguió observándola con atención hasta que los árboles la ocultaron por completo.

Se volvió hacia el perro y le rascó entre las orejas. El animal levantó la cabeza, apretó el hocico bajo la mano de su amo y le dio un rápido lametón en la palma.

—Hoy nos vamos a divertir un poco. Esta parece más lista que las demás —le dijo al perro—. Aunque la pillaremos.

El perro, *Zeus*, se apretó contra la rodilla de Don. *Zeus* era su mejor amigo, el único en que podía confiar para esos menesteres. Estaba seguro de que el perro disfrutaba casi tanto como él. A esas alturas, el chucho conocía la rutina: sabía cuándo era su turno, cuándo desgarrar la carne y saborear la sangre; también sabía cuándo tenía que parar porque era el turno de su amo. Don había hecho un excelente trabajo de adiestramiento. Podía colocar un filete en el suelo delante de *Zeus*, y este no lo tocaría hasta que le diera permiso. También dejaría de comer a una orden suya y ya no tocaría el resto de su comida. Se había tomado su tiempo adiestrándolo en cuanto hubo empezado a elaborar sus planes de caza. Tenía al perro desde que era un cachorro, y le había enseñado lo esencial para que fuera un perro guardián. Desde entonces el riesgo había aumentado, y en ese momento era imperioso que lo tuviera absolutamente controlado. *Zeus* sabía quién era el jefe en aquella manada de dos.

Don había aprendido a cazar al final de la adolescencia. Siempre le habían atraído las armas, así que se había sacado la licencia de armas y comprado dos rifles. Había empezado con un par de amigos de ideas similares cazando canguros y bebiendo cervezas. Había aprendido de ellos, pero prefería ir por su cuenta. Más o menos por la misma época en que se había distanciado de sus amigos de cacería, había adquirido a *Zeus*. Le gustaba estar solo en el bosque.

La primera muesca hecha en su arma, la prostituta, casi había sido un accidente. Había estado a su merced desde que la recogiera. Jamás llevaba putas a su casa y no le gustaba malgastar dinero en una habitación de hotel.

Le había seducido la idea de echar un polvo en plena naturaleza, así que decidió llevarla al bosque, levantar la tienda y quizás encender una hoguera. Solía llevar consigo algunas cosas básicas en la caja de la camioneta.

Había conducido hasta una reserva natural cercana. Consiguió tranquilizar a la puta diciéndole que le pagaría por horas. Pero en cuanto llegaron allí, la tía no paró de quejarse: que si hacía demasiado frío, que si la había picado un mosquito, que si la colchoneta de acampar era demasiado delgada... Destrozó la paz del bosque, arrebatándole la emoción que tanto había deseado él. Eso hizo que la detestara.

Aquella vez solo llevaba consigo el cuchillo de caza, ninguna arma de fuego. No había planeado nada. Simplemente enloqueció y perdió los estribos con ella. Recordaba con viveza el momento de ir hasta la trasera de la camioneta y sacar el cuchillo, y la expresión de la mujer cuando lo desenvainó y la hoja refulgió a la luz de la hoguera.

—Corre —le había dicho—. Si consigues huir de mí, vivirás.

Ella se había metido en el bosque dando traspiés entre gritos y sollozos. Aquel territorio de oscura maleza había parecido asustarla tanto como el cuchillo. Le había dado unos minutos de ventaja, aunque en realidad ella nunca tuvo la menor oportunidad. Don podía oír el crujido de las hojas bajo las pisadas de la mujer, oler su terror.

Le había sorprendido lo mucho que había disfrutado de la caza. Se había movido acompañando sus pisadas con las de ella para que no le oyera acercarse. El corazón le había empezado a latir más deprisa, y la emoción de la caza lo había vuelto todo más nítido, más claro, más concreto. La adrenalina le había

hecho sentir más fuerte a medida que se acercaba a la mujer sin que esta siquiera se enterase. Era un superhéroe, omnisciente, omnipotente. La agarró por detrás y la oyó aspirar bruscamente. Le rajó el cuello de un solo tajo y la dejó caer al suelo para contemplar la expresión de su cara mientras la sangre borbotaba sobre la tierra y la hojarasca.

En cuanto hubo terminado, se quedó cautivado. No había nada comparable. Ese momento, la fracción de segundo que tardaba la muerte, había sido más intenso que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en su vida. Mucho mejor que el sexo. Un momento de todopoderoso tecnicolor en una vida por lo demás gris. Entonces supo que tendría que volver a experimentarlo.

Pero también supo que había cometido errores. El lugar había sido un error: pasaban demasiadas personas por aquel parque, y alguien encontraría el cadáver. Seguía esperando a verlo en las noticias: «Hallados restos humanos en una reserva natural, la policía apela a la colaboración ciudadana.»

Había enterrado el cuerpo en un hoyo poco profundo. No había llevado pala, y excavar un agujero adecuado con las manos y un palo era muy difícil. Había dispuesto de tierra suficiente para cubrir el cadáver, aunque no tanta para impedir que las alimañas lo desenterraran para darse un atracón.

Pero aun cuando alguien encontrara aquel montón de huesos, no tendrían nada que los relacionara con él. Ya habían intentado incriminarle en una ocasión. Aquellos cabrones idiotas habían esperado que confesara y pidiera perdón. Pero a medida que los días transcurrían, las probabilidades de encontrarla e identificarla iban menguando.

Mientras excavaba aquella primera tumba, había empezado a planear su segundo asesinato. Tendría que ser más cuidadoso, escoger un lugar más seguro y llevar su rifle.

Los maderos le habían quitado sus armas cuando se emitió contra él la primera orden de alejamiento por violencia doméstica. Pero solo pudieron quitarle aquellas de las que tenían constancia. Tenía un arma robada, que había escondido en una pared falsa de un lateral de la caseta de Zeus. Cuando estaban en casa, el perro guardaba el jardín. Cuando salían juntos, era porque iban de excursión de caza y, por tanto, llevaba el arma con él. La pasma jamás la encontraría.

Tras realizar sus investigaciones, se había decidido por Captain's Creek como un lugar más conveniente que Yonga. No demasiado alejado, aunque remoto y carente de interés para los campistas y excursionistas. Eran 450 km² de terreno agreste cuyo único rasgo distintivo era el arroyo que lo partía en dos. Don había hecho un par de excursiones para acampar con su moto todoterreno, lo había escudriñado de cabo a rabo y calculado hasta dónde podría llegar conduciendo por la única y difícil pista. Era perfecto para sus propósitos.

Empezó a ser más juicioso con sus víctimas. Quería chicas con algo de carácter, capaces de prolongar la cacería más tiempo que una vieja puta acabada. Hoy estaba muy complacido con su elección. Samantha Willis todavía no había empezado a llorar y había demostrado una vena de tozudez. Disfrutaría mucho más cuando acabara con ella.

Sábado, 10.21

Janine se puso en marcha tras hacerse una lista mental de lo que había que investigar. Esa iba a ser la madre de todas las misiones: la desaparición de una oficial de policía.

La presión ya estaba ahí, así que había que verificar todos los puntos de la lista. Lo primero, para que la investigación pudiera empezar, era la denuncia del suceso. Esta tenía que ser interpuesta personalmente por el novio, que había sido el primero en alertar de la desaparición. Jake había llamado a su amigo de la academia de Angel's Crossing para que la activaran. Ella también había llamado a su amigo sargento de Angel's Crossing para ponerle sobre aviso. Se trataba de una pequeña localidad, y agradeció oír las noticias de boca de Janine y no de la maquinaria del chismorreó. Iba a ir a la comisaría,

a informar al oficial jefe y a prestar apoyo a los subordinados. En cuanto la denuncia de persona desaparecida siguiera su curso, los rumores empezarían a circular entre la plantilla.

Los jefes de la jefatura central también se enterarían. Alguien llamaría al comisario local y el asunto iría ascendiendo hasta lo más alto. Janine confiaba en que no se tratara de una falsa alarma. Si se estuvieran precipitando en actuar, no dándole la oportunidad de que apareciera por propia voluntad, Sammi tendría que dar muchas explicaciones. Su nombre llegaría a oídos de los jefazos por los motivos inadecuados.

Sin embargo, si hubiera desaparecido, si necesitara ayuda, entonces todos lamentarían no haber pasado a la acción cuanto antes. Sobre todo Janine. Que Sammi perteneciera o no al Cuerpo carecía de importancia. Cuanto antes empezara la investigación, más fresco estaría lo ocurrido en la cabeza de la gente, más datos se descubrirían y mayores serían las probabilidades de encontrarla.

Para Janine, también era una cuestión de CEC, a saber, de Cubrirse El Culo. Si el peor escenario posible se confirmaba y una oficial había sido secuestrada, entonces también se iniciaría una investigación interna. ¿Sus actos y decisiones soportarían una investigación? Muchos, muchos agentes habían acabado quemados por haber actuado con demasiada lentitud o dado largas a alguien porque pensaron que el asunto no llegaría a nada.

Janine había experimentado en sus propias carnes. Nadie tenía todas las respuestas en una investigación interna, ni siquiera aunque se hubiera hecho todo de acuerdo con el reglamento. No existía nada parecido a respuestas acertadas o equivocadas bien definidas. Había que dar explicaciones y justificarlas. En una ocasión la habían pillado quitándose de encima una denuncia. Se había equivocado de medio a medio al juzgar la gravedad del caso y se había quedado sin respuestas cuando llegaron las preguntas difíciles. Su carrera había quedado en la cuerda floja.

Así que ahora era propensa a pasarse en su reacción antes que a quedarse corta. Donde un poli más perezoso quizás hubiera retrasado lo relativo a Sammi, Janine comenzó la investigación.

Ahora que la mujer constaba oficialmente como desaparecida, Janine podía iniciar el procedimiento formal. Triangulación para precisar la ubicación del teléfono de Sammi; componer un perfil del camarero; investigar el bar y ver si tenían alguna cinta de videovigilancia; investigar a los porteros de servicio; obtener una declaración de la amiga.

Y buscar al camarero que había abandonado el trabajo de manera tan precipitada.

La Operación Eco también merecía una llamada telefónica. Con sede en la jefatura, era la sala de operaciones que investigaba el caso Corbett. En ese momento daban nombre a las operaciones de forma aleatoria, en lugar de denominarlas con algo relacionado con el caso. Los miembros del equipo asignado al caso fueron sacados de diferentes comisarías hasta que el asunto fuera resuelto de una u otra manera. Había coincidencias que llamaron la atención de Janine. ¿Podría el equipo de la Operación Eco identificar algunas más? La misma intuición que impulsaba a Janine a actuar ahora sobre la base de los primeros datos también la llevaba hacia el caso Corbett. ¿Estaban relacionados ambos casos? ¿Podría haber más de una persona raptando mujeres en las calles de Brisbane? Necesitaba más información: sobre Thalia, sobre la prostituta desaparecida, sobre Sammi.

Y todo eso antes siquiera de hablar con aquel camarero que había recogido a una mujer rubia en su peculiar camioneta.

Sería contraproducente acudir a su casa sin pruebas concretas. Se reiría de ellos y les enviaría a paseo. Peor aún: sabría que la policía andaba tras él. Sería mejor reunir pruebas suficientes y aparecer con una orden de registro en la mano. De esa manera, podría ser detenido, y ellos podrían registrar su casa con lupa.

Un movimiento al otro lado de la sala atrajo su mirada. Jake seguía hablando por teléfono pero estaba agitando un papel para llamar su atención. Janine se acercó y lo cogió. Su subordinado había garabateado el número de la denuncia de persona desaparecida. Janine se lo llevó y volvió a coger su teléfono.

Sábado, 10.22

Pasaron varios minutos antes de que el cerebro de Sammi pudiera procesar algo que no fuera seguir avanzando y alejarse del asesino.

«Nada de pánico, respira hondo, nada de pánico», se repetía una y otra vez. Intentó apaciguar su irregular respiración y sofocar la oleada de terror que amenazaba con ahogarla. Si se dejaba arrastrar por el pánico, no tendría ninguna esperanza; su única oportunidad consistía en utilizar la cabeza y trazar un plan. Acompasó la respiración a sus pisadas: inspirar dos veces, exhalar una. El ritmo, además de sosegar lentamente su respiración, hizo lo propio con su mente.

Una hora. Miró su reloj: las diez y veintitrés de la mañana. ¿De verdad le daría tanta ventaja? ¿O solo estaba jugando con ella? Una hora era mucho tiempo. En ese tiempo tal vez sería capaz de recorrer siete u ocho kilómetros si se obligaba a ello. Y luego, dispondría de más tiempo mientras él recorría esa distancia.

El camarero parecía bastante seguro de varias cosas: de que podría seguir su rastro, y de que ella no se encontraría con nadie que pudiera salvarla. Pero debía de existir una remota posibilidad de que hubiera alguien más por los alrededores. Si él conocía la zona, también debía de haber alguien más que la conociera. Parecía un lugar apartado, pero aun así debía de haber caminos que condujeran hasta allí. El viaje en la trasera de la camioneta había sido bastante agitado, aunque ella no recordaba que hubieran tenido que hacerlo por etapas.

Aminoró la marcha y echó un vistazo alrededor. El camarero le había dicho expresamente que no intentara regresar al camino por el que habían llegado conduciendo; Sammi dudaba que pudiera encontrarlo aunque quisiera. Tenía un sentido de la orientación bastante penoso, y su mayor riesgo sería que avanzara en círculos, regresando quizás hacia su torturador en lugar de alejarse de él.

Se detuvo y se puso frente al sol matutino, para entonces ya bastante alto en el cielo. Tuvo que entornar los ojos y protegérselos con la mano, pero ahí estaba el principio de un plan, y algo era mejor que nada. Correría directamente hacia el sol; de esa manera tendría algo para orientarse y saber que avanzaba en una línea razonablemente recta. Y si a ella el sol le molestaba en los ojos, también al camarero cuando la persiguiera. Era una ventaja muy pequeña, pero aprovecharía todo lo que tuviera al alcance de la mano. Al menos ahora tenía un rumbo.

Así que inició la marcha hacia el este a un trote lento. Quería mantener un ritmo regular. Solía correr por diversión y para estar en forma, y sabía que si mantenía un ritmo constante cubriría más terreno por hora. Si se lanzaba a correr deprisa, se agotaría enseguida y tendría que detenerse y caminar hasta recuperar el resuello. No sabía cuándo necesitaría volverse para luchar, y quería tener algo en la reserva. Sin duda, tendría que defenderse cuando él la alcanzara.

Cuando se concentró, sus temblores remitieron. El terreno era irregular aunque llano en su mayor parte. Intentaba mantener una trayectoria lo más recta posible, sin prestar atención a las ramitas que se le engancharon en la ropa y le arañaban los brazos y piernas desnudos. Simplemente avanzaba.

Pensó en tratar de borrar sus huellas. Miró hacia atrás y aunque no pudo precisar por dónde había pasado, sin duda un rastreador experimentado sí sería capaz. Tenían trucos especiales. No es que ella estuviera derribando arbustos y rompiendo ramas, pero bajo sus pies había hojarasca y ramitas que crujían a su paso, daba igual el cuidado que tuviera. Era algo inevitable. La vegetación estaba repleta de árboles y arbustos, pero en su mayor parte consistía en hierba alta y maleza.

Pero ¿la estaba persiguiendo un rastreador? ¿Un camarero de Brisbane era capaz de seguir un rastro? La imagen de un aborigen no encajaba del todo con el fofo y pálido fumador que había encontrado detrás de la barra.

Sin embargo, contaba con un perro. A ella le parecía un chucho criado para guarda y protección. Sin duda no era un perro rastreador. Pero ¿podía un perro como ese captar su olor y encontrarla a poca distancia? Y si ella se subiera a un árbol, ¿sería capaz de descubrirla? Siguió pensando lo de encaramarse a un árbol mientras rodeaba un barranco. Quizá fuera el mejor sitio para esconderse, pero si la encontraban, estaría atrapada, sin ningún lugar al que ir, convirtiéndose literalmente en una presa fácil. Sería un gran riesgo, demasiado grande. Por tanto, permanecería en el suelo.

Sammi había practicado un poco de artes marciales y de lucha libre en la academia. Había intervenido en varias refriegas y había inmovilizado y esposado a hombres más grandes que ella. Aunque siempre había tenido apoyo. Siempre había tenido a un compañero a su lado, y nunca la habían dejado colgada. Y lo más importante, siempre había tenido sus implementos: el aerosol de pimienta, las esposas, la porra, la Taser y su Glock.

Despojada de todo eso, lo que le quedaban eran un par de puños y pies contra un hombre con armas de fuego, cuchillos y un perro de presa. El pánico era inútil. Había que seguir avanzando.

Sábado, 10.23

—¡Jake! —llamó Janine desde la otra punta de la oficina—. ¿Qué estás haciendo?

Él estaba en su mesa, pulsando teclas en su ordenador. Tal vez estuviera trabajando, pero siempre era posible que anduviera comprobando si le habían abonado la nómina o consultando los ascensos recientes. Janine acababa de hablar con Pam, de la Unidad de Información.

Pam había sido servicial y complaciente, pero aun así se tardaría al menos una hora, cuando no más, en que Telstra proporcionara los resultados de la triangulación del teléfono de Sammi. Los registros de llamadas del camarero se demorarían todavía más. Las cosas solían ir más lentas los fines de semana porque había menos personal, así que tenían que seguir avanzando con lo que tuvieran mientras esperaban.

—Ven a echar un vistazo —contestó Jake, señalando la pantalla.

Janine se acercó.

—Le estoy echando un vistazo a nuestro camarero, Don Black. Es una buena pieza —dijo Jake.

—¿Qué has averiguado?

—El tío es un degenerado. Hay dos órdenes de protección por violencia doméstica contra él. La primera fue solicitada por la policía a petición de su madre. Los vecinos llamaron a Emergencias después de que oyeran gritos y chillidos, seguidos de un disparo. La policía hizo acto de presencia. El tipo seguía viviendo con su madre en ese momento. Ella quiso echarlo a patadas, y él se volvió loco. Disparó al perro de la mujer cuando estaba tumbado al lado de ella. La madre estaba aterrorizada, aunque cambió la historia para intentar salvarle el pellejo. Le dijo a la policía que el perro estaba enfermo y que su hijo le había hecho un favor al dispararle, ya que así no tendría que llevarlo al veterinario y pagar para que lo sacrificaran. Cuando la madre cambió de opinión y empezó a mentir por él, todas las acusaciones se fueron al garete y solo se consiguió una orden normal de violencia doméstica contra ascendientes. A causa de la orden, él perdió su licencia de armas y las armas de fuego que tenía registradas. Parece que su madre acabó mudándose de casa.

—Joder —soltó Janine—, esto no hace más que empeorar por minutos.

—Aún hay más. Una segunda orden de alejamiento, esta obtenida por una novia. Otra mujer aterrorizada. Acudió a la comisaría con las iniciales de Black grabadas en el muslo. En esa época vivían en el oeste. Se trataba de unos cortes superficiales que no necesitaron sutura, pero ella insistía en que él tenía armas escondidas y que la amenazaba reiteradamente con dispararle.

—Seguramente sería acusado de agresión o lesiones por eso, ¿no es así? —preguntó Janine.

—Sí, pero una vez más las acusaciones se desmoronaron. La novia se abrió. Era una kiwi neozelandesa y regresó a casa. Se negó a mantener otro contacto con la policía. Abandonó el país cuatro días después y no dejó ninguna dirección. Sin su testimonio, todo lo que tenían era una mera declaración. La Científica ni siquiera pudo ponerse en contacto con ella para hacer fotos de las lesiones antes de que se marchara. La orden se dictó por violencia doméstica, pero no hubo denuncia.

—Así que es un chiflado peligroso, aunque sus víctimas estaban demasiado asustadas para seguir hasta el final —resumió Janine.

—Más o menos. Este tipo debería estar entre rejas. Y esos son solo los casos que conocemos. ¿A cuántas mujeres ha maltratado que no dieron el primer paso? ¿O que desaparecieron?

Jake pulsó una tecla para abrir el anterior informe de personas desaparecidas con que Black había estado relacionado. Janine miró mientras se iban abriendo diferentes pantallas: el informe del suceso con

el *modus operandi*, el pantallazo del sospechoso y los detalles de la víctima, y una vieja foto policial de la víctima.

—¿Esa es la prostituta desaparecida? —preguntó Janine.

Algo en la foto atrajo su atención. Tendió la mano por delante de Jake para hacerse con el ratón y pulsó para que la foto policial llenara la pantalla. La mujer parecía bastante normal. Un pelo rubio que enmarcaba una cara pálida y una mirada ligeramente huidiza. Y eso fue exactamente lo que llamó su atención. Podría haber sido una antigua compañera de colegio, o la cajera del supermercado del pueblo, o su hermana.

—Me pregunto cómo acabaría haciendo la calle. Qué lástima —se lamentó Janine.

Jake se encogió de hombros.

—Las mujeres se hacen prostitutas callejeras por algún motivo de peso —observó él.

—Sí, supongo. Pero nadie se merece desaparecer sin dejar rastro.

Jake fue pulsando la tecla para hacer pasar las pantallas del informe.

—Lo interrogó Jim Dyson. Lo conozco. Me llevó con él varias veces durante mi primer año. Es un tío espabilado. Si quieres, puedo llamarlo para ver qué no puso en el informe y qué le dijo su instinto.

El sistema de contactos entre policías era un recurso eficacísimo y con frecuencia infrutilizado.

—Buena idea —dijo Janine.

Cogió el teléfono de Jake y se lo entregó, para que no le cupiera ninguna duda de que quería que lo hiciera inmediatamente.

De vuelta en su mesa, Janine abrió su libreta y trató de organizar sus ideas y trazar un plan.

Jake no tardó en aparecer.

—Jim recordaba el interrogatorio a este camarero. Lo ha descrito como astuto y engreído. Según me ha dicho, el tío pareció sorprendido y asustado cuando aparecieron en su casa para interrogarlo. No se había dado cuenta de que la chica había enviado un SMS con su matrícula. Al principio lo negó todo y luego se negó a seguir hablando, alegando que necesitaba asesoramiento legal. Cuando llegó a la comisaría para someterse a un interrogatorio formal, tenía preparada su historia a la perfección. Jim dice que le pilló en un par de pequeñas mentiras, aunque eso no fue suficiente para acusarlo de algo. Rastrearon el teléfono y registraron su casa, pero no apareció nada. Black había admitido que ella estuvo en su coche, y efectivamente encontraron huellas de la chica en el vehículo, pero él se aferró a su historia de que la había dejado donde la encontró.

Janine asintió con la cabeza.

—¿Y qué le dijo su instinto a Jim?

—Que él la había asesinado. Pero nunca llegaron a reunir pruebas para demostrarlo. Era una prostituta, y nadie se preocupó demasiado de mantener la investigación en marcha. Jamás encontraron el cuerpo, y el rastro se acabó enfriando. Sigue figurando solo como desaparecida.

Con una sensación de desasosiego cada vez mayor, Janine marcó el número de la Operación Eco. Había trabajado en importantes salas de operaciones, donde con frecuencia el trabajo era tedioso y donde a veces había que lidiar con cientos de pistas e informaciones inútiles, a menudo aportadas por los ciudadanos.

Janine se presentó al oficial que atendió la llamada.

—Solo quería ponerme en contacto con vosotros, chicos. Tenemos a una mujer joven desaparecida después de una noche de marcha por la ciudad. Es una oficial de policía. No hace mucho que ha desaparecido, pero todo apunta a que realmente está en apuros y no a que se haya entretenido en alguna parte.

Le dio a su interlocutor un breve informe sobre el camarero, dónde trabajaba, qué aspecto tenía y qué coche conducía, así como sus antecedentes. Nada más terminar, el otro policía le dijo que esperase.

—Hola. Janine, ¿verdad? Soy Bill Johns. —Otro hombre estaba al teléfono—. Me acaban de dar un

informe sobre tu persona desaparecida. Tenemos cientos de pistas sobre Tahlia. Una de ellas es que se la vio subiendo a una camioneta blanca con una gran defensa y una desmesurada cubierta en la parte trasera. Bueno, ¿puedes venir aquí y hacerle un resumen a mi equipo? Veremos si podemos encontrar alguna coincidencia más y somos capaces de avanzar juntos en esto.

Con una llamada telefónica, había cuatro detectives más trabajando en el caso.

Sábado, 10.34

Se estaban manteniendo muchas conversaciones a puerta cerrada en la comisaría, y a Gavin no le gustaba nada. Le estaban ocultando información. Las conversaciones importantes tenían lugar en el despacho del sargento, mientras Gavin hablaba con Bob en la sala de estar. El sargento le estaba haciendo pasar una interminable lista de preguntas inútiles para completar la denuncia de personas desaparecidas.

—¿Cuál es su proveedor de telefonía móvil? —preguntó Bob.

—Hummm... Telstra —respondió Gavin.

—¿Y su dentista?

—Johannes, en Mill Street.

—¿Ha ido a verlo recientemente?

—No. ¿Por qué?

—Por si necesitáramos conseguir sus fichas dentales —aclaró Bob sin apartar la mirada del formulario de preguntas—. Dame los datos de su cuenta bancaria.

—Sammi trabaja con el Commonwealth Bank. ¿Es que vais a comprobar los reintegros o algo parecido? —preguntó Gavin, sintiéndose más decepcionado por momentos.

—Es solo un procedimiento rutinario.

—Puedo enseñarte el extracto ahora mismo. Sammi no se ha fugado —repuso Gavin con aspereza.

—Nadie está diciendo eso. Si llevara encima la tarjeta de crédito y se la hubieran robado, podría tenerla cualquiera.

Gavin resopló.

—¿Qué han averiguado? ¿Por qué me estás tomando declaración de repente? Fuiste tú quien me dijo que esperase y aseguró que ella terminaría por aparecer.

—Comprendo que te resulte difícil, pero tenemos que ir paso a paso. Necesito que me des todos los detalles que te vengan a la cabeza. No sabemos qué información podría acabar siendo de utilidad —explicó Bob.

—Me saca de quicio que no me digas... —Se interrumpió bruscamente ante la mera idea—. ¿Soy sospechoso? —preguntó, mirándolo fijamente.

Bob le sostuvo la mirada.

—No, no eres sospechoso. Estuviste en casa toda la noche. Todos lo sabemos.

Lo dijo en voz baja y sin alterarse. Gavin era un barril de pólvora a punto de explotar.

—Estoy intentando ayudarte —siguió Bob—. Sé que esto es desesperante. Tú quieres salir de aquí y hacer algo. Bueno, esto es lo más importante que puedes hacer por el momento: aportarnos todos los datos.

Gavin clavó la mirada en el suelo.

—¿Qué han averiguado? —Había un dejo de súplica en su voz.

—No gran cosa —respondió el policía—, pero antes de ordenar que se rastree su teléfono, necesitan esta declaración.

Gavin parpadeó varias veces.

—Vale. ¿Cuál era la última pregunta?

Sábado, 10.50

Janine y Jake entraron con paso firme en el centro de investigaciones con una meta clara. Cuatro cabezas se volvieron hacia ellos. El personal del turno de día de la Operación Eco se congregó a su alrededor y se hicieron las presentaciones. El inspector Bill Johns era el oficial al mando.

Janine tomó la iniciativa e hizo un rápido repaso de los hechos. Sammi era policía; no había ido a trabajar; su coche seguía en casa de su amiga en Brisbane; no se la podía localizar en su teléfono; y había abandonado el bar sola. El camarero se había marchado pronto del trabajo, más o menos al mismo tiempo que ella, tenía antecedentes por violencia doméstica y había sido interrogado en relación a otra persona desaparecida. La camarera había visto a una mujer rubia subir a la camioneta del camarero.

Acto seguido pasó a detallar las averiguaciones que había hecho hasta el momento. Hizo circular las fotos que le habían hecho al camarero cuando estuvo en comisaría. Tenía un aspecto bastante normal, pelo moreno corto y barba muy recortada. En la foto policial miraba más allá del objetivo con un asomo de sonrisa.

Bill intervino en ese momento.

—Vanessa —dijo, entregando la foto policial a una joven oficial que tenía a su izquierda—, empieza repasando los expedientes de Prevención del Crimen. Mira si hay alguna descripción que coincida con este sujeto. Busca también el expediente de la testigo que vio a Tahlia subir a una camioneta. Vuelve a ponerte en contacto con todos y hazles más preguntas sobre cualquier cosa que se les haya ocurrido desde que llamaron por primera vez.

Jake le echó un vistazo a Vanessa y, cuando él le acercó una silla libre a la chica, Janine vio la sonrisa llena de hoyuelos de su compañero. A este le encantaba estar con gente nueva. Pero el mero hecho de que disfrutara de su trabajo no implicaba que estuviera siendo útil. En lo tocante a los miembros del sexo opuesto, se distraía con demasiada facilidad.

Bill se volvió hacia Janine.

—¿Habéis hecho algo con este camarero? ¿Le habéis llamado o pasado por su casa?

Ella negó con la cabeza.

—Antes de ir allí, quería reunir todo lo que pudiera sobre él.

—Llámalo —le indicó Bill—. Hazlo para que veamos si alguien responde. Si lo coge, finge que intentas venderle algo. Funcionará mejor con una voz de mujer. Prueba con el número de casa, y luego con el móvil. Hazlo desde mi despacho, donde no tendrás ningún ruido de fondo.

Ambos sabían que el número de teléfono quedaría reflejado si el camarero tenía una pantalla con identificador de llamadas. Era mejor fingirse una televendedora que limitarse a colgar. Si estaba nervioso o paranoico, eso podría ponerle en alerta.

Janine asintió con la cabeza mientras empezaba a elaborar lo que podría decir en caso de que el camarero atendiera la llamada.

Bill sacudió la cabeza.

—No te devanes la sesera. Apuesto a que no responde nadie.

—Ya, pero no me gusta que me cojan por sorpresa —respondió Janine.

Fue hasta el despacho de Bill y se sentó en su silla, pensando todavía. Si decía que estaba haciendo una colecta con fines benéficos, él probablemente colgaría de inmediato. Pero eso era todo lo que querían, únicamente saber si respondía al teléfono.

Cuando marcó el número, y el teléfono empezó a dar la señal, el corazón se le aceleró y la nuca se le erizó. Después de seis tonos, saltó el buzón de voz y Janine confirmó que tenía bien el número, tras lo

cual colgó. El móvil de Black también sonó y siguió dando la señal. Después de siete tonos, Janine colgó y salió de nuevo a la sala principal.

—¿No lo coge? —preguntó Bill, y ella negó con la cabeza—. Echa un vistazo a esto. —El inspector le señaló la pantalla de un ordenador que él estaba mirando por encima del hombro de Vanessa.

Janine vio la foto de la casa en Google Earth con el número de teléfono que acababa de marcar.

—Tiene un perro —dijo Bill, señalando una caseta en el desordenado patio trasero. Un alto cercado separaba la casa de las de alrededor—. Mira a ver si sabemos algo de los vecinos —le indicó Bill a Vanessa, que pulsó unas teclas.

La vista aérea de la casa desapareció detrás de otra pantalla.

—¿Tienes suficiente para una orden de registro? —preguntó Bill.

Janine negó con la cabeza.

—Creo que no. De momento solo tenemos una mujer que llega tarde al trabajo y que no coge su móvil. Estoy esperando los resultados de la triangulación del teléfono. Eso puede ayudar. Las videocámaras del bar también podrían confirmar a qué hora exacta se marchó. Y permitirnos ver si salió sola. No sé hasta dónde llegan las imágenes de la fachada del bar. Si tenemos suerte, podría llegar hasta la calle.

—Vale, seguid la grabación —dispuso Bill—. A ver si alguien puede visionarla hoy, aunque no puedan hacernos una copia.

Janine miró a Jake, que se estaba inclinando hacia el ordenador en lo que parecía una estratagema para acercarse a Vanessa.

—Tengo un trabajo para ti, Jake —dijo.

Sábado, 10.53

Sammi tenía puesto el piloto automático de las piernas, el cual les marcaba el ritmo de un trote regular, aunque su cabeza tenía metida la quinta. Esa no sería la forma en que terminaría todo para ella: sola en el bosque y a manos de un camarero pueblerino de tez pálida. Tenía que ser más lista que él; tenía que haber una manera de salir de aquello.

¿Podría decirle algo que le hiciera perdonarle la vida? Era obvio que suplicar clemencia sería malgastar saliva.

¿Qué era lo que lo motivaba? ¿El poder? ¿El odio? ¿Qué podía ofrecerle que satisficiera esas necesidades y anulara su ansia de matarla?

Le dio vueltas a estas ideas, sin ningún convencimiento de que hubiera una respuesta. En cierta ocasión había oído la historia de dos hombres que habían secuestrado a dos adolescentes. Cuando estaban matando al primer chico, el segundo fingió ponerse de parte de los asesinos y en contra de su amigo. Los asesinos le perdonaron la vida, creyéndose su instantánea conversión de víctima en cómplice del crimen.

¿Cómo podría ponerse ella de su parte y convencerlo de que también era malvada? ¿Debía ofrecerle sexo y decirle que aquel juego le resultaba excitante y estimulante? ¿Fingir que ella deseaba hacerlo otra vez, que quería ser su novia para poder jugar muchas veces con él a aquellos juegos sádicos? ¿Se creería tal cosa, que había una mujer a la que le resultaba erótico que la dominara y humillara?

Sammi no creía que el sexo fuera la principal motivación de aquel psicópata. Se trataba más bien del poder y el control. ¿Tal vez ofrecerle ayuda para atrapar a alguien más prestigioso o interesante que ella? ¿Podría decirle que conocía a alguna famosa y que le entregaría a esa mujer a cambio de su vida? ¿Podría rebajarse tanto como para intentar negociar con un chalado perverso?

Seguramente no. Cuando el camarero estuviera lo bastante cerca, se sentiría tan aterrorizada que las facultades del habla y el raciocinio la abandonarían.

Sabía por su entrenamiento cómo reaccionaban la mente y el cuerpo en situaciones extremas, y ella

había experimentado en carne propia algunos de los síntomas más leves. La primera vez que se había enfrentado a un hombre armado con un cuchillo, le había conminado a tirar el arma chillando tan nerviosamente que el sujeto le había respondido que no entendía lo que le decía. En cierta ocasión, después de una detención violenta, las manos le habían temblado tanto que la diminuta llave de las esposas se le caía al suelo una y otra vez.

Así que era probable que sufriera una súbita pérdida de motricidad, tras lo cual podría producirse una pérdida auditiva, a causa de la cual no registraría lo que se le dijera. Podría padecer lapsus, confusión y un distanciamiento o retirada de la situación. Por otro lado, también podría desarrollar una fuerza sobrehumana o vivirlo todo a cámara lenta, con el cerebro trabajando el doble para procesar todas las alternativas. Sammi tenía que considerar todas las posibilidades.

Pero una cosa era cierta: su vida dependía de que actuara de la forma correcta.

Sábado, 11.08

El teléfono de Janine sonó. Era Pam, de la Unidad de Información.

—Tengo los resultados del teléfono de Sammi —anunció—. La última llamada saliente se hizo a las cuatro y veintidós de la tarde del viernes. Comprobé el número. Es un número registrado a nombre de Candy Curtis, de Brisbane. Entrantes hay tres desde el teléfono de Gavin Porter entre las ocho menos cuarto y las ocho menos cinco de ayer noche, todas las cuales acabaron en el buzón de voz. Una cuarta, realizada a las ocho menos dos minutos, fue atendida. Además, hay un SMS enviado desde el teléfono de Porter a las diez y catorce de la noche. Pone lo siguiente: «Siento que discutiéramos. Te echo de menos. Que te diviertas esta noche. Hasta mañana por la mañana. Te quiero.»

»El teléfono estuvo conectado hasta las cuatro y veintiuno de esta madrugada. Luego fue apagado o se quedó sin batería. No podemos triangularlo porque no se hicieron ni recibieron llamadas. Pero, puesto que el teléfono estaba encendido, sabemos a qué antenas de telefonía estuvo conectado. La primera llamada a Candy procedía de la zona de Angel's Crossing, y desde allí se le puede seguir el rastro hasta Forest Lake. Luego entró en la ciudad, y volvió a salir en Inala. Pero la última antena a la que se conectó fue en Bald Hills. Muy lejos de La Cabeza del León, pero muy cerca de la casa de tu sospechoso.

—Joder —soltó Janine.

—También he seguido el número del sospechoso, el que te dieron en su trabajo. Estuvo conectado a la antena de Inala mientras permaneció en su trabajo. Luego, a las cuatro y veinte de la madrugada, él estaba en Bald Hills, y el teléfono sigue conectado a la misma antena en este momento. Así pues, tiene el teléfono con él mientras está en el bar y luego se lo lleva a casa. Sigue allí, conectado, aunque nadie lo coge. Ni llamadas entrantes ni salientes. Es probable que tenga dos teléfonos. Uno es el legal, el otro sería de prepago y probablemente esté registrado con un nombre falso si tiene algo que ocultar. Encontrar su número es muy difícil. Aunque estoy en ello —explicó Pam.

—Gracias. Nos es de mucha utilidad —repuso Janine.

—He oído que se trata de una oficial de policía. ¿Es así? —preguntó Pam.

—Sí. Pero por el momento estamos tratando de mantenerlo en secreto. Todavía estamos reuniendo las piezas.

—Si hay algo más en lo que podamos ayudar, decídnoslo. Habrá alguien en esta oficina hasta las diez de la noche.

Janine se lo agradeció antes de colgar y fue a informar a Bill.

Este sacudió la cabeza con tristeza.

—Joder, confío en que esto no sea lo que parece.

—Incluso si Sammi aparece, tenemos que tener bien vigilado a este sujeto —comentó Janine.

Él asintió.

—Vale, así que parece que ella fue a la casa del camarero. ¿Por voluntad propia?

—De todas formas, puede que sea el momento de conseguir una orden de registro para la casa. ¿Por qué apagaría ella su teléfono al llegar allí? —planteó Janine.

—Me preocupa un poco que gran parte de las razones para pedir la orden vayan a ser meras especulaciones. Aparentemente, esto puede haber ocurrido, pero también es posible que sea algo diferente. Como que ella decidiera dejar a su novio a causa de la pelea y ya conociera a este camarero y se haya ido con él a su casa. Ella sabía que iba a armarse follón, así que apagó el teléfono y permanece oculta. No es probable, pero sí posible.

—No estoy de acuerdo. Ella no escogió el bar al que fueron y lo que tuvo con el camarero fue una conversación casual. No hay nada que sugiera que ya lo conocía. Y aunque tuviera intención de irse con él, habría esperado a que terminara su turno en lugar de hacer que él se marchara intempestivamente del trabajo. El tipo se largó corriendo porque sabía que ella estaba sola y quería interceptarla antes de que parara un taxi —señaló Janine.

Bill asintió con la cabeza.

—Eso parece más lógico, pero estoy haciendo de abogado del diablo. Quiero que consideres todas las posibilidades.

—Mira, si en realidad él se la llevó, entonces no podemos perder ni un segundo. Creo que tenemos suficiente base para obtener una orden —replicó ella—. ¿Crees que necesitamos entregárselo al EERE?

El Equipo Especial de Respuesta de Emergencias eran los hombres de negro. Iban con pasamontañas y armamento pesado cuando había demasiado peligro para el personal común.

Bill se encogió de hombros.

—No sé si esto es realmente un trabajo para los EERE. Todavía es muy pronto para considerar desaparecida a esa persona.

—Disiento. Si esto es lo que ha pasado realmente, tenemos que actuar con rapidez e ir a por todas. Este sujeto es un hijoputa. Aunque al final no tenga nada que ver con Sammi, da igual. Se merece que le derriben la puerta a patadas todos los días de la semana.

—Pues entonces actúa según tu instinto. Es tu investigación —dijo Bill—. Empieza a redactar esa orden. Cuando la termines, probablemente tendremos más cosas para seguir adelante.

Sábado, 11.12

Sammi avanzaba obstinadamente al trote. Sumida en sus pensamientos para elaborar un plan, no reparó en la raíz de un árbol que sobresalía. Tropezó y se cayó. Una vez más. Había perdido la cuenta de las veces que se había caído. Eso no tenía importancia. Cuando se puso de pie, algo llamó su atención. Delante de ella había una piedra en el suelo. Era casi redonda y lisa y tenía el tamaño de una pelota de tenis. La cogió. Le cabía perfectamente en la palma, casi podía rodearla con los dedos. No pesaba demasiado, aunque sería dañina si se la lanzaba con fuerza. No se tenía por una lanzadora precisa, pero a poca distancia y aunque su puntería fuera pésima, la piedra podría distraer o confundir. También le dio una idea.

Siguió corriendo, escudriñando el terreno hasta que dio con un palo largo y bastante recto. Lo apoyó contra su rodilla y partió un trozo de la longitud aproximada de un bastón. Comprobó su resistencia apoyándose en él; no se partiría fácilmente. Uno de los extremos estaba astillado. Sammi se agachó y frotó el extremo irregular contra la piedra hasta que consiguió afilarlo y convertirlo en un pincho rudimentario. Ahora estaba armada. Algo era mejor que nada.

Ir en busca de la cinta de la cámara de vigilancia del bar le supuso a Jake un viaje de media hora por la ciudad, hasta el domicilio social. Un sujeto malhumorado de mediana edad lo recibió en la puerta y lo hizo pasar dentro. Llevaba puesta una manchada camiseta que proclamaba que el individuo no solía trabajar los sábados por la mañana. Eso arrancó una ligera sonrisa a Jake, que empezó a considerar quebrantar la fachada irritable del hombre.

—No le habrán sacado de la cama por esto, ¿verdad? —preguntó.

El otro soltó un gruñido.

—Bueno —dijo Jake—, ¿sabe por qué las mujeres se restriegan los ojos cuando se despiertan por la mañana?

El sujeto pareció desconcertado.

—¿Eh? —soltó.

—Porque no tienen un par de pelotas que rascarse —respondió Jake, rematando el chiste.

El hombre se lo quedó mirando de hito en hito, ceñudo y asombrado. Entonces soltó una risotada.

—Vale, ¿puede decirme por qué las mujeres hacen el amor con los ojos cerrados? —replicó, sustituyendo el ceño por una sonrisa de oreja a oreja.

Jake ya conocía el chiste, pero le siguió la corriente.

—Ni idea.

—¡Porque no soportan ver que un tío se lo pase bien!

El hombre volvió a reírse. Jake confió en que ahora se mostrara más dispuesto a buscar la grabación.

—Pase, amigo —dijo, conduciendo a Jake a una pequeña sala—. Soy el único que sabe manejar este puñetero sistema. Siempre procuramos ayudar a la poli. La cosa es recíproca, ¿eh? —aclaró.

Jake asintió con la cabeza.

—Se lo agradecemos de veras. Esto es importante.

—De acuerdo, ¿y qué hora estamos buscando?

—De las tres a las cuatro de esta madrugada. Una chica rubia, con pantalones negros y camisa blanca, que salió sola de La Cabeza del León.

El sujeto pulsó unas teclas y un monitor mostró un plano general de la entrada principal del bar. Giró un dial y avanzó rápidamente las imágenes, haciendo que las figuras de la pantalla entraran y salieran rápidamente del local. La grabación tenía mucho grano, aunque no lo suficiente para impedir distinguir los principales rasgos faciales. Los minutos pasaban en el contador, y cuando se estaban acercando a las cuatro de la madrugada, a Jake le empezó a preocupar que hubieran pasado por alto a Sammi. De pronto se vio un destello blanco en la pantalla.

—Ahí —dijo Jake, señalando.

El hombre detuvo las imágenes y rebobinó fotograma a fotograma. Los porteros tenían una trifulca con un joven. Una mujer se escabulló por su lado, y Jake reconoció a Sammi por la foto que le habían mostrado. En efecto, estaba sola. La hora impresa en la imagen indicaba las cuatro menos seis minutos.

—¿La hora es correcta? —preguntó Jake.

—Sí. ¿Quiere que la siga hacia atrás?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, sabemos a qué hora se marchó —explicó el hombre—. También podemos localizarla con las cámaras del interior y ver qué estuvo haciendo mientras estaba dentro.

Jake sonrió cuando el hombre pulsó una tecla y en la pantalla apareció una vista de la pista de baile del local. Rebobinó más, y entonces Sammi apareció caminando hacia atrás y besando a una chica que estaba emparedada entre dos hombres en la pista. Jake supo que aquella era Candy e instintivamente tomó

nota de lo buena que estaba. Siguiendo con el rebobinado, Sammi retrocedió de espaldas hacia la barra.

Entonces Jake por fin vio al sospechoso principal. Tenía una perilla morena y recortada y llevaba un polo negro con el logotipo del local. Sammi estaba hablando con él. Jake lo estaba viendo todo al revés. Cuando Sammi se alejó de la barra caminando hacia atrás y desapareció de la imagen, le pidió al hombre que reprodujera la grabación en tiempo real.

Jake observó atentamente, prestando atención al camarero. Era él quien se inclinaba sobre la barra; él quien le ofrecía la mano a Sammi por encima de la barra. Ella estaba de pie apoyada en la barra, al principio de espaldas al camarero, luego se volvía lo suficiente por educación y hablaba con él por encima del hombro. No mostraba ningún interés; le estaba respondiendo solo por no parecer grosera. Puede que Black lo estuviera intentando, pero sin resultados. Jake sabía muy bien lo que pasaba cuando se tenía éxito ligando. Y lo que estaba viendo era rechazo.

Entonces el encargado rebobinó un poco más, escogió otro ángulo y allí estaba Sammi hablando con otro hombre.

—¿Y ahora quién es ese? —se preguntó Jake en voz alta.

—Ni idea —respondió el hombre, y los hizo retroceder hasta la puerta, hasta el instante en que los cuatro entraban en el local.

Jake vio al tipo tocar a Sammi, que se apartaba, tras lo cual el tipo se unía a Candy y su hombre en la pista. Fotograma a fotograma, averiguaron el tiempo que Sammi había pasado en el local.

—¿Podría copiarnos todo este disco? —preguntó Jake.

—Sí. Ahora que sé lo que necesitáis, será fácil.

—¿Tardará mucho?

—Diez minutos —respondió el hombre.

—Perfecto. Tengo un chiste más para usted. ¿En qué se diferencia una puta de una traficante de drogas?

El hombre negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—En que una puta puede lavarse la raja¹ y volver a venderla. Vuelvo en diez minutos —dijo Jake. Y salió mientras el otro seguía riendo.

Janine respondió a su llamada.

Jake empezó a describirle sin más lo que había visto en la grabación.

—Ella entró con su amiga y dos tíos. Su amiga se emparejó con uno, pero Sammi ignoró al otro. Este se fue e hizo un trío con la amiga y el otro. Sammi se fue a la barra a beber algo. Parece una Coca-Cola en un vaso grande, nada alcohólico. El camarero empezó a hablarle, pero ella no mostró ningún interés. Prácticamente le está dando la espalda todo el rato. Solo le respondía por educación, aunque él se inclinó hacia ella por encima de la barra, tratando de pegar la hebra. Luego, ella se fue sola a las cuatro menos seis. No hay imágenes de más allá de la puerta.

—De acuerdo, se marcha sola y parece dirigirse a casa. El camarero se marcha de repente, según su compañera. Lo siguiente que sabemos es que el teléfono de Sammi es apagado cerca de la casa del camarero —resumió Janine.

—Por cierto, se ve al camarero sirviéndole la bebida. ¿Y si le echó algo?

—Es posible. Vuelve aquí, Jake, tenemos que obtener la orden de registro.

Sábado, 11.39

Con su ventaja de una hora ya transcurrida, Sammi no paraba de mirar el reloj. ¿Cuánto se habría alejado? ¿Todavía podría oír la moto cuando él la arrancara? ¿Arrancaría siquiera? ¿Habría conseguido averiarla, ganando así un poco más de tiempo? ¿O el camarero habría descubierto su tosco intento de sabotaje y la habría arreglado ya? Estas y otras preguntas se amontonaban en su cabeza, y ella seguía

trotando con decisión. Se estaba cansando, pero aguantaba, ignorando el dolor en las piernas y la sensación de ardor en los pulmones.

Acalló la parte de su cerebro que quería llorar y gritar histéricamente «¿Por qué yo?» y «¡No es justo!», la misma que solo deseaba acurrucarse en el regazo de su madre... Esa parte fue obligada a retroceder lo más atrás posible. Se le daba bastante bien hacer eso. Era una habilidad que la mayoría de los policías aprendía por necesidad. Había una parte de ti que tenías que desconectar para poder llamar a la puerta de alguien y decirle que su hija había muerto y luego afrontar la reacción. O para quedarte con alguien atrapado en un coche con los huesos asomándole, hasta que los bomberos llegaran para liberarlo.

Esa parte podría hundirla. La emotividad no podía influir en lo que sucediera allí, en el bosque. Razonamiento, agudeza, disposición... esas eran las únicas cosas que podrían darle una oportunidad de luchar. En cuanto empezara a llorar, sería el final.

«No quiso levantarse, lo único que hizo fue llorar. Le rebané el cuello donde estaba...»

Las palabras del camarero la atormentaban. Eran una advertencia: no habría clemencia, suplicar sería inútil. El valor y la fuerza al menos podrían descolocar a aquel sujeto. Ella no podía permitirse menos que eso.

Poco a poco empezaba a trazar un plan, algún plan, cualquiera. «Haz algo. No te paralices. Reacciona, muévete, defiéndete, ataca.»

Decidió que lo mordería. En la mano o en la cara si podía. Si conseguía que el mordisco le marcara alguna parte del cuerpo, un oficial de policía perspicaz podría verlo y encontrar un motivo para hablar con Don. Sammi tenía los dientes de arriba ligeramente torcidos, y se había hecho una placa dental el año anterior. Un dentista forense no tendría problema en relacionarla con el camarero si ella era capaz de dejarle una marca visible. La huella de una mordedura siempre despertaba sospechas.

Con la emotividad excluida de la ecuación, trató de imaginar qué sucedería cuando él la atrapara. No le dispararía desde lejos, de eso estaba bastante segura. Aquello iba de poder y de miedo, y él quería controlar ambas cosas. Y eso no podría hacerlo a distancia.

Seguramente le echaría encima el perro, para que la derribara y retuviera. Era evidente que el animal estaba bien adiestrado. ¿Y qué podía hacer ella ante el ataque de un perro feroz? En una ocasión alguien le había dicho que las patas delanteras de un perro solo se mueven atrás y adelante, que no pueden ir hacia los lados, y que si les obligas a separar las piernas, eso les hunde el pecho y los mata. ¿Sería cierto? ¿Daría resultado?

Pero aquel chucho era una mala bestia. Era improbable que ella pudiera hacer otra cosa que no fuera hacerse un ovillo y cubrirse la garganta para que el perro no le arrancara la yugular. Quizá pudiera clavarle el palo afilado en un ojo o en la boca.

Pero ¿cómo reaccionaría el psicópata? Incapacitar al perro no la salvaría de aquel chalado armado con un rifle y un cuchillo. Necesitaría que él se acercara lo suficiente para tener un enfrentamiento cara a cara, porque eso era todo lo que ella tenía. Cualquier cosa que no fuera tenerlo a la distancia de una patada no le serviría de nada. Sin duda él la estaría apuntando con el rifle hasta que sacara el cuchillo.

En la Academia de Policía había aprendido algunas habilidades, al igual que en la formación operativa permanente. En circunstancias normales, podría enfrentarse a personas normales, pero aquello era otra cosa.

No estaba dispuesta a paralizarse. Lucha o muere: cuando lo veías de esa manera, no había alternativa. Tendría que confiar en el elemento sorpresa. Y en la adrenalina que corría por sus venas. Seguramente él no esperaría que se resistiera; no podía saber que ella era oficial de policía.

¿Y si dejaba que el perro la atacara e intentara hacerse la muerta? ¿Sería capaz de hacerse la muerta frente al ataque de un perro? En circunstancias normales no, pero es increíble lo que un cuerpo humano es capaz de hacer cuando no le queda opción. El camarero no dejaría que el perro hiciera algo más que derribarla. Lo había dejado muy claro. En ese momento sus palabras pasaron por la cabeza a Sammi,

provocándole un escalofrío.

En cuanto él le gritara al perro que se retirara, habría muchas posibilidades de que se acercara a ella, y esa sería la única oportunidad de Sammi. Se representó mentalmente todas las posibilidades. Se imaginó a sí misma levantándose de un salto, clavándole el palo en el vientre y soltándole una patada en las ingles. «Coge el arma, dispara al perro e incapacita al psicópata.»

Pensó en el rifle. Tendría un seguro. Imaginó cómo quitarlo y cuántos cartuchos habría en el cargador.

Se imaginó al perro. Algunas de esas razas tenían cráneos muy fuertes. ¿Sería mejor dispararle en el pecho? Repasó mentalmente diversas situaciones. Su trabajo le había enseñado a hacerlo así; si estabas preparada para una situación y habías estudiado todos sus aspectos, cuando llegara el momento decisivo tendrías más probabilidades de reaccionar debidamente. «Y por si algo no funciona, ten preparado un plan B.»

A lo largo de los años había cometido equivocaciones y errores de valoración. Había manejado mal algunas misiones. Después de cada una, las repasaba, analizaba sus acciones y deducía lo que debía haber hecho. Así, en cada ocasión aprendía y mejoraba.

Pensar y planear. Pensar y planear. A cada paso que daba, pensaba y planeaba.

¹. Juego de palabras intraducible aprovechando el doble significado en este caso del crack, la forma cristalizada de la heroína, y crack, «coño o raja» en inglés vulgar. (*N. del T.*)

Sábado, 12.01

La comisaría se sumió en un silencio deprimente cuando el turno de Sammi empezó sin ella. Las habituales charlas desenfadadas brillaron por su ausencia. Todos sabían ya que ella era oficialmente una persona desaparecida. Eran un grupo muy unido, y el rumor ya había sido confirmado.

Su teléfono estaba apagado. Aunque su batería se hubiera acabado, a esas alturas habría encontrado la manera de llamar. Su coche seguía aparcado a tres horas de distancia. Algo había pasado, y cada minuto que transcurría sin noticias de Sammi lo confirmaba.

Tom dejó a Gavin sentado en el exterior del apartamento pues ya empezaba su turno. Gavin había dejado claro que no se iría a casa hasta que tuviera alguna noticia.

El sargento mayor apareció perfectamente uniformado. Shane Layton, el comisario, normalmente se contentaba con las labores de dirección y administración. Y no solía trabajar los fines de semanas, así que estaba claro que se estaba tomando en serio la desaparición de Sammi.

Shane se encontró a Tom y le preguntó en voz baja:

—¿Gavin sigue bebiendo ahí atrás?

Tom asintió con la cabeza, apesadumbrado.

—Coge unas esposas por si acaso —dijo Shane.

Tom volvió a asentir con la cabeza y regresó del vestuario al cabo de un minuto.

—Vamos —dijo Shane.

Tom le siguió fuera del barracón donde Gavin estaba sentado. Gavin se levantó a medias para estrecharle la mano a Shane.

—¿Cómo lo llevas, amigo? —le preguntó Shane.

Gavin se encogió de hombros sin dejar de mirar al suelo. La hora que era —la del comienzo del turno de Sammi— no le había pasado desapercibida.

—No sé qué hacer ni qué pensar. Me siento tan inútil... —admitió.

—Amigo, hay algo que podemos hacer. No te lo tomes a mal, pero tenemos que ir a vuestra casa por si podemos averiguar algo.

Gavin lo miró con frialdad.

—¿A qué te refieres? ¿Qué crees que vais a encontrar?

—Dijiste que su bolsa de viaje no estaba. Debemos comprobar qué ropa cogió, si se llevó algo especial —respondió el sargento mayor.

—Piensas que me abandonó. —Fue una afirmación, una acusación.

—No, amigo, no es eso. —Shane negó con la cabeza—. Os conozco a ambos. Pero cuando esos detectives, los de Brisbane, empiecen a hacer preguntas, quiero tener todas las respuestas a lo que pregunten. Quiero poder decirles que cogió una muda y se marchó dejando todas sus cosas favoritas en casa. Si empiezan a sugerir que ha huido de ti, quiero poder cortarlos en seco. Estamos de tu lado. ¿De acuerdo?

Gavin asintió lentamente con la cabeza y se puso de pie.

Cogieron un furgón policial porque tenía una cabina doble y Gavin podría ir en el asiento trasero.

Hicieron el trayecto en silencio. La casa estaba a solo unos minutos.

Cuando se detuvo en el camino de acceso, Shane preguntó:

—¿Estamos todos de acuerdo en esto? Tenemos que demostrar que Sammi estaba decidida a regresar a casa esta mañana y acudir al trabajo a las doce. ¿De acuerdo?

Gavin asintió con la cabeza.

—Gavin, ¿puedes entrar en su cuenta de correo electrónico? —preguntó Shane.

—Creo que sí. Tiene una cuenta de Hotmail. Se accede automáticamente cuando abres Hotmail. Los dos utilizamos el mismo ordenador, aunque yo tengo Yahoo. —Miró a Shane con aire afligido—. Pero no quiero leer sus correos, de verdad. En cosas como estas confiamos el uno en el otro.

—Esta vez lo entenderá —dijo Shane—. Si lo prefieres, lo haré yo, si antes me introduces en la cuenta. Y también en Facebook, si lo utiliza.

Gavin apretó los labios, dibujando en ellos su desaprobación.

—Mira, Gav, si no lo hacemos y esto se prolonga, Información pirateará la cuenta —explicó el sargento mayor.

La idea de que el jefe de Sammi o un extraño revisara los correos electrónicos de ella se le antojó una intromisión aún mayor que si lo hiciera él. Sabía que el sargento no encontraría nada. Sabía lo que había sucedido la tarde anterior, y marcharse no había sido más que un pequeño desahogo por parte de Sammi. Sabía que no había habido ningún plan, que no habría correos electrónicos secretos enviados a alguien planeando una huida. Pero, como Shane había dicho, él tenía que demostrarle eso a los demás.

Sábado, 12.08

Habían transcurrido casi dos horas desde que Sammi consumiera su ventaja. No tenía ni idea de la distancia que había recorrido. De no ser por su reloj, habría supuesto que llevaba moviéndose el doble de tiempo. Su plan de mantenerse en dirección al sol ya se había frustrado, pues los rayos caían a plomo directamente sobre ella. Su única esperanza era que estuviera yendo todavía en la misma dirección y no en círculos. Supuso que su pequeño sabotaje a la motocicleta le había proporcionado algo más de tiempo. Aunque ¿para qué?

«Donde hay vida, hay esperanza», pensó. Quizás hubiera alguien más en el bosque, persiguiendo cerdos salvajes y no siendo perseguido por un asesino. Era una posibilidad remota, y no le dedicó demasiadas energías mentales.

Sabía que solo ella podría sacarse del atolladero. Superman no iba a caer del cielo para rescatarla. Más tiempo significaba más oportunidades para pensar y más tiempo para que alguien la buscara.

Volvió a mirar el reloj: las doce y nueve. Debía haberse presentado a trabajar hacía nueve minutos. Se le antojó algo tan lejano, el trabajo, su uniforme pulcramente planchado, su cinturón multiusos... Seguramente la echarían de menos en la comisaría. Aunque Gavin pensara que seguía enfadada, ella jamás utilizaría eso como excusa para faltar al trabajo o estar en paradero desconocido. No era de la clase de persona que no aparecía y no se molestaba en telefonar. Se preguntó fugazmente por el paradero de su teléfono y si se podría rastrear. Alguien empezaría a buscarla, aunque Gavin no lo hiciera.

Al menos es lo que ella haría por un colega desaparecido. No sería ignorado. Los policías solían ser personas suspicaces, si no por naturaleza, sí porque eran testigos de las peores situaciones con frecuencia. Los casos de personas desaparecidas que terminaban siendo halladas en casa de un amigo durmiendo la mona no eran las historias de las que la policía tenía noticias.

Cuando todo iba mal y los indicios apuntaban a lo peor, entonces era cuando la gente llamaba a la poli. Ella había recibido denuncias de personas desaparecidas, había oído las palabras «no es propio de ella» pronunciadas por padres y parejas angustiadas. Las más de las veces, todo se resolvía de la mejor manera posible. En ocasiones, no se resolvía jamás. La persona seguía desaparecida y sus seres queridos vivían en un estado de obnubilación, llegando a un punto en el que incluso las malas noticias eran bien recibidas, porque eso significaba que la espera había acabado y podían empezar a hacer el duelo.

La familia de Tahlia Corbett, por ejemplo. Sus padres estaban en el purgatorio, acosados por los

medios de comunicación. En el exterior de la discoteca de la ciudad habían colocado un maniquí ataviado con un vestido azul como el que la chica llevaba la última vez que se la vio. Los ciudadanos habían proporcionado miles de informaciones inútiles que había que examinar.

Juró que si sobrevivía, conseguiría que se le hiciera justicia a Tahlia. La imagen del cuerpo descuartizado de esta le vino a la cabeza. Esa imagen la perseguiría siempre, igual que la expresión de profundo terror en los ojos de la joven.

Ahora ella conocía ese miedo. Había una foto parecida de ella en la misma cámara.

Tenía que sobrevivir. Por ella, por las otras chicas, por sus familias...

Sábado, 12.16

Gavin entró en su casa delante de Tom y Shane. Por primera vez, reparó en lo oscura que era la vivienda a esa hora del día. Incluso los ladridos de *Jess* provenientes de la puerta de atrás sonaron sombríos y apagados.

Shane recorrió rápidamente la casa, y Gavin le vio echar un vistazo en todas las habitaciones. El sargento mayor no estaba haciendo más que su trabajo, pero él lo sintió como una violación de su intimidad.

Quería creer lo que Shane le había dicho, que Sammi no se había fugado. Pero si ella no lo había abandonado, la alternativa era demasiado siniestra para siquiera pensarla.

Juntos, revisaron el guardarropa de Sammi. Constataron que faltaba una bolsa de viaje, algunos artículos de tocador, unos zapatos, unos pantalones negros y una camisa blanca con un motivo rockero. Gavin no estaba seguro de nada más. La ropa favorita de Sammi seguía en el perchero. Nada sugería que hubiera hecho otra cosa que un equipaje para pasar la noche fuera.

Con su correo electrónico pasó otro tanto. Aunque Gavin fue el que se sentó al teclado, Shane observaba detrás de él. Era una situación desagradable, y Gavin trató de pasar por ella rápidamente, desplazándose por la bandeja de entrada, la de mensajes enviados y la papelera. Por mucho que todos quisieran respetar la intimidad de Sammi, Shane no paró de señalar y de abrir correos para comprobar sus contenidos. A Gavin se le antojó una especie de cacheo intelectual.

Volvió a mirar su reloj una vez más; cada minuto alejaba a Sammi de él un poco más. Al final, Shane se quedó sin preguntas que hacerle, y él y Tom se dirigieron a la puerta de la calle.

—¿Conoces bien a los padres de Sammi? —preguntó el sargento mayor.

Gavin parpadeó dos veces cuando cayó en la cuenta de que había otras personas a quienes lo ocurrido les resultaría tan duro como a él.

—Tenemos que comprobar si han tenido noticias de Sammi. Aunque eso supondrá dar algunas explicaciones —aclaró Shane.

Gavin asintió con la cabeza lentamente.

—¿Prefieres que los llame yo? ¿O sería mejor que lo sepan por ti? —preguntó el policía.

—Lo haré yo —dijo Gavin—. Son buenas personas, y me llevo bien con ellos. Dame un minuto para que discurra la mejor manera de explicárselo.

—De acuerdo, lo dejamos en tus manos. Llámanos si hubiera alguna noticia. Y si nos enteramos de algo, te lo haremos saber.

Gavin asintió. A esas alturas, ya no tenía nada que decir.

Sábado, 12.32

Llevaba oyendo la moto durante los últimos veinte minutos. Al principio había sido un zumbido tan

lejano que lo había ignorado, imaginando que sería un insecto. Pero el ruido se fue acercando lenta e inexorablemente, hasta convertirse en un rugido mecánico constante. El camarero no tenía prisa; sin acelerones, se iba aproximando a ella lento pero seguro. El momento de correr se había acabado; era hora de luchar.

Sammi tenía decidido su plan. Se escondería entre la maleza, con el palo afilado en una mano y la piedra en la otra.

Con el ruido de la moto acercándose, buscó un escondite apropiado. Escogió un gran tronco caído. Estaba podrido y parcialmente hueco, así que podía acurrucarse detrás de él, incluso meterse un poco dentro, y no ser vista. La madera también tenía unas cuantas grietas a través de las cuales mirar, así que además podría vigilar. Era un escondite bastante bueno. Había buscado un lugar donde no tuviera que tumbarse; era importante que pudiera permanecer apoyada en sus pies.

Esperar a que la moto la alcanzara resultó insoportable. No dejaba de rezar para que cambiara de sentido y el ruido se desvaneciera en la distancia. Sentía los latidos del corazón en los oídos y respiró hondo varias veces, intentando mantener la cabeza despejada. La atrocidad de su situación empezó a borbotear en su interior, estremeciéndola. Había hecho todo lo posible por concentrarse en cada instante, enfrentándose así a la pesadilla en pequeños fragmentos manejables. Intentar considerarlo en su totalidad significaría sumirse en el terror, el aislamiento y la impotencia.

Las lágrimas solo habían sido un momento de debilidad, superado desde que él la había sacado de la camioneta. Un gritito de terror escapó de su garganta, asustándola con su incontrolable desesperación. El miedo se apresuró a sofocar la desesperación y detuvo las lágrimas antes de que afloraran a los ojos.

¿Hasta dónde había llegado ese grito? ¿Lo habría oído el camarero por encima del rugido de la moto? Tomó una bocanada de aire y supo que verdaderamente quería vivir. Se llevó el nudillo del dedo índice a la boca y se lo mordió; el dolor la devolvió a la realidad. Fue entonces cuando la moto se detuvo.

Sammi lo vio por sus improvisadas mirillas. El camarero desmontó de la moto y sacó la pata de cabra de una patada. Estaba a unos veinte metros de distancia. Llevaba el rifle colgado del hombro. El perro saltó de la pequeña bandeja colocada en la parte posterior de la moto y se puso a olfatear por los alrededores, hasta que su amo lo hizo regresar con una orden inaudible. Sammi alcanzó a distinguir la perversa sonrisa en la cara del sujeto.

—Saaaa... maan... tha —canturreó—, venga, sal, sal de donde estés. Ya es hora de morir.

Dio dos pasos en dirección a ella.

—Ha sido divertido, has hecho un buen trabajo. Incluido lo de soltar el cable de la moto. Eso solo me entretuvo un minuto o dos, pero fue muy ingenioso. Has subido el listón para la siguiente chica. Puede que la próxima vez tenga que coger a dos, solo para mantener el interés. Has sido mucho mejor que la última. Bueno, ya ha llegado la hora de que te unas a ella.

Le dio una patada a una piedra que salió disparada hacia el escondite de Sammi.

—¿No estás asustada? Ah, ya te veo. Estás temblando tanto que el tronco entero se tambalea.

Se volvió hacia el perro, se agachó y sacó algo del bolsillo. Sammi reconoció sus bragas. Don le habló al perro en voz baja, sosteniendo las bragas contra su hocico.

De pronto, se levantó de un salto y balanceó el rifle para empuñarlo. Apuntó al tronco podrido; Sammi se aplastó instintivamente contra el suelo. El camarero hizo un único disparo al aire un metro por encima de la cabeza de ella. Estaba tan aterrorizada que se orinó encima, aunque apenas notó el líquido caliente que le empapó las bermudas. Ya no era capaz de pensar racionalmente y actuaba solo guiada por su instinto. La garganta se le contrajo como si unas manos diabólicas se la apretaran con fuerza, provocando que casi no pudiera respirar. Él estaba gritando algo en ese momento, y lo repitió tres veces antes de que ella pudiera concentrarse en las palabras en sí.

—¡Me estoy divirtiendo mucho! —gritaba, riendo entre frase y frase—. ¡Así que te has ganado otro cuarto de hora!

Volvió a apuntar al tronco.

—¡Vamos! ¡Echa a correr! —ordenó—. Hasta dentro de quince minutos.

El mensaje bajó del cerebro de Sammi a sus piernas. Intentando mantenerse agachada, salió corriendo. No sabía en qué dirección; solo se alejó corriendo. Oyó la risotada de su torturador mientras se alejaba en zigzag y se adentraba en la maleza. No supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que se le ocurrió mirar su reloj.

Sábado, 12.40

El magistrado había sido requerido en fin de semana por una solicitud de orden de registro. Le correspondía a él decidir si conceder a la policía la potestad de invadir el hogar y la intimidad de alguien. Janine había dudado antes de ponerse en contacto con él. Lo último que deseaba era que el juez se cabreara por su inoportuna visita, pero no había otra manera. Confiaba en que estuviera de acuerdo con ella. Janine le dedicó su mejor sonrisa de disculpa cuando le entregó la petición, aunque preparándose para defender su punto de vista si llegara el caso.

Bill la acompañaba, para prestarle apoyo moral pero también para proporcionarle apoyo en su condición de sargento mayor. Jake estaba encantado de haberse quedado en la sala de la Operación Eco y dejarle esa labor engorrosa a Janine.

El magistrado se tomó su tiempo para leer los fundamentos de la petición. Luego, miró a Janine por encima de sus medias gafas.

—Por lo que veo, no tiene nada consistente que vincule a esta oficial de policía con el dueño de la casa que quiere registrar —dijo.

—He relacionado varios indicios sólidos que apuntan a que está con él, y albergamos serios temores acerca de la seguridad de la oficial, señoría.

—Bien, pero ¿hay algún fundamento razonable para sospechar que se ha cometido un delito? Supongamos que sí, que esta mujer esté con su sospechoso. ¿Cómo sabemos que no se ha ido con él por su propia voluntad?

Janine estaba preparada para esa pregunta y respondió con convicción.

—No hay nada que apoye el supuesto de que la oficial Willis conociera al señor Black. Más bien lo contrario. Todo indica que coincidieron brevemente y por casualidad. Tenemos las imágenes en que aparece él presentándose a ella en el bar, donde solo hablaron brevemente. Tenemos un testigo que vio a una mujer que coincide con la descripción de la desaparecida subiéndose al vehículo del señor Black. Además, podemos demostrar que el teléfono móvil de la oficial fue desconectado cerca de la casa del sospechoso. Lo que más nos preocupa es que ella no acudió a trabajar. Comoquiera que desapareció en algún punto entre el bar y la casa de su amiga, y que tenemos la sospecha razonable de que acabó en casa del señor Black, es imprescindible que empecemos la investigación allí cuanto antes —dijo Janine, todavía con voz tranquila y apacible.

—¿Y está esperando un trato especial por el hecho de que esta persona desaparecida sea oficial de policía? —preguntó el juez, quitándose las gafas como para calibrar mejor la reacción de Janine.

—Por supuesto que no, señoría. A cualquier otro caso le prestaría la misma atención y rapidez. Aunque hay muchos, muchísimos policías dispuestos a poner la mano en el fuego por la formalidad y seriedad de la oficial Willis.

El juez volvió a posarse la gafas encima de la nariz. Leyó los fundamentos de la orden una vez más, rozando el principio de cada renglón con la pluma.

—¿Guarda esto relación con esa otra chica desaparecida? —preguntó.

—Sí, creemos que pueden estar relacionadas.

—Un triste caso ese. Tengo una hija de más o menos la misma edad. Te rompe el corazón. Toda esa espera, sin saber... —Su voz se fue apagando cuando empezó a firmar y sellar la orden.

Bill sonrió a Janine cuando salieron de la casa del juez. La descarga de adrenalina que tuvo Janine le provocó un hormigueo en los dedos.

Sábado, 12.41

Sammi siguió moviéndose, aunque ya no con la misma motivación de antes. El encuentro con el psicópata la había alterado, y una aplastante sensación de desamparo la embargó de repente. Estaba jugando con ella, torturándola psicológicamente antes de atraparla y causarle el inenarrable mal que ella había visto en sus fotos. ¿Qué posibilidades tenía contra un hombre provisto de un sabueso de presa y un rifle?

Cuando los pensamientos sombríos aumentaron disminuyó el paso. No era tanto la muerte lo que la alteraba, sino lo que sería capaz de resistir antes. La tortura haría que la muerte pareciera una dulce bendición.

Si no podía alejarse de él, decidió que al menos le privaría del placer que obtendría de matarla. Ella misma lo haría. Buscó un árbol alto al que trepar. Podría tirarse de cabeza, arrojarse contra el suelo haciendo el salto del ángel. O esconderse en el árbol, y si la encontraba, entonces sí arrojarse al vacío. Seguramente caería encima de él y de paso lo mataría. Ese era el mejor panorama que podía imaginar. El peor, que sobreviviera a su intento de suicidio y quedara malherida y a expensas de su misericordia. Porque él no tenía de eso.

Fue entonces cuando creyó oír algo, un lejano y tranquilizante gorgoteo. Se detuvo un instante y escuchó.

Sí. Era agua. Por allí cerca discurría un arroyo o un río. Su pensamiento adoptó entonces una nueva dirección. Podría ahogarse a sí misma. Se le antojó una alternativa casi agradable. «Te zambulles en el agua fría, bebes hasta saciarte y luego aspiras profundamente y te llenas los pulmones. Te has sujetado piedras en la camiseta y permaneces boca abajo.» Se entregaría al agua antes que entregarse a él. Siempre le había dado miedo morir ahogada, pero no ahora, enfrentada a una alternativa inconcebible. De vuelta al útero donde había flotado en líquido.

Deseaba vivir. Pero si tenía que morir, lo haría según su propia decisión.

Sábado, 12.43

Gavin se quedó mirando el teléfono durante lo que le pareció una eternidad. No podía decidirse a descolgarlo. El silencio que envolvía la habitación, la casa, le oprimía como una presencia física. Fue hasta la puerta posterior y llamó a *Jess*. La perra entró brincando, llena de entusiasmo. Gavin envidió su ignorancia. La perra se sentó y lo miró expectante, sin dejar de menear la cola. Gavin lo demoró un poco más saliendo al patio trasero, cambiándole el agua a *Jess* y arrojándole la pelota. Pero no podía postergarlo más.

Quizá los padres de Sammi hubieran tenido noticias de ella. Si hubiera decidido abandonarlo, ellos serían los primeros en saberlo. Gavin había llegado al punto en que no le importaba tanto que lo hubiera abandonado; solo quería saber si estaba a salvo.

Volvió a entrar acompañado de *Jess*. Notaba el teléfono en la mano como si fuera un peso muerto.

Era de la clase de hombre que no dudaba en afrontar de inmediato sus obligaciones, que se arrancaba las tiritas de un tirón. Aquella indecisión no era propia de él. El número de los padres de Sammi estaba programado en el botón de marcación rápida del teléfono. Gavin respiró hondo cuando el aparato empezó

a dar la señal de llamada.

Juleen y Patrick, los padres de Sammi, siempre habían sido amables con él. Esperaba que fuera Patrick quien contestara. Los dos tenían más cosas en común y se llevaban mejor.

Pero no hubo tanta suerte.

—Hola —dijo Juleen en tono jovial.

Gavin lamentó tener que estropear ese buen talante.

—Hola, Juleen, soy Gavin.

Su tono lo delató. No hubo palique, y la alegría abandonó la voz de la mujer.

—Ah, hola, Gavin. ¿Va todo bien?

—Solo quería saber si hoy habéis sabido algo de Sammi. O ayer —añadió.

—No... ¿Qué sucede? ¿Os habéis peleado?

—Esto... sí —reconoció Gavin—. El caso es que no estoy seguro de si Sammi me está castigando con el silencio o si... —No se atrevió a terminar la frase.

—No hemos sabido nada de ella. —La mujer lo dijo en un tono apagado, mientras asimilaba la inesperada noticia.

—No ha ido a trabajar —dijo Gavin.

—Eso no le pega nada. Intentaré llamarla.

—Tiene el teléfono apagado —respondió él. Se hizo un silencio mientras la mujer pensaba en ello—. Puede que se haya quedado sin batería —agregó, sin que él mismo se lo creyera mientras lo decía. Más silencio. No se atrevió a mencionar que la policía ya había tomado cartas en el asunto—. Confío en que...

—¿Cómo de grave fue la pelea? —lo interrumpió Juleen con una nota de dureza en la voz.

—No, no fue para tanto, Juleen. Solo tuvimos... —Pero no consiguió terminar.

—Sabes que habla conmigo. Y me cuenta sobre vuestras peleas —dijo Juleen, y aquello sonó al rugido de una madre tigre protegiendo a su cría—. ¿De verdad crees que esa es manera de tratar a una mujer? Ella se merece algo mejor que eso, Gavin.

—No hubo nada... —lo intentó él una vez más, y de nuevo fue interrumpido.

—Tengo que localizar a Sammi. —Juleen colgó.

Gavin se quedó escuchando el tono de llamada un instante y luego colgó. A veces tenía la impresión de que Juleen no creía que él fuera lo bastante bueno para su hija, que esta podía conseguir algo mejor que un mecánico de pueblo. Su reacción era previsible. Pero eso no contribuyó a aliviarle del peso muerto que sentía en el pecho.

Sábado, 12.47

El arroyo era muy pintoresco, una corriente que serpenteaba entre la espesura con las riberas flanqueadas de suaves peñas. Lo primero que Sammi hizo fue arrodillarse junto a la corriente y meter la cara en el agua. Bebió con avidez, saboreando el inmaculado líquido. En su boca reseca el agua tenía un gusto dulce, y sintió un hormigueo cuando el agua fría llegó a su estómago. Se volvió a arrodillar. Donde había vida, había esperanza. Podría vivir un poco más.

El suicidio por ahogamiento era su plan B. Ni siquiera había oído que la moto arrancara. Todo era posible todavía. Contempló el arroyo un momento, el agua fluyendo sin pausa. Si huía por el arroyo, ¿lograría localizarla? Le pareció una buena alternativa. Impulsivamente, decidió quitarse las zapatillas. No solo las mantendría secas, sino que sería más fácil avanzar descalza que correr con un calzado empapado.

Se quitó una y la dejó caer al suelo. La mancha de sangre atrajo su atención. Se detuvo un instante y luego agarró con ambas manos la otra zapatilla, que seguía en su pie. Desde hacía un instante resonaba en

su cabeza un irritante presentimiento, la idea de que había algo que no encajaba.

Él le había dado esas zapatillas. Alguien había muerto con ellas puestas y dejado una mancha de sangre. Lo más probable es que hubiera sido Tahlia. El camarero le había quitado la ropa interior, supuestamente para que el perro le siguiera el rastro. Aunque aquel no era un sabueso, sino un perro guardián. Sammi había estado oyendo de forma incesante el zumbido de la moto durante veinte minutos, sin ninguna pausa. Don no se había detenido para comprobar su rastro; había sabido dónde estaba ella.

Sammi se había escondido bien, y sin embargo él había sabido dónde detenerse exactamente y hacia dónde disparar sin haberla visto. Con una claridad no por repentina menos absoluta, supo que él no la estaba siguiendo por su rastro.

Las fichas empezaban a encajar lentamente. Deshizo los cordones de la zapatilla. Sacó el pie y miró la plantilla de caucho, introdujo el dedo índice por debajo y hurgó para soltarla. Un pequeña presión, y la sacó de un tirón.

Allí estaba. Dentro de una bolsita hermética colocada en el arco de la zapatilla, donde menos se notaría, había un pequeño objeto cuadrado, negro y casi plano. En el acto supo que se trataba de un dispositivo de localización. Con respiración jadeante y sintiendo los dedos como salchichas gordas, extrajo la bolsa.

El camarero se valía de aquello para seguir todos sus movimientos. Así era como podía seguirla en una moto y saber dónde estaba, independientemente de los trucos que ella pudiera intentar o lo bien que se escondiera. Ella —y las otras mujeres— estaban condenadas al fracaso.

Pero ahora Sammi tenía una tabla de salvación. La solución estaba en sus manos.

Respiró hondo, cerró los ojos y trató de apaciguar los latidos de su corazón. Entrelazó las temblorosas manos, cerrándolas sobre el dispositivo. Hizo otra profunda inspiración y se concentró únicamente en el flujo de aire que pasaba por sus labios.

Reinaba una gran tranquilidad. El zumbido de la moto todavía no había aplastado el sosiego. Solo se oía el murmullo de una ligera brisa soplando entre las hojas, el canto ocasional y lejano de un pájaro y el borboteo del agua sobre las piedras del río.

Abrió los ojos con un parpadeo y supo lo que tenía que hacer.

Lo primero que necesitaba era un recipiente. Se levantó trastabillando, ignorando los dolores y el malestar, y empezó a buscar entre la maleza circundante. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba: un trozo de corteza rígida, curvada ligeramente en los extremos, ligera y con una flotabilidad perfecta. Después de colocar el dispositivo en el centro, lo cubrió con un poco de tierra, sobre la que salpicó agua suficiente para convertirla en barro e impedir así que el artilugio se saliera de la corteza. Encontró otro trozo más pequeño del mismo árbol. Era algo más delgado y un poco más largo, y se podía encajar en el trozo más grande para formar una especie de pequeño tejado. La preciosa carga del improvisado barco ya no se podía ver. Parecía un trozo de corteza combada, nada más. O al menos eso esperaba ella.

Fue hasta la orilla del arroyo y se metió descalza. El agua le llegaba hasta poco más arriba de las rodillas. Vadeó la corriente hasta la mitad y colocó cuidadosamente la «embarcación» sobre la superficie. Flotaba. Aunque nada religiosa, Sammi murmuró una breve oración cuando la soltó. Se la quedó contemplando un momento mientras se alejaba.

Pero esa era solo la mitad del plan. Ahora tenía que ponerse en movimiento, pero ¿hacia dónde?

A lo lejos, el ruido de la moto revivió.

¿Qué distancia había recorrido ella? ¿Cuánto había tardado en llegar allí? Sintió brotar el pánico en su interior. Dio dos saltos corriente arriba, cambió entonces de idea, y dio tres bajando por la corriente. Se paró y respiró hondo.

«Piénsalo bien.» El dispositivo de seguimiento mostraría ahora al camarero que ella se movía río abajo. Supondría que quizás estaba nadando o bien que permanecía en el agua para que el perro no pudiera oler su rastro. Pero ¿cuánto tardaría el barquito en engancharse en una rama o en las rocas, o en

volcar? ¿Cuánto tardaría él en descubrirlo y darse cuenta de que ella había desaparecido? ¿Y qué haría entonces? ¿Por dónde empezaría a buscarla?

Sammi se planteó ir hasta la camioneta del camarero y encontrar el camino para salir del bosque. No; era altamente improbable que pudiera encontrar el vehículo. Había estado corriendo dos horas y recorrido diez o quince kilómetros. Y si no era capaz de encontrar el camino de salida, estaría perdida en el bosque, y seguramente el agotamiento y la deshidratación acabarían con ella.

¿Sería eso lo que él esperaría? Sin duda, regresaría a su camioneta en algún momento, muy posiblemente tan pronto se diera cuenta de que le había perdido el rastro. Pero ¿tendría verdaderas dotes de rastreador? Si podía seguir su rastro valiéndose de las señales que encontrara en la maleza, seguramente volvería al lugar donde la había perdido e intentaría recuperar su rastro. Volvería directo a ese lugar para empezar a buscarla.

Echó a correr aguas arriba, en sentido contrario al cual le estaba dirigiendo su señuelo. Sammi siguió adelante, caminando por el agua cuando se le acabaron las fuerzas. Al cabo de unos cien metros y un ligero meandro, ya no pudo ver el lugar desde el que había emprendido su marcha. Salió a la orilla, por la misma por la que se había metido río abajo, sin preocuparse por disimular sus huellas e incluso dejando media pisada sobre la tierra reblandecida del borde del arroyo.

La motó sonó más cerca. Se movía con lentitud, con el motor a pocas revoluciones. Sammi se dio cuenta de que aquello formaba parte del juego para aterrorizarla, para hacer que fuera presa del pánico al oír su lento acercamiento.

Sin el menor titubeo, echó a correr entre la maleza, retrocediendo por donde había venido, regresando hacia el sonido de la moto y supuestamente al camino. Seguía llevando las zapatillas en la mano. Quería ponérselas, pero para ella ya estaban envenenadas. No podía librarse de la inquietante sensación de que él podría seguir usándolas de alguna manera para encontrarla.

En el árbol caído había una especie de madriguera. Metió a presión las zapatillas por el oscuro agujero lo más profundamente que pudo. Luego, introdujo hojas secas y arena en el agujero, tratando de que pareciera que había resbalado cuando saltaba por encima del árbol. Libre de las zapatillas, confió en que no hubiera ninguna sorpresa desagradable con las bermudas o los calcetines. Pensó en quitárselo todo, pero el sentido común se impuso.

Con suma precaución volvió hasta el arroyo sin preocuparse de las ramas rotas ni de la vegetación, aunque con cuidado de no dejar huellas que retrocedieran hasta el agua. Quiso caminar de espaldas para que su rastro falso no la delatara, pero el sonido de la moto se estaba acercando. Si él tenía alguna dote de rastreador, encontraría aquel rastro que salía del río y se adentraba en el bosque y pensaría que ella se estaba dirigiendo de nuevo hacia el camino. No era un rastro falso demasiado largo, aunque podría ser suficiente para confundirlo. Para empezar, si realmente fuera un rastreador tan hábil —y quisiera un verdadero reto—, no habría necesitado el GPS.

Consiguió volver al arroyo, y una vez allí saltó desde la orilla hasta el centro de la corriente. Empezó a caminar de nuevo por el agua a contracorriente, hasta que encontró una roca en la otra orilla. Se subió a ella. El sol bañaba el peñasco y sintió el calor que irradiaba en sus pies descalzos. Acto seguido, se adentró lentamente en la espesura, tratando de no alborotar las ramas ni los matorrales.

Había decidido que se quedaría junto al arroyo mientras pudiera. Apenas tenía esperanzas de encontrar el camino, pero el agua conduciría a alguna parte. Además, podría beber cuando lo necesitara. Había estado ignorando los pinchazos en el estómago y las palpitaciones de una jaqueca; quizás hidratarse de nuevo la ayudara.

Para que su plan funcionara, tenía que seguir el arroyo aguas abajo. Ir a contracorriente la obligaría a subir a las colinas y adentrarse más en el bosque. Descender por la corriente la terminaría llevando a alguna parte. Los arroyos desembocan en los ríos y estos acaban en la costa, en el mar.

La gente y el rescate estaban aguas abajo. Y en ese momento, también el camarero. Es decir, solo hasta

que encontrara el barquito de corteza. Entonces, seguramente ascendería por la corriente para buscarla o para regresar a su vehículo. Con eso contaba Sammi.

Era una jugada audaz que provocó que el estómago le diera un vuelco, pero ahora le tocaba a ella acechar a su torturador camarero. Permanecería en la otra orilla del arroyo y se convertiría en su sombra, apostándolo todo a que cuando él encontrara el dispositivo no empezara a buscarla allí mismo. Y si él tenía otro plan, una manera distinta de encontrarla, Sammi quería saberlo. El agotamiento le había pasado factura.

Era arriesgado, pero el instinto le decía que mantenerse pegada al camarero era el mejor lugar donde podía estar. Quería que la cacería terminara de una u otra manera.

Sábado, 13.28

Habían decidido no avisar al EERE para que llevaran a cabo la orden de registro. En su lugar, contaban con ocho oficiales además del elemento sorpresa.

—No supondrá que su puerta vaya a ser derribada tan pronto —le dijo Bill a Janine, y ella estuvo de acuerdo—. ¿Cuántas denuncias de personas desaparecidas se toman tan en serio cuando la persona solo lleva desaparecida nueve horas? Está contando con que creamos que Sammi se ha ido a casa de alguien o que se ha quedado dormida. Seguramente no ha pensado en que ella podía trabajar hoy, y puede que ni siquiera sepa que es policía.

Janine asintió.

—Todo eso juega a nuestro favor. Pero si estamos en lo cierto respecto a Black, es un tipo peligroso.

Así que para el cumplimiento de la orden de registro, Janine y Jake irían acompañados por Bill y otros miembros de la Operación Eco, además de dos agentes uniformados, un agente de la Científica y Bernard Johnson. Bernard, un exfuncionario de prisiones, era su oficial judicial más fiable y colaborador. Estaba jubilado, pero le seguía encantando formar parte de la acción siempre que le era posible. Los acompañaba porque parecía que había muchas posibilidades de que no hubiera nadie en casa. La labor del oficial judicial consistía en proteger los derechos del residente ausente. Con Bernard a su lado para garantizar que la orden fuera ejecutada de acuerdo con la ley, podrían utilizar una fuerza razonable para entrar y efectuar el registro sin que el ocupante de la casa estuviera presente.

Seguía sin haber noticias de Sammi. Su coche permanecía en casa de su amiga, y ella ya llevaba más de dos horas de retraso en su turno. Janine se sentía aliviada por haberse tomado en serio la primera llamada que les habían hecho desde Angel's Crossing. Ahora estaban muy adelantados, en el momento más crítico de una investigación, cuando las pistas están todavía frescas. La investigación por la desaparición de Thalia había tardado en ponerse en marcha, y durante su desarrollo no había hecho más que chocar con un obstáculo tras otro. Janine solo esperaba haber actuado con la suficiente rapidez por el bien de Sammi.

Había dirigido la reunión informativa antes de que se marcharan de la oficina. Ella y Bill llamarían a la puerta delantera. Al mismo tiempo, los dos agentes uniformados saltarían la cerca y cada uno avanzaría por uno de los laterales de la casa. Jake y el otro detective intentarían entrar en el garaje o al menos fisgar su interior. Bernard estaría esperando en la calle; solo se le llamaría una vez que la casa fuera considerada un lugar seguro.

Llegaron desde ambos extremos de la calle, aparcaron todos a un par de casas de distancia y se fueron acercando hasta que llegaron a la vez. Los agentes de uniforme saltaron la cerca al mismo tiempo que Janine daba tres golpes en la puerta delantera. Aunque su instinto le decía que no habría nadie, el corazón le palpitaba, y apretó los puños para mantener la compostura. Miró a Bill, que ya estaba en la ventana delantera con las manos ahuecadas alrededor de los ojos, tratando de distinguir movimientos o formas a

través de una rendija entre las cortinas corridas.

Había una puerta mosquitera, y detrás la puerta principal. Sería difícil romper el cerrojo. Janine giró suavemente el pomo de la puerta mosquitera; estaba cerrada. Volvió a llamar con más fuerza, y Bill empezó a dar golpes en la ventana. Ella miró por encima del hombro y vio a una figura que miraba desde una ventana de la casa de enfrente. No se puede pretender tener cuatro coches patrulla aparcados en una calle y no atraer la atención.

La cara de un compañero apareció por encima de la valla.

—El perro no está aquí. No hay nadie en la casa —informó un uniformado.

—¿Hay alguna manera de entrar? —le preguntó Bill.

—¡Esperad! —Y la cara volvió a desaparecer.

Jake fue hasta la puerta delantera.

—He visto el garaje por la ventana. La camioneta no está allí. Ni coche ni perro. No hay nadie en la casa.

—Ve a hablar con la vecina que nos está observando desde la otra acera. Averigua si lo vio marcharse o lo que sea —le dijo Janine.

La mayoría de los vecindarios tenían un par de recalcitrantes representantes de la vigilancia vecinal, personas que estaban mucho en casa por estar jubiladas o en paro y que sabían exactamente lo que sucedía en las calles. Con un poco de suerte, la mujer de enfrente habría observado la marcha del camarero, de la misma manera que ahora los observaba a ellos.

Uno de los de uniforme volvió a saltar la cerca y le dijo a Bill:

—La mayoría de las cortinas de atrás están descorridas. No hay señales de vida dentro de la casa. En la parte de atrás hay un par de ventanas abiertas, solo es necesario extraer una mosquitera para entrar. Parece que al tipo no le preocupa demasiado la seguridad de esa parte con un perro en el patio trasero la mayor parte del tiempo. ¿Queréis que entremos y os abramos?

—Todavía no. ¿Puedes ir primero hasta la calle y traer a Bernard? —dijo Bill.

Jake regresó de la acera de enfrente.

—Sí, esa mujer es la portera del barrio. Según dice, el camarero vive solo, con un perro grande y fiero. Solo trabaja de tarde y de noche, y no tiene relación con ningún vecino. La mujer le oyó entrar poco antes de las cinco y luego marcharse alrededor de las seis de esta mañana. «Trasto ruidoso» fue como llamó a la camioneta, y se quejó de que tiene el sueño ligero y el vehículo no para de despertarla. Supongo que vale la pena que hable con alguien más.

—Así que trajo a Sammi a casa y se marchó una hora después con el perro. ¿Se la llevó con él? ¿Está ella aquí? Ese es el meollo de la cuestión —elucubró Bill.

Observó a Bernard dirigirse hacia la casa en compañía del agente.

—Estamos a punto de averiguarlo.

Bill le hizo un gesto con la cabeza al uniformado.

—Presta atención. Entrad vosotros dos, pero primero poneos los guantes. Comprobad que no haya ninguna trampa explosiva en la puerta delantera. Las cortinas están corridas y no he podido ver qué hay detrás de la puerta.

El uniformado asintió con la cabeza. Esta clase de cometidos siempre eran más interesantes que encerrar a borrachos o perseguir rufianes de tres al cuarto. Volvió a desaparecer por encima de la cerca.

—Yo también iré —dijo Jake, y se abalanzó hacia la cerca y la saltó.

La puerta delantera se abrió al cabo de un minuto. Poco después, Jake parecía un poco acalorado cuando salió y se apoyó en la jamba con la mano enguantada.

—Hay cuchillos por todas partes. Vainas pegadas a las paredes con cinta adhesiva, uno sobre la mesa de la cocina —informó—. Otro, aquí mismo —dijo, dando un golpecito en la cara interior de la jamba a la altura del pecho.

Los otros tres oficiales entraron, y Bill le indicó a Bernard que esperase en la puerta. Tenían que estar seguros de que no hubiera sorpresas desagradables antes de hacer entrar a un civil. Se dividieron en dos e hicieron un registro lento y meticulado, inspeccionando todas las habitaciones, todos los posibles escondites e incluso el cielo raso.

El agente de la Científica, un tipo bajo y enjuto que respondía al nombre de Geoff, entró tras los pasos de sus colegas. Aquello le planteaba un ligero conflicto de intereses: tener a siete oficiales deambulando por la casa dificultaría mucho la investigación forense si el lugar resultaba ser el escenario de un crimen.

La casa tenía pocos muebles y estaba bastante ordenada. Olía a rancio, una peste donde se mezclaban el sudor, la fritanga y el tabaco. Una vez que estuvieron seguros de que no había nadie dentro, Bill les dio las gracias y despidió a los uniformados. Los cuatro oficiales llevaron a cabo el resto del registro, centrándose en encontrar algo que pudiera resultar valioso para la investigación. Si tenían suerte, quizá cosas decisivas, como el bolso de Sammi o alguna de sus prendas de vestir.

O algún indicio de a qué lugar la había llevado el camarero. Buscaban direcciones, mapas, alguna guía de calles con indicaciones... cualquier pista, por pequeña que fuera. Escondites secretos, cualquier objeto que perteneciera a una mujer, álbumes de fotos, cámaras y agendas eran lo esencial que necesitaban encontrar.

Bernard estaba en el salón cuando empezaron a registrarlo. Los oficiales ya habían encendido sus videocámaras digitales para documentar su actuación. En otras circunstancias, Janine habría intentado ponerse en contacto con el ocupante de la casa para que estuviera presente durante el registro. Pero ese día era diferente. En cuanto el camarero se diera cuenta de que sospechaban de él, podría caer presa del pánico. En ese momento, algún vecino amigo del camarero podría estar hablándole por teléfono, contándole lo que estaba ocurriendo en su casa. No había nada que pudieran hacer a ese respecto; era crucial revisar la casa palmo a palmo.

Janine y los otros tres oficiales registraron el salón metódicamente. Ella estaba impaciente por entrar en el dormitorio principal; tenía el pálpito de que podía contener pistas importantes. Le indicó a Bernard que la siguiera. Bill debía de tener la misma idea y no tardó en unírsele. Los otros dos oficiales pasaron al cuarto de invitados.

En lo primero que reparó Janine fue en una pipa con forma de calavera encima de la mesilla de noche. Había algunos restos en la parte cónica y un pequeño tazón con unos cogollos de marihuana a su lado. Nada sorprendente. Casi siempre encontraban alguna pipa en las casas que registraban, aunque esa no era la razón que los había llevado allí.

Abrió el cajón de la mesilla mientras Bill hacía lo propio con el ropero.

—Aquí dentro hay mucha ropa de camuflaje y de color caqui —observó Bill—. ¿Sabemos si es un exmilitar o un reservista?

—Podría ser. La Unidad de Información solo me dio una versión abreviada de su perfil —respondió ella. Sacó una caja de munición del cajón de la mesilla—. Mala señal —añadió.

—Podría ser buena, si la dejó aquí en lugar de llevársela —ironizó Bill.

Ella sacó el cajón que acababa de registrar e inspeccionó el fondo y el interior del mueble. Bill estaba registrando los bolsillos de las chaquetas colgadas en el ropero. En todas las casas había muchos escondites excelentes. Lo que dificultaba su labor era no saber con certeza qué estaban buscando exactamente.

Miró bajo la cama, debajo del colchón, las mantas y la almohada, con los guantes puestos. La higiene no ocupaba un lugar destacado en la lista de prioridades del camarero. Luego se dirigió a la cómoda. En el fondo del cajón inferior encontró dos bragas de mujer metidas debajo de más pantalones de camuflaje. Sin duda algo interesante.

Llamó a Geoff. Este primero fotografió *in situ* las bragas. Luego les asignó un código de barras y tomó muestras de cada una con una torunda antes de meterlas en sendas bolsas de pruebas, que enviaría al

laboratorio para el preceptivo examen de ADN. Era improbable que pertenecieran a Sammi, aunque podrían constituir valiosas pruebas para otros delitos cometidos contra mujeres, siempre que sus dueñas pudieran ser identificadas.

Geoff se dedicó a inspeccionar la cama en busca de manchas, sangre u otros vestigios. Janine estaba bastante segura de que el de la Científica no encontraría nada; ya sabía que Sammi no había estado en la casa. Aquel no era el escenario de un delito. El camarero había regresado a la casa para recoger algo, posiblemente al perro, antes de marcharse de nuevo. Habría dejado a Sammi en la camioneta mientras lo hacía. Puede que hubiera sido drogada y atada para mantenerla callada e inmóvil mientras él terminaba de hacer sus cosas. Allí no encontrarían ningún rastro de Sammi.

Bill sacó una caja de zapatos del ropero y le quitó la tapa.

—Aquí hay fotos —dijo.

Dejó la caja encima de la cómoda, y los dos empezaron a examinarlas. Las fotos solían constituir un gran hallazgo en los registros. Hoy día los canallas sacan fotos a modo de trofeos, aunque rara vez las imprimen, así que los polis tienen que encontrar teléfonos inteligentes y cámaras digitales, tarjetas SIM y memorias USB. Tras revisar las primeras, Janine se dio cuenta de que habían sido sacadas hacía años con cámaras de carrete. Había montones de fotos de cacerías. En una aparecían seis canguros muertos alineados sobre el suelo; en otra, un joven con el pie encima de un jabalí muerto. No había nada que indicara dónde habían sido hechas ni su antigüedad.

—Nada que nos sirva en este momento —señaló Janine—. Pero le encanta matar, ¿no te parece?

Bill estuvo de acuerdo y volvió a meter las fotos en la caja. Terminaron el registro, incluso mirando dentro de los raíles de las cortinas y buscando esquinas sueltas en la moqueta.

El cuarto de invitados no aportó nada. En la cocina había otra pipa. Y eso fue todo.

—Tenemos que encontrar su camioneta —comentó Janine.

Jake propuso ir hasta el garaje doble, que conectaba con la casa a través de una puerta interior. Había herramientas y cachivaches amontonados por doquier, sin espacio libre para un coche.

—Aquí dentro hay un montón de porquería, pero la mayoría está cubierta de polvo y no parece que se haya movido en siglos. El banco de trabajo parece haber sido utilizado bastante. He encontrado aceite para armas y un par de cartuchos del veintidós. Hay más cuchillos y algunas herramientas afiladas. Al parecer, también tiene una moto todoterreno. Hay un casco y un neumático viejos —informó Jake.

—Tiene una cubierta de fabricación casera para la caja de la camioneta. Puede que meta la moto debajo. ¿Cabría en la caja de una camioneta? —preguntó Janine, pensando en voz alta más que preguntando, pero lo que decía tenía lógica.

Jake estaba de acuerdo.

—Es posible. Tal vez los vecinos puedan ayudarnos en eso. Si se mueve en moto por ahí o la enciende aquí dentro, la cacatúa de la acera de enfrente seguro que lo sabrá.

—¿Algo más de interés? —preguntó Janine.

—Sí. Lo otro que encontré fueron mapas. Un montón, algunos impresiones de Google Maps. Parecen de las reservas naturales y los parques nacionales de toda la esquina sudeste. Hay de diferentes lugares. Tendremos que examinarlos con detenimiento para ver las coincidencias y conexiones. Y también si hay círculos o cruces en lugares concretos.

—Muy bien —dijo Janine—. Haz que Geoff los fotografíe. Nos llevamos todos los mapas y los examinaremos en comisaría.

Janine y Bill, con Bernard a remolque, regresaron a través de la casa hablando con sus colegas y comprobando que no se hubiera encontrado algo más en alguna habitación o en el patio trasero.

—Si hay algo más, está bien escondido —dijo Bill—. No creo que metiera a Sammi en la casa.

—Estoy de acuerdo —refrendó Janine—. Tenemos que buscar una segunda localización. La respuesta puede estar en esos mapas.

Sin vacilar, Candy había conducido hasta Angel's Crossing movida por la impotencia y el sentimiento de culpa. Pero en ese momento, sentada en el coche delante de la casa de Sammi y Gavin, no sabía por qué había ido ni qué quería decir. Había estado pensando en lo que Sammi le había contado sobre Gavin, acerca de lo bien que se compenetraban y la confianza que había entre ellos. En el supuesto de que los sentimientos de Gavin fueran recíprocos, él debía de sentirse perdido y desconsolado por ignorar el paradero de su compañera y la causa de su desaparición. Candy había pensado que quizá le agradeciera que hubiera ido hasta allí. Sabría que también ella se preocupaba por Sammi y podrían consolarse mutuamente. Ahora que estaba allí, ya no le parecía una idea tan buena.

Apagó el motor. Sin el aire acondicionado, el interior se calentó rápidamente al sol vespertino, mientras hacía acopio de valor para abandonar el refugio del vehículo. El sudor empezó a picarle bajo los brazos, y le llegó el penetrante tufo a alcohol cuando la juega de la noche anterior empezó a abrirse paso a través de los poros de su piel. Había sido un error; no debería haber venido; probablemente seguía borracha. No sería de ninguna ayuda. Y aún peor que no ser de ninguna ayuda, era parcialmente responsable de lo ocurrido. Debería haberse marchado con Sammi. Nada habría sucedido si hubiera regresado a casa con su amiga.

Candy no se dio cuenta cuando la puerta de la casa se abrió. Solo captó un movimiento con el rabillo del ojo cuando Gavin se acercó a la ventanilla de su coche. Estaba tan cerca que no podía abrir la puerta sin golpearlo y tampoco podía bajar la ventanilla eléctrica sin el motor en marcha. Temerosa, alzó la mirada para mirarlo a través del cristal.

Gavin abrió la puerta de un tirón.

—¡Tú! —gritó, salpicando gotitas de saliva.

Candy bajó la vista, incapaz de sostenerle la abrasadora mirada.

—¡Menuda cara tienes para aparecer aquí! —explotó él.

—Lo lamento —balbuceó ella. Realmente lo lamentaba, pero su parca disculpa sonó hueca y sin sentido.

—Los putos lamentos no van a encontrar a Sammi, ¿entiendes? —espetó Gavin.

Candy se mordió el labio. No quería llorar, pero en su interior surgió el primer sollozo. Él debió de fijarse en la agitación de su pecho cuando ella se esforzó en contener las lágrimas, pues retrocedió y se hizo a un lado. Respiró hondo y, cuando volvió a hablar, la ira estaba controlada. Aun así, la irritación y la antipatía seguían patentes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sacudiendo levemente la cabeza.

—Solo quería decir que lo lamentaba. Y que estoy preocupada y asustada y que jamás pensé que podría suceder nada. Sammi iba a coger un taxi para volver directamente a casa. No sé qué pudo salir mal. —Bajó la cabeza—. Lo siento de veras. Ya sé que no sirve de nada, pero quería decirlo. Decírtelo a ti.

Gavin se encogió de hombros.

—Vale, pues ya lo has dicho. Ahora puedes irte. —Su tono solo se había suavizado ligeramente.

Candy empezó a repetir «lo siento», pero se detuvo. No se le ocurrió nada más. Encendió el coche, cerró la puerta y se alejó lentamente. Miró por el retrovisor: Gavin ya estaba en la puerta, entrando en su casa.

Ella se alejó lo suficiente para que ya no pudiera ver el coche. Entonces se detuvo junto al bordillo y rompió a llorar desconsoladamente.

Sammi se había ocultado detrás de un gran árbol entre la espesura. Podía observar el arroyo a través de las ramas. El camarero todavía no se habría percatado de que ella había seguido un camino distinto al del localizador. A pesar de eso, siguió sintiéndose nerviosa mientras se obligaba a permanecer allí y observar, en lugar de huir sin más. Estaba lo bastante lejos del arroyo para disponer de una ventaja si en un momento dado pareciera que el camarero la descubriría. El ruido de la moto, destinado a atormentarla, había terminado por resultarle útil. Aguzó el oído para oírlo aproximarse.

Mientras esperaba agachada, tuvo una idea. Seguía oyendo la moto a cierta distancia. El resoplido sordo y burlón del motor se haría más ruidoso antes de que el camarero estuviera lo bastante cerca para verla. Sammi se lanzó de nuevo hacia el arroyo y se inclinó para llenarse la boca de agua. Volvió a su escondite detrás del árbol y despejó de hojarasca un trozo de suelo. Escupió el agua en la arena y las mezcló con los dedos, tras lo cual se restregó la cara y los brazos con el barro. No podía saber qué aspecto tenía su cara, aunque parecía haber dado resultado sobre los brazos, donde oscureció la palidez de la piel. Trató de hacer lo mismo con las bermudas rojas, limpiándose los dedos embarrados en la parte delantera. La camiseta ya estaba manchada de sudor y tierra, pero añadió algunos manchones marrones. Algo era mejor que nada.

El camarero no se dirigía hacia la orilla del arroyo. Sammi no podía verlo —la vegetación lo ocultaba a la vista—, aunque oyó que la moto se alejaba aguas abajo. Si no podía verlo, él no podría verla. La aterrizzaba la idea de que de una u otra manera pudiera localizarla. Atisbó entre la vegetación y cuando no hubo señal de que la moto aminorara la marcha o se detuviera, echó a andar con cautela tras los pasos de su torturador. Pensó en su barquito de corteza y confió en que siguiera a flote. Cuanto más se alejara, más segura estaría ella.

Los dos siguieron avanzando unos diez minutos, ahora el perseguidor en el papel del perseguido, ignorante de que su presa se deslizaba tras él. Entonces la moto se detuvo. Sammi se dejó caer al suelo inmediatamente y se arrastró hasta detrás de un arbusto. Se contoneó por el suelo hasta que logró ver aguas abajo con bastante claridad. ¿Su barquito se había enganchado en algo o se había hundido? Todavía no podía ver al camarero.

—¡Saaaa... maan... tha!

El corazón le dio un vuelco al oír su nombre en boca del aquel psicópata. ¿La habría visto? No; se estaba burlando de ella, como la última vez que la había alcanzado.

—¿Está fría el agua? —gritó él.

Bien, pensaba que ella estaba en el arroyo. Sammi aguzó el oído.

—¿Te has divertido? Yo sí. Pero ya se está haciendo tarde. El juego se acabó.

Y tras esas palabras, el camarero apareció ante su vista, dirigiéndose hacia la orilla del arroyo. Sammi sintió un escalofrío al verle el cuchillo en la mano. El perro iba a su lado, siguiendo a su amo.

Don se paró y echó un vistazo. Sammi se aplastó contra el suelo. Oyó que volvía a hablar, esta vez en voz más baja. Supuso que le estaría dando alguna orden al perro. Levantó la cabeza lentamente, lo suficiente para espiar entre las hojas. Él tenía algo en las manos... ¿un teléfono, quizá? Lo estaba estudiando con atención. El perro se movía a su alrededor, olisqueando aquí y allá. Entonces el camarero fue derecho a la orilla del arroyo, volviendo la cabeza de un lado a otro, buscando.

Tardó un momento, pero de pronto tenía el barquito de Sammi en la mano. Extrajo el dispositivo y soltó una imprecación en voz alta, lo suficiente para que ella la oyera. Destrozó la corteza contra el suelo y desperdigó los trozos a patadas. Soltó un prolongado silbido cuando se subió a la moto. El perro llegó corriendo con el tiempo justo para saltar a la bandeja trasera. El camarero no se entretuvo en buscar más por allí. Aceleró ruidosamente y se alejó.

Él tenía razón: el juego había terminado. Pero la ganadora era Sammi.

Esta se percató de que estaba conteniendo la respiración. Soltó el aire, casi sin atreverse a creer que su plan hubiera salido bien. En efecto, el sonido de la moto se estaba alejando, y además rápidamente. Se levantó y echó a correr. De nuevo la adrenalina recorrió su cuerpo, haciendo que sintiera un hormigueo que le bajaba hasta los pies. El corazón le latía con fuerza, pero el alivio que sentía y la sensación de haber sido indultada empezaron a penetrar en el miedo.

Había sido un éxito: el camarero se dirigía aguas arriba, alejándose de ella. El plan A le había fallado y no tenía plan B; nunca había contemplado la posibilidad de que ella encontrara aquel artilugio. No era un cazador, solo se había limitado a seguir las señales luminosas en una pantalla para averiguar su posición. Si él tenía que hacer trampas para darle caza, ¿no significaba eso que seguramente no confiaba en sus dotes de rastreador?

¿Cuál sería el próximo movimiento de aquel chalado? Sammi dudaba que se limitara a regresar a su casa. Se jugaba demasiado para que hiciera eso. Si ella sobrevivía y encontraba ayuda, Don pasaría el resto de su vida entre rejas. Ella sabía quién era y los crímenes que había cometido. En ese momento era su vida contra la de él.

Su triunfo circunstancial le dio alas a sus pies. Dejó de avanzar por el bosque a trompicones y tambaleándose. En ese momento su objetivo era claro: poner tanta distancia como fuera posible entre ella y el asesino. Cada paso que daba alejándose del zumbido del motor era un paso hacia la seguridad. Saltaba por encima de los troncos caídos y salvaba los matorrales rastreros. La fatiga y el dolor quedaron momentáneamente en segundo plano. Quizá pudiera sobrevivir a aquella pesadilla.

Sábado, 16.15

Gavin se sentía un inútil. No había nada que pudiera hacer, pero no podía estar sin hacer algo. Quería ir a la comisaría y escuchar a hurtadillas todas las conversaciones telefónicas, averiguar qué sabían, porque no le estaban diciendo nada. Supuso que trataban de protegerlo, informándole solo de los hechos y no de las especulaciones sin confirmar. Estaba desesperado por conseguir cualquier información, por nimia que fuera, que pudiera sopesar y evaluar por sí mismo.

Sabía que en parte era víctima y en parte, sospechoso.

Y no estaba seguro de si en ese momento sería bien recibido en la comisaría. En su imaginación, la dinámica había cambiado. Los compañeros de Sammi, unas personas a las que había considerado sus amigos, podrían pensar mal de él.

Maldita fuera la pelea que habían tenido con Sammi. Había sido estúpida e intrascendente, pero ahora tenía todo lo demás con la ira y las acusaciones que había contenido. Y por encima de eso, lo que lo aterrorizaba era que aquellas palabras crueles gritadas con rabia pudieran ser las últimas que le hubiera dicho a la mujer que amaba.

Una llamada lo cambió todo. Cogió el móvil al segundo timbrado. Era Tom.

—Eh, tío, barbacoa y cervezas en la comisaría. ¿Paso a recogerte?

Gavin titubeó.

—¿De verdad estoy invitado? —preguntó.

—Gavin, tío, eres uno más del grupo.

—Vale. Gracias. Encontraré el camino —respondió, feliz por ser incluido.

Se duchó rápidamente y se puso unos vaqueros y una camiseta. Camino de la puerta cogió una cazadora; se suponía que esa noche iba a hacer frío.

Era un paseo de dos minutos en coche, pero hizo todo el trayecto sumido en la inquietud. Ya no sabía qué parte de la angustia que sentía se debía a la desaparición de Sammi, y cuánta a la situación a la que

se había visto arrastrado. En cuanto se acercó a la parte posterior del apartamento policial, media docena de agentes se acercaron a darle la bienvenida y unas palmadas en la espalda, lo que hizo que su tensión se disipara un tanto. Shane había estado en lo cierto: ellos estaban de su parte.

Era un asunto sombrío y discreto, comparado con lo que solía ocurrir. La barbacoa de la parte trasera del apartamento, con la nevera de bebidas a mano, había albergado muchas reuniones de ese tipo. A veces se planeaban con antelación, las servía la esposa de uno de los sargentos y eran pagadas por el club social de la comisaría. En otras ocasiones, como la de ese día, eran reuniones improvisadas, en las que el personal simplemente tenía necesidad de juntarse. Si se había producido un incidente grave, como un accidente fatal o el incendio de una casa, lo llamaban «reunión informativa» y hablaban mientras echaban un trago.

No era solo Gavin el que echaba de menos a Sammi. La idea de que algo malo pudiera haberle ocurrido los unía. ¿Cómo podía suceder algo malo si todavía podían echar un trago y comer una salchicha como cualquier otra noche?

Esas eran las personas que conocían la respuesta a «¿qué pasa si...?», las personas que habían visto a los malos, los locos y los malvados. Donde cualquier otra persona podría decir «eso no sucederá jamás», a menudo la policía podía decir: «Yo lo he visto.»

El personal fue llegando poco a poco, como polillas atraídas por la luz. Era un asunto familiar; siempre lo era. Esposas, maridos, parejas e hijos, todos llegaron. Todos conocían a Sammi. Los del turno de noche se daban alguna que otra vuelta por allí, las radios policiales encendidas y enganchadas en los cinturones.

Cuando las cervezas corrieron y los niños empezaron a reír y jugar, los pensamientos sombríos fueron arrumbados un poco y el estado de ánimo mejoró. Alguien había llevado un balón de fútbol, y un par de adultos empezaron a pelotear con los niños. Alguien más puso música a través de una de las ventanas del apartamento, y el aroma de las salchichas al cocinarse se esparció por el aire. Todos evitaron hablar sobre Sammi, o al menos tuvieron la delicadeza de comentarlo cuando Gavin no pudiera oírlo. Todos se mostraron amables y comprensivos, y Gavin se sintió agradecido a Tom por haberle invitado y proporcionado una tan necesaria distracción.

Cuando la noche ya estaba avanzada y la comida grasienta y la cerveza fría habían empezado a hacer efecto, Gavin se sintió insoportablemente cansado. Las tensiones del día y la falta de sueño de la noche anterior, aliadas con el alcohol, hicieron que apenas pudiera mantener los ojos abiertos. Tom lo vio y lo condujo a una habitación del apartamento.

—Echa un sueñecito en mi cama —le dijo—. Te despertaré si nos enteramos de algo.

Gavin hizo un gesto de agradecimiento. A pesar de que la fiesta continuaba al otro lado de la ventana, no tardó en sumirse en un profundo sueño.

Sábado, 17.57

Las sombras se alargaron y se hicieron más oscuras cuando la tarde dio paso al atardecer. Un nuevo peligro surgía para Sammi. Sin el calor del sol, la temperatura estaba cayendo bajo el claro cielo nocturno. La ropa que llevaba era escasa para combatir el frío creciente. Había tenido que cambiarse sus vaqueros por aquellas bermudas de cintura elástica. Ni siquiera llevaba bragas. Tenía puesto un sujetador y una camiseta ceñida. Las bermudas se habían secado desde que se metiera en el arroyo, pero eso era lo único que tenía a su favor. Entre su agotamiento y el descenso de la temperatura, aquella se iba a convertir en una nueva lucha por la supervivencia cuando cayera la noche.

Se abrió paso hasta la orilla del arroyo y se arrodilló para beber deprisa unos tragos de agua. Estaba segura de que el camarero seguía en alguna parte del bosque, buscándola. Se volvió a meter entre la

maleza, lo bastante cerca para seguir orientándose por el curso de agua, aunque suficientemente lejos para no quedar expuesta a la vista de cualquiera que siguiera la ribera del arroyo. Le estaba costando concentrarse. El objetivo en ese momento consistía en seguir avanzando y prestar atención a los ruidos o a cualquier movimiento sospechoso; pero incluso eso le resultaba difícil. La cabeza se le iba constantemente hacia ensoñaciones de comidas calientes y duchas aún más calientes.

El recuerdo de su primer viaje a la nieve brotó desde lo más recóndito de su mente. Alguien —¿un monitor de esquí?— le había dicho que uno pierde la mayor parte del calor corporal por la cabeza. Aquello había dado pie a sugerentes bromas sobre ir a esquiar desnudo y con un pasamontañas, y las imágenes mentales se le habían quedado grabadas. Se levantó la camiseta por encima de la cabeza, alineando el agujero del cuello de manera que pudiera meter la cara por él. Hizo un rebujo con la camiseta, tratando de cubrirse las orejas y el cuello. Ahora tenía el estómago al aire, pero si la teoría sobre la pérdida del calor corporal era correcta, esa tendría que ser la mejor elección. Se subió las bermudas lo más arriba que pudo. Dio gracias por los calcetines. Confió en que si seguía bombeando sangre, su propio calor corporal la conservaría viva.

«No pienses en la noche que se avecina —se dijo—. Sigue adelante. Un paso cada vez. Un paso más.»

Sábado, 19.55

Había sido una jornada larga desde el comienzo de su turno, pero seguía habiendo muchas cosas que hacer. Janine estaba comiendo una hamburguesa en su mesa, mientras seguía pulsando teclas en su ordenador. Había tenido que etiquetar y guardar las pertenencias incautadas en el registro; había terminado el papeleo relacionado con la orden de registro; además, había un montón de información que revisar: informes y perfiles de la Unidad de Información, posibles conexiones con el caso Corbett.

En ese momento reinaba la paz en la sala de la Operación Eco, solo rota por un murmullo de conversaciones telefónicas y chasquidos de teclados. Dos nuevos agentes se habían incorporado en el turno de tarde. Bill se los había presentado antes de marcharse, pero sus nombres habían desaparecido entre la cantidad de información que se agitaba en su cabeza.

Janine también tenía en marcha una conversación a través del correo electrónico con el jefe de la Unidad de Enlace con la Prensa. Lo había hablado con Bill. Había llegado el momento de emitir un comunicado de prensa. Encontrar al camarero era ya una prioridad absoluta, y si eso significaba hacer pública alguna información, entonces así debía ser. Era una decisión importante, por si algún ciudadano aportaba alguna pista crucial sobre el paradero de Sammi. Solo por eso valía la pena pasar por la molestia de tratar con los medios de comunicación.

Se acabó el ir con tiento por si se trataba de una falsa alarma; a esas alturas no había duda de que Sammi estaba en un apuro.

Llevaba desaparecida unas quince horas; y a saber adónde se la habrían llevado. La orden de búsqueda, para que los policías establecieran y mantuvieran la vigilancia encaminada a encontrarla, ya había sido enviada por correo electrónico a todos los de Queensland y a algunos centros interestatales. En ella se incluían detalles del camarero, el vehículo y las circunstancias concurrentes.

Los del turno de noche la verían al iniciar su trabajo, pero Janine albergaba pocas esperanzas de que se produjera alguna novedad durante la noche. Los del turno de día la recibirían más o menos al mismo tiempo que los detalles fueran divulgados por los informativos matinales. Ya habían asignado personal adicional a la Oficina para la Prevención del Crimen para que se encargaran de la multitud de nuevas pistas que iban a entrar y que habría que seguir, tal como solía suceder en casos similares.

Los mapas que habían encontrado durante el registro también habían despertado el interés de Janine. Uno era un mapa desplegable de sudeste de Queensland en el que se había rodeado con un círculo

grandes extensiones de reserva natural, de las que también se habían impreso fotos aéreas de Google Maps. Una reserva natural en la que el camarero parecía haberse concentrado especialmente era Captain's Creek, unos 150 km al norte de Tara, un enorme territorio de vegetación virgen, el sitio perfecto al que ir si uno no quería ser molestado.

Janine sabía que unos mapas marcados con círculos no eran suficiente para iniciar una búsqueda. Pero tenía una corazonada al respecto.

Aunque jamás había visto a Sammi, le parecía conocerla. Podía haber sido uno de los colegas con los que tomaba un trago después del trabajo, o alguno de los policías de uniforme con los que charlaba en la oficina. Para Janine era una cuestión personal. Lucharía por ella.

Habían sucedido tantas cosas y quedaba todavía tanto por hacer y tantos testigos potenciales con los que hablar... Y estaba segura de que el camarero no tardaría en aparecer, en su casa o donde fuera. Y ella quería estar allí cuando lo hiciera. Quería ver qué aspecto tenía, saber lo que decía, si parpadeaba o tragaba saliva o carraspeaba cuando se le preguntara por Sammi.

Aunque el caso tenía poco que ver con su división, Janine era demasiado decisiva para apartarse. Tanto ella como Jake habían sido asignados al turno de las ocho de la mañana del día siguiente. Ella ya había decidido establecer su campamento en la sala de la Operación Eco. Jake iba a empezar a las ocho en Inala y después se uniría a ella.

Él se había marchado una hora antes, no sin antes instar a Janine a que también diera por terminada la jornada. Después de todo, era sábado por la noche, y a juzgar por el frenético intercambio de SMS de su compañero, Janine estaba bastante segura de que Jake ya había dado plantón a alguna pobre chica. Era indicativo de su estilo de vida que se fuera de ligoteo a la ciudad después de una jornada ardua. Al día siguiente empezarían pronto, y sin duda sería otra jornada larga, independientemente de los derroteros que tomara la investigación.

El teléfono de su mesa sonó. Era Bill.

—Vete a casa —le dijo él sin preámbulos—. Necesitas dormir bien esta noche para lo que te espera mañana.

—Si me voy, tengo la sensación de abandonar a Sammi —replicó ella.

—No, no la abandonas. Hay más policías en este caso. Que te vayas a dormir no significa que no sigamos buscándola. Prométeme que te irás a casa ya.

Janine suspiró.

—Vale —dijo—. Buenas noches.

Levantó la vista y vio a un hombre delante de su mesa, un agente de aspecto juvenil.

—Tengo un mensaje para ti —dijo él.

—¿Un mensaje?

—Llamó alguien de tu comisaría. No querían hablar contigo, solo que te pasara un mensaje. —El joven echó un vistazo al papel que llevaba en la mano—. Llamó Michelle Lewis. Don Black no ha acudido a su trabajo. Empezaba a las siete.

Janine se quedó mirando al mensajero sin comprender. De pronto el nombre adquirió significado. Parecía que hubieran pasado días desde que habían estado en la sórdida cocina de aquella mujer, cuando solo había sido esa mañana.

—¿Tiene sentido? —preguntó el policía—. Es todo lo que dijo. Parece como si también estuviera pasando un mensaje.

—Sí. Gracias.

Janine pensó que aquello era importante. En ese momento el camarero también estaba desaparecido.

Su reloj tenía una esfera luminosa, de manera que incluso cuando la bóveda arbórea impedía el paso de la luz de la luna, Sammi podía ver qué hora era. Se aferraba al tiempo como una manera de afianzarse. Se fijó una meta: caminar cuatro minutos y descansar uno. Si hacía eso doce veces, estaría una hora más cerca de la seguridad. Las cifras se mezclaban en su cabeza, pero siguió andando con mayor determinación, mientras echaba una ojeada al lento pero seguro avance del minutero. Fue efectivo. Eso le proporcionó algo en lo que concentrarse y un motivo para dar el paso siguiente. Trataba de no descansar más de un minuto; en cuanto dejaba de caminar, empezaba a tiritar.

Estaba a mitad de un descanso cuando lo olió: humo de cigarrillo. El acre olor penetró en sus fosas nasales y luego en su conciencia. Se arrojó al suelo de inmediato, agachándose todo lo que pudo, tocando la tierra con la yema de los dedos, como un velocista en el taco de salida. Movi6 la cabeza de un lado a otro oteando, buscando y escuchando, tratando de localizar la procedencia del olor. Ni siquiera le cruzó por la cabeza que pudiera tratarse de alguien que no fuera el camarero. No se hacía ninguna ilusión de ser rescatada.

Se había acostumbrado a los sonidos nocturnos del bosque, pero en ese momento prestó atención a los crujidos y los roces. Estaba cerca del arroyo. Demasiado. Sin levantarse, avanzó lo más lenta y silenciosamente que pudo para ocultarse tras un arbusto. Algo inútil si él la había visto ya. Sammi se agachó y se aplastó contra el suelo. El olor terroso de la hojarasca se impuso al del humo. Se quedó inmóvil, con los nervios a flor de piel, aguzados todos los sentidos. No captó nada fuera de lo ordinario. ¿Acaso se lo había imaginado?

El chasquido de unas ramas hizo que se aplastara todavía más contra el suelo. Apretó la mejilla en la tierra con la cabeza vuelta para mirar la otra orilla del arroyo.

Distinguió la silueta oscura de un animal que se movía entre los árboles al otro lado del agua. Al instante se le cortó la respiración: un puntito rojo suspendido en medio del aire. El ascua de un cigarrillo. Don se mantenía tan inmóvil como ella, los dos observando, los dos escuchando. El juego seguía activo. ¿Cómo podría no estarlo? La apuesta era muy alta. Su vida contra la de ella.

¿Sabía el camarero lo cerca que estaba? ¿Tendría gafas de visión nocturna? ¿La habría visto moverse? ¿Oiría el retumbar de su corazón? ¿Olfatearía su miedo?

Sammi adquirió conciencia de su atroz situación una vez más. Un movimiento en falso podría liquidarla. El corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con salirse del pecho.

«Sigue caminando, cabronazo», lo urgió mentalmente. El perro no paraba de moverse. Pero Sammi vio cómo el cigarrillo volvía a enrojecerse, todavía en el mismo sitio. ¿La estaba mirando? ¿Qué haría si la había descubierto? Ella conservaba su palo afilado; eso y nada era lo mismo. Pero la consistencia de la madera, el acto de empuñarlo con fuerza, le infundió valor. Era un pequeño símbolo de bravura en su mano. Había resistido hasta ese momento. Aquel no sería el fin.

Entonces oyó una pisada seguida de un crujido de hojas. Él había arrojado el cigarrillo al suelo y lo estaba aplastando con la suela. Un momento de quietud. Silencio. Luego el camarero echó a andar. Sus pisadas se movían lentamente aguas arriba, alejándose de Sammi.

Ella había estado conteniendo la respiración, así que tomó aire con tanta fuerza que aspiró un trozo de hoja podrida. Se atragantó y reprimió el impulso de toser. Esperó cinco minutos allí tumbada. Cubrió el insignificante resplandor de su reloj con la otra mano. Mientras concentraba la vista en el movimiento del segundero, aguzó el oído prestando atención a cualquier sonido fuera de lo común. El olor del humo se había desvanecido, aunque había que tener en cuenta que le había oído aplastar el cigarrillo con la suela, así que ya no era un indicador fiable. Por ende, esperó temblando cinco minutos más antes de levantarse silenciosamente. Avanzó lentamente siguiendo el curso del arroyo, cada vez más deprisa, hasta que se lanzó a toda velocidad a través de la maleza. Fue una breve liberación de energía nerviosa, pero no podía mantener ese ritmo frenético. Redujo la velocidad hasta acabar andando y al final se detuvo por

completo.

Desaparecida ya la adrenalina, el agotamiento la abrumó. Se apoyó en el tronco de un árbol, jadeando. Se deslizó hacia abajo por la áspera corteza sin casi darse cuenta de que se estaba rasguñando la espalda desnuda, hasta que acabó sentada en el suelo. Echó la cabeza atrás para apoyarla en el tronco. Todo su cuerpo era de plomo, y sentía tan pesadas las piernas como sacos de arena. No reunió la energía para levantarse de nuevo. Si solo descansara tres minutos recuperaría algo de fuerzas. Volvió a mirar su reloj. Era tanta la paz en ese momento... no se oía ningún sonido salvo el canto de las cigarras y el ocasional batir de alas de un murciélago.

Cerraría los ojos solo un minuto.

Sábado, 23.02

La oscuridad y el silencio salieron a recibir a Janine cuando abrió la puerta de su casa. Incluso su gata, que pasaba más tiempo con los vecinos que en casa, la había abandonado. Encendió la luz del pasillo, y luego la del salón y la cocina, además del televisor, intentando introducir algo de vida en la vivienda.

Abrió la despensa y cogió una lata de comida para gatos. Empujó la puerta posterior y golpeó la lata con una cuchara. *Tabby* apareció a los pocos segundos en lo alto de la valla lateral, saltó al suelo y serpenteó mimoso entre las piernas de Janine antes de entrar y dirigirse a su escudilla de la comida.

Hubo un tiempo en que al llegar a casa Janine era recibida por un beso afectuoso y el aroma de la cena que esperaba en el horno. Pero ella no se podía separar de su trabajo. Las frecuentes trasnochadas y la preocupación por cualquier caso en que estuviera trabajado habían sido el fermento de su ruptura más reciente.

Habían vivido juntos cuatro años. Damon era profesor, y como tal, con un horario predecible y unas largas vacaciones escolares. Incluso cuando trabajaba hasta tarde, era porque estaba corrigiendo exámenes en casa. No comprendía que Janine no pudiera desconectar al terminar su turno. Nunca había experimentado la sensación de tener la seguridad y el bienestar de alguien en sus manos. No soportaba los madrugones y las trasnochadas inherentes a la condición de oficial de policía. Si bien era algo frecuente, Janine no creía que salir con otro poli fuera una buena idea, aunque al menos ellos comprendían las servidumbres del trabajo.

Incluso en ese momento, mientras vaciaba una lata de comida para gatos en la escudilla de *Tabby*, su mente seguía en el trabajo. ¿Se le había pasado algo por alto? ¿Cuál era el próximo paso? Trató de imaginar dónde estaría Sammi y lo que habría padecido ese día. Se la imaginó viva, asustada y desconcertada, y luego como un cadáver que esperaba a ser hallado. Ambas cosas eran posibles, pero Janine era realista. Los secuestradores no solían mantener con vida a sus víctimas demasiado tiempo, no a menos que fueran débiles y dóciles. Una mujer fuerte e inteligente como Sammi siempre podría encontrar la manera de escapar o de defenderse.

Examinó el contenido del frigorífico y encontró una botella de vino blanco casi vacía. Quedaba lo justo para medio vaso. Cogió un par de cookies con trozos de chocolate y se instaló delante del televisor. *Tabby* saltó rápidamente sobre su regazo, donde se hizo un indolente y cálido ovillo. Janine sintonizó el canal de noticias 24 horas. Le resultaba extrañamente relajante ver las desgracias y tragedias internacionales, sabiendo que escapaban a su control y no era su responsabilidad tratar de solucionarlas.

Sabía que tenía que dormir esa noche. Había policías que juraban que una buena noche de sueño equivalía a realizar un gran avance en una investigación, convencidos de que su inconsciente se ocupaba del problema mientras dormían. Ella vería las cosas de otra manera por la mañana con una mirada fresca. Pero su cabeza seguía a toda marcha, y no habría sueño mientras continuara ordenando mentalmente hechos, personas e ideas.

Estaba segura de que nadie la llamaría durante la noche. Aunque hubiera sido ella la que había empezado la investigación, no la llamarían si encontraban al camarero. No la conocían, todavía no estaba lo bastante arriba en el escalafón. Llamarían a Bill. Confiaba en que él la llamase, aunque seguramente lo pospondría hasta la mañana. Aparte de eso, si se producía algún suceso menor durante la noche, ya se enteraría cuando fuera a trabajar.

Así las cosas, hizo algo a lo que recurría cada vez con más frecuencia: se tomó un somnífero con un vaso de agua. Algunas noches apenas era capaz de dormir. Las imágenes de casos antiguos surgían

espontáneamente en su cabeza. Una lengua negra que asomaba a la cara abotagada de un ahorcado que se había tardado tres días en encontrar; la primera incisión para abrir el tórax durante la autopsia de un adolescente ahogado; el cadáver achicharrado de un joven encontrado en el maletero de un coche calcinado. Las más de las veces, estas cosas no la fastidiaban demasiado.

Aunque inevitablemente, acababa pensando en Charli. Jamás había conocido a la niña, solo la había visto en la única foto que los noticiarios de televisión habían mostrado repetidamente: los infantiles rizos rubio platino, la inocente sonrisa que se extendía por las mejillas rollizas, la manita regordeta que sujetaba una gerbera roja... Era una desconocida para Janine. Como lo era la madre desconsolada de Charli; como lo era el despiadado padre que la había ahogado durante una visita programada después de que la madre de la niña lo hubiera abandonado. Nunca los había conocido. Pero Janine les había fallado. No había tenido nada que ver con aquel caso, pero era la que había atendido la primera llamada telefónica. Le había dado largas a la madre de Charli con una excusa cuando esta había llamado para comunicar su inquietud. De ningún modo habría podido saber cuán fatal sería el desenlace.

«La policía me dijo que no podían hacer nada», había declarado entre sollozos la madre ante las cámaras de la televisión.

La mayoría de las noches, cuando seguía con la cabeza puesta en el trabajo y no paraba de darle vueltas a las cosas, aquellos infaustos desenlaces acudían a su cabeza cada vez que cerraba los ojos. ¿Había algo más que pudiera hacer para encontrar a Sammi? ¿En qué estado estaría cuando la encontrarán? ¿Se convertiría en una nueva imagen del particular desfile macabro de Janine?

Su insomnio no era algo de lo que hablara con sus colegas. Cuando había ingresado en el Cuerpo hacía dieciocho años, le había costado ganarse el respeto y la confianza de sus compañeros, en especial de los hombres. Seguía imperando la mentalidad de la vieja escuela en lo tocante a la forma de repartir el trabajo policial, aquella que decía que las mujeres —si insistían en ser oficiales de policía— debían quedarse en la comisaría atendiendo el teléfono y tomando declaraciones.

La primera vez que ella había mostrado su emotividad fue después de haber acudido a un caso de muerte súbita de un lactante. El supervisor de su turno, un viejo sargento gruñón que quería jubilarse pero al que no le quedaba más remedio que aguantar, le había dicho: «Tómame una cucharada de cemento y endurece de una puta vez, niñata.» Lo de «niñata» había sido tan degradante como la sugerencia, y Janine se tomó aquel comentario intrascendente muy a pecho. Nunca más quiso darle a un colega masculino la oportunidad de decirle que ella no era capaz de arreglárselas. No podía mostrar la menor debilidad ni permitir que pensarán que no era lo bastante dura y tan buena como cualquiera.

Así que arrinconó su empatía y compasión naturales y siempre actuaba de manera profesional, sin desviarse un ápice del reglamento. Su «debilidad» se manifestaba de otra manera: en su negativa a abandonar a una víctima, a seguir más allá de donde otros agentes se paraban. Y en su incapacidad para dormir después de un día como ese.

Dejó el móvil en la mesilla de noche. Puso el despertador a las seis y comprobó el volumen. Luego cerró los ojos e intentó no pensar en nada.

Sábado, 23.16

Sammi tenía un sueño, en realidad una pesadilla. Pero el día entero había sido una pesadilla para ella, y le estaba costando separar la realidad de lo imaginario. La oscuridad y la paranoia se agolpaban en su cabeza. Pero vio a Gavin en el bosque con ella, así que eso no podía ser real. Su cerebro lo sabía, aunque su mente no.

Estaba tumbada sobre la hojarasca. Gavin estaba de pie a pocos metros. Tendía la mano hacia ella.

—Vamos —dijo él. Parecía decepcionado, como si la hubiera estado esperando y hubiera acabado por

enfadarse—. Ven aquí —añadía con cierta urgencia en la voz—. Podemos solucionarlo. —Ahora con tono de súplica.

Sammi trataba de levantarse, queriendo coger la mano de Gavin. Deseaba abrazarlo y disculparse por la pelea que habían tenido, una discusión que parecía tan lejana que le costaba recordar sobre qué había sido. Él estaba muy cerca, pero cuando ella le tendía la mano, Gavin empezaba a desaparecer.

Ella intentaba levantarse, pero no podía, y cuanto más se esforzaba, más se desvanecía él. Sammi no podía mover las piernas, ni siquiera sentir las, y no estaba segura de la causa. Desconcertada, dirigía la mirada hacia sus pies. Un monstruoso perro negro, del tamaño de un león, se cernía sobre ella. Era tan grande, que solo la cara le entraba en su campo visual, el resto del cuerpo no era más que una difusa amenaza. El animal le tenía ambos pies atenazados en sus enormes fauces y le impedía levantarse. El perro gruñía, dejando a la vista unos colmillos que despedían destellos plateados como las hojas de los cuchillos de caza. La sangre le goteaba de las fauces, y en ese momento ella veía que la criatura le había arrancado los pies. Aunque sobreviviera, aquello la cambiaría para siempre. Nunca más volvería a ser la de antes...

Sammi gritó, y el sonido llegó a la vida real.

Se incorporó con rigidez en el lugar donde se había desvanecido, bajo el árbol. Su estridente grito aún le resonaba en los oídos. Volvió bruscamente la cabeza de un lado a otro, atenta a cualquier movimiento. La oscuridad era total. Sin moverse, aguzó el oído, tratando de captar algún ruido. Un ronco sonido a lo lejos: ¿el ladrido de un perro? Lo único que oía con claridad era el sordo palpitar de su corazón y su respiración jadeante.

¿Cuánto se había alejado? ¿La habría oído el asesino?

Rodó para ponerse a cuatro patas y luego se levantó con esfuerzo. Entumecida y dolorida, el frío le había calado hasta el tuétano. Debía seguir avanzando.

Consultó su reloj: las doce y seis minutos. Había sobrevivido al día. Ya era domingo, un nuevo día. Recurrió al arroyo para orientarse y se dirigió río abajo.

«Un paso más. Solo un paso más.»

Domingo, 03.00

Gavin despertó sobresaltado y alargó la mano para tocar a Sammi. Estuvo a punto de caerse al suelo, pero se sujetó con un brazo. Solo entonces recordó que se había ido a dormir al sofá del salón.

Miró la hora en su teléfono. Las tres en punto. Había oído que la llamaban la hora del diablo. La historia decía que Jesús había muerto a las tres de la tarde, así que el demonio había reclamado la hora opuesta, las tres de la madrugada, para hacer de las suyas. La tradición sostenía que esa era la hora en que el demonio era más poderoso. Gavin se preguntó qué le habría despertado, si sería un mal augurio. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Puso el sonido al televisor para romper el inquietante silencio.

La perra dormía en el suelo del salón. Para ella era un regalo especial que le permitieran dormir en un lugar que no fuera su esterilla delante de la casa. Gavin alargó la mano y le dio un empujoncito. Jess se removió, levantó la mirada y meneó el rabo, golpeando el suelo dos veces, tras lo cual volvió a cerrar los ojos. Hasta la perra sabía que era hora de dormir.

Gavin fue zapeando por las distintas cadenas para distraerse. Pero todas parecían tener programas sobre delincuencia —víctimas, culpables y policías en diferentes variaciones y lugares—, o sea, sobre miedo y violencia. Se decidió por un publipreportaje sobre ropa deportiva que no le interesaba lo más mínimo, con la esperanza de que lo aburriera hasta quedarse dormido. Pero su mente estaba con Sammi, donde fuera que estuviera, viva o muerta.

¿Estaría sola? ¿Qué habría tenido que soportar? ¿Estaría pensando en él en ese momento? ¿Querría

volver a casa? Aunque no se creía que lo hubiera abandonado para huir con algún tipo, a las tres de la madrugada cualquier cosa parecía posible. Se arrebujó en la manta, pero nada podía mitigar el pánico glacial que lo atenazaba.

Domingo, 03.01

Más que caminando, Sammi avanzaba tambaleándose. Había muchos ruidos y movimientos en el bosque durante la noche. Las criaturas tenían la misma meta que ella: sobrevivir. Los crujidos y roces del bosque, a los que se sumaban sus pisadas, la tranquilizaron un tanto.

Al principio creyó ver una luz entre los árboles. Avanzó hacia ella con sigilo, intentando no pisar ramitas, aunque sentía los pies como bloques de hormigón. Y allí, en un pequeño claro, le pareció ver una especie de estufa de exterior colocada en lo alto de un poste. Creyó sentir el calor que irradiaba y levantó las manos, dirigiéndose hacia allí. Cerrando los ojos intensificó la sensación de calor, y avanzó paso a paso con lentitud, hasta que chocó contra un pequeño árbol y la estufa desapareció. Aquello añadió otro par de arañazos a su colección. Rasguños, cortes y cardenales surcaban su piel desnuda, pero ya no los sentía. Su cuerpo estaba empezando a desconectar las partes no esenciales en beneficio de su cerebro y sus órganos vitales.

Se tambaleó una vez más y cayó hacia delante. Paró el golpe con las manos y las rodillas, pero el dolor le acalabró muñecas y codos. Se quedó a cuatro patas y trató de volver a incorporarse para seguir avanzando, pero sus brazos empezaron a temblarle y le resultó demasiado difícil. Se dejó caer al suelo. Poco a poco encogió las rodillas hasta el pecho, adoptando una posición fetal.

Por primera vez desde que había sido secuestrada, empezó a llorar. Grandes y profundos sollozos que le sacudieron todo el cuerpo. Aunque el sonido de sus gemidos la aterrorizó, no podía parar. Si el camarero andaba por allí cerca, oiría su llanto, transportado por el tranquilo aire nocturno.

—Eh, señorita.

Apenas fue algo más que un susurro en la quietud nocturna. Aunque la paranoia y el miedo la habían carcomido desde que despertara en la trasera de la camioneta, supo que no se trataba de alguien hostil. Se estiró un poco y levantó la cabeza.

Una mujer joven estaba a un par de metros delante de ella; la rodeaba un brillo plateado, como si la luna la iluminara por detrás.

—Vamos, tiene que levantarse. Confiamos en usted.

La aparición se acercó a ella rozando con los pies la vegetación del suelo. Se inclinó y su brazo extendido llegó hasta Sammi. Era Tahlia Corbett, vestida con la misma ropa con que había desaparecido.

Sammi extendió la mano y, aunque solo agarró el aire, aquello le bastó para levantarse trabajosamente. Como se tambaleó ligeramente, Tahlia se puso a su lado y la cogió del brazo. Sammi bajó la vista y vio que unos dedos resplandecientes se entrelazaban con los suyos, en ese momento insensibles.

—Tiene que seguir adelante —le dijo la suave voz de Tahlia dentro de su cabeza. No había necesidad de responder.

Sammi reparó entonces en las otras chicas. Tres más, cada una con un resplandor de distinta intensidad, una apenas visible, a la que Sammi solo alcanzó a vislumbrar.

La de mayor resplandor después de Tahlia se acercó y la cogió de la otra mano. Sus labios se movieron, pero su voz era tan débil que Sammi no distinguió sus palabras. Con todo sucediendo a cámara lenta, sustentada a ambos lados por los fantasmas de aquellas mujeres muertas, dio un paso. Y otro. Aferrándose a las manos de los espíritus, estimulada por los recuerdos comunes de lo que habían padecido, Sammi avanzó, y cada paso que daba la acercaba al amanecer y a un día más.

Domingo, 08.04

«Pasamos a otro asunto: la policía de Queensland está investigando la desaparición de uno de sus miembros. La agente Samantha Willis lleva desaparecida en la zona de Brisbane desde que no regresó a la casa de una amiga en la madrugada del sábado. La policía quiere hablar urgentemente con este hombre, Donald Black.»

Janine y Bill estaban viendo el informativo de la mañana en el pequeño televisor colocado en un rincón de la sala de operaciones. Todos los presentes habían hecho una pausa y la sala se sumió en el silencio mientras escuchaban. La foto policial del camarero apareció en la pantalla y Janine confió en que la gente que estuviera mirando pudiera ver la maldad en los ojos de aquel sujeto. Apareció una foto de una camioneta como la suya, con el número de matrícula sobrepuesto.

«—La policía solicita a cualquiera que haya visto a la agente Willis o a Black que llame a la Oficina para la Prevención del Crimen...

»—Esto no es habitual. Que desaparezca un oficial de policía —dijo el copresentador.

»—Así es, y todo sugiere que en esta historia hay algo más. Les mantendremos informados.»

Eso fue todo. Siguieron con la historia de un jugador de rugby que había sido detenido.

—¡Joder! ¿Tenían que decir que era policía? —Janine estaba indignada—. Nuestro enlace con la prensa debería hacer mejor su trabajo. ¡Joder! ¿Y si sigue viva y él oye eso? ¿No podemos hacer algo al respecto? —preguntó a Bill.

Este soltó un gemido.

—No podemos prescribirles lo que tienen que decir. Ya lo sabes —respondió—. Quién sabe cómo se enterarían de eso. Como sea, no íbamos a poder mantenerlo en secreto mucho tiempo. Por supuesto que le van a sacar partido. Para ellos tiene interés periodístico.

—Vale, pero la Oficina de Prensa debería haberlos advertido. Si Black sigue teniendo a Sammi y descubre que es policía... —Janine meneó la cabeza—. No puedo imaginarme lo que podría hacerle. Los medios de comunicación tienen que saber el peligro en que la han puesto con ese dato innecesario. Él estará pendiente de las noticias. Me apuesto lo que sea. Querrá saber qué tramamos. Mierda. Puede incluso que se lo pase bomba observándonos dar palos de ciego. Esto me da náuseas.

—Es demasiado tarde, Janine. Ya está hecho. La información está ahí fuera, y que montes en cólera por eso no va a sernos de ninguna ayuda. Tenemos que centrarnos en hacer nuestro trabajo lo mejor que sepamos.

Una petición de colaboración ciudadana era un arma de doble filo, y no solo porque tuvieran que depender de las informaciones egoístas de los medios de comunicación. Quizá recibieran la llamada crucial, la de alguien que hubiera visto a Black en una estación de servicio, o aparcado en el arcén de una carretera. Cualquier cosa que les indicara la dirección correcta.

No obstante, junto con cada llamada útil podría haber otras veinte con pistas falsas, llamadas de personas que trataban de ser útiles pero aportaban información errónea o confusa. Todavía seguían recibiendo con regularidad llamadas sobre Tahlia, y todas las pistas eran investigadas por los miembros de la Operación Eco. A una investigación como esa se dedicaba una cantidad descomunal de horas. Así era como solían producirse los «golpes de suerte», mediante el examen meticuloso de la ingente cantidad de información e identificando las piezas que encajaban.

Domingo, 08.38

—Prevención del Crimen, le habla la agente Tracey Snell.

Silencio.

—¿Diga?

Si esa persona colgaba, la siguiente llamada ya estaba esperando.

—Hola. —Una voz de mujer, dulce y vacilante—. No estaba segura de si llamar. Conozco a Don Black.

—De acuerdo. Estamos interesados en ponernos en contacto con él.

—No sé dónde está ahora, pero la mujer que está con él corre un grave peligro.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es un hombre violento y peligroso. Y creo que estuvo planeando matarme.

—Por favor, continúe.

—Salí con él. Tuve una infancia difícil y parece que atraigo a esa clase de hombres, ya sabe. Una noche se emborrachó y me pegó hasta que perdí el conocimiento. Afortunadamente recuperé la consciencia enseguida, pero él no se dio cuenta porque permanecí inmóvil y con los ojos cerrados. Entonces se puso a hablar consigo mismo sobre llevarme al bosque y matarme. Fue como si mantuviera una discusión consigo mismo sobre si hacerlo o no.

»Decía: “No será un problema meterla en la camioneta”, y luego: “Pero la puta de su hermana vendrá a buscarla.” Mi hermana no confiaba en él y me llamaba a todas horas para comprobar que estuviera bien. Y más tarde, nunca olvidaré lo que dijo: “Se desangrará de vicio y me la follaré hasta matarla.” Perdona por el lenguaje, pero esas fueron sus palabras exactas. Estuve allí durante una hora, esperando. Al final, se fue a dormir. Y entonces agarré mi bolso y eché a correr. Estaba aterrorizada. Y todavía lo estoy.

—¿Dijo adónde pensaba llevarla?

—No; solo hablaba del «bosque», pero también dijo algo sobre ir a ver al capitán o algo parecido.

—¿Cuánto hace que pasó eso?

—Como hace un año.

—¿Acudió a la policía en el momento?

—No. Sé que debería haberlo hecho, pero estaba tan asustada... Solo quería olvidar esa mala experiencia y seguir adelante.

—¿Me da sus datos para que un inspector pueda llamarla?

—Él me sigue dando mucho miedo. Llevo asustada desde que lo dejé. Me amenazó con hacerme cosas horribles.

—Pero hoy nos ha llamado. Desea ayudar.

—Sí. Hay que detenerlo.

Domingo, 09.08

Los ángeles de Sammi se habían disipado como la niebla en la luz del día, aunque seguía notando su presencia. No estaba sola. Seguía avanzando con obstinación. El sol matutino le estaba caldeando las piernas. La esperanza renació con los rayos del sol a través de la bóveda arbórea.

¿Hasta dónde había llegado? El arroyo era ya más ancho y profundo. El paisaje había cambiado ligeramente. Los árboles estaban más dispersos, lo que facilitaba su travesía por el bosque. Unas peñas esporádicas salpicaban las orillas y el agua corría con mayor rapidez a medida que algunos afluentes más pequeños se le unían. Sin duda el agua fluía hacia la civilización. Podría ponerse a salvo. El camarero no la había derrotado; el bosque tampoco lo haría.

Llegó a un pequeño claro soleado y tentador. Sammi se dejó caer en la hierba con cuidado. Se tumbó de espaldas, entrelazando los dedos detrás de la cabeza. La paranoia era agotadora. Tenía que utilizar aquella sensación de estar siendo observada. Cerró los ojos e inmediatamente se sumió en un sueño

tranquilo.

Domingo, 09.12

La sala de la Operación Eco se convirtió en un hervidero de actividad —todos parecían estar haciendo llamadas telefónicas— cuando la información de la Oficina para la Prevención del Crimen empezó a pasar nueva información sobre el caso. Janine había esperado haber visto a Jake a esas horas. No conocía a los demás efectivos lo suficiente para empezar a asignarles tareas, y tenía al menos tres asuntos que podría haberle pedido a su subordinado que investigara. Los domingos por la mañana él solía llegar un poco tarde y con bastante resaca, pero dada la gravedad del caso ella había esperado más de su parte. Se alegró al ver el número de Jake surgir en la pantalla de su teléfono cuando sonó una hora más tarde.

—Eh, Neeny, ¿cómo van las cosas por ahí? ¿Algún progreso? —preguntó él.

—Estamos hasta el cuello de nuevas informaciones. ¿Dónde te has metido, Jake? —respondió Janine, cortante.

—¿Por qué? ¿Es que me extrañas? —bromeó él. Era evidente que no estaba demasiado resacoso.

—¿Este caso no podría ser más importante y tú pierdes el tiempo en la oficina rascándote? —replicó Janine con incredulidad.

—Alto ahí —respondió Jake, ya con tono serio—. Tenía a unas personas esperándome aquí a las ocho. Intentaron presentar una denuncia anoche, y algún uniformado se los quitó de encima diciéndoles que vinieran a verme por la mañana. Hasta ahora no he tenido ocasión de llamarte —explicó.

—¿Y de qué se trata?

—Anoche murió un anciano. Parecía un asunto claro de muerte natural. Pero ahora tengo aquí a su hija afirmando que su hermano mató a papá para sisarle el dinero.

Janine gimió.

—¿Así que no vas a aparecer por aquí?

—No. Lo siento. Haré lo mínimo aquí y estaré ahí lo antes posible.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Janine—. Eres afortunado por tener una buena excusa. Estaba empezando a ponerme de mala leche.

—Jamás te fallaría, Neeny. Al menos no adrede.

Ella se imaginó la sonrisa de su compañero cuando colgó.

Siguió revisando los informes sobre el caso Corbett, buscando conexiones. Bill parecía no haber soltado el teléfono desde el inicio de su turno, y Janine se dio cuenta de que el caso también lo tenía enganchado y preocupado. Bill la llamó desde la puerta de su despacho.

—¡Quiero que estés presente en esta conversación! —gritó, indicándole que fuera a su despacho.

Janine se dio cuenta de que el auricular del teléfono estaba descolgado.

—Es un inspector de Caboolture. Alguien ha encontrado unos huesos. A ver qué te parece —explicó Bill, pulsando la tecla del altavoz del teléfono—. Nev, ahora estás conectado al altavoz, y tengo conmigo a Janine. Está trabajando en el caso Willis, y quiero que también oiga esto por si todo estuviera relacionado. Bueno, cuéntanos lo de esos huesos.

—Sí, hola, Janine. Os interesará enteraros de esto, pero podéis sacar vuestras propias conclusiones. Hace como media hora una mujer se presentó en el mostrador. Había estado montando a caballo por la Reserva Natural de Yonga, cerca de Woodford, y llevaba un perro con ella. Estaba siguiendo un sendero, pero dejando que el perro corriera por donde le apeteciera. En cierto momento el animal desapareció entre la maleza y reapareció con un gran hueso viejo en la boca. Después de quitárselo, a la mujer le pareció que era humano. Es una médica jubilada. Lo trajo a comisaría y hablé con ella. En realidad lo encontró el viernes por la tarde, pero no lo trajo hasta hoy. Dijo que el caballo se había herido y que se

olvidó del hueso hasta que volvió a verlo hoy en su coche. Le dije que seguramente sería de una vaca o un canguro muerto. Entonces me miró con aire de superioridad y me dijo que podía distinguir un omóplato cuando lo veía.

—¿A ti te parece humano? —preguntó Bill.

—La verdad, solo estaría conjeturando. Pero seguro que la buena doctora sabe más que yo. No obstante, el hueso parece viejo, como si hubiera pasado a la intemperie mucho tiempo. Enseguida me vino a la cabeza Corbett. Por eso he llamado.

—Perfecto. Si hay alguna posibilidad de que sea de ella, tenemos que tratarlo como el escenario de un crimen y llamar a la Científica —dijo Bill.

—La doctora va a ir con una dotación de uniforme para enseñarles dónde estaba cuando el perro apareció con el hueso.

—Habla con ellos y diles que acordonen la zona. ¿Tenéis algún inspector que pueda ir también?

—Sí, yo y un colega podemos ir —dijo Nev.

—¿Puedes darle prioridad? Si el hueso es humano, hay muchas posibilidades de que sea sospechoso —indicó Bill.

—Podemos salir casi de inmediato, pero tardaremos cerca de media hora en llegar allí —respondió Nev.

—Bien, mantenednos informados. —Bill le dio el número de su extensión directa y colgó. Se reclinó en su silla y se estiró—. ¿Qué te parece? —le dijo a Janine.

—Podría tratarse de Corbett, aunque nunca hubiera pensado que sus huesos parecieran tan viejos. Solo han pasado cuatro meses.

—Ya, pero el término «viejo» admite cualquier interpretación. Si los huesos han estado expuestos a las inclemencias del tiempo y a los animales salvajes y los insectos, diría que no les quedaría nada de carne adherida al cabo de poco tiempo. Además, hemos tenido días de mucho calor. Pero estamos especulando. Dejemos que la Científica se ponga a ello.

—De acuerdo, entonces consigue un forense y que vea qué puede decirte exactamente. Y repara en que he dicho «te», porque yo estoy trabajando en el caso Willis.

Bill sonrió.

—Sí, pero creo que todo esto está relacionado.

—No va a ser un hueso de Sammi, eso seguro —apuntó ella.

—Lo sé, pero si es de Tahlia, entonces podemos tener nuestra segunda localización, otro lugar para empezar a buscar a Sammi. Sabemos que Black se la ha llevado a otra parte, en una camioneta y con un perro y una moto todoterreno. Yonga no está demasiado lejos de su casa y es una zona extensa, llena de lugares donde nadie te molestará. Ahora supongamos que esos restos son humanos, y que un esqueleto acaba de ser desenterrado en el bosque. ¿De quién se trata? ¿Cuántas personas tenemos en los archivos de desaparecidos? ¿Por cuántos tenemos temores fundados? ¿Cuántos fueron vistos por última vez en la región de Gran Brisbane? Podrás contarlas con los dedos de una mano. Mi instinto me dice que esto está relacionado con Sammi. Cuanto antes consigamos nueva información, más posibilidades tendremos de encontrarla —concluyó Bill.

Janine se fijó en que no había utilizado la palabra «viva».

—Bueno, ¿y qué es lo siguiente? —preguntó.

—Solo quería que estuvieras informada. Ahora está en manos del equipo que ha ido allí. Veamos si pueden encontrarnos un cuerpo.

—Triste esperanza —se lamentó Janine mientras salía del despacho de Bill.

Había tres personas y un animal esperando a Nev y Rob en el comienzo del sendero de entrada al Parque de Yonga: dos agentes de uniforme, cuyos nombres no recordó Nev, y una mujer mayor con un kelpie sujeto con una correa. Todos, incluido el perro, se volvieron para mirar a los detectives cuando salieron del coche y se dirigieron hacia ellos.

Se hicieron unas rápidas presentaciones. La mujer era la doctora Sylvia, la que había llevado el hueso a la comisaría, y estaba allí para mostrarles el lugar donde el perro había aparecido con el omóplato.

—He traído a *Ziggy* conmigo. Si lo soltamos donde recuperó el primer hueso, seguro que regresa directo al mismo sitio —explicó.

Nev miró al perro, que brincaba con impaciencia sobre sus patas, e intercambió una mirada con Rob.

—Gracias, pero dejaremos que sea usted quien nos muestre el lugar donde el perro... donde *Ziggy* apareció con su hallazgo —dijo Nev.

—Por eso le puse la correa —repuso ella—. Vamos, no está lejos de la entrada.

Nev se volvió hacia los agentes.

—Vosotros quedaos aquí y aseguraos de que nadie se acerque. Hemos de tratar esto como la escena de un crimen hasta nueva orden. Será mejor que empecéis a levantar el atestado.

A continuación, los tres empezaron a subir por el sendero, con Sylvia en cabeza. En realidad, el que dirigía era el perro, que no paraba de zigzaguear y olisquear hasta donde la correa le permitía. Nev tuvo que recordarse que el sendero había sido hollado por cientos de potenciales pisadas desde que la doctora lo recorriera. Si hubiera alguna prueba allí, estaría con los verdaderos restos. Si es que lograban encontrarlos.

Había muchas posibilidades de que no se tratara del escenario de un crimen. El suicidio era más frecuente que el asesinato, y un buen número de desaparecidos eran personas que se habían quitado la vida y todavía no habían sido encontradas. También cabía que solo fueran los huesos de un animal muerto. Ojalá, pensaba Nev mientras avanzaban penosamente por la pista forestal. Si Bill estaba en lo cierto y el hueso era sospechoso, entonces iba a ser un día largo. Empezó a pensar en llamar a su esposa para avisarle de que llegaría tarde a casa.

—Ahí —dijo Sylvia, señalando un gran eucalipto—. Yo estaba dando la vuelta para regresar al comienzo del sendero. *Ziggy* estaba en ese lado del camino. Le oí hurgar entre las ramas, así que no pudo adentrarse mucho en el monte, y luego reapareció trotando ahí mismo con el hueso en la boca. Estoy segura de que apareció al lado del eucalipto.

—Vale, gracias por todo. No es necesario que espere, ya puede regresar —dijo Nev.

—¿Seguro que no necesitarán a *Ziggy*? No ocasionará más daños de los que ya haya provocado por accidente —repuso la mujer.

—No; de verdad. Tenemos que proteger lo que encontremos —respondió Nev.

A algunas personas les emocionaba verse involucradas en actuaciones policiales y sentirse útiles. Aquella doctora estaba demostrando ser una de ellas. En una cosa tenía razón: el estropicio ya estaba hecho, a cuenta del pobre *Ziggy*. Pero aquello había sucedido antes de que eso fuera una investigación policial. Ahora Nev estaba al mando y, aunque la mujer tuviera razón —*Ziggy* buscaría más deprisa que ellos—, no quería correr riesgos. Así que escoltó a la mujer de vuelta al sendero.

—Muchas gracias por su colaboración. Ha sido usted de mucha ayuda trayéndonos aquí e indicándonos la dirección correcta —dijo Nev.

—¿Al menos me informarán si encuentran algún hueso humano? Estoy segura de que eso es un omóplato, pero me alegraría saber que se confirma.

—Pues claro, no podremos darle los detalles, pero me encargaré de que alguien le informe si encontramos cualquier resto —la tranquilizó Nev, solo para conseguir que se moviera.

—Entonces, vamos, *Ziggy*. Dejemos que estos caballeros hagan su trabajo.

Domingo, 10.18

—Prevención del Crimen. Habla con la agente Tracey Snell.

—Sí, hola. Creo que tengo alguna información sobre esa oficial de policía desaparecida.

—Adelante, ¿qué desea contarnos?

—Soy vidente. Aunque no soy muy conocida, ya que mantengo un perfil discreto.

—De acuerdo...

—Esa chica está en un sótano en alguna parte. Sigue viva, aunque está malherida. La casa donde la retienen está en la ciudad, casi seguro que en Brisbane. Es una casa antigua, de las típicas de Queensland, pintada de un tono verdoso. Tiene un sótano, pero la puerta está escondida. Busquen una tortuga. Eso es todo lo que he captado por el momento, pero volveré a llamar si veo algo más. ¿Lo va a investigar alguien?

—Estamos siguiendo todas las pistas. Esta puede estar relacionada con algo. Déjeme sus datos por si tenemos que ponernos en contacto con usted.

—No; yo les llamaré.

—Gracias.

Tracey colgó y apoyó la cabeza en las manos durante diez segundos antes de que el teléfono sonara una vez más.

Domingo, 10.32

Bill asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—¡Han encontrado los restos de un cadáver en Yonga! —anunció a viva voz para que Janine lo oyera en la otra punta.

La sala se convirtió en un hervidero de preguntas.

—¿Es Sammi?

—¿Se trata de Tahlia?

—Al parecer, ni una ni otra. Hasta el momento solo han recogido restos de ropa y también un zapato —informó Bill—. Los huesos parecen demasiado antiguos para ser de alguna de nuestras chicas, y la ropa no coincide. En Personas Desaparecidas ya están trabajando en ello, cotejando los restos de ropa encontrados con sus archivos.

Cruzó la sala hasta la mesa de Janine para no tener que seguir alzando la voz.

—Les he pedido que comparen los datos de la prostituta desaparecida por la que fue interrogado el camarero.

—Estás convencido de que todo está relacionado, ¿eh? —dijo Janine. No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Sí.

—Así que lo que estás diciendo es que tenemos entre manos un asesino en serie con al menos tres víctimas.

—Es muy posible. Hay conexiones entre las tres —respondió Bill.

—Conexiones muy débiles —puntualizó Janine.

—Así es, pero esta vez estoy siguiendo mi intuición. Así que dime: ¿de verdad crees que no están vinculadas? ¿O simplemente no quieres creerlo porque eso significa que Sammi está muerta casi con absoluta seguridad?

Ella se encogió de hombros sin sostenerle la mirada. No tenía tiempo para introspecciones; tenía que

encontrar a una policía desaparecida.

Domingo, 11.09

Don estaba de un humor de perros; incluso el suyo se daba cuenta. *Zeus* tenía la cola entre las patas y se mantenía lejos de su amo, temeroso. El animal ya había probado la afilada puntera de una bota un par de veces esa mañana y guardaba las distancias.

El día anterior no había discurrido según lo previsto. La emoción de la cacería había terminado por evaporarse, y él seguía sin encontrar a aquella estúpida zorra. ¿Cómo diablos habría descubierto el localizador? Había tenido suerte, pero aun así moriría. Se consoló pensando que la zorra vería aproximarse la muerte, arrastrándose sigilosamente con el frío nocturno.

No había sido un fracaso completo. Todavía seguía viendo el terror de la chica, y la sensación de poder le recorrió las venas como una droga. Y también había sacado alguna enseñanza. Ya estaba haciendo planes, discurriendo nuevas ideas. La siguiente no se escaparía.

Además, todavía esperaba con ansias otro placer: su notoriedad. Encendió la radio de la camioneta mientras cargaba la moto y la sujetaba con las correas. La cobertura no era perfecta, aunque sí lo suficiente para oír lo que se decía. Quizá fuera ese mismo día, aunque no era probable. La amiga de Samantha era una guarrilla borracha; a saber cuándo se daría cuenta de que su amiga había desaparecido.

Casi estaba de nuevo en la carretera antes de que el boletín informativo empezara. Subió el volumen con una sensación de vértigo y expectación. Una sonrisa se extendió por su rostro cuando oyó las palabras «persona desaparecida».

«La policía solicita ayuda para localizar a la desaparecida Samantha Leigh Willis. Y sin duda están dispuestos a hacer todo lo que esté en sus manos, porque la propia Willis es una oficial de policía...»

¡Coño, pero si era una poli!

«La policía desea hablar con Donald Charles Black...»

Don pisó el freno a fondo, lanzando a *Zeus* contra el salpicadero con un gáñido. Resultaba surrealista oír su nombre por la radio.

«Se cree que conduce una camioneta Toyota Landcruiser blanca matrícula 542GCU. Existe una creciente preocupación por la seguridad de la oficial desaparecida. Se solicita que cualquiera que disponga de información se ponga en contacto con la policía de su localidad.»

¡Joder!

¿Debía volver? ¿Encontrarla y acabar con ella de una manera adecuada a su asquerosa profesión? Pero ¿cuánto podría costar encontrar a una puta agotada que iba dando tumbos por su territorio de caza?

Se detuvo, pero acto seguido pisó el acelerador. Odiaba cuestionar sus propias decisiones. Era imposible que ella lograra salir del bosque. Imposible. Que fuera una jodida madera no influiría en nada. Jamás encontrarían su cuerpo, y nunca podrían acusarlo de ello. No tenían nada. Y él habría matado a una poli. Y eso conllevaba un placer añadido.

¿Y si alguien la había visto subirse a su camioneta? Bueno ¿y qué? La había llevado a casa después de que su amiga la dejara tirada. Eso era todo lo que podrían demostrar. No tenían nada que lo relacionara con su desaparición. Igual que cuando lo habían interrogado sobre la primera zorra. Los maderos eran estúpidos. Seguían sus normas y si no eran capaces de cumplirlas al pie de la letra, te dejaban en paz. No eran capaces de improvisar. No como él. Él era listo. Más que ellos.

Tendría que encontrar algún lugar para darle unos manguerazos a la caja de su vehículo, y pronto. La policía podía hacer virguerías con un ADN. Una sensación de pánico se empezó a apoderar lentamente de él. Puta estúpida; debería haberla matado cuando tuvo ocasión.

No quería enfrentarse a la basura policial. Se dirigiría a la frontera. Tenía todo lo que necesitaba: su

perro, su rifle, su cartera... Iría al Territorio del Norte y no miraría atrás.

El boletín informativo había solicitado la colaboración ciudadana para encontrarlo, así que eso significaba que no sabían dónde estaba. Si se mantenía en las carreteras secundarias y acampaba en el bosque, podrían tardar días, hasta semanas, en encontrarlo.

Le iba dando vueltas a esas ideas cuando le sobresaltó un grupo de canguros que merodeaba en la cuneta del camino forestal. Eso le dio una idea. Se detuvo y se apeó, rifle en ristre. Escogió al animal que estaba más cerca de la camioneta para que no tuviera que arrastrarlo demasiada distancia. Apuntó y lo derribó alcanzándolo en el lomo. Llamó al perro, y ambos fueron hasta el canguro abatido, que se retorció y gruñía. Le había volado la espina dorsal a fin de eliminar la posibilidad de que el animal le soltara una patada. Lo agarró por las patas, lo arrastró hasta la camioneta y lo subió con dificultad a la caja. El animal seguía vivo y sangraba profusamente, como había sido su intención.

Se felicitó por su idea genial. Obsequió a *Zeus* con una palmadita en la cabeza. Ahora sí que los polis nunca tendrían nada contra él. Y aun así primero tendrían que atraparlo. Sonrió cuando volvió a poner la camioneta en marcha.

Saldría de esa, no habría ningún problema.

Domingo, 11.12

Gavin no reconoció a los dos hombres que llamaron a la puerta de su casa, aunque supuso que eran detectives de la ciudad. Llevaba bastante tiempo tratando con polis para reconocer el «uniforme» de paisano. Ningún policía local aparecería en el porche de su casa en camisa de manga larga y encorbatado, sudando la gota gorda al sol de media mañana.

Sintió una angustia inmediata. ¿Por qué unos policías que no conocía de nada aparecerían sin anunciarse en su puerta? Hasta el momento todo se había hecho a través de los efectivos que conocía de la comisaría local. Ellos lo habían guiado a través de los procedimientos y protegido de los detectives extremadamente estrictos que no lo conocían, ni a él ni a Sammi.

Gavin creía que Shane estaba siendo sincero con él, y que le contaba todo lo que los investigadores de Brisbane le contaban a él sin dejarse nada en el tintero. ¿De qué iba aquello? Dudaba que enviaran a unos extraños para darle malas noticias; eso sería una cobardía. Y Shane no lo permitiría. Aquello era otra cosa.

Abrió la puerta mosquitera y miró a los hombres con expectación. Ambos rondaban los treinta y tantos años. El más alto tenía una buena barriga y la palidez de alguien que pasa la mayor parte del tiempo en lugares cerrados. El otro era bajo pero musculoso. Sus bíceps pugnaban por salirse de las mangas de la camisa y mantenía los brazos separados del cuerpo, como si acarreará una sandía bajo cada uno. El más alto le tendió la mano.

—Gavin, ¿verdad? Soy el sargento inspector Barry Stanley. Este es el sargento inspector Matt Stansfeld. Somos de la Brigada de Homicidios.

El corazón de Gavin se paró al oír la palabra «homicidios». Era la primera vez que se mencionaba; hasta ese momento, se había tratado de un caso de persona desaparecida. Tal vez tuvieran malas noticias. Guardó silencio, expectante.

El más alto, Barry, debió de ver la consternación en su cara y se apresuró a aclararlo.

—No tenemos ninguna noticia que darle. Solo hemos de hacerle algunas preguntas. Para ayudar con la investigación.

Gavin volvió a tragarse los pensamientos negativos y se hizo a un lado.

—Por favor, pasen.

Miró afuera cuando los hombres traspusieron la puerta, casi esperando ver a Shane con ellos. Pero no

había nadie más, ninguna cara familiar que le explicara qué estaba sucediendo y le descifrara el trasfondo.

Los tres se dirigieron al salón. Encima de la mesilla de café había una caja con galletas caseras, obsequio de una vecina.

—¿Un té? Ahí también hay unas galletas —dijo Gavin.

—Algo frío estaría bien, un poco de agua servirá —respondió Barry—. Es un largo trayecto en coche desde Brisbane.

Gavin fue a la cocina, rumiando la situación. Decidió que no estaba de humor para juegos. Cuando regresó al salón con dos vasos de agua fría, fue directamente al grano.

—¿Qué sucede? —preguntó. Dirigió la pregunta a Barry porque el otro hombre todavía no había dicho una palabra—. Hasta el momento solo he tratado con los muchachos de la comisaría. Y ahora tengo a dos detectives de Homicidios en mi casa. ¿Qué está pasando?

—No pasa nada, Gavin —lo tranquilizó Barry—. Siéntese, solo tenemos unas preguntas más. Ya sabe cómo somos los polis, siempre tenemos más preguntas.

El hombre esbozó media sonrisa en un intento de disipar la tensión, pero Gavin no picó.

—¿Han conducido tres horas para hacerme unas preguntas? ¿No pudieron telefonarme? Aquí hay más de lo que me está diciendo. ¿Por qué están aquí? —inquirió.

—Ajá, tiene razón —admitió Barry—. La Brigada ya se ha involucrado. Lo siento, pero es muy probable que Samantha haya sido víctima de un acto criminal. Así que empezamos nuestra investigación ahora. Y usted forma parte de la misma.

—¿Creen que tengo algo que ver?

—No he dicho eso. Pero muchas víctimas de homicidios lo son por sus maridos o parejas, o por personas que conocen. Sería una negligencia por nuestra parte no hacerle algunas preguntas. —Barry hablaba con calma, mirándolo a los ojos y tratando de apaciguarlo.

El otro hombre permanecía mudo, pero observaba con suma atención.

—Hablen con la policía local. Estuve aquí toda la noche, ellos responderán de mí. Y no me diga que no saben nada del camarero.

—Sabemos lo del camarero, y créame, nos esforzamos en investigar todas las pistas de las que disponemos hasta el momento. Pero aun así tenemos que aclarar un par de cosas con usted. Por favor, siéntese. Vamos, estamos todos del mismo lado. Todos intentamos encontrar a Samantha.

Gavin dudó, pero acabó sentándose en un sillón enfrente de Barry.

—Vale, ¿y qué necesitan saber? —preguntó.

—¿Qué sucedió la tarde antes de que Samantha se marchara?

—Tuvimos una discusión y nos enfadamos. Yo cogí a la perra y me fui a correr. Cuando regresé, unas dos horas más tarde, Sammi se había ido. Para entonces ya me había calmado e intenté llamarla, pero no contestó al teléfono.

—¿Por qué discutieron?

—Por nada, en realidad. Nada importante.

—¿Entonces qué fue? ¿Por dinero? ¿Por trabajo? —insistió Barry.

—Sugerí que juntáramos las cuentas bancarias. Ella no quiso, y yo la acusé de no confiar en mí. Eso fue todo.

—¿La cosa se puso violenta?

—¡No! —saltó Gavin. No era un maltratador y no le gustaba que se le considerara en esos términos—. Jamás le he puesto una mano encima. Nos gritamos, eso fue todo.

—¿Confía en ella? —preguntó Barry.

—Sí. Totalmente. Llevamos juntos tres años. No habríamos durado tanto si no confiáramos el uno en el otro. Ella solo se cabreó porque quise que se cambiara a mi banco. —Detestaba tener que estar

justificando sus emociones a un extraño.

Barry cambió de táctica.

—¿Conoce a mucha gente en Brisbane? —preguntó.

—No. Un par de antiguos compañeros de colegio viven allí.

—¿Viaja allí a menudo?

—No. Si hay algún motivo para ir, cojo el coche y voy. Aunque necesito mi GPS.

—¿Ha estado alguna vez en Forest Lake? —preguntó Barry.

—Es ahí donde vive esa estúpida cabeza de chorlito de Candy, ¿no? Fuimos a visitarla una vez.

—No le gusta Candy, ¿eh? —En otro momento podría haber sido una pregunta intrascendente, pero ese día tenía cierta importancia, y Gavin se arrepintió de su exabrupto.

—No, la verdad es que nunca la he tragado. Si ella se hubiera quedado con Sammi para asegurarse de que llegaba a casa en condiciones, en lugar de andar golfeando por ahí con un par de desconocidos, probablemente ahora no estaríamos sentados aquí. Ayer apareció aquí, se disculpó y se marchó de nuevo. No he tenido nada más que ver con ella.

—Antes ha mencionado al camarero. ¿Había oído hablar de él antes?

Gavin miró a Barry con frialdad.

—No. ¿Creen que tengo algo que ver con él? —preguntó en voz baja y glacial.

—Solo queremos toda la información que podamos recabar —respondió Barry.

—Oigan, ¿es esto un interrogatorio? —El malestar de Gavin empezó a crecer al ver los derroteros que tomaban las «indagaciones» de Barry. Por eso los dos detectives habían venido desde Brisbane. Ninguno de los muchachos de la localidad le habría tratado así.

—No, nosotros solo estamos... —empezó Barry, pero Gavin le interrumpió sin miramientos.

—¿Están grabando esto? —Aunque era mecánico de profesión, llevaba bastante tiempo tratando con policías para conocer sus trucos.

—Sí —admitió Barry, encogiéndose de hombros mientras sostenía la fría mirada de Gavin—. Debería saber que es algo bastante habitual en estos tiempos. Estoy seguro de que Samantha lleva una minigrabadora.

—Bueno, pues puede apagarla. No hay nada que pueda decirles que no les haya dicho ya a los chicos de aquí. No me gusta que se me trate como a un sospechoso —espetó. ¿Cómo se atrevían esos hombres a entrar en su casa e insinuar que había contribuido a hacer desaparecer a su novia?

—¿Debo entender que no quiere responder a mis preguntas? —De nuevo, se trataba de un pregunta capciosa.

Gavin no estaba seguro de si sería capaz de salir de aquel campo minado. Aquellos hombres estaban haciendo lo que mejor se les daba: hacer preguntas, provocar respuestas. Y él lo único que deseaba era echarlos de su casa y que se fueran con viento fresco.

—No tengo nada que ver con la desaparición de Sammi. La quiero y deseo que vuelva. Eso es lo fundamental —dijo, pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Lo único que intentamos hacer es reunir toda la información posible, de manera que tengamos más posibilidades de encontrar a Samantha.

—Es Sammi, todo el mundo la llama Sammi. Deberían saberlo si supieran algo sobre este caso. No saben nada de ella y no saben nada de mí —les espetó con irritación.

Aquello empezaba a convertirse en una conversación sin sentido. Él no tenía la información que ellos pretendían sonsacarle. Si les pedía que se marcharan, eso le daría un sesgo diferente a la entrevista, y ellos sacarían conclusiones erróneas.

—¿Gavin? —llamó una voz desde el porche. Gavin la reconoció con alivio.

—Tom —respondió—, pasa, tío.

Tom apareció vestido con una camiseta descolorida y unos pantalones holgados.

—¿Va todo bien? —Tom se dirigió a Gavin, aunque estaba examinando a los detectives.

—Estos dos caballeros son de la Brigada de Homicidios —dijo Gavin.

Tom movió rápidamente la cabeza de un lado a otro cuando oyó la palabra «homicidios». Gavin negó con la cabeza para responder a la pregunta no expresada.

Los dos inspectores se levantaron, le dieron la mano a Tom y se presentaron.

—Tom trabaja con Sammi —explicó Gavin. Quería que supieran que ahora tenía a alguien en su rincón.

—¿Ha habido noticias? —preguntó Tom.

—No. Estos oficiales solo están llevando a cabo sus indagaciones, tratando de averiguar si estuve involucrado en la desaparición de Sammi. Tom, ¿te importaría aclararles ese extremo? —pidió con fingida indiferencia.

Tom le puso la mano en el hombro.

—Tío, no te lo tomes como algo personal. Siempre vas a ser sospechoso. Es decir, para cualquiera que no te conozca.

Se volvió hacia los detectives, que permanecían de pie.

—Mirad, es imposible que Gavin tenga algo que ver con la desaparición de Sammi. Respondo personalmente por él.

Ambos detectives intercambiaron una mirada.

Barry tendió la mano a Gavin.

—Gracias por su tiempo. Gavin. Le informaremos de cualquier progreso que hagamos.

Gavin les estrechó la mano y no dijo nada más hasta que salieron por la puerta. Exhaló profundamente y dejó caer los hombros, que había estado manteniendo erguidos.

—¡Menudos gilipollas! —le dijo a Tom—. Dios bendito, no podías haber venido en mejor momento.

—Me dirigía a hacer la compra. Pero cuando vi un coche que no reconocí delante de tu casa, pensé que era mejor que entrara a ver cómo estabas. ¿De verdad incriminarte? —Tom hablaba más deprisa de lo normal.

Gavin asintió.

—No lo reconocerían nunca, pero eso fue lo que dieron a entender.

—Tal vez por eso nadie supiera que iban a venir. Se habrían enterado de que todos estamos de tu lado.

—Gracias... —dijo Gavin, y de pronto no pudo confiar en que su voz no fuera a quebrarse. Tom le rodeó los hombros y le dio un apretón.

—Venga, vámonos —dijo.

—¿Adónde?

—A cualquier parte, menos aquí.

Domingo, 11.20

Ahora, con toda esa tecnología, era mucho más fácil, pensó Bill. Veinte años atrás todo consistía en declaraciones mecanografiadas y archivadas en alguna parte, y en horas de espera mientras las fotos eran reveladas y entregadas en mano. En la actualidad todo era más rápido y efectivo. Uno de los inspectores desplazados al nuevo escenario del crimen en la Reserva Natural de Yonga había sacado fotos de los restos encontrados y se las había enviado a Bill al teléfono. Personas Desaparecidas había enviado un correo electrónico con el número de expediente, y ahora él podía comparar instantáneamente la ropa de la escena con las prendas que llevaba la prostituta desaparecida.

Aun así, eso no era concluyente. Tendrían que realizarse exámenes forenses, como la comparación del ADN con un pariente, si es que podían encontrar uno, y posiblemente fuera necesario que la amiga que denunció su desaparición confirmara que los efectos personales pertenecían a la mujer.

Bill tenía un informe que ponía que la mujer llevaba zapatos de tacón plateados, minifalda negra y blusa amarilla anudada a la cintura. También un reloj digital, algo indispensable para las mujeres que cobraban por horas, y algunos collares y pulseras de plata. Bill tenía la foto de un zapato donde todavía era visible un poco del plateado en el tacón, un pedazo de tela negra, unos botones amarillos y varios trozos de una cadenilla de plata. No era concluyente, y los objetos no cumplían con ninguno de los criterios exigidos para constituir una prueba, pero Bill estaba dispuesto a apostar a que los restos encontrados en la somera fosa de Yonga pertenecían a la prostituta desaparecida.

Bill llamó a Janine a su despacho y le mostró lo que tenía.

—¿Así que esta es la prostituta que él fue el último en ver y de quien dijo que había vuelto a dejarla en su esquina? —dijo Janine.

—Todo parece indicar que es así —respondió Bill.

—Si no recuerdo mal, eso fue hace casi cuatro años. ¿Crees que ha estado activo todo ese tiempo?

—Es difícil de decir. Pero creo que podríamos haber identificado una segunda localización —expuso Bill.

—¿Crees que llevó a Sammi al bosque de Yonga?

—Hay muchas posibilidades.

Janine se quedó pensativa un momento, haciendo girar un bolígrafo entre el índice y el pulgar.

—No, no necesariamente. ¿Qué hay de los mapas que encontramos en su casa? Captain's Creek convendría mejor a sus propósitos. Es un territorio más grande y más aislado de la civilización. Apuesto a que es ahí adonde la llevó —dijo.

—Esa clase de personas suele regresar al mismo sitio. Necesitan tener un conocimiento profundo de su entorno. No escogen cualquier sitio al azar.

—Sí, pero lo de la prostituta fue hace años. Los restos fueron encontrados relativamente cerca de un sendero utilizado por más gente. Sería demasiado arriesgado, así que cambió de lugar.

—¿Había mapas de Yonga en su casa? —preguntó Bill.

—Sí, estoy bastante segura de que había varias impresiones de esa reserva. Pero los mapas se concentraban en Captain's Creek.

—Bien. Intentaré que se inicie una búsqueda en los dos lugares. Hablaré con el comisario y aceleraré las cosas. Será fácil conseguir que se autorice una búsqueda en Yonga a causa del cadáver. Que busquen cualquier cosa relacionada con ese escenario, aunque confío en que den con algo que tenga que ver con Sammi. Para esa búsqueda seguro que mandarán al Servicio de Emergencias del Estado. Aunque para

Captain's Creek quizá solo podamos contar con un par de guardas forestales —dijo Bill.

—Eso es mejor que nada.

—Llamaré al jefe.

Domingo, 11.22

Sammi despertó con su cuerpo acribillado de dolor. Las ramas y piedras se le habían hincado por todos lados. Gimió débilmente y se estiró. Había estado demasiado cansada cuando se quedó dormida para darse cuenta de las molestias.

Intentó mover los brazos y descubrió que el derecho se le había dormido. Utilizó la mano izquierda para masajearse el hombro. Se incorporó lentamente con los músculos de la espalda doloridos y un hormigueo en la piel. Se miró el dorso de las manos: unos estrambóticos dibujos enrojecidos le marcaban las manos donde habían estado presionando las hojas y ramas del suelo. Se las masajeó.

Puso los pies en alto y descubrió que sus piernas parecían las de una nonagenaria; todo eran punzadas y dolor. Se estiró, tensando la punta de los pies y alzando las manos hacia el cielo, antes de levantarse con cautela.

No estaba segura de si la «siesta» le había sentado bien o mal. Mentalmente se sentía más despierta y en mejores condiciones, pero físicamente tenía más dolores y molestias. Consultó su reloj. Había dormido poco más de dos horas.

Intentó concentrarse y trazar un plan. No estaba herida; tenía agua cerca; había dormido. En ese momento, la diferencia entre la vida y la muerte era la comida. Habían transcurrido casi dos días desde su última comida. Comer pizza en la cocina de Candy era un recuerdo lejano, algo casi imaginario. Desde entonces, había estado bebida y la habían drogado, había vomitado y corrido para salvar la vida. Tenía que meterle algo de combustible al cuerpo. Se acercaba otra noche gélida, y solo de pensarlo tuvo un escalofrío involuntario. Sabía que no podría sobrevivir a otra noche. En cuanto cayera la temperatura y comenzara la tiritona incontrolable, no pasaría mucho tiempo antes de que la fatiga la tumbara. Sabía muy poco sobre la flora y fauna nativa comestible. Seguramente fuera más peligroso comer cualquier baya al azar que pasar hambre. ¿Podría atrapar un pájaro o un animalito?

Mientras tanto, tendría que contentarse con beber. Intentó orientarse con el arroyo y se dirigió a la orilla. Se inclinó sobre el agua y empezó a beber en el cuenco de las manos. El agua sabía dulce, su frescura era agradable. Se incorporó en la orilla del arroyo y levantó los brazos al cielo, sintiendo que la columna vertebral se le estiraba y relajaba.

Cuando inclinó la cabeza llevando la barbilla hasta el pecho, un movimiento llamó su atención. Había un... no, dos pequeños peces en el agua delante de ella. Se movían de acá para allá como flechas, plateados cuando la luz del sol incidía en ellos. A Sammi le gustaba el pescado. Incluso el sushi.

El agua era demasiado profunda para meterse en el arroyo, pero entonces vio un tronco sumergido poco más allá de la orilla. Con el palo afilado en la mano, puso un pie encima del tronco. El agua le llegaba justo por encima del tobillo. El tronco estaba frío y viscoso, y se afirmó en él con la punta de los dedos. Metió la punta del palo en el agua. Los peces desaparecieron tan pronto introdujo el pie en el agua, así que permaneció inmóvil, moviendo únicamente los ojos de un lado a otro.

Los dos peces volvieron a aparecer saliendo precipitadamente de debajo de un saliente de la orilla, donde se volvieron a meter. Sammi se concentró en mantener la punta del palo quieto dentro del agua. Aquello era lo único que recordaba de un viejo documental que había visto: mantén una parte del arpón dentro del agua para que tus ojos puedan tener en cuenta la refracción del agua. Los peces volvieron a pasar como un exhalación cerca de la punta del arpón, que empezaba a convertirse en parte de su entorno.

El brazo le empezó a temblar ligeramente por el esfuerzo de mantener inmóvil su «arpón». A la

siguiente ocasión en que los peces pasaron cerca, Sammi bajó bruscamente el antebrazo, hundiendo el palo. Los peces se apartaron como flechas, y el palo pasó por su lado sin hacerles daño. Sammi se balanceó hacia delante y sus pies perdieron el agarre. El palo se hundió en el lecho del arroyo y Sammi lo agarró con la otra mano intentando recuperar el equilibrio. Pero el pie terminó por deslizarse fuera del tronco. Saltó antes de caerse y penetró en el agua fría dando un gritito. Le llegaba hasta la cintura. Tanto las bermudas como la camiseta estaban ya mojadas. Regresó con gran esfuerzo a la orilla y salió del agua.

El escalofrío se convirtió en tiritona, y entonces comprendió el alcance de lo que acababa de hacer. ¿En qué narices estaba pensando? ¿De verdad había creído que podría arponear a un pececillo con un palo?

Se alejó de la orilla y volvió a meterse en la maleza. Se quitó la ropa e intentó escurrir hasta la última gota retorciéndola. Sería imbécil.

Domingo, 11.45

No había gran cosa que hacer en Rolleston. La pequeña comunidad apenas necesitaba a un oficial de policía destinado allí. Era un lugar donde resultaba fácil hacer el vago, y eso iba con el policía Gerry Pinkham. Había solicitado aquella plaza porque, además de que sería su propio jefe, incluía una vivienda oficial gratuita contigua a la comisaría. Si había conseguido la plaza fue porque nadie más la solicitó. Pero eso a él no le molestaba. Ya estaba allí.

Empezó su turno como siempre, saliendo despreocupadamente de su casa veinte minutos tarde con un café en la mano. Buscó a tientas las llaves en el bolsillo trasero del pantalón, salpicándose la camisa de café.

«Mierda», masculló, mirando la mancha ocre sobre la camisa azul claro. Podría haber regresado a su casa para cambiarse de camisa, pero no lo hizo. Solo le quedaban tres que todavía le sirvieran; en las más antiguas tenía que meter la tripa para poder abotonárselas, y las otras dos estaban para lavar. Se limpió la mancha con el dorso de la mano; con eso bastaría. De todos modos, la gente de los alrededores ya lo conocía; sabía lo que podía esperar.

Entró en la pequeña estancia, que hacía las veces de despacho y mostrador. Ni siquiera se molestó en abrir con llave la puerta principal de la comisaría; si alguien quisiera algo, llamaría.

Encendió el ordenador y consultó la intranet policial, para ver si había algo interesante en todo el estado. Se detuvo cuando pinchó en la orden de búsqueda de la oficial desaparecida Samantha Willis. Examinó su foto —sin duda la foto oficial de la academia— para ver si la conocía. No reconocía el nombre ni la cara, aunque aun así sintió una punzada de curiosidad teñida de compasión. La chica debía de estar en serios apuros para que emitieran una orden como esa para todo el estado.

En ella se mencionaba a Donald Black como «persona de interés», aunque todo el mundo sabía que eso significaba «sospechoso». La foto policial de Black no tenía nada de especial, pero sí la camioneta todoterreno blanca con la cubierta hecha a medida y una sólida defensa en el morro. El número de matrícula era irrelevante, pues el vehículo tenía suficientes peculiaridades como para hacerla destacar. Si se encontraba, debía tratarse como el escenario de un crimen, decía el boletín. Gerry soltó un bufido: menuda perogrullada.

La imprimió y la metió en su carpeta de trabajo, tras lo cual se dirigió a su coche. Estaba contando las horas que le faltaban para empezar las vacaciones y había decidido hacer que el tiempo pasara un poco más deprisa dando algunas vueltas por la carretera con el radar y su libreta de multas. Era un trabajo fácil. Había adquirido una notable pericia a la hora de seleccionar a quién multar y a quién hacerle una advertencia; apenas le habían recurrido una sola multa.

Dio un par de vueltas lentas por el pueblo y luego se dirigió al norte por la carretera. No se había alejado mucho del pueblo cuando conectó el radar móvil. El aparato emitía un zumbido mientras hacía sus cálculos cada vez que se aproximaba un vehículo por el otro carril. Gerry dividía su atención entre los números que parpadeaban en la pantalla del radar y la carretera. Ese día parecía que todos se estaban comportando.

En los días aburridos como ese, interceptaba de vez en cuando a un coche solo por sobrepasar un poco el límite de velocidad. Hacía algún que otro test de alcoholemia al azar y charlaba un rato con el conductor si parecía no tener demasiada prisa, solo para romper la monotonía. De todas maneras, solían ser vecinos, personas que conocía, y que estaban encantados de pasar el rato si eso significaba que no iba a haber ninguna multa por los diez o quince kilómetros por encima del límite de velocidad.

Un vehículo que se acercaba llamó su atención. El radar indicaba que no iba rápido, pero Gerry lo observó, y cuando el vehículo pasó junto a su ventanilla, giró la cabeza. Una camioneta todoterreno blanca, una defensa contra canguros, cubierta casera y un varón al volante.

«Mierda.» Por un momento, consideró la posibilidad de ignorarlo, de fingir que no había visto el boletín o reconocido el vehículo. Nadie lo sabría.

Excepto él. Él lo sabría. Siempre lo sabría. Había hecho un juramento: servir y proteger.

«Mierda.» Arrancó y dio un volantazo a la derecha. Las ruedas traseras se apartaron de la cuneta resbalando y la parte posterior del coche derrapó ligeramente cuando las ruedas tomaron impulso. Era una maniobra que Gerry había hecho mil veces con anterioridad para detener a los infractores, pero el corazón le empezó a latir el doble de rápido cuando pisó el acelerador para alcanzar la camioneta.

Echó un vistazo al asiento del acompañante y sacó la orden de búsqueda de la carpeta de trabajo mientras se acercaba a la camioneta. Esta no había aumentado de velocidad ni realizado ninguna maniobra de evasión. Eso era buena señal. ¿Qué coño estaba haciendo un secuestrador de policías en el maldito Rolleston? De todas las carreteras que había en Queensland, ¿por qué tenía ese idiota que haber escogido una de su circunscripción?

Gerry confirmó la matrícula y volvió a maldecir. Tenía que hacerlo bien. Los detectives andarían encima del asunto como las abejas sobre la miel. Cualquier error por su parte no pasaría desapercibido, y sería analizado y denunciado. «Mierda.»

Cogió el micrófono de la radio. Reflexionó un instante. En ese momento estaba comprometido consigo mismo a interceptar el vehículo. Era un oficial de policía con dieciocho años de servicio. Ese era su trabajo. Para eso le habían entrenado.

Dijo el número de matrícula del coche por la radio, tratando de controlar el temblor de su voz y que pareciera una comprobación rutinaria, una de tantas que podría hacer al cabo de un día. Hubo un silencio antes de que recibiera contestación de la Central; tendrían la pantalla iluminada como un árbol de Navidad con las alertas y avisos sobre esa matrícula.

—¿Sabe a quién tiene ahí? —le preguntó la operadora.

—Sí, solo quiero confirmación. —A menudo era mejor no dar todos los detalles por la radio. Los medios de comunicación tenían escáneres, y esto había que hacerlo con la mayor discreción posible—. Estoy en la carretera de Dawson, a unos diez kilómetros al norte de Rolleston. Voy a intentar interceptar el vehículo. Envíen refuerzos —dijo.

Otro prolongado silencio de la Central. Se los imaginó discutiendo sobre si debía interceptar al vehículo o esperar a que llegara la ayuda.

—Actúe con prudencia. Necesitaremos un informe de situación lo antes posible —respondió la operadora.

Gerry respiró hondo y se concentró en el vehículo que tenía delante. Pudo oír de fondo que la Central requería que otra unidad acudiera a apoyarle inmediatamente. Alguien acudiría, de eso estaba seguro. En aquella región los polis se mantenían unidos; sabían que eso era bueno para todos.

Buscó un buen lugar para intentar la interceptación. Estaban en un tramo recto, sin mucho arcén para pararse pero con suficiente visibilidad para cualquier coche que pasara. No podía ver a través de la cubierta, aunque estaba seguro de que solo vería a un tío al volante y a nadie en el asiento del acompañante. La camioneta seguía con normalidad, sin ninguna señal de que el conductor quisiera huir. ¿Para qué? Era imposible que pudiera escapar del coche patrulla en esa vieja cafetera.

Bien, el momento había llegado. Gerry encendió las luces policiales. Como era de esperar, la camioneta redujo la velocidad, puso el intermitente izquierdo y se detuvo en el arcén. «Eso es, tío, finjamos que se trata de una interceptación normal.»

Gerry bajó del coche. Con un rápido movimiento soltó el pasador de seguridad de la pistolera y desabrochó el botón de la funda del aerosol de pimienta.

Se acercó lentamente hasta la parte trasera de la camioneta y se mantuvo a un par de pasos del lateral del vehículo. Se dio cuenta de que el conductor lo observaba por el retrovisor. Una salpicadura rojo oscuro sobre la tierra de la cuneta atrajo su atención e hizo que se parase en seco. Otra salpicadura.

Por la esquina de la caja de la camioneta goteaba sangre, un líquido carmesí sobre la tierra roja. Volvió a mirar hacia el retrovisor del conductor y supo que ya no podría fingir que esa era una interceptación rutinaria.

Dos cosas sucedieron con tanta rapidez que Gerry no supo cuál se produjo primero. Uno, la puerta del conductor se abrió. Y dos, por segunda vez en el desempeño de sus funciones, Gerry desenfundó su arma.

En cuanto lo vio, Gerry supo que el enorme perro que salió de un salto por la puerta iba a atacarlo. El miedo le atenazó las tripas. Su reacción fue inmediata y resuelta: disparó dos veces apuntando al animal entre las patas. El perro se tambaleó antes de desplomarse sobre un costado y golpear la rueda trasera de la camioneta en su caída.

—¡Ponga las manos donde pueda verlas! —gritó Gerry.

Sostenía su Glock con ambas manos. El conductor se estaba inclinando en dirección opuesta a la puerta, y Gerry solo veía la parte posterior de su hombro. Salió lentamente a la carretera para ver algo más del interior de la cabina.

—Muéstreme sus manos —ordenó.

El conductor había sacado las piernas de la cabina, como si fuera a salir, pero seguía inclinándose hacia delante. Tenía algo debajo del asiento delantero.

—Ponga sus... —Gerry fue interrumpido por un camión que pasó por su lado a toda velocidad casi rozándolo.

El conductor apenas había reducido la velocidad y la ráfaga de viento cuando el camión pasó a ochenta kilómetros por hora golpeó a Gerry. Se había concentrado tanto en interceptar a la camioneta, que se había olvidado de su propia seguridad y dejado parte del coche sobre el pavimento, ajeno al tráfico. En ese momento miró mecánicamente hacia su izquierda para ver si venían más coches. Entonces el conductor hizo su jugada. Gerry volvió a mirar a tiempo de ver que el conductor tenía la mano puesta ya en un rifle que estaba bajo el asiento delantero.

—¡Alto o disparo! —Hubo un dejo de miedo en la voz de Gerry, pero su convicción era evidente. Su Glock seguía apuntando al conductor—. ¡Intente joderme y haré que se reúna con su perro!

El animal había dejado de tener espasmos, y ya había una segunda zona oscura, esta tiñendo de rojo la tierra alrededor del perro. El conductor soltó el rifle. El arma volvió a caer junto a los pedales. Sacó lentamente las manos por la puerta abierta, con las palmas hacia delante.

—Mantenga las manos levantadas. Salga y póngase de rodillas.

El conductor obedeció.

—Tumbese boca abajo con los brazos extendidos por delante.

Gerry divisó con el rabillo del ojo que se aproximaba otro coche y se acercó al arcén sin dejar de apuntar al conductor. Una vez más, su mirada se movió rápidamente de un lado a otro. El vehículo estaba

parando en la cuneta. Otra camioneta blanca.

Sintió una repentina punzada de miedo: ¿y si se trataba de un cómplice? Se dio la vuelta y avanzó un paso de espaldas al lateral de la camioneta. Tenía el arma apuntada hacia el hombre del suelo, con el dedo en el gatillo. Un leve espasmo y podía matar a aquel bastardo. Eso quizás era lo que el tumbado en el suelo había pensado mientras intentaba alcanzar su rifle. La vida y la muerte en un abrir y cerrar de ojos. Sacó el dedo del guardamonte del arma.

Gerry volvió a echar un vistazo a la otra camioneta y a punto estuvo de sonreír cuando la reconoció. Pertenecía a Mick, un empleado del ayuntamiento amigo suyo. Este se apeó y empezó a acercarse para asegurarse de que él estaba bien.

Gerry sintió una oleada de alivio y una vez más recordó por qué le gustaba trabajar en un pueblo pequeño: porque eras amigo de la mitad del pueblo y sabías que siempre te echarían una mano.

Mick se detuvo a un par de pasos de Gerry.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo Gerry, y su voz sonó más aguda de lo normal.

Mick fue asimilando la escena: un hombre tumbado en la tierra, un perro muerto, un ligero temblor de la mano de Gerry y titubeo en su voz.

—Se diría que necesitas ayuda, tío —dijo Mick sin alterarse.

—El que hayas parado ya me vale. —La mera presencia de otra persona aumentó su seguridad. Confió en que eso bastara para hacer que el conductor tumbado se lo pensara dos veces antes de intentar cualquier estupidez. Gerry tenía ahora un testigo. Tenía la impresión de que aquel desconocido no se lo pensaría dos veces antes de liquidarlo, de surgirle la menor oportunidad.

—Ahora voy a acercarme y esposarle —le dijo—. Ponga las dos manos a la espalda. Si hace el imbécil, le volaré la cabeza —le advirtió, y a Mick—: Cuidado con el tráfico.

Gerry dio la vuelta por detrás del conductor para que este no pudiera verlo. Enfundó el arma, sacó las esposas y se dejó caer pesadamente, así que aterrizó de rodillas sobre la espalda del conductor. Cerró de golpe la esposa de la mano izquierda y luego la de la derecha, de manera que el hombre quedó esposado a la espalda. Acto seguido, comprobó que no hubiera nadie más en la cabina de la camioneta. Metió la mano en el habitáculo de los pedales para coger el rifle. Estaba cargado, y con un cartucho en la recámara. Si aquel hombre hubiera sido un segundo más rápido, o Gerry un segundo más lento, sería él quien estaría boca abajo. Y con una bala en la cabeza.

Descargó el rifle y volvió a meterlo en la cabina de la camioneta. Quienquiera que inspeccionara la camioneta estaría interesado en el arma. Se metió la munición en el bolsillo y le hizo un gesto a Mick.

—Ahora tengo que registrarlo. ¿Puedes ayudarlo a que se ponga de costado para así registrarle los bolsillos y el cinturón?

Un registro meticuloso localizó un cuchillo de caza en su funda en el cinturón del conductor, y luego otro metido en la caña de la bota y cubierto por la pernera del pantalón.

—¿Quién diablos es este? —preguntó Mick.

Gerry sacudió ligeramente la cabeza y no respondió. Solo entonces, una vez que el registro concluyó, cayó en la cuenta de que no se había puesto los guantes. Había dejado sus huellas en todas las cosas del sospechoso.

—Mierda —masculló entre dientes, pero era demasiado tarde; el mal ya estaba hecho. Podría explicarlo sin quedar como un verdadero imbécil. No podría haberlo hecho de otra manera, ¿verdad?

Con la ayuda de Mick, levantaron al tipo, lo llevaron hasta el coche patrulla y lo introdujeron en el asiento trasero. Gerry lo examinó. Tierra y piedrecitas se le habían pegado en la mejilla. Las gafas de sol se le habían caído, y sus ojos oscuros, que miraban fijamente al frente, permanecían imperturbables. Parecía imperturbable pese a lo que acababa de suceder: su perro muerto a tiros, un arma apuntada a su cabeza. Solo una fina película de sudor que le cubría la frente daba a entender que había estado haciendo alguna cosa más, aparte de estar sentado en el coche.

Gerry cogió la radio y dejó un mensaje breve: el sospechoso había sido detenido, y necesitaba que enviaran una grúa para la camioneta. Mientras comunicaba su informe de situación, observó el lento goteo de sangre desde la caja de la camioneta.

Tenía que ver qué demonios había allí. Quizá la chica estuviera ahí dentro. Podría estar herida y necesitar ayuda de manera urgente.

Volvió a centrar su atención en el tipo.

—¿Qué lleva en la trasera de la camioneta? —le preguntó.

El otro volvió la cabeza y clavó unos ojos desalmados en Gerry.

—Un canguro —respondió sin inmutarse—. Cacé uno. Los utilizo para dar de comer al perro. —Se calló, y no mostró ningún sentimiento cuando se corrigió—: Lo iba a utilizar para dar de comer al perro, pero supongo que ahora ya no lo necesitaré.

Gerry sintió una náusea en la boca del estómago. Se apartó bruscamente de la ventanilla y se dirigió hacia la trasera de la camioneta. Gritó a Mick que se quedara junto al coche y vigilara. Sacó los guantes de látex de un estuche sujeto a su cinturón y se los puso con cuidado. No podía demorarse. Bajó un pestillo y se dio cuenta de que le temblaban ligeramente las manos. Estiró el brazo y bajó el otro pestillo. Bajó la portezuela trasera lentamente, controlando que no se cayera nada fuera del vehículo. Una pequeña cascada de sangre fue lo único que se escapó. Primero le llegó el olor, transportado por la vaharada caliente que salió de golpe del espacio cerrado. Era un olor acre y metálico, generalmente habitual en las carnicerías.

Atisbó en el interior mientras sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra. La primera forma que distinguió fue una moto de pie sujeta con correas. Luego, identificó el origen de la sangre.

Pues sí, se trataba de un canguro. A juzgar por la cantidad de sangre que cubría el suelo, aquel bastardo había metido el animal herido cuando todavía seguía vivo y lo dejó morir lentamente allí para que su sangre borrara cualquier rastro que hubiera de posibles crímenes. El alivio se mezcló con la ira cuando Gerry terminó su inspección y se aseguró de que no había nada más en la parte trasera. No le cupo ninguna duda de que estaba tratando con un jodido hijoputa.

Volvió a cerrar la portezuela con cuidado. Ahora sería cosa de la Científica.

Gerry bajó la vista y reparó en una raya oscura que cruzaba la parte superior de sus pantalones. Debía de haberse dado contra el borde de la camioneta cuando estaba mirando dentro y se había manchado con la sangre del canguro. Bien, eso desviaría la atención de la mancha de café de su camisa. El uniforme entero iba a ir al cesto de la ropa sucia en cuanto llegara a casa. Soltó un juramento mientras regresaba a su coche.

—¿Encontró el canguro? —preguntó el sospechoso con una leve mueca.

Gerry fue presa de un odio tan intenso que no pudo contenerse y le propinó un puñetazo en la nariz. El hombre gimió pero no dijo nada. Un poco más de sangre ese día era irrelevante. Esta vez goteaba lenta pero sin pausa del orificio nasal izquierdo del sujeto.

Gerry le indicó a Mick que se acercara a la parte trasera del coche patrulla. Ambos se apoyaron en el maletero, así que Gerry podía seguir vigilando al sospechoso sin que este les oyera.

—Tú no has visto eso, ¿verdad, tío? —dijo Gerry.

—Ni hablar, colega —respondió Mick con una media sonrisa—. ¿Quién es ese cabrón?

Gerry se dio cuenta de que todavía no había confirmado la identidad del hombre que acababa de intentar matarlo.

—Mierda, es mejor que busque su cartera o lo que sea. ¿Puedes vigilarlo? Grita si se menea demasiado.

—Por supuesto, tío.

Gerry se dirigió rápidamente a la camioneta. Había una bolsa de lona en el espacio para los pies del lado del acompañante. En su interior encontró una cartera maltrecha. Ignoró al sospechoso cuando

regresó junto a Mick en la parte posterior del coche patrulla. Sacó un carnet de conducir de la cartera.

—Donald Charles Black. —El nombre coincidía con el de la orden de búsqueda—. Creen que ha secuestrado a una policía. Y me echó ese perro encima. —Hizo un gesto hacia el animal abatido—. Si no hubiera visto ya la sangre goteando de la trasera y sacado el arma, me habría rebanado el cuello. No habría tenido tiempo para nada. Luego intentó coger un rifle, poco antes de que llegaras. Me habría disparado si hubiera tenido ocasión. —Sintió un escalofrío a su pesar.

—Joder, no me lo puedo creer. Serás una puta leyenda por haberlo detenido. —Mick palmeó a Gerry en la espalda y le propinó un recio abrazo varonil—. Pero a veces los polis también necesitan que les echen una mano, ¿eh?

—Ya. —Gerry respiró hondo y trató de centrarse—. Tendré que esperar a que llegue la grúa y luego llevar a este capullo a la comisaría de Emerald.

—Joder, si no le hubieras atizado ya en la nariz, creo que lo habría hecho yo —comentó Mick.

Gerry agradeció aquel comentario espontáneo.

La grúa tardó lo suficiente para que los nervios y el cerebro de Gerry se tranquilizaran. Puso en marcha la minigrabadora que llevaba en el bolsillo de su camisa. Debía grabar todo lo que el sospechoso dijera, pues eso quizá proporcionara alguna prueba a los detectives. Rodeó el coche hasta la ventanilla lateral con las emociones controladas.

—Donald Charles Black, queda detenido por el secuestro de Samantha Willis. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga o haga podrá ser utilizada en su contra. Podrá hacer una llamada cuando estemos en la comisaría —recitó en tono monótono y sereno.

El otro no dio ninguna muestra de que siquiera le hubiera oído. Gerry abrió la puerta posterior. Se inclinó sobre el asiento trasero y aspiró el agrio olor del sudor y la suciedad del detenido. Extendió la mano por delante de Black para ponerle el cinturón de seguridad y se lo abrochó, más como otra forma de inmovilizarlo que por cumplir con su obligación de protección.

Black resopló por la nariz y unas gotitas de sangre se esparcieron por la manga de la camisa de Gerry.

«Cerdo cabrón.» Al recordar que todo estaba siendo grabado, Gerry se limitó a utilizar el codo para empujarle la cabeza contra el cabezal y apoyar su peso corporal sobre la cara de Black. Ya tenía sangre en la camisa; la cantidad era una cuestión irrelevante. Apretó con fuerza durante un momento, y sintió el chasquido de la nariz cuando se apartó de la cara del hombre. De Black no salió ni un sonido.

Gerry contuvo la respiración hasta que estuvo fuera del coche. Escupió en el suelo, asqueado por la mera visión de aquel sujeto. Le hizo un gesto con la cabeza a Mick, y ambos subieron a sus vehículos. Ajustó el retrovisor para vigilar con regularidad a su presa.

Ninguno dijo nada durante el trayecto de hora y media hasta la comisaría.

Domingo, 11.59

El entusiasmo se propagó por la sala de operaciones cuando llegó la noticia. El camarero había sido detenido. Era un avance tremendo. Janine se alegró sobremanera. Podría haber pruebas físicas, ADN en la camioneta, arañazos en su cuerpo. Podría reconocer hechos o podría mentir para enviarlos en la dirección equivocada. Las posibilidades eran muchas, y algunas quizá señalaran el paradero y la suerte corrida por Sammi.

El tema prioritario en la oficina era la especulación sobre quién interrogaría a Black.

Un interrogador hábil no solo podría obtener información relevante, sino también recabar suficientes pruebas para acusarlo formalmente en el acto. Resolver con éxito y cerrar completamente ese caso tan importante resplandecería en el historial de cualquier oficial y desempeñaría un papel fundamental en los ascensos durante muchos años.

Janine era quien más deseaba encargarse del interrogatorio. Aquella investigación la había consumido por completo. Desde la primera llamada había percibido la importancia del caso y seguido cada pista con tenacidad. Se sentía íntimamente vinculada a la investigación y no poder concluirla personalmente sería una profunda decepción.

Bill lo sabía, por supuesto. Sin embargo, ambos sabían que se tardaba horas en llegar en coche a Emerald. Y aunque ella consiguiera organizar un vuelo, eso significaría perder un tiempo precioso, un tiempo muy valioso para Sammi.

—Va a tener que ser alguien de Emerald —dijo Bill—. Estoy seguro de que allí habrá algún detective con experiencia suficiente para hacer un buen trabajo. Podemos llevar a cabo otro interrogatorio más tarde, pero mientras haya alguna posibilidad de que Sammi siga viva, tenemos que obtener la información que podamos lo más deprisa posible.

Aquello era razonable.

Janine sacudió la cabeza, mirando fijamente la moqueta.

—Tengo que hacerlo yo —masculló. Miró a Bill y alzó ligeramente la voz—. Llegaré allí como sea, pero tienes que dejarme hacer el interrogatorio —insistió con firmeza.

—Se tardará demasiado. Cuanto antes hable alguien con él, más deprisa avanzará la investigación.

—Ya, pero yo puedo aportar algo a ese interrogatorio que nadie más puede. Conozco hasta el último detalle de la investigación. Ahí es donde se le va a atrapar, en los detalles. Ahí es donde van a salir las mentiras. Eso lo sabes. Y soy la única que sabe lo suficiente para pillarle en las pequeñas mentiras. Tengo experiencia suficiente. Un inspector de Emerald puede sentarse conmigo. Sabes que esta es nuestra mejor oportunidad para lograr que confiese. El poco tiempo que podamos perder, lo compensaremos con la calidad de la información que conseguiremos —añadió Janine con convencimiento. Se lo creía a pies juntillas. Solo tenía que convencer a Bill.

Él suspiró.

—Te matarás por llegar allí, y luego seguramente no hablará de todas formas. Y entonces te quedarás atrapada en el quinto pino, cuando la investigación se está llevando desde aquí. Necesitamos que te quedes.

—Tengo que hacerlo —se obstinó ella—. Quiero verlo. Tengo que mirarlo a los ojos cuando responda a las preguntas. Ver en qué está mintiendo. Sabes que soy la persona más indicada para este interrogatorio.

Bill reflexionó. Sacudió la cabeza.

—No se te pagarán horas extra ni dietas de viaje. Nada. Es cosa tuya —cedió por fin.

Janine se esforzó en no sonreír. Sabía que él estaba siendo magnánimo.

—Lo sé. Es mi decisión y corre de mi cuenta.

—De acuerdo. Entonces pongamos manos a la obra. El tiempo es lo fundamental. Los llamaré y les diré que vas para allí.

Janine le sonrió de todo corazón y se dirigió a la salida de la sala, sacando ya su teléfono del bolsillo. No tenía ni idea de lo lejos que estaba Emerald, y eso fue lo primero que buscó al acceder a Google.

Casi mil kilómetros.

Joder. No se imaginaba que estuviera tan lejos. Tendría que encontrar un vuelo; imposible ir en coche. Siguió utilizando su teléfono mientras salía de la oficina. Se preguntó si podría conseguir que el ala aérea de la policía la llevara. ¿Conocía a alguien que tuviera un avión?

No obstante y para su sorpresa, resultó que había vuelos regulares entre Brisbane y Emerald. Si pedía que le reservaran un asiento, iba directamente al aeropuerto y alardeaba un poco de placa para saltarse formalidades, podría estar a bordo en un par de horas. El inconveniente era que su empeño, que al final podría resultar inútil, le costaría cientos de dólares.

Casi ni se paró a pensarlo. Esa era la ventaja de estar casada con el trabajo. A nadie más le importaba

si se pulía la paga de una semana dando palos de ciego. Nadie la esperaba en casa y tenía muy poca vida social que postergar. Condujo hasta el aeropuerto con el expediente del caso y su bolso.

Durante el trayecto, llamó a Jake. Había estado metido en aquello desde el principio; al menos había que darle la oportunidad.

—Eh, ¿cómo estás, Neeny? —preguntó.

—¿Te has enterado? Han atrapado a Black, está en Emerald.

—Joder, ¿en serio? ¡Menudo avance! —exclamó él, y su voz se animó.

—Voy camino del aeropuerto. Tomaré un vuelo para encargarme del interrogatorio.

—¿Te mandan en avión? —preguntó Jake con incredulidad.

—No. Vuelo por mi cuenta. Tengo que hablar con él. ¿Quieres acompañarme?

—¿Quieres que arrastre mi culo hasta el aeropuerto y me pague un vuelo hasta Emerald? —se asombró él.

De pronto, Janine sintió la necesidad de justificarse ante su subordinado de una manera que él pudiera entender.

—Este es el trabajo más importante de mi carrera. Y voy a hacerlo —le dijo.

—Ya, me parece razonable. Gracias por el ofrecimiento. Claro que estoy interesado, pero no tanto. Te quedas sola en esto. Aunque te felicito por seguir hasta el final —añadió—. Espero que des en el clavo. Mantenme informado de cómo te va.

—De acuerdo. Solo quería preguntártelo —dijo Janine.

Colgó, pensando que no debería haberse molestado. ¿Quién más iba a querer gastarse un montón de dinero para ir a hablar con un cabrón? Había convertido aquello en algo demasiado personal. Debía mantener una distancia profesional, poner un poco de perspectiva.

Debería. Pero ya era imposible dar marcha atrás.

Domingo, 12.03

Tom llamó a Gavin para darle la buena nueva. Habían detenido al hombre que con toda probabilidad se había llevado a Sammi, pero no había rastro de ella. El hombre sería interrogado y su camioneta sería sometida a un examen pericial. Tom parecía pensar que obtendrían más respuestas de la camioneta que del sujeto.

Gavin sintió como si tuviera a alguien sentado en el pecho, aplastándole tanto que apenas podía respirar. Habían encontrado al sospechoso y no había rastro de Sammi. Ese era un duro golpe. Si ella estuviera viva, ¿acaso no la tendría con él?

A pesar de todo lo que ya sabía, de todo lo que la policía había descubierto, Gavin no se podía creer que lo peor había sucedido. La Sammi que él conocía y amaba habría luchado, habría dejado una marca en su secuestrador, lo habría manipulado, habría sido más lista que él. Gavin tenía que creerlo, no tenía otra cosa; Sammi no podía haber muerto. El mundo sería un lugar diferente sin ella.

Informó enseguida a los padres de Sammi. Patrick dijo que irían en coche a Angel's Crossing, pero Gavin lo convenció de que no tenía sentido. No podían hacer nada salvo esperar. La tensión ya le era insoportable en aquellas circunstancias; tener allí a la madre de Sammi en persona solo empeoraría las cosas, agravaría la angustia. Ninguno extraería ninguna fortaleza de ánimo del otro.

El corazón se le desbocaba cada vez que los llamaba, confiando en que fuera Patrick quien cogiera el teléfono. Hasta el momento, no había vuelto a hablar con Juleen desde aquella primera llamada. Patrick había tratado de limar asperezas, aunque Gavin sabía que Juleen le culpaba, y se resignaba a ello. Él había hecho lo mismo con Candy, echarle la culpa. En momentos así, era más fácil concentrar la ira en alguien tangible.

Gavin solo podía ofrecerle a Patrick los insignificantes trocitos de esperanza que la policía le daba a él. No tenía nada más. Si hubiera que hacer una última y definitiva llamada, no sería él quien la hiciera. Jamás podría pronunciar ante sus padres las palabras: «Sammi está muerta.»

Domingo, 13.39

—Prevención del Crimen. Le habla la agente Tracey Snell.

—Hola, me llamo Graham Tunney. Tengo información en relación a la oficial de policía desaparecida.

El hombre hablaba con decisión. Si esa era otra llamada de mierda, al menos no duraría demasiado. El tipo iba al grano. Como solía hacer, Tracey se imaginó el aspecto del que llamaba. Aquel era un sesentón, barba blanca cuidada, ataviado con un polo, cierto parecido con su tío Jim.

—Adelante, por favor.

—En mayo, durante el puente del Día del Trabajo, fui a cazar al bosque con mi yerno Daniel Timms y su amigo Jamie. Estuvimos fuera dos noches, de acampada, siguiendo rastros. Fue más por diversión que por deporte, ya sabe, un fin de semana de hombres solos. Estuvimos en un sitio conocido como Reserva Natural de Captain's Creek. Está como a una hora de Tara.

—Captain's Creek —repitió Tracey mientras garrapateaba el nombre.

—Estuvimos caminando todo un día y al anochecer acampamos, ya bastante adentrados en el bosque. Aun así, oímos una moto, lo cual era bastante extraño, pues allí no hay pistas. No iba deprisa, avanzaba con un zumbido ronco. La oímos casi una hora, cada vez más cerca. Al final, sentimos curiosidad y empezamos a dirigirnos hacia el lugar de procedencia del ruido. Para saber qué estaba pasando y ver si

alguien necesitaba ayuda. Al fin y al cabo, era un sonido extraño en medio de aquella maleza. Llevábamos nuestras escopetas de caza, así que podíamos cuidar de nosotros. Al final, nos encontramos con un hombre subido a una moto de trial. Tan pronto nos vio, apagó el motor y un perrazo marrón para cazar jabalíes saltó de la moto. Tenía una bandeja incorporada en la parte de atrás para el perro. El tipo tenía un rifle colgado del hombro y lo empuñó en cuanto apagó la moto. No es que nos amenazara exactamente, y en todo momento mantuvo al perro controlado, pero su actitud era amenazante. Todos coincidimos luego en que si uno de los tres hubiera estado solo y se lo hubiera encontrado, aquel tipo lo habría despachado sin pensárselo dos veces.

—¿Se refiere a que les habría disparado? —quiso aclarar Tracey.

—Eso es. El tipo nos preguntó a gritos qué estábamos haciendo. Le dijimos que cazando jabalíes. Dijo que él también. Entonces yo dije algo acerca de que los jabalíes se asustarían con el ruido de la moto. El tipo respondió: «Si no quieren que asuste a sus gorrinos, les aconsejo que vayan hacia allí», y señaló al norte.

»Esas fueron sus palabras exactas. No fueron lo que se dice una amenaza, pero todos nos sentimos amenazados por ellas, igual que por su actitud. Después de eso, nos dirigimos al norte. Sabíamos que él no estaba cazando gorrinos, y pensamos que lo mejor era apartarse de su camino. Bueno, acabo de ver un avance informativo y han enseñado una foto del hombre que parece estar relacionado con Samantha Willis. Es el mismo hombre. No me cabe ninguna duda. Y solo Dios sabe qué andaba haciendo aquel día en el bosque cuando lo vimos.

Tracey anotó algunos detalles más y de inmediato llamó a la sala de la Operación Eco. Aquel era la clase de aviso que realmente podía conducir a algo.

Domingo, 13.52

—Son las 13.52 horas del domingo 17 de octubre. Nos encontramos en la comisaría de Emerald. Esta es la grabación electrónica del interrogatorio que me dispongo a efectuar a Donald Black. A continuación, haré que todos los que están en la sala se presenten. Soy la inspectora Janine Postlewaite, número de placa 9926, actualmente destinada a la División de Investigación Criminal de Inala.

—Soy el sargento Sean McDonald, número de placa 5998, destinado a la comisaría de Emerald.

—Me llamo Donald Phillip Black.

Aunque Janine conocía bastante bien sus rasgos por la foto policial, en la realidad Black resultaba un poco decepcionante. Ella sabía que no existía nada definido en cuanto al aspecto de un asesino, pero Black era casi anodino. Ligeramente gordo, desaliñado y con un olor a sudor y tabaco. Era evidente que alguien había impartido un poco de justicia sumaria con él: tenía la nariz roja e hinchada, y tenía gotas de sangre seca en su mentón.

Solo sus ojos daban una pista de su personalidad: estaban muertos; sus pupilas negras eran demasiado pequeñas, como para dificultar la entrada de luz y mantener su alma en tinieblas. Janine tenía la absoluta seguridad de que Sammi no habría querido acompañar a Black a su casa.

—¿Puedo llamarle Don? —preguntó Janine.

El hombre hizo un medio encogimiento de hombros, y ella prosiguió.

—¿Y está de acuerdo en que la hora y la fecha son las que se han indicado?

—Sí.

—¿Está de acuerdo con que aparte de las personas que se han presentado no hay nadie más en esta sala?

—Sí.

—Como he dicho, esta es una grabación electrónica del interrogatorio. Don, ¿me ha visto introducir un

DVD en la grabadora, puede verse en el monitor y es usted consciente de que está siendo grabado?

—Sí.

—Por favor, responda a todas las preguntas de palabra; esto es, no asienta ni niegue con la cabeza. Es para que todo se registre auditivamente en la grabación. ¿Lo entiende?

—Sí.

—A su finalización, se le entregará una copia de este interrogatorio. Ahora necesito que diga su fecha de nacimiento.

—Doce de noviembre de 1977.

—¿Lugar de nacimiento?

—Geelong.

—¿Dirección particular?

—Diecinueve de la calle Stanley, en Bald Hills.

—¿Se reconoce como aborigen o isleño del estrecho de Torres?

—No.

—¿Tiene algún empleo en la actualidad?

—Trabajo de camarero en la taberna La Cabeza del León, de Inala.

—¿Qué nivel de estudios tiene?

—Terminé el décimo curso.

—¿Sabe leer y escribir en inglés?

—Sí.

—Así que si le doy un periódico, no tendría problemas para leerlo, ¿verdad?

—No.

—Si digo algo durante este interrogatorio que no comprenda, dígamelo y se lo aclararé.

—De acuerdo.

—¿Se encuentra en estos momentos bajo el efecto del alcohol o las drogas?

—No.

—¿Entiende que se encuentra detenido por la desaparición de Samantha Willis?

—Eso es lo que el oficial me dijo en el arcén de la carretera.

—Antes de hacerle ninguna pregunta, debo aclararle que tiene derecho a guardar silencio. Esto significa que no tiene que decir nada ni responder a ninguna pregunta ni hacer ninguna declaración a menos que así desee hacerlo. No obstante, si dice algo o hace cualquier declaración, lo que diga se podrá utilizar más tarde como prueba. ¿Ha entendido esta advertencia?

—Sí.

—Tiene derecho a telefonar o a hablar con un amigo o pariente a fin de informar a esa persona de su paradero actual y pedirle que asista al interrogatorio. También tiene derecho a telefonar o a hablar con un abogado de su elección para informarle de su paradero actual y concertar o intentar concertar que el abogado esté presente durante el interrogatorio. Si desea telefonar o hablar con cualquiera de esas personas, el interrogatorio se retrasará a tal fin durante un tiempo razonable. ¿Desea telefonar o hablar con alguien?

—¿Por qué habría de desearlo? No he hecho nada malo.

Janine levantó la vista hacia Black, que le sostuvo la mirada sin inmutarse. Ella y Sean habían analizado brevemente lo que podían esperar de él y qué enfoque adoptar durante el interrogatorio. Pensaron que se mostraría educado y colaborador y que lo negaría todo. En ese momento, se estaban calibrando mutuamente. El camarero se estaba comportando con normalidad, esperando a ver de qué lo acusaba y cuánto sabía ella.

Por su parte, Janine contaba con la ventaja de la ignorancia de Black. Su aspecto desaliñado sugería que se había pasado el último día en el bosque. Quizá no hubiera estado en casa todavía y no supiera que

ya la habían registrado y habían triangulado su teléfono.

Habían hablado por teléfono con Bill sobre la conveniencia de esperar a que la Científica examinara la camioneta antes de interrogarlo. Hacerlo sudar un poco. Al final, decidieron no esperar. Si había una posibilidad, por remota que fuera, de que Sammi siguiera viva, el tiempo apremiaba.

Siempre podrían volver a interrogarlo cuando tuvieran más pruebas. Black ya había pasado por la humillación de que le hubieran quitado la ropa para buscar posibles pruebas y fotografiado todos los arañazos y marcas de su cuerpo. Estaba sentado ante ellos ataviado con un chándal que no era de su talla, de un color conocido como marrón carcelario.

También era posible que confesara y respondiera a todas sus preguntas. Posible aunque no probable, pensó Janine, mientras evaluaba la cara de póquer de Black.

—¿Admite que hoy se estaba dirigiendo hacia el norte por la carretera de Dawson en una camioneta blanca, matrícula de Queensland 542GCU, cuando fue interceptado por un oficial de policía?

—Sí.

—Y que el oficial le detuvo por el secuestro de Samantha Willis y lo trasladó aquí, a Emerald.

—Sí.

—¿Así que conoce a Samantha Willis?

El camarero negó lentamente con la cabeza.

—Creo que no. Aunque conozco a muchas mujeres por mi trabajo en la barra. Podría haberla conocido allí y no saber su nombre.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el trabajo?

—Hummm... el viernes por la noche. Terminé a eso de las cinco de la madrugada.

—¿Adónde fue después de terminar de trabajar?

—Me fui a casa.

—¿Estuvo solo?

—Sí.

—¿Se fue antes de terminar su turno?

Black reflexionó un poco.

—No, no que yo recuerde.

—¿A qué hora termina su turno?

Black se quedó pensativo, y Janine supuso que se había dado cuenta de hacia dónde iba ella.

—Mi turno acaba a las cinco, pero esa noche me largué antes —se aventuró Black—. Puse una excusa falsa acerca de un problema familiar para poder salir.

—Entonces ¿a qué hora se marchó realmente?

—Ahora que lo pienso, debían de ser cerca de las cuatro —respondió Black.

—¿Está seguro?

Él se encogió de hombros y no dijo nada más.

—¿Podría responder de palabra para que se oiga? —Janine quería dejarle claro quién mandaba allí.

—Entre las cuatro y las cuatro y media.

—¿Qué hizo después de salir del bar?

—Cogí y me fui a casa.

—¿Directamente? ¿Sin ninguna parada?

—Directo a casa.

—¿Dónde tenía aparcado su vehículo?

—En el aparcamiento trasero, detrás del bar.

—¿Y qué vehículo conducía?

—Mi camioneta. La misma en que me pararon.

—¿Qué camino tomó para ir a casa?

—Esto... no lo recuerdo —respondió Black. Sus ojos se desplazaron rápidamente de un policía a otro, y se removió incómodo en el asiento.

—¿No hay un camino que siga habitualmente para ir a casa? —preguntó Janine.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Gracias, pero yo haré las preguntas —le respondió ella, cortante.

Había cogido a Black en un par de mentiras. Solo eran mentirijillas, pero se daba cuenta de que el sospechoso estaba inquieto. Él trataba de no demostrarlo, pero en ese momento se estaba moviendo con nerviosismo e hincaba las uñas en un trozo suelto del plastificado del reposabrazos de la silla. Janine dejó que se produjera un largo silencio, mientras tomaba notas y revolvía unos papeles para dilatar la incomodidad del camarero. Entonces cambió de táctica.

—¿De dónde venía cuando fue detenido? —preguntó.

—Tenía el fin de semana libre. Me fui a cazar al bosque.

—¿Adónde?

Black sacudió ligeramente la cabeza.

—Ya no me acuerdo.

Janine decidió fingir que por el momento lo creía.

—¿Quién estuvo con usted?

—Nadie. Solo mi perro.

Como ella esperaba, Black se estaba haciendo el tonto.

—Cuando lo detuvieron, iba en dirección opuesta a la de su casa.

—Me dirigía a otra parte.

—¿Adónde?

—Un poco más al oeste.

—¿Adónde?

—He olvidado el nombre. Solo sé cómo llegar allí.

—¿Y qué hay del trabajo? Dijo que tenía el fin de semana libre. Pero anoche le estaban esperando en el bar.

—Pedí libre el fin de semana. Creí que me lo habían dado. Me equivoqué. —Y acompañó su respuesta con un encogimiento de hombros.

Janine no estaba llegando a ninguna parte, así que decidió ir al grano y observar la reacción de Black.

—Usted se llevó a Samantha Willis al bosque. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—No, ni siquiera la conozco. ¿Por qué cree siquiera que la conocía?

Janine se percató de que Black trataba de sonsacarla para averiguar cuánto sabía la policía y qué mentiras tenía que contar.

—Porque se subió a su vehículo en el exterior del bar.

La expresión del camarero cambió en el acto y Janine la observó atentamente.

—¿Alguien la vio subir a mi coche? ¿Están seguros de que era ella? Tendrán que discurrir algo más que eso. —Lo dijo con la autocomplacencia reflejada en el rostro.

—Samantha estuvo en su camioneta. Solo le estoy dando la oportunidad de que se explique.

Black se quedó pensando, como sopesando sus alternativas.

—Ah, ya sé de quién está hablando —dijo, fingiendo sorpresa—. Le eché una mano a una chavala. Le había servido en el bar y más tarde la vi en la entrada cuando me marchaba. Estaba esperando un taxi, pero a esas horas de la noche no hay nadie por allí, así que me apiadé de ella y la llevé a casa. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Samantha, ¿eh? ¿Una chica rubia?

Janine sabía que hasta ahí habían conseguido llegar en su anterior interrogatorio, cuando la policía había hablado con él sobre la prostituta desaparecida. En aquella ocasión se había salido con la suya; naturalmente, lo iba a intentar de nuevo.

—Me acaba de decir que estaba solo cuando se marchó del bar —dijo ella.

—Solo la llevé a unas calles de allí. No se vino a casa conmigo. Ni se me ocurrió. Lo hago bastante a menudo. A esas horas de la madrugada las calles no son seguras. La dejé en el centro comercial de Forest Lake; a partir de ahí pudo ocurrirle cualquier cosa.

—Seguimos el rastro de Samantha hasta la casa de usted por su teléfono.

—No, no hicieron tal cosa. Se está marcando un farol. Los teléfonos no se pueden rastrear a menos que la persona esté haciendo una llamada.

—Se equivoca. Triangulamos el teléfono de ella hasta que usted lo desconectó en su casa.

El camarero guardó silencio y clavó la vista en el suelo. Janine casi podía ver girar sus engranajes mentales mientras Black trataba de encontrar una respuesta.

—Se le debió de caer dentro de la camioneta cuando se apeó —dijo, mirando a los ojos a Janine.

—¿También se apagó solo?

—Tal vez se quedara sin batería. Puedo echar un vistazo a ver si lo encuentro, cuando salga de aquí.

—No se preocupe por eso, ya nos ocupamos nosotros. ¿Qué más vamos a encontrar en la camioneta? La sangre del canguro no lo va a cubrir todo, ¿verdad?

—Bien, díganmelo si encuentran algo.

—¿Quiere hablar de nuevo después de la comprobación?

—No tengo nada más que decir sobre si alguien vio a una mujer en mi coche ni sobre ninguna dudosa señal telefónica.

«Capullo engreído», pensó Janine, mirándolo fijamente. Ella le había mostrado sus cartas y no había sido suficiente. Black le había dado respuestas que no llevaban a ninguna parte. Tendrían que esperar y confiar en que la Científica hallara algo.

Janine decidió cambiar de táctica.

—De acuerdo, no le haré más preguntas sobre Samantha. Pero encontramos algunas cosas en su casa sobre las que quiero hablar.

—¿Qué? —El pánico apareció en la cara de Black.

—Sí, ayer realicé un registro de su casa por orden judicial —explicó ella, observando el rubor que ascendía por el cuello del sujeto. Casi podía verle realizar un inventario mental de lo que la policía podría haber encontrado.

—Ustedes no pueden registrar mi casa si no estoy presente —dijo, y la ira acrecentó su enrojecimiento.

—Claro que podemos —aseveró Janine, permitiéndose una pequeña sonrisa para ver si eso lo ponía más nervioso—. Fue legal. Todo lo que encontramos se admitirá en juicio.

Black se llevó una mano a la cara y se frotó la frente. Justo en el nacimiento del pelo se veían ya unas gotitas de sudor.

—Bueno, ¿y qué encontraron? —preguntó. Pretendía volver a parecer tranquilo.

—Algunas cosas interesantes —respondió Janine con suavidad, mirándolo fijamente sin inmutarse.

—No, no encontraron nada —replicó él, burlándose de ella—. No hay nada que encontrar.

—Bueno, empecemos con la ropa interior de mujer escondida en el cajón inferior de su cómoda.

Black le sostuvo la mirada. Un momento de reflexión mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Pertenece a antiguas novias. Recordatorios de unos buenos polvos. Recuerdos de chochitos. Nada ilegal. —Lo dijo como si pensara que podía impresionarla con obscenidades.

—¿Y a quién pertenecen?

—A antiguas novias, ya se lo he dicho.

—¿Y cómo se llamaban? —insistió Janine.

Él se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. ¿A quién le importa? No eran más que unas zorras.

—Nos importa a nosotros. Y podremos cotejarlas con los perfiles de ADN.

Janine volvía a tener el control. Observó la trayectoria —arriba, abajo— de la nuez de Black cuando tragó saliva con dificultad.

—Si, como dice, fueran recuerdos no las habría lavado.

Ninguna respuesta. La mano regresó a la frente y luego cubrió los ojos. No podía ocultar las mejillas encendidas.

—¿Las huele? ¿Es eso lo que le gusta hacer? —preguntó Janine.

Era plenamente consciente de que todo lo que decía y hacía estaba siendo grabado y de que probablemente sería reproducido en la sala de un tribunal. Tenía que andar por la fina línea que separaba la provocación a Black y la obtención de la información que tanto necesitaba.

—¡Que la jodan! —En esta ocasión el atisbo de agresión detrás de su mirada fija e inexpresiva no inducía a error.

—¿A quién pertenece la ropa interior? —insistió Janine.

—Se cree jodidamente lista, así que resuélvalo usted —soltó Black.

—Eso haré. Tenemos a la Científica analizando con lupa su camioneta, tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad, tenemos sus mapas, tenemos a la gente que llama con información sobre usted. Es solo cuestión de tiempo. No sea obstinado solo por serlo —aconsejó Janine.

—Ya me he hartado de esto. Vuelvan a llevarme al jodido calabozo —dijo, cruzando los brazos.

Ambos se sostuvieron la mirada durante un instante.

«Es el momento de volver a cambiar de tema», se dijo Janine.

—Estaba muy lejos de Captain's Creek. ¿Se dirigía a la frontera?

Black la miró con expresión de sobresalto cuando mencionó Captain's Creek, pero duró tan poco que Janine podría haberse confundido si no lo hubiera estado observando tan atentamente.

—No sé de qué me está hablando —dijo él, levantando el labio en una mueca de desdén.

—¿Estaba huyendo hacia la frontera? —espetó ella.

La miró fijamente, entornando los ojos y contrayendo el rostro mientras trataba de contraatacar ante aquel ataque inesperado.

—Hemos empezado la búsqueda en Captain's Creek —añadió Janine.

Vio que la comisura de la boca de Black se contraía. Estaba en el buen camino.

—Vamos a encontrarla —prosiguió ella, sin alterarse.

—No, no la encontrarán —respondió Black atropelladamente. Entonces cerró la boca de golpe, como arrepintiéndose de la frase.

Fue solo un pequeño error. Pero era uno.

—La dejó en Captain's Creek.

Él movió los ojos de un lado a otro rápidamente, incapaz de sostenerle la mirada a Janine.

—Estoy harto de esto —se quejó—. Tienen que darme algo de comer, puesto que estoy detenido. Tengo hambre y sed. Exigo que me den de comer y beber.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó de Captain's Creek? —preguntó Janine.

—No sé de qué me habla. No voy a responder a ninguna pregunta más. Usted me dijo que tenía ese derecho.

Lo agitado de su lenguaje corporal no se correspondía con sus palabras.

—Sí, eso es correcto —respondió Janine. Intercambió una mirada con Sean. Aunque apenas se conocían y nunca habían trabajado juntos, él supo que le tocaba interpretar el papel de poli bueno.

—Va, amigo, esta es tu oportunidad de dar tu versión de la historia —intervino Sean, inclinándose un poco hacia delante para mirarlo a los ojos.

—Yo no soy su amigo —respondió Black con brusquedad.

—Lo siento, Don. Pero no desperdicies tu oportunidad —reiteró Sean, asintiendo con la cabeza.

—No sé una puta mierda de esto. Están perdiendo el tiempo —espetó Black.

—No; eres tú quien está perdiendo tu tiempo. A mí me pagan por esto. Tú sabes algo al respecto de este caso, eso lo sabemos. Así que ahora tienes la oportunidad de explicarte. Vamos, no quieres pasar por toda esta mierda otra vez —dijo Sean, persuasivamente.

—La dejé en la calle. No me pueden hacer responsable de nada que le sucediera después de eso. Esa zorra estúpida acabó seguramente en una orgía con la guarra de su amiga y aquellos hombres con los que estaba. ¿Por qué no los interrogan a ellos?

—¿Así que la estuviste observando en el bar? —inquirió Sean.

—Claro. La gente que se comporta así en público es que quiere que la miren. Está tratando de retorcerlo todo. ¡He terminado! Eso es todo. Tengo que mear y necesito comer algo. Conozco mis derechos. No voy a decir nada más.

—No hay ningún problema. Podemos parar para comer un poco si eso deseas. Y luego, una vez que termines, volveremos a empezar desde el principio —dijo Sean.

Janine sabía que ya era inútil. Black sabía que había hablado demasiado. Había tratado de engañarles y se había marcado un gol a sí mismo.

Aun así, hizo un intento más.

—¿Hay alguna cosa más que desee decir en relación a este asunto?

—No —dijo Black, mirando la pared.

—¿Ha sido usted amenazado o se le ha hecho alguna promesa u ofrecido algún incentivo para que tomara parte en este interrogatorio?

De nuevo, la mirada de Black se perdió en un punto de la pared detrás de la cabeza de Janine.

—No —dijo.

—¿Se le informó de su derecho a permanecer en silencio al principio del interrogatorio?

—Sí. Y eso es lo que estoy haciendo ahora. Estar callado. No tengo nada más que decir.

Janine dejó que se produjera una pausa lo bastante larga para confirmar que Black hablaba en serio.

—De acuerdo, son las 14.15 horas. En este momento pongo fin a este interrogatorio —dijo luego.

Pulsó el botón de parada y la grabadora de DVD se apagó con un chasquido. Sean se levantó a su lado. Entonces se volvió para alzarse amenazadoramente sobre Black, que seguía sentado.

—Sabes que ella es policía, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

Black mostró una expresión ausente que no revelaba nada.

—Te vamos a empapelar, cabrón —le espetó Sean, abandonando su rol de poli bueno. De pronto se adelantó y abrió la puerta de la sala con un violento tirón. Entraron dos oficiales, esposaron a Black y se lo llevaron a los calabozos.

Janine y Sean permanecieron en la sala.

—Así que él supone que no seremos capaces de encontrarla en Captain's Creek —dijo ella—. No dijo que Samantha no estuviera allí, solo que no la encontraríamos. ¿Es así como lo entendiste también?

—La expresión de su cara cuando mencionaste Captain's Creek... eso me lo dijo todo. Ni siquiera sé de qué lugar estás hablando, pero ahí diste en el blanco.

—Lo hemos reducido a dos territorios de la reserva natural donde creemos que pudo haberla llevado. Me parece que al final es Captain's Creek.

—A juzgar por su reacción, me parece que tienes razón —dijo Sean.

—Había estado observando a Sammi y a su amiga. La eligió a ella porque sabía que se iba a marchar sola.

—No tengo duda de que es un depredador.

—¿Viste qué cara puso cuando le dije que la habían visto en su coche? —preguntó Janine.

—Sí, de alivio. Pensó que teníamos algo más que eso y una señal de una torre de telefonía.

—Primero de sorpresa y luego de alivio, me parece. Echó mano de la misma excusa que utilizó con la

prostituta. Y luego se calló porque se dio cuenta de que sabíamos menos de lo que él creía. Eso significa que ha dejado más pruebas tras él. Tenemos que encontrarlas —concluyó Janine.

Domingo, 14.20

El oficial de la Policía Científica esperó a que metieran la camioneta. Aunque a la sazón su labor era mayormente burocrática, Bevan Rostrum decidió llevar a cabo él mismo aquella tarea. Había oído la historia, sabía lo que encontraría en la caja y que probablemente sería muy difícil hallar algún rastro de ADN. Debería hacerlo lo mejor que pudiera, lo cual significaba ser meticuloso y exhaustivo. Si aquella oficial había estado en la trasera de esa camioneta, él encontraría algo.

Tenía a un subordinado con él. Los dos iban enfundados en sendos monos azules, con capuchas que les cubrían el pelo. Guantes, fundas en los zapatos, gafas de seguridad y mascarillas antipolvo; era imprescindible que el ADN de ellos mismos no contaminara la camioneta, que estaba considerada el escenario de un crimen. Los resultados que obtuvieran podrían ser un elemento esencial en la inculpación del sospechoso.

Trabajaron metódicamente, la mayor parte del tiempo en silencio. Empezaron extrayendo la cubierta de la camioneta. Bevan la fotografió, buscando arañazos y manchas. No quedó una sola marca sin inspeccionar, fotografiar y anotar. Luego, el oficial cogió una brocha suave y un frasco de polvo de huellas. Tres sacudidas contra la cara interior de la cubierta, y apareció un juego completo de huellas de manos. Estaban extendidas, y los dedos señalaban en diferentes direcciones.

—Vaya, esto ha sido realmente fácil —dijo.

Se levantó y cogió un formulario que contenía un juego completo de huellas dactilares. Eran de Sammi, las que había proporcionado cuando fue admitida en la policía. Bevan realizó una rápida comparación visual con las huellas de la camioneta, luego se apartó del vehículo y sacó su móvil del bolsillo.

—Hola, soy Bevan, de la Científica... Solo era para decirte que ya puedo confirmar que tu poli desaparecida estuvo en la trasera de esta camioneta. Parece que llevaba las manos atadas, y dejó sus huellas de manera deliberada. Volveré a llamarte en cuanto termine... Sí, adiós.

Devolvió el teléfono a su bolsillo y siguió espolvoreando.

Al final, su informe llenó seis hojas. Había localizado siete puntos con huellas dactilares, entre totales y parciales, en el interior de la cubierta y en los laterales de la caja. La mayoría eran de ambas manos, con las palmas juntas y los dedos apuntando en direcciones opuestas, lo que indicaba que la persona estaba maniatada. Bevan confirmó lo que todos se temían: Sammi había estado allí contra su voluntad.

También incluyó fotos del rifle del sospechoso. Había cuatro muescas labradas en fila en la culata de madera. Parecía ser una cuenta.

Bevan tomó muestras de sangre de la caja para enviar a analizar. Los canguros tenían diferente tipo de sangre que los humanos, pero el volumen de sangre de canguro hacía improbable que otra cosa que llevara mezclada se pudiera identificar. Así pues, él podía confirmar que Sammi había estado viva en la camioneta, pero no podía saber si había muerto en el mismo lugar.

Todavía había demasiadas preguntas sin respuesta. Y no sabían si estaban buscando a una mujer viva o su cadáver.

Domingo, 14.37

Diversas informaciones inundaron la sala de la Operación Eco.

Janine telefoneó a Bill para ponerlo al día sobre el interrogatorio.

—¿Conseguiste que confesara? —preguntó él.

—Eso será imposible. Le pillamos en varias mentiras. Es un bastardo perspicaz. Se hace el tonto, mientras espera a ver qué sabemos.

—¿Y qué conseguiste sacarle?

—Se puso a sudar la gota gorda cuando le pregunté por Captain's Creek. Cuando le dije que íbamos a encontrar a Sammi, dijo literalmente: «No, no la encontraréis.» Como si la hubiera llevado allí, pero que no íbamos a ser capaces de encontrarla.

Bill gruñó a través del teléfono.

—Negó conocerla, y luego, cuando se enteró de que la habían visto subir a su camioneta, dijo que la había llevado hasta el centro comercial —prosiguió Janine—. La cuestión es que él pensaba que sabíamos más. Menuda cara de alivio puso. Esperaba que hubiéramos encontrado algo o tuviéramos alguna prueba. En cuanto se dio cuenta de que solo teníamos un par de pistas y algunas corazonadas, cerró el pico y no dijo nada más.

—¿Qué creía él que sabíamos? —preguntó Bill—. ¿Qué te dice tu intuición al respecto?

—Lo estuvimos hablando Sean y yo antes de llamarte. No hay duda de que se la llevó, pero él pensaba que teníamos más pruebas. Aunque por su manera de reaccionar a nuestras preguntas, ambos coincidimos en que debió de temer que teníamos algo que lo relacionaba directamente con Sammi. Creo que hay una posibilidad de que ella lograra huir. No sabemos dónde está, pero quizás él tampoco.

Bill estudió una lista que tenía encima de la mesa. La Oficina de Personas Desaparecidas había proporcionado una relación de todos los casos sin resolver de mujeres en Queensland desde que Donald Black se había trasladado a vivir al estado hacía cuatro años. La lista incluía los datos personales, la fecha de su desaparición, el lugar donde se la había visto por última vez y un resumen de la investigación. Era una lista breve, de solo cinco nombres. Bill había estado comparando los datos de la lista con los aportados a Prevención del Crimen por Graham Tunney.

—Hemos tenido una interesante llamada a Prevención del Crimen —dijo, jugueteando con la esquina del papel que tenía delante—. Unos tíos que estaban de caza se encontraron con Black y su perro en circunstancias sospechosas.

—¿Dónde y cuándo? —se apresuró a preguntar Janine.

—En Captain's Creek, a principios de año. La fecha coincide con otra prostituta dada por desaparecida. Fue vista por última vez en la ciudad.

—Esa es mucho más reciente que la pobre mujer de la Reserva Natural de Yonga —dijo Janine.

—Hubo otra llamada a Prevención del Crimen. De una ex de Black. Una noche creyó que él la iba a matar y Black dijo algo sobre ir a ver al capitán.

—¿De verdad? ¿Y necesitas algo más que eso? —repuso Janine—. ¡Se llevó a Sammi a Captain's Creek!

—Sí, parece que sí. Ya hay dos guardas forestales de camino hacia allí. Aunque el comisario es de la opinión de que deberíamos concentrar nuestros recursos en Yonga, porque allí tenemos pruebas tangibles. Tenemos un cadáver de verdad y no especulaciones.

—¿Dos forestales? ¿Eso es todo lo que podemos hacer? ¿Y si sigue viva? —se impacientó Janine.

—Hemos de ser realistas, Janine. Tenemos una idea bastante aproximada de quién es este sujeto y de lo que ha estado haciendo. Pero ¿crees que se llevó a Sammi de merienda al bosque? ¿Que la abandonó allí y dejó que se fuera a dar un paseo? —señaló Bill—. Tenemos a un sospechoso, pero estamos buscando otro cadáver, ¿no es así?

Domingo, 15.03

Sammi avanzaba tambaleándose. Un paso más, solo uno más. Miró su reloj, más por costumbre que por consultar la hora. De todas formas, no recordaba qué hora era la última vez que lo había comprobado. ¿Había transcurrido algo de tiempo siquiera? Su camiseta se le había secado bastante, pero las bermudas seguían mojadas y se le adherían a los muslos. Estaba helada hasta los huesos, pese a que era una tarde cálida.

Se detuvo e intentó centrarse en su reloj. La aguja horaria marcaba las doce, el minuterero pasaba un poco de las tres. El segundero parecía haberse parado, oscilaba, avanzando un segundo y retrocediendo otro. El tiempo ya no se movía. Estaba atrapada en un bucle sin fin de árboles y arroyos y segundos. Se dejó caer de rodillas, y luego se sentó.

Sacudió la cabeza.

Sabía que estaba alucinando a causa del hambre, el agotamiento, el terror... Si iba a empezar a tener alucinaciones, rogó que fueran sus ángeles de la guarda otra vez. Escudriñó el bosque, buscando una cara amiga, pero hasta sus visiones la habían abandonado.

Tenía calambres en el estómago, como si las tripas se le contrajeran detrás de las costillas. Los ojos le dolían como si alguien estuviera tratando de hacérselos saltar del cráneo. Las piernas ya no le dolían, porque había perdido la sensibilidad.

Se estaba consumiendo, y el agotamiento era tal que ni llorar podía.

Pensamientos sobre Gavin pasaban fugazmente por su cabeza. Intentaba imaginar los detalles de su cara, pero ya no era capaz de recordar la forma de sus labios ni el timbre de su risa. Eso la sumió en una tristeza insoportable. ¿Por qué se habían separado de tan mala forma? ¿Cómo podría hacerle saber que ella no hablaba en serio? ¿Cómo hacerle saber que lo quería?

Cerró los ojos, pero no supo si se quedó dormida ni cuánto tiempo estuvo allí sentada. Entonces un movimiento llamó su atención. Vio una larga serpiente de color castaño que se deslizaba entre la hojarasca y las ramas rotas a un metro de donde estaba ella. Era evidente que llevaba sentada en el suelo sin moverse el tiempo suficiente para que la fauna la ignorase.

Debía huir; eso es lo que hacía uno cuando veía una serpiente. Entonces recordó que necesitaba alimento y valoró a la serpiente por lo que era: un largo trozo de carne. Sin pensárselo dos veces, cogió su afilado palo y actuó con rapidez. La serpiente se dirigía hacia un tronco caído. Con una presteza con la que no se había movido en todo el día, se puso de rodillas y golpeó al reptil en el centro, justo cuando su cabeza empezaba a desaparecer bajo el tronco.

El agotamiento le había privado de fuerza en los brazos. Aunque el palo acertó a la serpiente, no lo hizo con la suficiente fuerza para dañarla o matarla, sino solo para enfurecerla. La alimaña se dio la vuelta y levantó la cabeza. Con una agilidad que Sammi no había previsto, el ofidio la atacó, la boca abierta, los colmillos al aire. Sammi sintió un dolor agudo parecido a la picadura de una abeja cuando la serpiente la mordió en la muñeca derecha.

Pegó un grito y agitó los brazos en dirección a su agresora, que ya se había escabullido. Se puso de pie tambaleándose y retrocedió tres pasos. El movimiento repentino y el pánico hicieron que la cabeza le diera vueltas.

Se quedó mirando los dos orificios en su muñeca con el corazón palpitando. Sin pensar, puso la boca sobre la herida, chupó con fuerza y escupió al suelo. ¿No era así como se trataban las mordeduras de serpientes en los viejos tiempos? El sabor metálico de su propia sangre le provocó arcadas; luego llegó

el vómito, pero no contenía nada salvo agua y la amarga bilis. La cabeza le daba vueltas, y se sentía tan débil que le pareció que podría flotar a la deriva en la brisa. No le quedaba nada.

Eso era todo. Había luchado hasta la extenuación. Había burlado a un asesino en serie, sobrevivido a una noche helada, combatido el hambre y el agotamiento... Pero, a la postre, no era más que una mujer contra la naturaleza.

Dejó que sus piernas flaquearan y se desplomó en el suelo.

Domingo, 15.03

El doctor Eli Jakobsen respetaba el trabajo de la policía, sabía que todos trabajaban para el mismo fin: la búsqueda de la verdad. Sabía que un patólogo forense como él podría contribuir a descifrar la información contenida en un cadáver y diferenciar las muertes naturales de las sospechosas.

Se le daba bien su trabajo porque era un hombre curioso por naturaleza, y su labor le interesaba porque había muchas variables y muchas preguntas que hacerse. Cuando el detective lo llamó y le explicó la situación, aceptó ayudar y de inmediato fue al depósito de cadáveres.

En lugar de la habitual bolsa de cadáveres azul, un bulto de forma extraña metido en una gran bolsa marrón sellada reposaba encima de la mesa de exploración de acero inoxidable. Un detective inquieto merodeaba por la puerta, sin duda enviado con el paquete como observador y para que informara de cualquier hallazgo.

El ayudante del doctor, Steven, provisto de bata, mascarilla y guantes quirúrgicos, abrió la bolsa haciendo un corte cerca de la parte superior. Al parecer, alguien había decidido que aquello fuera un elemento probatorio y había sellado la bolsa con cinta a prueba de manipulaciones indebidas. Steven tuvo que cortar dos bolsas más, hasta que una cola marrón salió de la última bolsa abierta.

—¿Le ha hecho alguna vez la autopsia a un perro, doctor? —preguntó Steven mientras terminaba de quitar las bolsas que envolvían el cadáver.

—Pues la verdad es que no. Miré en Google antes de venir. Es increíble lo que se puede encontrar en Google. De todas formas, no quieren una autopsia, sino un análisis del contenido del estómago. Creo saber qué fue lo que lo mató.

El perro ya estaba libre de envoltorio y el agujero de la bala que le había partido el hocico resultaba bastante visible, así como el que tenía entre las patas delanteras.

Eli señaló la mandíbula del animal, y Steven le abrió las fauces para que su jefe pudiera mirar dentro. Era algo que solían hacer con los cadáveres, y parecía un buen sitio para empezar, de camino al estómago.

Steven retrajo los bellos del animal para apartarlos de los afilados y amarillentos dientes perrunos.

—Si te mordieran, te dejarían una buena marca —comentó.

Eli tenía una grabadora digital e iba tomando notas sonoras a medida que avanzaba.

—Se trata de un perro grande, marrón, supongo que un cruce entre bulldog y mastín. Dos heridas de bala, en la parte frontal del hocico y entre las patas delanteras. Sin orificios de salida visibles.

Se volvió hacia Steven.

—Abramos desde la base del cuello hasta el pene. Lo haremos como si fuera un humano. Solo nos interesa el estómago. No debería resultar difícil de encontrar en cuanto lo hayamos abierto.

Steven rajó al perro valiéndose de un escalpelo, luego utilizó unas tijeras para cortar las costillas y abrió la cavidad torácica con una palanca. Le sorprendió la de cosas que reconocía. Llevaba trabajando como técnico del depósito de cadáveres tres años, pero esa era la primera vez que veía el interior de un animal. Subió por el intestino grueso hasta el estómago, cerró con grapas la entrada y la salida y extirpó el estómago con dos precisos tajos con el escalpelo. Las balas habían causado algunos daños en los

órganos internos, pero el estómago en sí estaba intacto. Se lo entregó a Eli. Luego se dio la vuelta y preparó algunos frascos para tomar las muestras.

Eli rajó el estómago, y su hedor agrio se elevó de inmediato hacia él. Llevaba haciendo eso desde hacía más de veinte años, y no había olor ni sonido que pudiera producir un cuerpo muerto, ya fuera humano o animal, que le molestara.

Se oyó una arcada proveniente de la entrada cuando el olor llegó hasta el policía.

—Respire por la boca —le sugirió Steven.

El contenido era un engrudo viscoso. Eli fue separando los trozos con el escalpelo, examinándolos.

—El perro comió poco antes de morir. Y no ingirió mucha agua con su alimento. Hay trozos de carne en el contenido del estómago, pero algunos llevan pelo adherido. La carne es uniforme en cuanto a color y textura, así que diría que solo comió un tipo de carne.

Utilizó su dedo enguantado para limpiar de porquería uno de los trozos más grandes de carne sin digerir y examinar detenidamente el pelo.

—Yo diría que se trata de canguro —dijo—. Pero tomaré algunas muestras para analizar.

Las recogió diestramente y las metió en los frascos que Steven le fue entregando. Todos fueron sellados con códigos de barras para su identificación, y Steven los embaló para enviar al laboratorio.

Eli miró hacia la entrada.

—¿Era esto lo que necesitaban? —preguntó al detective.

El hombre asintió, apenas capaz de articular palabra. Casi echó a correr hacia la puerta y el aire fresco del exterior.

Steven se rio después de oír el portazo.

—Uno pensaría que los policías tendrían estómagos más fuertes —ironizó.

Domingo, 15.29

Janine estaba conectada a la Red, tratando de reservar un vuelo de vuelta a Brisbane. Se estaba haciendo tarde, y tuvo que empezar a pensar en qué haría si se quedaba atrapada en Emerald durante la noche. No se arrepentía de haber ido allí, pero tenía que volver a Brisbane, que era donde estaba la acción. Seguía habiendo mucho que hacer.

Para empezar, los trabajos como ese eran la razón de que Janine se hubiera hecho policía; una investigación compleja, con consecuencias de vida o muerte para alguien. Si era capaz de desenmascarar a aquel psicópata y encerrarlo de por vida, esa sería para ella la culminación definitiva, tanto profesional como personal.

Le pasaron una llamada de Bevan, de la Científica. Janine ya había recibido la noticia de las huellas y se preguntó si el oficial se habría olvidado de incluir algo en su informe. Parecía tenso y fue directamente al grano.

—He encontrado una tarjeta SIM en la camioneta. Estaba escondida dentro de la caja de los fusibles. Ya habíamos encontrado su cámara, y supuse que había extraído la tarjeta SIM por algún motivo. Así que seguí buscando hasta que la encontré. Te voy a enviar las fotos en un correo electrónico. Son horripilantes, así que te prevengo para cuando las mires. Pero van a sacar adelante tu caso —concluyó el de la Científica.

—¿Hay fotos de Sammi? —preguntó Janine.

—Sí y no. Prepárate para ver un poco de depravación.

La perspectiva provocó un escalofrío a Janine. Llamó a Sean para que se acercara a su mesa. Él apareció junto al ordenador cuando ella estaba abriendo el correo de Bevan.

—El tío de la Científica ha encontrado una tarjeta SIM escondida en la camioneta. Acaba de enviarme

las fotos.

Percibiendo la angustia en la voz de Janine, Sean no dijo nada y acercó una silla para sentarse a su lado. Ella empezó a pulsar el ratón para ir pasando las fotos, algo que hizo rápidamente cuando vio el contenido. No quería demorarse en su visión. No en ese momento. Ya habría tiempo para eso más tarde.

Las primeras eran de la prostituta desaparecida sobre la que había sido interrogado el camarero. A Janine le supo mal que ni siquiera recordara su nombre, aunque sí reconoció su ropa. Las fotos la mostraban muerta, tirada en el bosque. Le habían cortado el cuello, así que su cabeza caía hacia atrás en una inclinación antinatural. Las fotos parecían haber sido tomadas de noche.

A continuación apareció otra mujer. Janine creyó reconocer una cara de los expedientes de personas desaparecidas que había estado revisando. Estas habían sido sacadas durante el día y establecían la pauta a seguir en el futuro: primero venía una toma de cuerpo entero, luego una lateral y por último un primer plano de la cara. La cabeza estaba inclinada, separada ligeramente de la cámara, con los ojos mirando al suelo y el miedo reflejado en el rostro. En la siguiente foto estaba muerta; boca arriba, tirada en el bosque. De nuevo, un primer plano de la cara, los ojos ciegos con la mirada extraviada; su miedo se había consumido, se había ido con la sangre.

Otro clic en el ratón y una nueva víctima. La misma serie de fotos: antes de la muerte y después. Un trofeo del poder y crueldad de aquel hombre con sus víctimas.

Tahlia Corbett fue la siguiente cara. Estaba lívida, y Janine casi pudo oírla gimotear. Había recibido un disparo, y por el aspecto de las heridas de las fotos *post mortem* seguramente había sido atacada salvajemente por el perro. Era tan joven...

—Ya son cuatro —dijo Sean en voz baja.

—Es un asesino en serie. Bill tenía razón. Están todas relacionadas.

La mano le tembló ligeramente cuando la llevó hasta el ratón. Se detuvo antes de pulsar, asustada por lo que podía ver a continuación. Otra foto de Tahlia con la cavidad abdominal abierta, seguida de otra del perro mordiendo un brazo desmembrado. Sus métodos eran cada vez más espantosos.

Un clic más y allí estaba; Janine la reconoció al instante. Aunque lo había estado esperando, aun así le impresionó ver a Sammi. Miraba directamente a la cámara, fijamente, de manera desafiante, con los dientes ligeramente apretados. Una foto de cuerpo entero, una lateral y luego un primer plano de la cara. Aquí el miedo ya se apreciaba por detrás de la valentía. El mismo patrón: tres fotos mientras seguían vivas. Janine sabía lo que venía a continuación. Se quedó inmóvil, demasiado asustada para pulsar el ratón de nuevo. Sean adelantó su mano y lo pulsó. La primera mujer apareció de nuevo.

—De nuevo el principio. Esa era la última foto.

—No hay fotos de Sammi muerta —dijo Janine.

Sean asintió con la cabeza.

—No la mató —añadió ella en un susurro—. Tenemos que encontrarla.

Domingo, 15.36

Gavin iba recibiendo informaciones a cuentagotas, pero ninguna era concluyente. Sí, tenían al tipo; sí, Sammi había estado atada en su camioneta. Todas, malas noticias. Pese a ello, la policía no había podido sonsacarle nada útil al camarero y no estaban más cerca de encontrar a Sammi.

Gavin pensó en coger el coche e ir a Emerald. Si le dejaban diez minutos a solas con ese hijoputa y un bate de béisbol, le sacaría algunas respuestas. Ni siquiera le permitirían verlo, pero había maneras extraoficiales de saltarse esas formalidades. Había pasado mucho tiempo con policías y oído toda clase de historias, ciertas o no. La historia a la que no paraba de darle vueltas versaba sobre un oficial que se había puesto un equipo de buceo y le había sacado una confesión a un sospechoso utilizando un pescado.

Cuando el tipo había intentado denunciar el hecho ante el abogado de oficio y ante el magistrado, ninguno le creyó por lo extravagante de la historia. Gavin no sabía si era cierta o no, pero en ese momento habría intentado lo que fuera.

Tom se estaba portando como un verdadero amigo y se mantenía en permanente contacto.

—Te contaré todo lo que averigüe —le había dicho mirándolo a los ojos—. Todo.

A pesar de eso, la frustración de Gavin estaba llegando a su punto álgido. Se sentía algo más que inútil, como si su inactividad estuviera retrasando la investigación, ralentizando hasta el propio tiempo. Quería atizar al camarero, patearle el estómago hasta que vomitara sangre. Hasta ese momento, nunca había sentido odio en estado puro e implacable. Y le estaba royendo las entrañas con pensamientos ponzoñosos.

Miró por la ventana, cuyas cortinas de lamas tenían abierta solo una rendija. Y lo que faltaba: su sufrimiento también estaba empezando a congregarse gente en el jardín. Un cámara y un periodista de televisión merodeaban por la franja de césped.

Estaba atrapado en su casa, atrapado en la situación. Y no podía hacer otra cosa que esperar.

Domingo, 15.38

Sammi abrió los ojos. ¿Estaba muerta? Debía de estarlo. Inclino la cabeza y los árboles se hicieron nítidos. Estaba segura de que en ningún más allá aparecería un bosque; y sin duda no incluiría ramitas y piedras que le rasguñaran la espalda.

Aquello no había terminado todavía. Sentía a sus ángeles muy cerca, dispuestas a cogerla de la mano cuando llegara el momento de irse al otro lado. Pero todavía había algo que tenía que hacer en este mundo.

Cerró los ojos y pensó en las personas que quería. En Gavin. En sus padres. Una pena profunda la abrumó e hizo que la cabeza le diera vueltas. Entonces pensó en las otras chicas. Ellas también tenían personas que las querían. Sammi las vio: personas derramando lágrimas sin fin. Ni siquiera habían tenido la oportunidad de enterrar a sus hijas. No había una tumba ante la que llorar su muerte, no habían podido poner un punto y final. Ella tenía que hacer una cosa más. Por su familia. Y por las de todas ellas.

Tenían que encontrarla. Para ser exactos, tenían que encontrar sus restos; jamás serían enterrados bajo árboles anónimos en un bosque infinito.

A fuerza de voluntad, se puso de costado, tras lo cual se sentó con dificultad. Aguzó el oído. Oía correr agua; no estaba muy lejos. Se dio impulso para levantarse, deseando que sus pies la hicieran avanzar. Únicamente eso. Un último esfuerzo.

Ignoraba cuánto tardaría en llegar al arroyo. Tenía la sensación de estar separada de su cuerpo, insensibilizado al dolor. Su noción del tiempo ya no respondía.

Los ángeles la condujeron hasta el lugar. Había una gran piedra plana en medio del agua. Se adentró en el arroyo y trepó a la roca.

Hecho.

Se sentía en paz. Ya no había ningún árbol encima de ella. Solo el cielo. Un infinito cielo azul celeste. Podía ver el paraíso desde allí.

Domingo, 15.49

Janine se estaba alterando, algo nada habitual en ella. Los fragmentos del interrogatorio de Black no paraban de reproducirse en su cabeza; seguía buscando más pistas. No albergaba duda de que Sammi había sido llevada a Captain's Creek, y tenía la abrumadora sensación de que no se estaba haciendo lo suficiente. Volvió a llamar a Bill y no se refrenó.

—Tenemos que conseguir un maldito helicóptero —le espetó después de un breve saludo.

—Ya hacemos lo que podemos —respondió él con calma.

—Vale, pues eso no es suficiente. Samantha no está en Yonga. Black modificó su *modus operandi*. La prostituta que encontraron en Yonga fue la primera. Era de noche, lo vimos en la foto. Seguramente ni siquiera lo había planeado. Casi lo pillan. Así que cambió de lugar, empezó a planificar, a esperar a que fuera de día y a sacar fotos de recuerdo de sus víctimas.

—Ya. Probablemente Samantha esté en Captain's Creek. Pero vamos a tardar un rato en coordinar la búsqueda —dijo Bill.

—Sí. Es una extensión enorme. Llevará días completar una búsqueda terrestre exhaustiva. Por eso precisamente tenemos que hacerlo desde el aire —replicó ella.

—Solo que no es tan fácil. No disponemos de un helicóptero, y tendrían que darse unas circunstancias extremas para que los jefes suplicaran a Energex que nos prestaran el suyo.

—Pues les deberemos un favor. No será para tanto —repuso ella levantando la voz—. Sammi está viva y se encuentra en Captain's Creek. ¡Dime que eso no es una jodida situación extrema! Tenemos que conseguir un helicóptero.

—Ha hecho una noche fría, y es probable que en el bosque las temperaturas fueran mínimas —apuntó Bill, la voz de la racionalidad—. Aunque consiguiera escapar de Black, habría necesitado mucha suerte para sobrevivir a la noche. Probablemente esté allí. Pero ¿nos servirá para algo un helicóptero? Será como intentar encontrar una aguja en un pajar, y eso si está viva y puede hacer señales al piloto. Anochecerá en un par de horas. Tendremos un equipo de búsqueda organizado, con el Servicio de Emergencia Estatal y perros rastreadores, todos listos para ponerse en marcha, con las primeras luces del alba.

—Pero ¿y si está perdida en el bosque, viendo cómo se acerca la noche lentamente y rezando para que la estemos buscando? Tenemos que darle una oportunidad. Necesitamos un helicóptero, aunque solo sea para una hora. Si está viva, encontrará la manera de hacerle señas. Dale esa única oportunidad, por favor —rogó Janine—. ¿Quién es el jefe que decide estas cosas? Déjame hablar con él, le convenceré. Esto no debería reducirse al coste del helicóptero, estando en juego la vida de alguien. La de quien sea. Da lo mismo que sea una poli.

Apoyó la frente en la palma de su mano, decepcionada por la reticencia de Bill y su propia incapacidad para pasar por encima de él.

—¿Y si se tratara de mí? Si yo estuviera ahí fuera, confiaría en que alguien estuviera haciendo todo lo posible por rescatarme —insistió. Reflexionó un instante, considerando la forma de influir en Bill—. ¿Y si se tratara de tu hija? —preguntó.

Él reflexionó, y entonces Janine oyó un suspiro por el auricular.

—Veré qué puedo hacer. Te volveré a llamar.

Janine colgó. Se reclinó en su silla, pero no pudo permanecer quieta. Empezó a pasearse por la desconocida comisaría, teléfono en ristre, esperando la inminente llamada de Bill.

El teléfono sonó.

—¿Bill?

—Lo conseguimos —respondió—. Cuanto antes tengamos ese helicóptero en el aire, más tiempo dispondremos antes del anochecer.

Las ideas se agolparon en la cabeza de Janine.

—Diles que deberían empezar por el centro e ir desplazándose hacia fuera. Black ha debido de llevarla a lo más profundo del bosque. Tenemos una idea clara de dónde lo vieron aquellos cazadores en su moto de trial; también tienen que cubrir esa zona. No sé si sirve de algo, pero Prevención del Crimen dice que casi todos los videntes que han llamado creen que ella se encuentra cerca del agua. Es un dato tan bueno como cualquier otro para continuar.

—Está bien. Lo comunicaré —dijo Bill.

Janine ya solo podía sentarse y esperar.

Domingo, 16.50

Des Petersen iba en el helicóptero, actuando de observador en lo que, en su opinión, era una búsqueda absurda. Hacía unos veinte minutos que habían llegado a la zona de búsqueda, y el sol ya estaba bastante bajo. Querían que se sobrevolaran 450 kilómetros cuadrados de monte bajo antes de que el sol se ocultara. Y para buscar a una mujer sola que iba a pie.

Ridículo, pensó.

Le encantaba su trabajo, pero en esta ocasión había pocas posibilidades de éxito. Lo que más le molestaba era tener que hacer un trabajo a medias, un trabajo en el que estaban condenados al fracaso. Deberían dejarlo para el día siguiente, dividir en secciones el terreno y realizar una búsqueda concienzuda y sistemática. Entonces, aunque no encontraran nada, al menos habrían hecho las cosas adecuadamente.

En lugar de eso, se les ordenaba que siguieran aguas arriba una vía fluvial a través del bosque hasta que estuviera demasiado oscuro para proseguir. Una chapuza. Era evidente que el jefe de Policía no tenía ni idea. Reprimió un bostezo mientras observaba la rizada superficie del arroyo salpicado de piedras que serpenteaba por el frondoso bosque de eucaliptos.

Algo situado más adelante, demasiado lejano para distinguirlo con claridad, llamó su atención. Pero pudo distinguir un color, un color que no pertenecía al bosque.

—¿Qué narices es eso? —le dijo por los auriculares al piloto, señalando con el dedo.

Era un rojo artificial. En ese momento ya estaban encima del objeto. Los dos hombres intercambiaron una mirada de asombro, e inmediatamente el piloto hizo un giro cerrado para retroceder.

Domingo, 16.58

La sala de operaciones era un hervidero. Había muchas pistas que seguir y cada uno de los seis oficiales presentes tenía una labor diferente. Había un mapa de Queensland sujeto con chinchetas que indicaban dónde había sido vista Sammi por última vez, dónde vivía, la casa del camarero y dónde lo habían detenido. Este último lugar estaba delimitado por un gran círculo rojo que rodeaba la Reserva Natural de Captain's Creek, 450 kilómetros cuadrados de bosque.

El teléfono sonaba esporádicamente. La oficial que cogió esa llamada no suponía que esta cambiaría su día por completo. Escuchó con atención, y luego dijo: «¿Estás seguro?»

Se puso de pie de un brinco, con el auricular todavía en la mano.

—¡Eh, escuchad! —gritó. Todas las cabezas de la sala se volvieron para mirarla—. La han

encontrado. ¡Sammi está viva!

Domingo, 17.00

Janine parecía una tigresa enjaulada. Eran muchas las cosas que quería hacer, pero carecía de los medios para hacerlas. Estaba viendo el DVD de su interrogatorio a Black, pero no paraba de moverse y sacudirse, incapaz de mantenerse quieta o concentrarse. También estaba incómoda porque no se hallaba en su comisaria. No había encontrado un vuelo de vuelta a Brisbane y allí no conocía a nadie con quien desfogarse. Y estaba bebiendo en un tazón de café prestado. Sean le había hecho amablemente un café cargado, pero ella se irritó irracionalmente por el hecho de que el tazón la proclamaba como «El mejor papá del mundo».

Sus pensamientos estaban con Sammi. ¿Qué habría tenido que soportar? ¿Había algo más que Janine pudiera hacer?

Su móvil sonó. El nombre de Bill irrumpió en la pantalla.

—Dime que tienes alguna noticia —le suplicó ella.

—¡La mejor! —Era la primera vez desde que lo conociera que Janine lo oía entusiasmado—. ¡Sammi está viva! Acaba de ser recogida por el helicóptero.

Se hizo un silencio mientras el cerebro de Janine procesaba la información, casi sin atreverse a creer lo que estaba oyendo.

—¿Sammi está... viva? —titubeó.

—Sí. Tenías razón. Estaba en Captain's Creek, junto al arroyo. Una pasada en helicóptero, y la encontraron.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —susurró Janine.

—Felicidades —dijo Bill—. Gran parte de esto se te debe a ti. No podríamos haber tenido un desenlace mejor. Es un éxito tremendo. Te volveré a llamar en cuanto sepa algo más.

Cuando Janine colgó, fue como si alguien hubiera dejado salir todo el aire de un globo. No solo se desplomó sobre la silla, sino que también se liberó emocionalmente. Las lágrimas acudieron a sus ojos, y ella las dejó correr.

Sintió una mano en el hombro, levantó la vista y vio a Sean.

—La han encontrado —le informó ella. Se levantó y lo abrazó—. ¡Sammi está viva!

Qué más daba dónde pasara la noche. Dormiría bien. Esa noche los demonios podrían descansar.

Domingo, 19.59

Por segunda vez en dos días, Sammi se esforzó en no perder el conocimiento. Entraba y salía a la deriva de la realidad, confundida en cada ocasión por las luces, el ruido y la gente que no conocía. Era como algo sacado de una película: un héroe vestido de naranja que la rescataba de una muerte inminente, levantándola en brazos y llevándosela por los aires. Parecía un sueño frágil y hermoso. No sabía si quería cerrar los ojos y desvanecerse u obligarlos a permanecer abiertos y comprender lo que estaba sucediendo. ¿De verdad la habían rescatado? ¿O era un sueño del que no querría despertarse?

Los médicos acudieron a prestarle los primeros auxilios. Ella hacía todo lo podía, pero el agotamiento y la alucinación hacían que todo le resultara extraño, y no sabía si sus respuestas tenían sentido.

Entonces llegó él y la cogió de la mano. Gavin. Su amor. Él era una roca en los confusos remolinos de luces y sonidos. Y entonces comprendió que por fin estaba a salvo. Gavin la rodeó con un tierno abrazo que la hizo llorar. Una vez que afloraron las lágrimas, solo el sueño las detuvo. Se quedó dormida en sus brazos, y las lágrimas de Gavin se mezclaron con las suyas.

Lunes, 13.03

Janine fue sola al hospital. Sammi había sido trasladada por vía aérea al Royal Brisbane, así que era un corto trayecto en coche. Había insistido en ser la primera en hablar con Sammi y se negó a que Jake la acompañara.

Fue una de las pocas veces que había tirado de galones con él. Jake había probado con ella la sonrisa de los hoyuelos, pero la repetida exposición a la misma había vacunado a Janine. Luego, él había recurrido a la expresión dolida, pero Janine no había transigido.

Aunque Sammi no presentaba heridas graves —solo contusiones, arañazos y enfriamiento—, lo que le preocupaba a Janine era su estado mental. Por el momento, solo podían imaginarse por lo que había pasado en el bosque, así que no quería que Jake, con su sonrisa insolente y sus comentarios fuera de lugar, estuviera allí. Sammi se sentiría más cómoda hablando a solas con otra mujer; Janine estaba tan segura de esto como lo había estado de la capacidad de Sammi para sobrevivir.

Se detuvo delante de la habitación 27B. Era raro, pero la idea de conocer a Sammi la ponía un poco nerviosa. Aunque no hubiera oído hablar de la otra mujer hasta dos días antes y ella la sobrepasara holgadamente en el escalafón, por alguna razón Janine ansiaba que le diera su beneplácito.

¿Había tomado las decisiones correctas? ¿Había pasado por alto alguna pista esencial? Ojalá que estuviera satisfecha con la investigación llevada a cabo por Janine.

«La encontramos, está viva», se recordó cuando llamó suavemente a la puerta.

Abrió un hombre bien parecido, aunque con cierto aire tosco. Janine supo que se trataba de Gavin. Llevaba la placa en la mano preparada para confirmar su identidad, pero la estaban esperando.

—¿Inspectora Janine? —preguntó Gavin—. Muchísimas gracias.

Ella se dio cuenta de que no era un hombre dado a las efusiones emocionales; no obstante, le tendió la mano y la miró a los ojos cuando le cogió la mano entre las suyas y se la apretó con fuerza. Luego se hizo a un lado para dejarla pasar.

Sammi estaba incorporada, apoyada en la cama bajo varias mantas. Parecía pálida y cansada, pero su cara resplandeció cuando sonrió a Janine.

—Hola, Sammi —saludó esta. Se dirigió rápidamente hacia la cama, pero se detuvo a poca distancia, no sabiendo si ofrecer la mano o darle un abrazo—. Me alegro tanto de conocerte... En serio —añadió dulcemente, parpadeando dos veces con dificultad.

—No sé qué decir —admitió Sammi—. Darte las gracias me parece insuficiente.

Se miraron la una a la otra con embarazo. De pronto, Sammi abrió los brazos de par en par. Janine reaccionó, y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Me parece como si te conociera de siempre —dijo Janine con un nudo en la garganta.

—Tú eres una de las causas de que esté viva —respondió Sammi en un susurro.

Cuando se soltaron, ambas tenían los ojos anegados en lágrimas. Sammi respiró temblorosamente y cogió un pañuelo de papel de una caja que tenía a su lado.

—Yo... no sé... no me puedo creer que esté aquí —dijo, secándose los ojos.

Janine asintió con la cabeza.

—Y yo no me puedo imaginar por lo que has pasado.

—No me creo que saliera de ese bosque. Pensé que iba... —Sammi no terminó la frase, cerrando los ojos con fuerza y sacudiendo la cabeza.

Gavin se acercó al otro lado de la cama y le cogió la mano.

—Pues estás aquí. Y eso es lo único que importa —dijo, acariciándole el brazo.

—Así es —convino Janine—. Todo lo demás son minucias.

Sammi se frotó los ojos para secarse las lágrimas y asintió con la cabeza, bajando la mirada.

—¿Has visto ya a tus padres? —preguntó Janine.

—Sí. —Sammi se llevó las manos al pecho—. Lo que hemos llorado... Supusieron que esta tarde estaría ocupada. Volverán luego.

—¿Te apetece hablar conmigo hoy? Podemos dejarlo para después —señaló Janine. Era evidente que aquella entrevista le iba a resultar difícil.

Sammi negó con la cabeza.

—No; tengo que contar esta historia. Por las otras chicas.

Sammi la miró a los ojos, y Janine vio en ellos la determinación y la fuerza que la habían mantenido con vida.

—Excelente. Hemos reconstruido la mayor parte de la historia, aunque seguimos necesitando aclarar algunas partes y averiguar cómo conseguiste escapar de ese psicópata.

Sammi sacudió la cabeza.

—La verdad es que todo se me antoja bastante irreal. Salvo por la sensación de que me ha pasado un camión por encima. Me duele todo el cuerpo.

—Te entiendo. Aunque la doctora dijo que no había nada grave, ¿no es así? —preguntó Janine.

—Creo que quizá me den hoy el alta.

—Estarás más a gusto en casa —aventuró Janine.

—Hay mucha gente esperando a verte —terció Gavin.

Sammi sonrió levemente.

—Bueno, tenemos a ese gusano en la cárcel, pero necesitamos acusarlo de más atrocidades para garantizar que no pueda salir bajo fianza. También queremos preguntarte si sabes algo de las otras chicas —le explicó Janine.

—Quiero contaros todo lo que sucedió. Es necesario que a las otras chicas se les haga justicia.

—Si se te hace demasiado pesado, dímelo. Lo voy a grabar todo, si no tienes inconveniente. De todas maneras, ya conoces el procedimiento.

Janine depositó la minigrabadora en la bandeja que Sammi tenía delante y se sentó al lado de la cama en una silla que Gavin le acercó.

—Antes de que empecéis —dijo este—, ¿debería quedarme? —La pregunta iba dirigida más a Sammi que a Janine.

—Sí. Por favor, quédate. Necesito que estés aquí. —Sammi le apretó la mano—. Además, quiero que oigas toda la historia. No creo que quiera repetirla en mucho tiempo. —Miró a Janine—. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Debes tener contigo a una persona que te apoye.

Gavin acercó otra silla al otro lado de la cama.

—Empecemos por la noche del viernes —indicó Janine.

—¿Qué día es hoy? ¿Lunes? —preguntó Sammi. Respiró hondo y soltó el aire con un estremecimiento—. Me cuesta creer que fuera hace solo tres días.

—Ha sido un largo fin de semana para todos —la consoló Janine.

Gavin asintió con la cabeza. Janine observó que él tenía los ojos enrojecidos y legañosos. Debía de haber pasado por una espera atroz.

—Se suponía que iba a ser una noche de juerga para chicas, solo un respiro de la rutina con una vieja amiga —empezó Sammi—. Las dos sabíamos que Candy aguantaría más que yo. Así que me enseñó dónde escondía la llave de repuesto, y además yo llevaba el número de teléfono de los taxis en el móvil. Me fui de la taberna sola. En ese momento estaba bastante sobria. Mi intención era ir a trabajar a

mediodía. Iba a andar lo suficiente para alejarme del ruido del bar y llamar a un taxi. Entonces un tipo se arrimó a la acera y se ofreció a llevarme. Lo reconocí, era el camarero del bar. Recuerdo que se me había presentado como Don. Pensé que no pasaría nada por aceptar. No era un completo extraño; sabía dónde trabajaba.

—Don está en los calabozos a la espera de más acusaciones en función de lo que puedas decirnos. Así que ya sabes, tenemos al sujeto correcto, y ya no tienes que preocuparte más de él.

—Gracias. —Sammi se rodeó con los brazos, como si tuviera frío—. Me sigue costando aceptar que esté a salvo. No puedo evitar estar paranoica. Sigo teniendo el impulso de mirar bajo la cama y detrás de las cortinas. —Tuvo un instante de duda, mientras le echaba una mirada a Janine—. ¿Llevas tu arma encima?

Janine negó con la cabeza, no tanto para responder a la pregunta como para asegurarle que no la necesitaría.

—Estás completamente a salvo. Él está encerrado. Y no hay nada que sugiera que haya actuado en connivencia con nadie. A menos que tú sepas otra cosa.

—No; solo era él y su perro —confirmó Sammi.

—El perro está muerto. Trató de azuzarlo contra un oficial que le paró en la carretera —explicó Janine.

—Era un animal brutal. Aunque lo había adiestrado bien. Intentó hacerme creer que estaba utilizando al perro para seguirme el rastro.

—Creo que nos estamos adelantando. ¿Puedes volver al principio, cuando abandonaste el bar? Necesito todos los detalles.

Mientras Sammi contaba su historia, Janine iba tomando notas, señalando los puntos principales que ya habían sido establecidos por la policía. Sammi sabía perfectamente cuál era la información que Janine necesitaba y se ceñía a los hechos, manteniendo el orden cronológico.

Janine se percató de que su colega hacía todo lo posible para mantener las emociones al margen. Las lágrimas estaban ahí, a flor de piel, pero las mantenía controladas. Al menos así fue hasta que empezó a hablar de las otras chicas y las fotos que había visto.

Gavin le cogió la mano cuando ella empezó a llorar.

—Tenéis que encontrarlas para que puedan ser enterradas. Necesitan que se haga justicia. Y también por sus familias, para que puedan hacer el duelo —dijo Sammi entre sollozos.

—Haremos todo lo posible —le aseguró Janine—. Sabes la magnitud que ha adquirido este caso y la cantidad de gente que trabajará en él ahora. No quedará una sola piedra por remover. Lo acusaremos de todo lo que encontremos.

Gavin sirvió dos vasos de agua de una jarra que había en la mesita de noche. Le entregó uno a cada mujer.

Sammi se bebió la mitad de golpe, como si quisiera ahogar el pánico.

—Me dijo que había cuatro mujeres más. ¿Sabéis algo sobre ellas? —Se esforzaba en recuperar la serenidad.

—Sí, tal vez las hayamos identificado. Todavía nos queda un montón de trabajo por hacer, para reunir todas las pruebas. Por eso necesitamos tu historia lo antes posible. Él permanecerá en prisión provisional por tu caso, y eso nos dará tiempo para terminar de reconstruir las historias de las otras chicas.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a encerrarlo —dijo Sammi y se cubrió la cara con las manos—. ¿Cómo es posible que una persona haga esta clase de cosas? —murmuró entre los dedos.

Janine lo sabía. Supuso que Sammi también llevaba suficiente tiempo en la policía para saber que había gente, por suerte muy poca, que no sabía lo que era la empatía ni los límites.

—Lo tenemos —dijo en voz baja. A una. Tenían a una de esas personas.

Sammi siguió con su relato con voz entrecortada. Mientras hablaba, Janine se sorprendió de su lucidez

y estoicismo. Era evidente que aquel psicópata había escogido a la víctima equivocada. Sammi no había perdido la cabeza a pesar de todo el empeño de él por aterrorizarla.

Describió el momento en que el camarero la había alcanzado, solo para concederle otros quince minutos de ventaja para que huyera. Y también cuando descubrió el dispositivo de localización y tuvo la idea de lanzarlo flotando aguas abajo. A Janine no se le escapó la atención con que Gavin escuchaba el relato, horrorizado y admirado a partes iguales mientras Sammi desgranaba su calvario. Nunca volvería a ver a su novia de la misma manera.

—Sin duda hiciste lo correcto quedándote junto al arroyo —dijo Janine.

—Sí, me servía para orientarme. Si me mantenía cerca, sabía que me estaba dirigiendo a alguna parte, y no solo moviéndome en círculos por el bosque. Me di cuenta de que el arroyo se ensanchaba y se hacía más profundo. Me imaginaba que podía haber una casa o un merendero en el próximo recodo. Eso fue muy importante para mí entonces y me ayudó a seguir adelante. Me dio esperanzas.

—¿Volviste a oír la moto después de eso?

—No. Y tampoco lo esperaba. Con anterioridad, él había estado jugando a un juego sádico, del que la moto formaba parte; intentaba aterrorizarme con el ruido. Estoy segura de que para él era parte de la emoción: quería verme aterrorizada, controlarme absolutamente. Así que cuando escapé, las reglas cambiaron. A partir de ahí él tenía que encontrarme, en lugar de aterrorizarme, así que la moto ya no le servía para nada. Tendría que perseguirme a pie. Sin el localizador, un escondite como la copa de un árbol seguramente podría haber dado resultado.

—¿Hubo algún indicio de que te estuviera persiguiendo desde que huiste de él hasta que te encontramos?

—Sí. Apareció en la otra orilla del río en mitad de la noche. Le olí antes de verlo. Estaba fumando. Siempre pensé que seguiría buscándome después de perderme, pero volver a estar realmente tan cerca de él...

No terminó la frase.

—No sabía qué otros trucos podría guardarse en la manga. Me sentí muy agradecida por haber cruzado a la otra orilla del río antes de eso. El perro no tenía mucho de sabueso, pero hasta él me habría encontrado si hubiera estado en su misma orilla.

Encogió las rodillas hasta el pecho y se ciñó la manta alrededor. Janine se dio cuenta de que Sammi tenía la yema de los dedos enrojecidas y agrietadas, y sintió curiosidad por cómo les habría ido a los pies que mantenía bajo las mantas.

—Estaba agotada y hambrienta y tenía problemas para pensar con claridad. Al principio me concentré en seguir avanzando, en intentar poner distancia entre él y yo. Pero una vez que la noche hubo caído, se me hizo mucho más difícil. Ha sido la noche más larga de mi vida. Apenas llevaba algo de ropa, y una vez que el sol se puso empecé a percatarme de lo peligroso que podía ser el frío. Traté de seguir en movimiento para mantenerme caliente. Pero estaba tan agotada que cuando me senté a descansar un minuto, me quedé dormida apoyada en un árbol. La doctora ha dicho que sufro hipotermia. Menuda suerte habría sido huir de un asesino para morir congelada —dijo con aire pensativo.

—Después de perderte, seguramente contaba con eso —observó Janine—. Creo que estaba bastante seguro de que no saldrías del bosque. Te encontrabas casi en pleno corazón de 450 kilómetros cuadrados de maleza.

—No sé si hubiera podido seguir de haber sabido eso —reconoció Sammi—. Escalofríos me dan solo de pensar lo que me habría hecho si me llega a encontrar dormida o demasiado agotada para defenderme. ¿Sabéis cuándo desistió y abandonó el bosque?

—No lo sabemos con seguridad. No responde a nuestras preguntas.

—Debe de haber estado muy seguro de que yo no conseguiría salir. Tenía demasiado que perder. Yo conocía todos sus secretos.

—Lo encontraron el sábado, a eso del mediodía, a varias horas de la reserva natural donde te encontrabas. Y no se dirigía de vuelta a su casa en Brisbane. Según parece, iba camino de la frontera del Territorio del Norte. Ya estaba huyendo antes de que lo encontráramos. Bueno, ¿y cómo combatiste el frío?

—Pensé en encender una hoguera. Así habría tenido calor, además de una pequeña protección en caso de que hubiera perros salvajes o alimañas por los alrededores. Pero el resplandor del fuego le habría indicado exactamente dónde me encontraba. También sabía que debía mantenerme en movimiento, hacer que la sangre siguiera fluyendo por mi cuerpo. Así que volví a andar sin dejar de repetirme: «Un paso más, solo un paso más.»

—Pobrecita, con razón has dormido hasta hoy a mediodía —terció Gavin, dándole un apretón en la mano.

—Al final solo quería rendirme. Pero cuando de hecho tuve que afrontarlo, me sorprendió hasta dónde era capaz de exigirme. Anhelaba vivir. Así que me concentré en dar un paso tras otro y seguir avanzando. —Un dejo de férrea determinación se fue apoderando de su voz cuando lo dijo. Hizo una pausa—. Pense que yo... —Miró a Gavin, y luego a Janine, que le hizo un gesto de aliento con la cabeza. Sammi sacudió ligeramente la suya—. El caso es que logré sobrevivir a la noche. No sé cómo, pero conseguí aguantar y seguir adelante. En cuanto amaneció, encontré una pequeña zona bañada por el sol y eché una cabezada. Me pareció que si él hubiera tenido otra manera de encontrarme, a esas alturas ya lo habría hecho. Y todo parecía menos aterrador a la luz del día. Me desperté unas dos horas más tarde. Había conseguido entrar un poco en calor, y en ese momento la sensación más agobiante era la del hambre.

»Sabía que si quería seguir, tenía que comer. Y además hacer planes para la noche siguiente. Seguía teniendo mi palo afilado. No creí que fuera a ser lo bastante rápida ni tener la suficiente puntería para cazar algún pájaro. Incluso intenté arponear a unos peces. La cosa acabó en fracaso. —Sammi soltó una breve risa—. Al final, estaba sentada en el suelo cuando una serpiente pasó por delante de mí. Y pensé: «Esto es comida, la gente come serpientes.» Así que la aticé con mi bastón, pero no conseguí matarla. Entonces se volvió hacia mí, se levantó y me mordió.

Apretó los dedos sobre el pequeño vendaje que le cubría la muñeca.

—Vi las marcas de la mordedura y supe que eran reales. Empecé a vomitar y pensé: «Se acabó. Esto es el fin.» Me desplomé sobre el suelo y me preparé para morir.

—¿Y después de todo lo que habías pasado, sobreviviste también a la mordedura de un serpiente?

—Sí. Eso me desconcertó un poco. En cuanto la serpiente me alcanzó, pensé que era el fin. Se lo conté a la doctora, y me preguntó por el tipo de serpiente que era. La verdad es que no sabría decirlo; era marrón, así que supuse que era una rey marrón. La doctora fue de la opinión de que o bien se trataba de una serpiente no venenosa o bien que, siéndolo, solo me inyectó una cantidad ínfima de veneno, y mi cuerpo pudo resistirlo. Yo no sabía que las serpientes pueden controlar la cantidad de veneno que inoculan en un mordisco. Sea como fuere, la doctora dijo que no había necesidad de aplicarme un tratamiento para la mordedura.

Señaló el vendaje de su muñeca.

—Solo me la cubrieron para asegurarse de que no se infectara. Pero aparte tengo una retahíla de cortes y arañazos y el cuerpo lleno de antibióticos.

Gavin meneó la cabeza.

—¿Así que te ibas a comer una serpiente? —preguntó.

—Sí. Era lo más comestible que vi.

—Serpiente cruda, ¿no? —quiso aclarar él.

Sammi asintió con la cabeza.

—Joder —dijo Gavin—. ¿Te das cuenta de que no podrás volver a quejarte de mi cocina?

—Hasta la comida del hospital me sabe a gloria —repuso Sammi con una sonrisa triste—. Nunca más

volveré a quejarme de nada. Me siento tan agradecida por estar viva...

—Bueno, te desplomaste después de que la serpiente te mordiera —recapituló Janine—. Pero ese no es el final de la historia, puesto que estás aquí.

—Después de la mordedura, pensé que estaba muerta. Así que tomé una última decisión, que supongo fue lo que me salvó. —Asintió con la cabeza—. Empecé a pensar en mi familia y en lo mucho que los quería a todos.

Al decir esto le dio un apretón en la mano a Gavin.

—Pensé que jamás me encontraría nadie metida bajo los árboles. Que jamás podrían darme sepultura. Esto me llevó a pensar en las otras chicas, y en sus familias, que nunca supieron qué les había sucedido. Así que decidí ponerme en algún lugar donde alguna vez mi cuerpo pudiera ser descubierto. Eso se me antojó importante, y me arrastré como pude para volver al arroyo. Encontré un peñasco en medio del agua y me dejé caer encima. Me pareció que aquel era el lugar donde más probabilidades tenía de ser vista si alguna vez pasaba alguien. Poco después perdí el conocimiento.

Se detuvo y tragó saliva con dificultad.

—Lo siguiente que recuerdo es a un hombre que me estaba sacudiendo y el sonido de un helicóptero. A partir de ahí, solo tengo recuerdos fugaces. Nada me pareció real hasta que desperté aquí esta mañana. Y qué mañana tan bonita. —De nuevo apretó la mano a Gavin.

Él tenía los ojos vidriosos y la abrazó sin decir nada. Janine miró al suelo, mordiéndose el labio por dentro cuando las lágrimas afloraron a sus ojos. Sammi apartó a Gavin y se secó los ojos con otro pañuelo de papel.

—Ahora me toca a mí preguntar —dijo—. ¿Cómo supisteis dónde estaba?

—Encontramos un mapa en la casa de Black —explicó Janine—. También hubo una llamada a Prevención del Crimen. Alguien había visto a Black en esa reserva natural antes, probablemente cuando tenía a una de las otras chicas. Creo que después de eso cambió de estrategia y se adentró aún más en el bosque. Sabíamos que estabas en alguna parte de la Reserva Natural de Captain's Creek. Lo arreglamos para que el helicóptero despegara, y ellos hicieron el resto. No disponían de mucho tiempo antes de que anocheciera, pero les dijimos que siguieran el curso del arroyo.

—Fue un milagro —dijo Sammi—. Es como si alguien hubiera estado cuidando de mí. —Con la mirada perdida, se sumió en sus pensamientos.

De repente se volvió hacia Gavin.

—Gav, ¿te importaría traerme una taza de té caliente y unas galletas? Sigo teniendo mucho frío —añadió a modo de explicación.

—Pues claro. ¿Quieres algo? —ofreció a Janine.

—No, gracias, estoy bien.

Gavin se marchó. En cuanto la puerta se cerró, Sammi se volvió hacia Janine.

—Me siento un poco incómoda contándote esto —dijo—, pero forma parte de la historia. —Se quedó pensativa.

Janine la miró a los ojos y la alentó haciendo un gesto con la cabeza.

—Vi a unos ángeles en el bosque.

—¿A qué te refieres? —preguntó Janine con amabilidad, inclinándose un poco hacia ella.

—Fue en plena noche, y estaba tan agotada que apenas me tenía en pie. El amanecer parecía que no iba a llegar nunca, y tenía tanto frío que no sentía las manos ni los pies. Me desplomé y me pareció que aquello era la puntilla. Por primera vez desde que fuera secuestrada, empecé a llorar. No podía parar. Me hice un ovillo sobre el suelo y me sumí en la desesperación. Entonces oí que alguien me llamaba. No sé cómo, pero no me dio miedo. Levanté la vista y vi a Tahlia delante de mí. Relucía en la oscuridad con una especie de aura brillante.

—¿De verdad? ¿Era un fantasma? —Janine no quería incomodarla, pero el relato la sorprendió.

Sammi había demostrado sensatez y pragmatismo, aquello no parecía propio de ella.

—Probablemente fue una alucinación, claro —añadió enseguida, pero Janine reparó en que aun así utilizó el adverbio «probablemente»—. Prefiero considerarla más un ángel que un fantasma. En ese momento me pareció tan real... Y no solo era Tahlia. También estaban las otras chicas. Las cuatro. No me dieron miedo. Supongo que una parte de mi mente sabía que me las estaba imaginando. Pero eso me hizo sentir que ya no estaba sola, que tenía ayuda. Tahlia alargó los brazos hacia mí. La cogí de la mano y me ayudó a levantarme. Realmente sentí que alguien me sujetaba de la mano. Te juro que pude sentir el calor de la suya.

—¿Y te dijo algo más?

—Sí, me dijo algo así como «tienes que seguir adelante, contamos contigo». Fue todo cuanto necesité oír. Así que volví a andar. Fue así como logré sobrevivir a la noche. La obligación es mayor si lo estás haciendo por otro; no quieres defraudar a ese otro.

—¿Y durante cuánto tiempo las viste? —inquirió Janine.

—No lo sé. El suficiente para ayudarme a superar la noche. Estuvieron caminando conmigo, y se desvanecieron con la salida del sol. No sé cuánta distancia recorrí, pero seguía cerca del arroyo y conservaba la vida; fue más de lo que había esperado. Después de eso, me quedé dormida. No me pareció que fuera a morir si cerraba los ojos. Aunque ya no podía ver a las chicas, tenía la sensación de que seguían allí, cuidando de mí. Y les prometí que lograría que se les hiciera justicia. —Pensó un momento—. Necesito que me ayudes a conseguirlo. Y que comprendas lo decidida que estoy a llevar esto hasta el final.

—Gracias —repuso Janine—. Gracias por confiar en mí al contarme esto.

—La verdad es que no quiero contárselo a Gav. Al menos no ahora. No quiero que se asuste y piense que he perdido la chaveta. Ya está bastante preocupado. Pero tenía que contárselo a alguien. —Respiró hondo con dificultad—. Y ahora tengo ganas de ponerme a llorar.

—Te agradezco el enorme esfuerzo que has hecho para contarme todo tan pronto, después de lo sucedido —dijo Janine—. Sabes muy bien lo importante que es conseguir la historia cuando todo está reciente. Pero es espantoso. Voy a hacer todo lo que pueda para asegurarme de que te dejen en paz y puedas recuperarte del todo. Por el momento, tenemos de sobra para tirar adelante. Tendremos que hacerte más preguntas, pero pueden esperar.

—Tenía que contarle todo por las otras chicas. Tenéis que conseguir que se les haga justicia, más a ellas que a mí. Haré todo lo que me pidáis. Tenéis que encerrar para siempre a ese asesino —dijo Sammi. A pesar del temblor de su voz, su mirada era feroz.

Janine la abrazó con fuerza y sintió su temblor.

—Lo haremos. Te lo prometo —susurró.

Dieciocho meses más tarde

Sammi cogió el móvil al primer timbrado cuando la pantalla le confirmó que era Janine quien llamaba. —Se acabó, Sammi —informó esta—. Ha sido declarado culpable. Va camino de la cárcel.

Muy a su pesar, Sammi rompió a llorar. El alivio era inmenso, más de lo que había imaginado.

—Todo irá mejor a partir de ahora, cariño —añadió Janine.

Peor ya no podía ir, pensó Sammi. Habían sido diecisiete meses difíciles, en los que había necesitado mucha medicación y horas de terapia psicológica para poder superar su paranoia. Solo recientemente se había reintegrado al trabajo, aunque no estaba segura de que alguna vez volviera a ser una buena policía. Tendía a exagerar las cosas, y sabía que eso hacía que muchos de sus colegas recelaran y se sintieran incómodos.

Gavin la abrazó mientras ella trataba de tranquilizarse para seguir hablando con Janine. Él había pasado la mañana a su lado, los dos sin hacer gran cosa salvo matar el tiempo a la espera de esa llamada.

También había sido una época difícil para Gavin. Había cambiado, y conseguido mostrarse fuerte cuando ella había estado frágil. La había apoyado con serenidad y paciencia, y la había sorprendido con sus permanentes atenciones.

Cuando la besó en la frente, una lágrima goteó de su cara y se unió a las de ella.

—Tengo que decirte que solo le han caído cinco años, de los que deberá cumplir un mínimo de tres. Eso solo es en...

Sammi se quedó paralizada, y una súbita ira le secó las lágrimas.

—¡Pero si ya ha cumplido año y medio esperando el juicio! Podría estar libre dentro de otro año y medio. ¡Después de lo que me hizo!

—No pasa nada, cariño —dijo Janine—. Ahí no va a acabar la cosa.

—¿Cómo es posible que intentar matar a alguien solo valga tres años de cárcel? Es una vergüenza. — La voz de Sammi iba en aumento, tanto en volumen como en tono.

—El abogado argumentó que no había pruebas de que realmente tuviera intención de matarte. Lo sé, es una mierda, pero tú sabes que así suelen funcionar estas cosas —razonó Janine.

—Tenéis que recurrir. No soporto la idea de que salga libre.

—Es inútil. La condena ha sido solo por tu caso. Aún está pendiente el juicio por el asesinato de Tahlia, y además seguimos investigando a las otras tres chicas. Cuando hayamos terminado, no volverá a ver la luz del día.

—No le pueden dejar libre nunca más —puntualizó Sammi.

—No lo harán. Te lo prometo. Pero seguiremos necesitando que nos ayudes. Todavía eres nuestra testigo estrella. ¿Podrás hacerlo?

Sammi respiró hondo.

—Sí. Claro que sí.

Agradecimientos

Empiezo estos agradecimientos con la primera persona que me ayudó a escribir este libro: Siân Eldridge. Tu confianza en mí fue un regalo inestimable. Gracias por ser mi confidente y por tu aliento constante para que siguiera adelante.

Le sigue Les Zigomanis: gracias por regalarme tan magnífica edición y por ser tan abrumadoramente generoso con tu tiempo y conocimientos.

Y a mis compañeras de viaje literario: Laura Elvery, Kathy George, Kim Lock, Mhairread MacLeod y S.C. Ridout, gracias por compartir esta aventura, por escuchar mis gimoteos y por alentarme. Que esta sea el principio de una avalancha de novelas.

Al equipo de Pan Macmillan: mi eterno agradecimiento a Haylee Nash por desechar todas las dudas y arriesgarse conmigo. Y a Libby Turner por la acertada y minuciosa edición. Y también a todas las personas que trabajaron para transformar mis garabatos en una novela. Ha sido divertido. Hagámoslo de nuevo.

Por último viene mi familia: gracias a mis padres por toda una vida de apoyo inquebrantable. Gracias a mis hijos por darme la razón en perseguir mis sueños y por su entusiasmo con cada pequeño paso. Y gracias a mi pareja por acompañarme en el camino.